MEMORIAS de la Hermana Lucía



10.ª edición, septiembre 2008

Portada: La Hna. Lucía de Jesús y del Corazón Inmaculado de María
en visita a la Loca del Cabeço el 16 de mayo de 2000
Detrás: La Basílica del Santuario de Ntra.Sra. de Fátima
con las fotografías de los dos Pastorcitos después de su beatificación,
el 13 de mayo de 2000.

MEMORIAS
DE LA
HERMANA LUCÍA

Volumen I

Compilación del P. Luis Kondor, SVD

Introdución y notas del P. Dr. Joaquín M. Alonso, CMF (†1981)

Secretariado dos Pastorinhos
FÁTIMA – PORTUGAL

Imprimatur,
Fatimæ, 13. 9. 2006
†Antonius, Episc. Leiriensis-Fatimensis

PRÓLOGO DEL EDITOR

Esta décima edición (como ya las precedentes) del primer volumen de las Memorias de la Hermana Lucía en lengua española está enriquecida en relación a las ediciones anteriores. A las cuatro primeras Memorias, escritas por mandato del Sr. Obispo de Leiría, D. José Alves Correia da Silva, y a los Apéndices I y II relatando las apariciones en Pontevedra y Tuy –en cumplimiento de la promesa del 13 de julio de 1917: «...vendré a pedir la Consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la Comunión reparadora de los Primeros Sábados»– se agrega el texto del importante documento titulado "El Mensaje de Fátima" con la tercera parte del 'Secreto', que Juan Pablo II encargara a la Congregación para la Doctrina de la Fe hacerlo público después de elaborar un justo y adecuado comentario.

Con la publicación de la tercera parte del 'Secreto' recibido por los Pastorcillos el 13 de julio de 1917 (ver Apéndice III), queda así recogido en este primer volumen todo el Mensaje de Fátima.

Las cuatro primeras "Memorias", además de las apariciones del Ángel y de Nuestra Señora, describen también cómo los Pastorcillos correspondieron hasta la heroicidad a las peticiones de Nuestra Señora y nos señalan a todos, y de modo especial a todos los niños, un camino seguro para alcanzar la santidad.

Las llamadas "Quinta Memoria" (sobre su padre) y la "Sexta Memoria" (sobre su madre), escritas por la Hermana Lucía, ya en el Carmelo de Coimbra, están editadas en volumen separado, como "Memorias de la Hermana Lucía - II" .

La beatificación de Francisco y Jacinta Marto (13 de mayo de 2000) debe significar una nueva era para la Iglesia.

"Yo te bendigo, Padre, porque has revelado estas verdades a los pequeños". La alabanza de Jesús toma hoy la forma solemne de la beatificación de los Pastorcillos Francisco y Jacinta. La Iglesa quiere con este rito colocar sobre sus propios candeleros estas dos antorchas que Dios encendió para iluminar a la humanidad en sus horas sombrías e inquietas... Que el mensaje de sus vidas permanezca siempre vivo para iluminar el camino a los hombres". (Homilía de Juan Pablo II en la Misa de la Beatificación).

El contenido de estas Memorias justifica bien todo el esfuerzo empleado en la elaboración de la nueva edición.

Con la benévola autorización del Sr. Obispo de Leiría-Fátima utilizamos los manuscritos originales de las cuatro primeras Memorias.

Aprovechamos los trabajos del Dr. P. Joaquín María Alonso CMF (†1981) y contamos también con la ayuda del Dr. P. Luciano Cristino, Director de los Servicios de Estudio y Difusión del Santuario de Fátima.

Aquí les dejamos, en nombre de todos los lectores y mío personal, la expresión de nuestro agradecimiento por su preciosa ayuda.

Así, en esta edición, amado lector, se te da toda la garantía del pensamiento de la Hermana Lucía mediante la esmerada y delicada traducción del P. Joaquín Mª Alonso, hecha sobre las palabras originales, solamente corregidas en la ortografía y en la presentación de los diálogos, esperando que ellas lleguen a lo íntimo de tu ser y ahí se fijen en una laboriosa docilidad al Divino Espíritu.

Agradecemos al Señor esta gracia extraordinaria de poder tener en nuestras manos la obra completa del Mensaje de Fátima, que tanto ha de ayudar a conocer y a amar –siempre más– a la Santa Madre de Dios y Madre nuestra.

P. Luis Kondor, svd
Vicepostulador de las Causas de Canonización
de los Beatos Francisco y de Jacinta Marto

INTRODUCCIÓN A LAS MEMORIAS DE LA HERMANA LUCÍA

Después de haber presentado las Memorias de Lucía en las principales lenguas europeas, incluida la española, existía una necesidad urgente de presentar una edición dirigida a ese inmenso y admirado mundo de lengua hispana, que puebla las dos Américas.

Esta edición, sin embargo, debía aprovechar las experiencias editoriales de todas las otras; y, en cuanto posible, superarlas en perfección en algunos puntos. He aquí los principales.

Para nuestra traducción española sí hemos tenido en cuenta las anteriores, aun parciales; pero hemos realizado un nuevo intento de revisión completa y actualizada. La labor estaba facilitada, ya en gran parte, porque, si ya la sintaxis española y portuguesa, son tan semejantes, lo son mucho más en la pluma de Lucía, que había asimilado bien el español, y hasta se deja influir en muchas ocasiones por sus modalidades linguísticas y fonéticas. Escribiendo Lucía sus Memorias en España, en Pontevedra y Tuy, hablando ordinariamente español, ejerciendo un apostolado catequístico importante entre los rapaces de Tuy, a Lucía se le adhirieron tantos y tantos españolismos que afloran continuamente en sus escritos.

Pero, precisamente por ello, era necesario poner mucha atención para que, del entrecruzamiento de las dos lenguas, no resultaran muchos falsos entendidos, de que no se ven libres las anteriores traducciones que conocemos. Otras veces, la similitud entre las lenguas ha engañado a los traductores.

Pero, además de una cuidada traducción, nos hemos empeñado en una crítica revisión literaria. Nuestra traducción debía ser, primero, exacta; pero no «rígida»; literal, sí en lo posible; –y esto no es difícil en la mayor parte de los casos,– pero siempre según el genio, la flexión y la armonia de la lengua castellana. Debía, sí, observar las reglas de la propia sintaxis gramatical del castellano; pero la fidelidad al pensamiento de la Hermana Lucía debía permanecer intocable.

Creemos haber conseguido nuestro propósito. Y nuestros lectores de habla hispana, de toda América, pueden tener la certeza de *hallarse ante un texto que reproduce fielmente, en castellano, los originales manuscritos de Lucía.*

Puesto que la Hermana Lucía, en el período que escribe estos documentos, entre 1935 y 1941, sólo gradualmente ha ido perfeccionando su ortografía, su sintaxis y su mismo estilo redaccional, y, desde luego, su propia caligrafía, es a nosotros a quien hay que atribuir muchas veces ciertas correcciones en todos esos puntos. El lector, sin embargo, puede estar seguro de que esas correcciones han sido hechas precisamente, no para alterar o deformar en lo más mínimo el pensamiento original de la célebre y respetada autora, sino precisamente para ponerlo mejor en evidencia.

Hemos de decir lo mismo de las divisiones introducidas y de sus títulos. La Hermana Lucía, no obstante la grande lucidez, orden y claridad con que escribe, no se cuidaba, naturalmente, de división alguna de partes, prólogos, números y epílogos. Pero es tan nítido, decimos, su pensamiento, observa tal orden lógico y cronológico en la redacción de estos ya extensos escritos, que apenas nos hemos tenido que esforzar por encontrar esas divisiones para darles los títulos convenientes. En cambio, el lector se halla ante unos escritos diáfanos, llenos de claridad meridiana, que la vista va recorriendo con facilidad y deleite.

Hemos, sí, añadido algunas notas explicativas, de tipo histórico o crítico; pero sólo las estrictamente necesarias para que el lector comprendiera ciertos pasajes difíciles.

Dado el carácter popular de esta edición, finalmente damos una breve biografía de su autora; y hacemos unas introducciones a cada Memoria, que la coloquen en su medio histórico, en sus intenciones profundas, y en su contenido general.

1. BIOGRAFIA DE LA HERMANA LUCÍA

«A los treinta días del mes de marzo de mil novecientos siete bauticé a un indivíduo de sexo femenino, a quien di el nombre de Lucía, nacida en Aljustrel... a las siete de la tarde del veintidos de marzo corriente...» Así reza el acta de bautismo. Sus padres eran Antonio dos Santos y María Rosa, residentes en Aljustrel, lugarejo perteneciente a la Parroquia de Fátima.

Siendo la última de siete hermanos, cinco hembras y un váron, tuvo una infancia de mimos y de privilegios, en la que no faltaron disgustos y desgracias familiares, bien superadas por aquella mu-

jer ejemplar que era su madre. A los seis años hace su Primera Comunión, cuya relación leerán nuestros lectores con admiración y cariño. Y ya inmediatamente, porque así lo exigían las necesidades de la casa, comienza su vida de pastora. Hay que hacer notar que en 1915, sus compañeras son todas las muchachitas y muchachos de Aljustrel y alrededores.

Luego, ya en 1916, son sus primos Francisco y Jacinta Marto, quienes la acompañan exclusivamente. Es el Año de las Apariciones de la Virgen. En ellas Lucía ocupa un lugar especial, ya que es la única que habla con Ella, y la que recibe un mensaje especial para ser comunicado en el futuro. Ella vive y sufre, a causa de las Apariciones, con sus primos; pero es la única que habría de quedar por más tiempo en este mundo para complir su misión.

La Virgen, es verdad, le había mandado aprender a leer. Sin embargo, sólo después de las Apariciones, comienza a ir a la escuela, en donde muy pronto, con su ingenio y memoria extraordinarios, aprende las primeras letras.

Pero, pasadas las Apariciones, la situación de Lucía era, naturalmente, la de una «vidente», con todos los riesgos que ello comporta. Había que hacer algo con ella. Y una de las primeras preocupaciones del recién nombrado primer Obispo de la diócesis restaurada de Leiría, fué atender a su educación, y retraerla de los peligros que podría sufrir en aquel medio ambiente de milagrería y maravillosismo. Y, el día 17 de junio de 1921, por la mañana, entraba como educanda en el Colegio que las Hermanas de Santa Dorotea tienen todavía en El Vilar, hoy ya unido a Oporto.

Recojamos un retrato fisionómico de la época que responde perfectamente a fotografías conocidas: «Cabeza alta y ancha. Ojos castaños, grandes y vivos. Cejas poco densas. Nariz chata, boca ancha, labios gruesos. Barbilla redonda. Cara algo más que lo natural. Cabellos rubios y finos. De estatura, baja, pero alta para su edad (entonces: 13 años y seis meses). Facciones bastas, pero rostro simpático. Aire de gravedad y de inocencia. Viva, inteligente, pero modesta y sin pretensiones. Manos gruesas, de trabajo, de tamaño regular».

La jovencita Lucía entra en el Colegio de Oporto con catorce años y tres meses. Allí recibe una educación moral y religiosa excelente. La educación cultural es más deficiente, puesto que ape-

nas pasa de la instrucción primaria. Y, desde luego, la preparación de labores femeninas es muy buena. Pero la pequeña Lucía, con su gran talento, con su gran memoria y con su tesón y seriedad de conducta, habría de sacar de todo ello una formación que podríamos llamar suficientemente completa.

Lucía, ya antes de entrar en el Colegio, había tenido algunos vagos deseos de consagrarse a Dios en la Vida Religiosa. En el Colegio, la intensa vida de piedad que se cultivaba, le hizo reflexionar: y la primera idea fue para las Carmelitas... Pero el ejemplo y el agradecimiento hacia sus Formadoras, le decidió a escoger el Instituto de Santa Dorotea.

En ese tiempo (1921-1925), las Doroteas Portugueses tenían el Noviciado en Tuy. Y allí se dirigió la ya joven Lucía (18 años) el día 24 de octubre de 1925; aunque para cumplir algunos meses de Postulantado, marchara inmediatamente a la Casa que las Doroteas tenían en Pontevedra, en la Travesía de Isabel II. Aquí estuvo desde el día 25 de octubre de 1925, hasta el día 20 de julio de 1926, en que llega al Noviciado de Tuy, para completar su Postulantado. Comienza su Noviciado con la toma de hábito, el día 2 de octubre del año de 1926. Allí pasa dos años del Noviciado, para profesar el día 3 de octubre de 1928. Y continúa en la misma Casa, aunque ya con las profesas, hasta su profesión perpetua, el día 3 de octubre de 1934. Pocos días después, marcha destinada a la Casa de Pontevedra, en donde permanece, hasta que, de nuevo, en mayo de 1937, vuelve a Tuy. De aquí no habría ya de salir hasta que, a fines de mayo de 1946, se le ordena volver a Portugal. Después de estar unos días, visitando y reconociendo los lugares de las Apariciones, en la Cova da Iría y en Aljustrel, es destinada a la Casa de Sardão, en Vila Nova de Gaia, cerca de Oporto.

Y, finalmente, renovando antiguos deseos de retiro y soledad, alcanza del Papa Pío XlI, la gracia de pasar al Carmelo de Santa Teresa en Coimbra, y a él llega el 25 de marzo de 1948, para llevar una vida de oración y penitencia hasta su muerte acaecida el 13 de febrero de 2005.

2. INTRODUCCIÓN LITERARIA

De toda la historiografía sobre Fátima, debe decirse lo que escribía entusiasmado de su libro el escritor portugués Antero de Figueiredo: «Pero la luz de este libro, la luz hermosa, ésa fue recibida directa del alma cándida y profunda, admirablemente simple, de la vidente Lucía de Jesús.

Comencemos por decir que los escritos de Lucía se resintieron siempre de su falta de formación cultural suficiente. Pero, lo que en otras hubiera sido un defecto irreparable, en Lucía fue suplido con sus grandes dotes naturales. Lucía confiesa paladinamente y muchas veces su «incapacidad e insuficiencia» que llega –como dice literalmente– "Nem sequer a caligrafia sei fazer capazmente». Sin embargo, estas faltas de corrección ortográfica, no impedirán nunca una sintaxis clara y definida; que a veces, alcanza una redacción elegante y sostenida.

Sus dotes literarias podrían resumirse así: claridad y precisión de conceptos; sentimientos delicados y profundos: una ironía delicada, nunca hiriente; una extraordinaria memoria para fijar detalles y circunstancias.

A Lucía le vienen los diálogos por dentro, como si las personas estuvieran presentes. Sabe describir los caracteres de sus primos, de sus confesores, de sus personajes en general, con rasgos que indican una penetración sicológica no común. Se da perfecta cuenta de sus divagaciones, y sabe volver con gracia al punto de partida.

Es verdad que, a veces, su estilo no podía menos de resentirse de sus lecturas piadosas, amenas y monjiles. Pero siempre triunfa su naturalidad, su viveza, su alegría. ¿Quién no recuerda su despedida nocturna de los lugares amados de las Apariciones, en la vigilia de su marcha a Oporto? ¿Cómo no admirar la gracia con que se fija en los zapatos de tal Canónigo con sus hebillas de plata? ¿Cómo no sentirse arrebatado por la transcripción de aquellas «Cantigas de Serrana»?

Lucía, desde luego, sabe decir lo que quiere, y lo dice como quiere. Y es tal la posesión interior que consigue realizar de lo que quiere escribir, que, en medio de unas ocupaciones serviles absorbentes, puede reanudar la escritura sin perder ni la narración or-

denada ni la lógica de sus reflexiones. Lo que no puede acontecer sino cuando se posee un gran equilibrio de alma.

Lucía, es verdad, se «siente inspirada» al escribir; y así lo dice en varias ocasiones... Pero, por favor, no hay que tomar esa palabra en su sentido riguroso, como lo ha hecho algún critico quisquilloso. En el género profético, es la convicción de que una presencia especial de Dios cae sobre ella en los momentos de redacción. Se siente, pues, «asistida» por Dios al escribir. Pero una atenta lectura convence que Lucía no toma esas expresiones rigurosamente. Es Lucía misma quien respondiendo expresamente a ello, ha declarado: "La palabra «inspirados» quiere decir que interiormente nos sentíamos movidos a ello".

No se trata, pues, de una «inerrancia», semejante a la de la Sagrada Escritura. Lucía sí se puede equivocar en la traducción mística de sus experiencias, a causa misma de la dificultad de «interpre*tación». Algunas veces, ella misma duda de si será el Señor quien le habla; otras confiesa que es imposible revelar nada de lo percibido en la gracia mística. De hecho, una crítica inteligente encuentra algunos errores de datos, de hechos, de circunstancias. Y aun en el trance mismo de asegurarnos que nos transmite las «ipsíssima verba», las mismas palabras de la Virgen, eso no significa otra cosa sino que, en efecto, pone en ello toda su sinceridad. De lo que siempre Lucía está segura –y así lo dice–, es del sentido de lo que dice.*

En cuanto a fechas, es ya conocida la inseguridad de Lucía. Unas veces porque, de pequeños, no sabían ella y sus primos, contar ni los días, ni mucho menos los meses, no digamos los años. Así, Lucía no se acuerda de las fechas de las apariciones del Ángel, y tiene que recordarlas aproximadamente por las estaciones, que, éstas sí, se les grababan bien a los pequeños serranitos. Pero la principal razón de esta falta de memoria cronológica está ciertamente en el carácter realista de los recuerdos de Lucía, siempre dirigida a lo esencial.

Por lo demás, el lector no debe olvidar, en la lectura de las Memorias de Lucía, una regla general de interpretación de las traducciones que los místicos hacen de sus experiencias de lo sobrenatural: se trata siempre de «traducciones» en las que no es necesario admitir que todo, literalmente, responde a las locuciones divinas. Lo que no quiere decir, por otra parte, que, si a alguno

hay que creer en torno a esos fenómenos maravillosos, es naturalmente a aquel que los experimentó.

Una última advertencia quisiéramos todavía hacer para que el lector entre mejor preparado en la lectura de estas páginas maravillosas.

Es necesario distinguir entre aquello que la hermana Lucía nos presenta como Mensaje del cielo y aquello que ella misma nos presenta como «reflexión» o «interpretación suya». Lo primero, aun dentro de las dificultades de la traducción mística, ofrece mayores garantías de veracidad que lo segundo. Hay que suponer que si, Dios ha presentado unos signos tan evidentes para hacer conocer su presencia en los hechos de Fátima, también ha intervenido de un modo especial para que «Su» Mensaje, a través de la Virgen, fuera bien «traducido» por los videntes escogidos para ello. De una manera parecida a como decimos que si Dios ha entregado a su Iglesia un Mensaje de salvación, hay que suponer que la ha dotado de un carisma de la verdad para que nos dé ese Mensaje de una manera infalible.

Pero Lucía se presenta muchas veces como «reflexionando» sobre las palabras y los acontecimientos...; entonces, ciertamente, es un intérprete privilegiado, pero siempre y sólo «un» intérprete. Por tanto, ya en este terreno, las palabras de la Hermana Lucía no tienen por qué obtener aquella asistencia especial que reclamamos para el primer caso.

3. EL GENERO LITERARIO «MEMORIAS»

Los tres videntes de Fáfima, recibieron, al parecer, el mandato en común, de la Virgen de aprender a leer. Pero, según una nueva promesa del cielo, la Virgen vino pronto para llevarse al cielo a Francisco (4 de abril de 1919) y a Jacinta (20 de febrero de 1920). Ambos murieron sin haber tenido necesidad de aprender a leer ni escribir.

Lucía, por el contrario, quedaba en esta vida, como le dijo la Virgen «para hacerme conocer y amar». Y Lucía ha cumplido esto maravillosamente con sus muchos testimonios; pero, sobre todo, con sus escritos. Entre ellos, forman un grupo literario especial, y desde luego el más importante de todos, las que llamamos «Memorias».

Los escritos que felizmente va a tener en sus manos el lector, los llamamos «Memorias», porque, efectivamente, es a este género literario al que más se asemejan, no obstante su misma apariencia de «Cartas», o aun, en ocasiones, de «autobiografía».

Desde luego que la Hermana Lucía no tenía pretensión alguna literaria al escribir estos admirables documentos. Ella escribía porque se lo habían mandado. Y puede afirmarse que la Hermana Lucía nunca escribió nada por voluntad propia. Esto no quiere decir que, a veces, ella misma en el curso de su obra, no se sienta arrebatada por los asuntos mismos que toca, y dé la impresión de que «hace literatura». Pero será siempre una literatura espontánea y clara en que la elegancia es una consecuencia y no una preocupación.

Ahora bien: mucho menos podía tener una preocupación de género literario; no sabía en absoluto lo que podía significar la palabra «memoria», si no era como facultad del recuerdo. Ella misma nos dice, en alguna parte, que, no sabiendo cómo cumplir el mandato que había recibido de escribir sobre la vida de Jacinta, se le ocurrió hacerlo con toda naturalidad, dirigiéndose al Sr. Obispo, como quien cuenta una historia con los recuerdos que conserva. Por tanto, no hay que tomar estos escritos como «Cartas», aunque extensas, que escribe al Sr. Obispo de Leiría. Eso fue una pura ficción, en este caso «literario», para salir del apuro. En realidad, lo que intenta Lucía es escribir sus «recuerdos». Y a esto se le llama con toda propiedad «Memorias» porque, efectivamente, se trata de un género literario en que el autor pretende comunicar sus recuerdos, referentes a sí mismo (o a otros), a sus propios sucesos o a los sucesos acontecidos a otros.

Sin embargo, no se trata tampoco –hablando propiamente– de «Biografía» o de «Autobiografía». Lucía no ha pretendido, ni podía pretenderlo, darnos ni una biografía de Jacinta, ni de Francisco, y naturalmente, nunca pretendió darnos una «autobiografía». Se trata simplemente de una ordenación de recuerdos en torno a los principales hechos de la vida de Jacinta y de Francisco, y esto, seguramente, aún en contra de su propia voluntad.

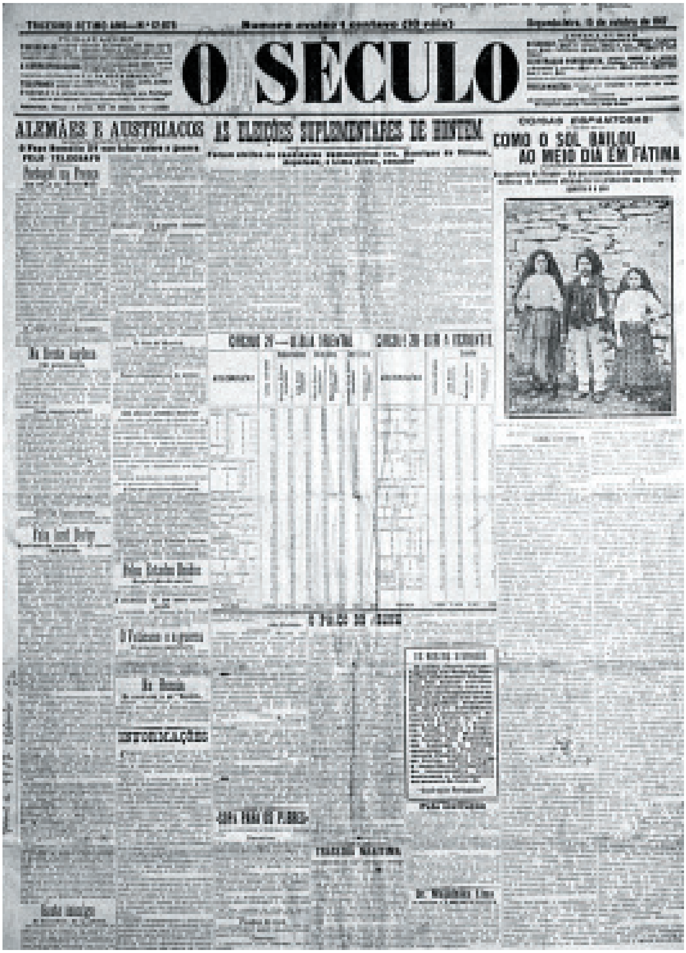
Pero la biografía y la autobiografía se distinguen de la «Memoria» en que ésta no pretende comunicar más que «recuerdos», mientras que los otros géneros literarios pretenden algo más com-

pleto y sistemático, y están suponiendo algo más que recuerdo, es decir, una investigación de documentos auxiliares.

Pero Lucía, en estas Memorias, no ha necesitado más que volver la mirada hacia el recuerdo. ¡Y qué recuerdo! Porque, o se trataba de la vida de sus primos, y entonces se trataba de su propia vida; o se trataba de todo lo referente a las Apariciones de la «Senhora», y entonces todo era contemplado, más que como recuerdo, como presencia grabada a fuego sobre su alma.

Es ella misma quien nos advierte que «estas cosas quedan de tal manera grabadas en el alma, que es imposible olvidarlas».

Por eso estas «Memorias» de la Hermana Lucía son más bien una «relectura» de caracteres impresos para siempre en lo más hondo del espíritu de la autora. Ella, más que «recordar», parece que está viendo. Tal es la facilidad del recuerdo que se convierte en «lectura interior».



O SÉCULO

ALEMÃES E AUSTRIACOS

AS ELEIÇÕES SUPLEMENTARES DE HONTEM

COISAS ESPANTOSAS!

COMO O SOL BAILOU AO MEIO DIA EM FATIMA

El diario *O Século,* publicado el 15.10.1917, presentaba por primera vez la fotografía de los Pastorcitos y daba a conocer a todo el país “cosas espantosas: como el Sol bailó al mediodía en Fátima”



Los tres videntes, Francisco (9), Lucia (10) y Jacinta (7), en el lugar de la pequeña encina sobre la cual se apareció la Santísima Virgen en los días 13, de mayo a octubre de 1917.



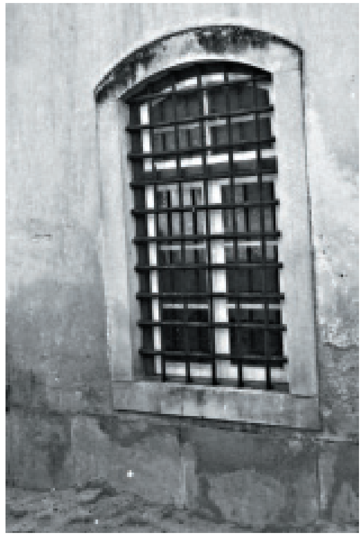
Capillita construida por el pueblo en 1918, en el lugar de las apariciones.



La imagen que desde el 13 de junio de 1920 se venera en la Capillita de las Apariciones. El 13.5.1946 fue coronada solemnemente por el Cardenal Masella y en el interior de su corona se encuentra incrustada la bala que después del atentado del 13.5.1981 quedó en el todoterreno del Papa.



Los tres Pastorcitos junto al arco levantado en el lugar de las Apariciones el día 13.10.1917.



Ventana de la cárcel de Vila Nova de Ourém hasta donde fueron llevados los Pastorcitos el 13.8.1917.



Capilla construida en el lugar de la Aparición de los Valinhos



El Vía Crucis húngaro en el “camino de los Pastorcitos” une la Cova da Iría a los otros lugares de las Apariciones



Casa de los padres de Lucia



Casa donde nacieron Francisco y Jacinta y donde falleció Francisco.



María Rosa (1869-1942), madre de Lucia, con varios familiares y personas amigas.



Familia de Francisco y Jacinta: madre Olimpia de Jesús (+1956), padre Manuel Pedro Marto (+1957) y hermanos.



Iglesia parroquial de Fátima en el tiempo de las Apariciones.



Pila donde fueron bautizados Lucia, Francisco y Jacinta.



Imagen de Nuestra Señora del Rosario en la iglesia parroquial



Los tres Pastorcitos junto al crucero, en el atrio de la iglesia parroquial.



P. Manuel Marques Ferreira, párroco de Fátima en el tiempo de las Apariciones (1914-1919)



P. Faustino José Jacinto, prior de Olival



Canónigo Manuel Nunes Formigão que, en 1917, hizo numerosos interrogatorios a los Pastorcitos



P. Cruz que oyó la primera confesión de Lucia



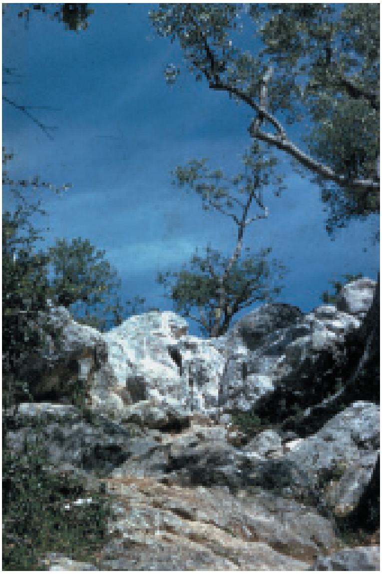
Los tres Pastorcitos en el patio de Francisco y Jacinta



Lucia y Jacinta de visita a Reixida en septiembre de 1917



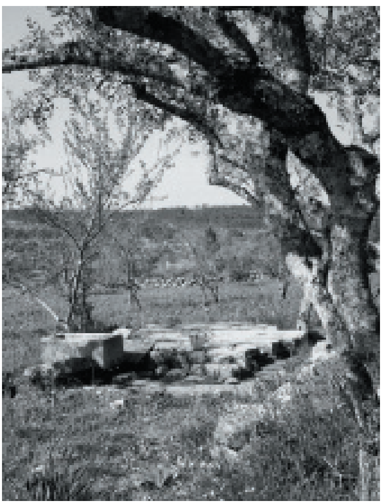
Francisco



Loca do Cabeço



Monumento en la Loca do Cabeço que representa la tercera Aparición del Ángel



Pozo de la familia de Lucia donde se dio la segunda Aparición del Ángel



Monumento sobre el pozo de la familia de Lucia que representa la segunda Aparición del Ángel



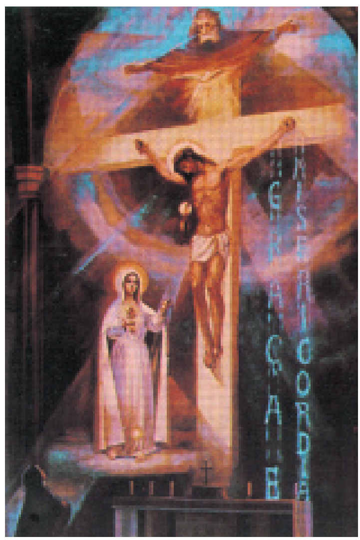
Pontevedra – habitación de Lucia donde el 10.12.1920, Nuestra Señora pidió la comunión reparadora de los primeros sábados



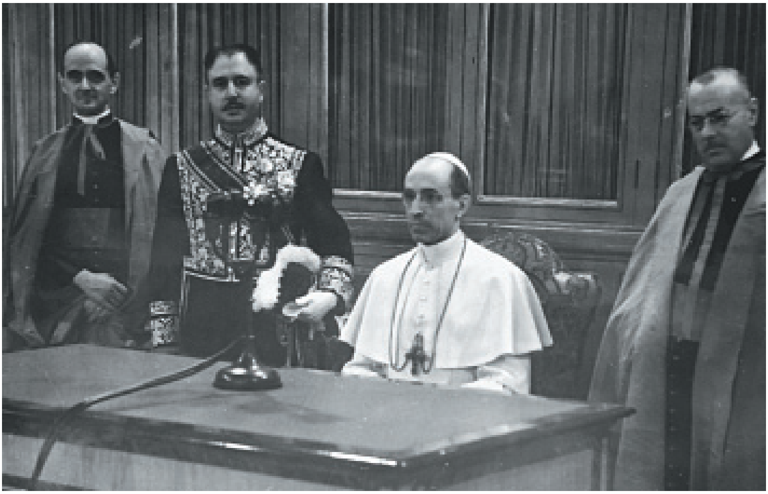
Aspecto actual de la habitación transformada en capilla



Convento de las Doroteas en Tuy donde el 13.6.1929 Nuestra Señora pidió la consagración de Rusia



Visión de la Santísima Trinidad



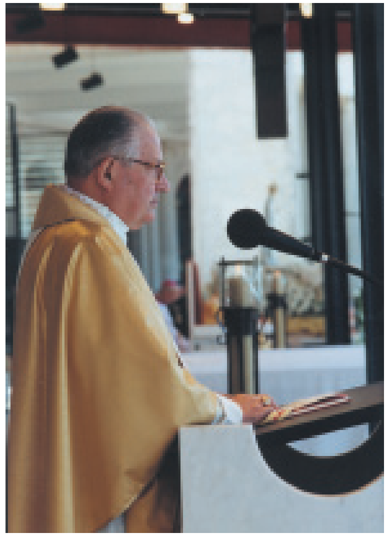
Para cumplir el encargo de Nuestra Señora, Pio XII consagró, el 31.10.1942, todo el género humano al Corazón Inmaculado de María



En Roma, delante de la Imagen de la Capillita, Juan Pablo II, en unión con los obispos de la Iglesia, renovó la Consagración del mundo y de Rusia al Corazón Inmaculado de María.



D. José Alves Correia da Silva, obispo de Leiría, recibió el texto con la tercera parte del secreto en 1944. En 1957 la envió a Roma al Santo Oficio



El 13.5.2000, en Fátima, el Cardenal Sodano hace conocido el contenido de la tercera parte del secreto



Representación de la tercera parte del secreto de Fátima según las indicaciones de la Hermana Lucia (Júlio Gil)



Pintura representando la Aparición del 13 de junio de 1917 (Hermana Mª de la Concepción ocd)



El cuerpo incorrupto de Jacinta tras la apertura de su féretro el 12.9.1935



Identificación canónica de los restos mortales de Francisco el 17.2.1952



Después de beatificar a Francisco y Jacinta, Juan Pablo II visita las tumbas de los nuevos beatos



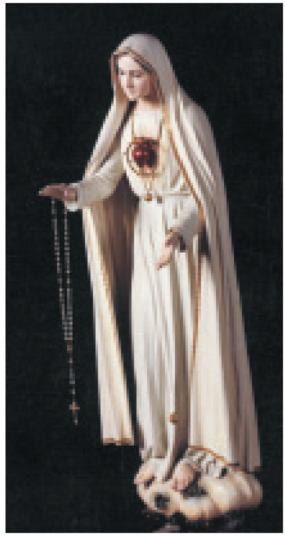
Momento solemne de la beatificación de Francisco y Jacinta el 13.5.2000



Encuentro de Lucia con Juan Pablo II el 13.5.2000
En el momento de la beatificación la inmensa multitud aplaude calurosamente a los nuevos beatos



Carmelo de Coimbra donde vivió Lucía del 25.3.1948 al 13.2.2005



Carmelo de Coimbra: Imagen del Corazón Inmaculado de María, ejecutada siguiendo las indicaciones de Lucia



Lucia visita la casa familiar y los lugares de las Apariciones el 16.5.2000

PRIMERA MEMORIA

Introducción

No es ciertamente lo primero que escribía Lucía; pero sí que era su primer escrito extenso. Antes de él, tenemos cartas, muchas cartas, interrogatorios, relaciones, etc. Pero, ahora nos encontramos ante un documento extenso e importante. Si Lucía nunca escribió por voluntad propia, ¿cómo nació este documento?

El día 12 de septiembre de 1935 eran trasladados, desde Vila Nova de Ourém, al cementerio de Fátima, los restos mortales de Jacinta. Con esta ocasión se hicieron varias fotos al cadáver; una de las cuales, el Sr Obispo envió a la hermana Lucía, que entonces se encontraba en la Casa de Pontevedra.

Agradeciendo el envío, y con fecha del día 17 de noviembre de 1935, decía Lucía, entre otras cosas: «Agradezco con gran reconocimiento las fotografías; no podría decir cuánto las aprecio, en especial la de Jacinta: hasta quería retirar de ella los paños que la cubrían para verla toda entera..., estaba toda abstraída; tal era mi alegría de volver a ver la amiga más íntima de mi infancia. Tengo la esperanza que el Señor para gloria de la Santísima Virgen le concederá la aureola de la santidad. Ella era una niña sólo en los años; en lo demás sabía ya practicar la virtud y demostrar a Dios y a la Virgen Santísima su amor por la práctica del sacrificio... ».

Estos recuerdos tan vivos de Lucía sobre su primita Jacinta, indujeron al Sr. Obispo a mandarle escribir todo lo que recordase sobre ella. Y, en efecto, el escrito, comenzado en la segunda semana de diciembre, estaba terminado el día de Navidad de 1935. Es decir, en menos de quince días Lucía redactaba este escrito, que conserva una unidad perfecta y que hace una semblanza de Jacinta, y su interior, en este escrito, queda iluminado con esa luz de Fátima, que es el Corazón Inmaculado de María.

El contenido de mismo escrito nos da, sobre todo, una semblanza de Jacinta, tomada de los recuerdos de Lucía. No era, por tanto, darnos una «historia» de las Apariciones. Estas aparecen como marco necesario en el que la figura de Jacinta se destaca.

Y el estilo se vuelve siempre sencillo y familiar; y hasta diríamos, en ocasiones «infantil», porque el ambiente y el asunto así lo exigían. Lucía nunca perdió el sentido realista de las cosas que trataba.

PRÓLOGO

1. *Oración y obediencia*

J. M. J.

Excmo. y Rvmo. Señor Obispo ([1]):

Después de haber implorado la protección de los Santísimos Corazones de Jesús y de María, tierna Madre nuestra; de haber pedido luz y gracia a los pies del Sagrario, para no escribir nada que no fuera, única y exclusivamente, para gloria de Jesús y de la Santísima Virgen; y, a pesar de mi repugnancia por no poder decir casi nada de Jacinta, sin que directa o indirectamente hable de mi ser miserable, aquí estoy cumpliendo la orden dada.

Obedezco, sin embargo, a la voluntad de V. Excia. Rvma., que es, para mí, la expresión de la voluntad de nuestro buen Dios.

Comienzo, pues, este trabajo, pidiendo a los Santísimos Corazones de Jesús y María que se dignen bendecirlo; y que acepten este acto de obediencia en favor de la conversión de los pobres pecadores, por los cuales esta alma tanto se sacrificó.

Bien sé que V. Excia. Rvma. no espera de mí un escrito acabado, ya que conoce mi incapacidad e insuficiencia. Iré, pues, contando a V. Excia. Rvma. lo que recuerdo sobre esta alma, de la que nuestro buen Dios me hizo la gracia de ser la más íntima confidente; y de la que conservo la mejor añoranza, estima y respeto, a causa de la alta idea que tengo de su santidad.

2. *Silencio sobre algunos asuntos*

Excmo. y Rvmo. Señor: a pesar de mi buena voluntad en obedecer, pido que me concedáis reservar algunas cosas que –porque también dicen respecto a mí– desearía que sólo fuesen leídas en los umbrales de la eternidad.

V.Excia. Rvma. no extrañará que pretenda guardar secretos y lecturas para la vida eterna. ¿No es verdad que, en ello, tengo a la

([1]) *D. José Alves Correira da Silva (1872-1957), primer Obispo de la Diócesis restaurada de Leiría, a que pertenece Fátima.*

Santísima Virgen como ejemplo? ¿No nos dice el Sagrado Evangelio que María guardaba todas las cosas en su Corazón? ([2]) Y ¿quién mejor que este Inmaculado Corazón nos podría descubrir los secretos de la divina Misericordia? Y, sin embargo, se los llevó guardados, como en un jardín cerrado ([3]), para el palacio del Divino Rey.

Todavía me acuerdo de una máxima que me dio un venerable sacerdote, cuando yo tenía sólo 11 años. Fue, como tantos otros, a hacerme algunas preguntas. Entre otras, me interrogó acerca de un asunto del que yo no quería hablar. Y después de haber deshojado todo su repertorio de interrogantes, sin conseguir obtener, sobre tal asunto, una respuesta satisfactoria; y comprendiendo, tal vez, que tocaba un asunto demasiado delicado, el venerable sacerdote, bendiciéndome, dijo:

– Haces bien, hija mía, porque el secreto de la Hija del Rey ([4]), debe permanecer oculto en el fondo de su corazón.

No entendí por entonces el significado de estas palabras, pero comprendí que aprobaba mi comportamiento, y como no las olvidé, las comprendo ahora. Este venerable sacerdote era entonces Vicario de Torres Novas. Su Excia. no sabe bien cuánto le agradezco estas palabras, pues hicieron mucho bien a mi alma ([5]).

Entretanto consulté un día a un santo sacerdote sobre esta reserva, porque no sabía qué responder cuando me preguntaban si la Santísima Virgen me había dicho algo más. Este señor que era entonces Vicario de Olival, nos dijo: “Hacéis bien, hijos mios, en guardar el secreto de vuestras almas para Dios y para vosotros; cuando os hagan esa pregunta, responded: Sí, lo dijo; pero es secreto. Si os insistieran sobre ello, pensad en el secreto que os comunicó la Señora y decid: Nuestra Señora nos dijo que no se lo comunicásemos a nadie, por eso no lo decimos; así, guardaréis vuestro secreto al amparo de la Santisima Virgen.»

¡Qué bien comprendí la explicación y los consejos de este venerable anciano! ([6]).

([2]) *Lc. 2,19 y 51.*
([3]) *Cant 4,12*
([4]) *Cant 4,1-3.*
([5]) *P. Antonio de Oliveira Reis, entonces Vicario de Torres Novas (†1962).*
([6]) *P. Faustino José Jacinto Ferreira (†1924)*

Estoy gastando demasiado tiempo en este preludio, y V. Excia. Rvma. se dirá que no sabe a qué viene todo esto.

Voy a comenzar a narrar todo lo que recuerdo de la vida de Jacinta. Como no dispongo de tiempo libre, durante las horas silenciosas de trabajo, con un trozo de papel y con el lápiz escondido debajo de la costura, iré recordando y apuntando lo que los Santísimos Corazones de Jesús y María quisieran hacerme recordar.

3. *Dedicatoria poética*

Oh tú que la tierra pasaste volando,
Jacinta querida,
en vivo dolor a Jesús amando,
no olvides la oración que yo te pedía.
Sé mi amiga junto al trono de la Virgen María.
Lirio de candor, perla brillante
¡Oh! allá en el Cielo donde vives triunfante,
Serafín de amor,
con tu hermanito, ruega por mí a los pies del Señor ([7]).

I. RETRATO DE JACINTA

1. *Temperamento*

Excmo. y Rvmo. Señor Obispo

Antes de los hechos de 1917, exceptuando los lazos de familia que nos unian ([8]), ningún otro afecto particular me hacía preferir la compañía de Jacinta y Francisco, a la de cualquier otra; por el contrario, su compañía se me hacía a veces, bastante antipática, por su carácter demasiado susceptible. La menor contrariedad, que siempre hay entre niños cuando juegan, era suficiente para que enmudeciese y se amohinara, como nosotros decíamos. Para hacerle volver a ocupar su puesto en el juego, no bastaban las más

([7]) *La Hermana Lucía nos ha dejado varias poesías, todas de sabor popular.*
([8]) *El padre de Lucía, Antonio dos Santos, y la madre de Francisco y Jacinta, Olimpia de Jesús, eran hermanos.*

dulces caricias que en tales ocasiones los niños saben hacer. Era preciso dejarle escoger el juego y la pareja con la que quería jugar. Sin embargo, ya tenía, muy buen corazón y el buen Dios le había dotado de un carácter dulce y tierno, que la hacía, al mismo tiempo, amable y atractiva. No sé por qué, tanto Jacinta como su hermano Francisco, sentían por mí una predilección especial y me buscaban casi siempre para jugar. No les gustaba la compañía de otros niños, y me pedían que fuese con ellos junto a un pozo que tenían mis padres en el huerto. Una vez allí Jacinta escogía los juegos con los que íbamos a entretenernos. Los juegos preferidos eran casi siempre, jugar a las chinas y a los botones, sentados a la sombra de un olivo y de dos ciruelos, sobre las losas. Debido a este juego, me vi muchas veces en grandes apuros, porque, cuando nos llamaban para comer, me encontraba sin botones en el vestido; pues casi siempre ella me los había ganado y esto era suficiente para que mi madre me regañase. Era preciso coserlos de prisa; pero ¿cómo conseguir que ella me los devolviera, si además de enfadarse, tenía también el defecto de ser agarrada? Quería guardarlos para el juego siguiente y así no tener que arrancar los suyos. Sólo amenazándola de que no volvería a jugar más, era como los conseguía. Algunas veces no podía atender los deseos de mi amiguita.

Mis hermanas mayores eran, una tejedora y la otra costurera; pasaban los días en casa, y las vecinas pedían a mi madre poder dejar a sus hijos jugando conmigo en el patio de mis padres, bajo la vigilancia de mis hermanas, mientras ellas marchaban a trabajar al campo. Mi madre decía siempre que sí, aunque costase a mis hermanas una buena parte del tiempo. Yo era entonces la encargada de entretener a los niños y de tener cuidado para que no cayesen en un pozo que había en el patio.

Tres grandes higueras resguardaban a los niños de los ardores del sol; sus ramas servían de columpio, y una vieja era hacía de comedor. Cuando en estos días venía Jacinta, con su hermano, a llamarme para ir a su retiro, les decía que no podía ir, pues mi madre me había mandado quedarme allí. Entonces los pequeños se resignaban con desagrado, y tomaban parte en los juegos. En las horas de la siesta, mi madre daba a sus hijos el catecismo, sobre todo cuando se aproximaba la cuaresma, porque –decía– no quiero quedar avergonzada cuando el Prior os pregunte la doc-

trina. Entonces todos aquellos niños asistían a nuestra lección de catecismo; Jacinta también estaba allí.

2. *Delicadeza de alma*

Un día, uno de aquellos pequeños acusó a otro de haber dicho algunas palabras poco convenientes. Mi madre le reprendió con toda la severidad, diciéndole que aquellas cosas feas no se decían, que era pecado y que el Niño Jesús se disgustaba y mandaba al infierno a los que pecaban y no se confesaban. La pequeñita no olvidó la lección. El primer día que asistió a la reunión de niños, dijo:

– ¿No te deja ir hoy tu madre?

– No.

– Entonces me voy a mi patio con Francisco.

– ¿Y por qué no te quedas aquí?

– Mi madre no quiere que nos quedemos cuando estén éstos. Dijo que nos fuéramos a jugar a nuestro patio. No quiere que aprendamos cosas feas que son pecado y no gustan al Niño Jesús.

Después me dijo muy bajo al oído:

– Si tu madre te deja, ¿vendrás a mi casa?

– Sí.

– Entonces ve a perdírselo.

Y, tomando la mano de su hermano, se fue a su casa.

Como ya dije, uno de sus juegos favoritos era el de las prendas. Como V. Excia. Rvma. sabe, el que gana manda al que pierde hacer la cosa que le parezca. A ella le gustaba mandar correr detrás de las mariposas hasta cazar una y llevarla. Otras veces mandaba tomar la flor que a ella le pareciese.

Un día que jugábamos en casa de mi padre, me tocó a mi mandarle a ella. Mi hermano estaba sentado junto a la mesa escribiendo. Le mandé que le diera un abrazo y un beso, pero ella respondió:

– ¡Eso no! Mándame otra cosa. ¿Por qué no me mandas besar aquel Cristo que está allí? (Era un crucifijo que estaba colgado de la pared) ([9]).

([9]) *Aún hoy puede verse este crucifijo, en la Casa de Lucía, en Aljustrel.*

– Pues sí –le respondí–, sube encima de una silla; tráelo aquí, y de rodillas le das tres abrazos y tres besos: uno por Francisco, otro por mí y otro por ti.

– A Nuestro Señor le doy todos los que quieras. – Y corrió a buscar el crucifijo. Lo besó y lo abrazó con tanta devoción, que nunca más me olvidé de aquello. Después, mira con atención al Señor y pregunta:

– ¿Por qué está Nuestro Señor, así clavado en una cruz?

– Porque murió por nosotros.

– Cuéntame cómo fue.

3. *Amor a Cristo Crucificado*

Mi madre, por la tarde solía contarnos cuentos. Y, entre los cuentos de hadas encantadas, princesas doradas, palomas reales, que nos contaban mi padre y hermanas mayores, nos narraba ella la historia de la Pasión, de San Juan Bautista, etc.

Yo conocía, pues, la Pasión del Señor como una historia; y, como para mí no era necesario oír las historias dos veces, pues con solo oírla una vez no se me olvidaba un solo detalle, comencé a contar a mis compañeros la historia de Nuestro Señor, como yo la llamaba, con todo detalle.

Cuando mi hermana ([10]), al pasar junto a nosotros, se dio cuenta de que teníamos el crucifijo, nos lo quitó y nos riñó, diciéndonos que no quería que tocásemos las imágenes de los santos. Jacinta, levantándose, fue junto a mi hermana y le dijo:

– ¡María, no te enfades! Fui yo, pero no lo volveré a hacer.

Mi hermana le hizo una caricia y nos dijo que fuésemos a jugar fuera, pues en casa no dejábamos nada quieto en su lugar.

Y así nos fuimos a contar nuestra historia encima del pozo, del que ya hablé; y porque estaba escondido detrás de unos castaños, de un montón de piedras y de un matorral, lo habíamos de escoger, unos años más tarde, como celda de nuestros coloquios, de fervorosas oraciones; y, también –Excmo. y Rvmo. Señor Obispo, para decirle todo– para llorar lágrimas a veces bien amargas.

Mezclábamos nuestras lágrimas a sus aguas, para beberlas de nuevo de la misma fuente donde las derramábamos. ¿No sería

([10]) *Maria dos Anjos, la mayor de los hermanos (†1986).*

esta cisterna imagen de María, en cuyo Corazón secábamos nuestro llanto y bebíamos la más pura consolación?

Pero, volviendo a nuestra historia: al oír contar los sufrimientos de Nuestro Señor, la pequeña se enterneció y lloró. Muchas veces, después, me pedía repertírsela. Entonces lloraba con pena y decía:

– ¡Pobrecito Nuestro Señor! Yo no debo cometer ningún pecado. No quiero que Nuestro Señor sufra más.

4. *Sensibilidad de alma*

A la pequeñita le gustaba ir por las noches a una era que teníamos frente a casa, a ver la maravillosa puesta de sol y después el cielo estrellado. Cuando había noche de luna se entusiasmaba. Nos desafíabamos a ver quién era capaz de contar las estrellas; decíamos que eran las candelas de los Ángeles. La luna era la de Nuestra Señora, y el sol la de Nuestro Señor. Por lo que Jacinta decía a veces:

– A mí me agrada más la candela de Nuestra Señora que no quema ni ciega; y la de Nuestro Señor, sí.

En verdad, el sol allí, algunos días de verano, apretaba bien fuerte; y la pequeñita como era de constitución débil, sufría mucho con el calor.

5. *Catequesis infantil*

Como mi hermana era celadora del Corazón de Jesús, siempre que había comunión solemne de niños, me llevaba a renovar la mía.

Mi tía llevó una vez a su hija a ver la fiesta. La pequeñita se fijó en los ángeles que echaban flores. Desde ese día, de vez en cuando se separaba de nosotros, cuando jugábamos; tomaba una brazada de flores y venía a tirármela.

– Jacinta, ¿por qué haces eso?

– Hago como los angelitos: te echo flores.

Mi hermana tenía la costumbre, en una fiesta anual que debía de ser la del Corpus Christi, de vestir algunos angelitos, para que fuesen al lado del palio, en la procesión, echando flores. Como yo era siempre una de las designadas, una vez, cuando mi hermana

me probó el vestido, conté a Jacinta la fiesta que se aproximaba y cómo yo iría a echar flores a Jesús. La pequeñita me pidió entonces que intercediese ante mi hermana, para que la dejase a ella también. Mi hermana dijo que sí. Le probó también un vestido, y en el ensayo, nos dijo cómo deberíamos echar las flores al Niño Jesús. Jacinta le preguntó:

– ¿Y nosotras le veremos?

– Sí –le respondió mi hermana–, lo lleva el señor Prior.

Jacinta estaba muy contenta y preguntaba continuamente si faltaba mucho para la fiesta. Llegó por fin el ansiado día, y la pequeña estaba loca de contento. Nos colocaron a las dos al lado del altar, y durante la procesión al lado del palio, cada una con su cesto de flores. En los sitios señalados por mi hermana, yo tiraba a Jesús mis flores. Jacinta estuvo todo el tiempo pendiente del Prior y por muchas señales que le hice, no conseguí que echase ni una sola flor; miraba continuamente al Sr. Prior, y nada más. Al terminar la función mi hermana nos sacó de la iglesia y preguntó:

– Jacinta, ¿por qué no echaste las flores a Jesús?

– Porque no lo vi.

Después, me preguntó:

– ¿Tu viste al Niño Jesús?

– No. ¿Pero tú no sabes que el Niño Jesús no se ve, porque está escondido en la Hostia que recibimos cuando comulgamos?

– ¿Y tú, cuando comulgas, hablas con El?

– Sí.

– ¿Y por qué no lo ves?

– Porque está escondido.

– Voy a pedir a mi madre que me deje ir también a comulgar.

– El señor Prior no te la dará, sin tener los diez años.

– Pero tú, aún no los tienes y ya comulgaste.

– Porque sabía toda la doctrina y tú aún no la sabes.

Me pidieron entonces que se la enseñase. Así me constituí en catequista de mis dos compañeros, que aprendían con un entusiasmo único. Cuando yo era preguntada, respondía a todo; pero, al enseñar, me acordaba de pocas cosas; por lo que Jacinta me dijo una vez:

– Enséñanos más cosas porque esas ya las sabemos.

Les confesé que no las sabía sino cuando me las preguntaban, y añadí:

– Pide permiso a tu madre para ir a la iglesia y así aprenderás más.

Los dos pequeñitos que deseaban recibir a Jesús escondido, como ellos decían, fueron a hacer la petición a su madre. Mi tía aunque dijo que sí, los dejaba ir muy pocas veces, luego iban muy poco, pues decía que la iglesia estaba bastante lejos y que eran muy pequeñitos para comulgar; el Prior no le daría la Sagrada Comunión hasta después de los diez años ([11]).

Jacinta continuamente me hacía preguntas sobre Jesús escondido. Recuerdo que un día me preguntó:

– ¿Cómo es que tantas personas reciben al mismo tiempo a Jesús escondido? ¿Es un bocadito para cada uno?

– No ¿no ves que son muchas formas y en cada forma hay un niño?

¡Cuántos disparates le habré dicho!

6. *Jacinta, la pastorcita*

Entretanto, Señor Obispo, llegué a la edad en que mi madre mandaba a sus hijos a guardar el rebaño. Mi hermana Carolina ([12]) había cumplido trece años y era necesario que se pusiera a trabajar; por ello, mi madre me entregó el cuidado del rebaño. Di la noticia a mis compañeros y les dije que ya no podría jugar más con ellos. Ellos, como no les gustaba separarse, fueron a pedirle a su madre que les dejase venir conmigo, pero les fue negado. Tuvieron que aguantarse, aunque ellos venían casi todos los días, al anochecer, a esperarme al camino, y desde allí, marchábamos a la era; dábamos algunas corridas, mientras esperábamos que Nuestra Señora y los Angeles encediesen sus candelas y las asomasen a las ventanas para alumbrarnos, como decíamos. Cuando no había luna, decíamos que la lámpara de Nuestra Señora no tenía aceite.

A los dos pequeños, les costaba mucho separarse de mí. Por ello, pedían continuamente a su madre, que les dejase, también a ellos, guardar su rebaño. Mi tía, tal vez para verse libre de tantas

([11]) *Jacinta había nacido el dia 11 de marzo de 1910. Tenía, por lo tanto, en mayo de 1917, siete años y dos meses.*

([12]) *Carolina era la que antecedía en edad a Lucía. Falleció en 1994.*

súplicas, a pesar de que todavía eran muy pequeños, les confió el cuidado de sus ovejas. Radiantes de alegría, fueron a darme la noticia, y a planear cómo juntaríamos todos los días nuestros rebaños. Cada uno abriría el suyo a la hora que lo mandase su madre; el primero esperaría al otro en el Barreiro. (Así llamábamos a una pequeña laguna que había en el fondo de la sierra). Una vez juntos, decíamos cuál sería el pasto del día; y para allá íbamos felices y contentos, como si fuésemos a una fiesta.

Aquí tenemos, Excmo. y Rvmo. Señor Obispo, a Jacinta, en su nueva vida de pastorcita. A las ovejas nos las ganábamos a fuerza de distribuir entre ellas nuestra merienda. Por eso, cuando llegábamos al pasto, podíamos jugar tranquilos, porque ellas no se apartaban de nosotros. A Jacinta le agradaba mucho oír el eco de la voz en el fondo de los valles. Por ello, uno de nuestros entretenimientos era sentarnos en un peñasco del monte y pronunciar nombres en alta voz. El nombre que mejor eco hacía, era el de María. Jacinta decía a veces, el Ave María entero, repitiendo la palabra siguiente sólo cuando la anterior había terminado su eco.

Nos agradaba también entonar cantos; entre varios profanos –de los que, infelizmente, sabíamos bastantes–, Jacinta prefería: «Salve, nobre Padroeira», «Virgem Pura», «Anjos cantai comigo». Éramos, sin embargo, muy aficionados al baile; cualquier instrumento que oíamos tocar a los otros pastores, nos hacía bailar; Jacinta a pesar de ser tan pequeña, tenía para eso un arte especial.

Nos habían recomendado que, después de la merienda, rezáramos el Rosario, pero como todo el tiempo nos parecía poco para jugar, encontramos una buena manera de acabar pronto: pasábamos las cuentas diciendo solamente: ¡Ave María, Ave María, Ave María! Cuando llegábamos al fin del misterio, decíamos muy despacio simplemente: ¡Padre Nuestro!, y así, en un abrir y cerrar de ojos, como se suele decir, teníamos rezado el Rosario.

A Jacinta le agradaba mucho tomar los corderitos blancos, sentarse con ellos en brazos, abrazarlos, besarlos y, por la noche, traérselos a casa a cuestas, para que no se cansasen.

Un día, al volver a casa, se puso en medio del rebaño.

– Jacinta ¿para qué vas ahí en medio de las ovejas? – pregunté.

– Para hacer como Nuestro Señor, que, en aquella estampa que me dieron, también estaba así, en medio de muchas y con una en los hombros.

7. *Primera Aparición*

He aquí, Excmo. y Rvmo. Señor Obispo, poco más o menos, cómo pasaron los siete años que tenía Jacinta cuando apareció hermoso y risueño, como tantos otros, el día 13 de mayo de 1917.

Escogimos este día, por casualidad –si es que en los designios de la Divina Providencia existe la casualidad–, para apacentar nuestro rebaño, la propiedad perteneciente a mis padres, llamada: Cova de Iría.

Determinamos como de costumbre el lugar de apacentar, junto al Barreiro, del que ya hablé a V. Excia. Rvma. Tuvimos, por eso, que atravesar el erial, lo que nos hizo el camino doblemente largo. Por ello fuimos muy despacio, para que las ovejas fuesen pastando por el camino; y así, llegamos casi al mediodía.

No me detengo ahora a contar lo que pasó en este día, porque V. Excia. Rvma. ya lo sabe todo, y sería perder tiempo. Como perderlo me parece, a no ser por obedecer, con todo lo que estoy escribiendo; yo no veo qué utilidad puede sacar de aquí V. Excia. Rvdma., a no ser el conocimiento de la inocencia de vida de esta alma.

Antes de comenzar a contar a V. Excia. Rvma. lo que recuerdo del nuevo periodo de la vida de Jacinta, debo decir que hay algunas cosas, en las manifestaciones de Nuestra Señora, que habíamos convenido no decirlas; y tal vez ahora me vea obligada a decir algo de ello, para aclarar dónde fue Jacinta a beber tanto amor a Jesús, al sufrimiento y a los pecadores, por la salvación de los cuales tanto se santificó.

V. Excia. Rvma. sabe bien que fue ella, quien no pudiendo contener para sí tanta alegría, quebrantó nuestro contrato de no decir nada a nadie. Cuando, aquella misma tarde, embebidos por la sorpresa, permanecíamos pensativos, Jacinta de vez en cuando exclamaba con entusiasmo:

– ¡Ay qué Señora tan bonita!

– Estoy viendo – le dije – que lo vas a decir a alguien.

– No lo diré, no; estáte tranquila.

Al día siguiente cuando su hermano corrió a darme la noticia de que la noche anterior lo había dicho en casa, ella escuchó la acusación en silencio.

–¿Ves cómo yo sabía que lo ibas a decir? – le dije.

– Yo tenía dentro de mí una cosa que no me dejaba estar callada – respondió con lágrimas en los ojos.

– Bueno, ahora no llores, y en lo sucesivo no digas a nadie nada de lo que esa Señora nos dijo.

– Yo ya lo he dicho.

– ¿Qué dijiste?

– Dije que esa Señora prometió que nos llevaría al Cielo.

– ¿Y enseguida fuiste a contar eso?

– Perdóname; ya no diré nada a nadie.

8. *Meditación sobre el infierno*

Cuando llegamos ese día con nuestras ovejas al lugar escogido para pastar, Jacinta se sentó pensativa en una piedra.

– Jacinta ven a jugar.

– Hoy no quiero jugar.

– ¿Por qué no quieres jugar?

– Porque estoy pensando que aquella Señora nos dijo que rezásemos el Rosario e hiciésemos sacrificios por la conversión de los pecadores. Ahora cuando recemos el Rosario, tenemos que rezar las Avemarías y el Padrenuestro entero. ¿Y qué sacrificios podemos hacer?

Francisco penso enseguida en un sacrificio:

– Vamos a darle nuestra comida a las ovejas y así haremos el sacrificio de no comer.

En poco tiempo, habíamos repartido nuestro zurrón entre el rebaño. Y así pasamos un día de ayuno más riguroso que el de los más austeros cartujos. Jacinta seguía pensativa, sentada en su piedra, y preguntó:

– Aquella Señora también dijo que iban muchas almas al infierno. ¿Pero qué es el infierno?

– Es una cueva de bichos y una hoguera muy grande (así me lo explicaba mi madre), y allá van los que hacen pecados y no se confiesan; y permanecen allí siempre ardiendo.

– Y ¿nunca más salen de allí?

– No.

– ¿Ni después de muchos, muchos años?

– No, el infierno nunca se termina.

– Y ¿el Cielo tampoco acaba?

– Quien va al Cielo nunca más sale de allí.
– Y ¿el que va al infierno tampoco?
– ¿No ves que son eternos; que nunca se acaban?

Hicimos por primera vez en aquella ocasión, la meditación del infierno y de la eternidad. Tanto impresionó a Jacinta la eternidad, que, a veces, jugando preguntaba:

– Pero, oye, ¿después de muchos, muchos años, el infierno no se acaba?

Y, otras veces:

– ¿Y los que allí están, en el infierno ardiendo, nunca se mueren? ¿Y no se convierten en ceniza? ¿Y si la gente reza mucho por los pecadores, el Señor los libra de ir allí? ¿Y con los sacrificios también? ¡Pobrecitos! Tenemos que rezar y hacer muchos sacrificios por ellos.

Después añadía:

– ¡Qué buena es aquella Señora! ¡Y nos prometió llevarnos al Cielo!

9. *Amor a los pecadores*

Jacinta, tomó tan a pecho el sacrificio por la conversión de los pecadores que no dejaba escapar ninguna ocasión. Había allí unos niños, hijos de dos familias de Moita ([13]), que pedían de puerta en puerta. Los encontramos un día que íbamos con las ovejas. Jacinta, cuando los vio, nos dijo:

– ¿Damos nuestra merienda a aquellos pobrecitos por la conversión de los pecadores?

Y corrió a llevársela. Por la tarde me dijo que tenía hambre. Había algunas encinas y robles. Las bellotas estaban todavía bastante verdes, sin embargo le dije que podíamos comer de ellas. Francisco subió a la encina para llenarse los bolsillos, pero a Jacinta le pareció mejor comer bellotas amargas de los robles para hacer mejor los sacrificios. Y así, saboreamos aquella tarde aquel delicioso manjar. Jacinta, tomó esto por uno de sus sacrificios habituales; cogía las bellotas amargas o las aceitunas de los olivos.

Le dije un día:

– Jacinta, no comas eso, que amarga mucho.

([13]) *Pequeña población, al norte de la Cova de Iría, de la feligresía de Fátima.*

– Las como porque son amargas, para convertir a los pecadores.

No fueron solamente éstos nuestros ayunos; acordamos dar a los niños nuestra comida, siempre que los encontrásemos y las pobres criaturas, contentas con nuestra generosidad, procuraban encontrarnos esperándonos en el camino. En cuanto los veíamos, corría Jacinta a llevarles toda nuestra comida de ese día, con tanta satisfacción como si no nos hiciese falta.

Nuestro sustento era entonces: piñones, raíces de campánulas (es una florecita amarilla que tiene en la raíz una bolita del tamaño de una aceituna), moras, hongos y unas cosas que cogíamos de las raíces de los pinos, que no recuerdo como se llamaban, y también fruta, si es que la había ya en las propiedades de nuestros padres.

Jacinta parecía insaciable practicando sacrificios. Un día, uno de nuestros vecinos ofreció a mi madre un campo donde apacentar nuestro rebaño; pero estaba bastante lejos y nos encontrábamos en pleno verano. Mi madre aceptó el ofrecimiento hecho con tanta generosidad y nos mandó allá. Como estaba cerca una laguna donde el ganado podía ir a beber, me dijo que era mejor pasar allí la siesta, a la sombra de los árboles. Por el camino encontramos a nuestros queridos pobrecitos, y Jacinta corrió a llevarles nuestra merienda. El día era hermoso, pero el sol muy ardiente; y en aquel erial lleno de piedras, árido y seco parecía querer abrasarlo todo. La sed se hacía sentir y no había una gota de agua para beber; al principio, ofrecíamos este sacrificio con generosidad, por la conversión de los pecadores; pero pasada la hora del mediodía, no se resistía más.

Propuse entonces a mis compañeros ir a un lugar cercano a pedir un poco de agua. Aceptaron la propuesta y fui a llamar a la puerta de una viejecita, que al darme una jarra con agua me dio también un trocito de pan que acepté agradecida y corrí para repartirlo con mis compañeros. Di la jarra a Francisco y le dije que bebiese:

– No quiero – respondió.

– ¿Por qué?

– Quiero sufrir por la conversión de los pecadores.

– Bebe tú, Jacinta.

– ¡También quiero ofrecer el sacrificio por los pecadores!

Derramé entonces el agua de la jarra en una losa, para que la bebiesen las ovejas, y después fui a llevarle la jarra a su dueña. El calor se volvía cada vez más intenso, las cigarras y los grillos unían sus cantos a los de las ranas de una laguna cercana, y formaban un griterío insoportable. Jacinta, debilitada por la flaqueza y por la sed, me dijo con aquella simplicidad que le era natural:

– Diles a los grillos y a las ranas que se callen; ¡me duele tanto la cabeza!

Entonces Francisco le preguntó:

– ¿No quieres sufrir esto por los pecadores?

– Sí, quiero; déjalos cantar – respondió la pobre criatura apretando la cabeza entre las manos.

10. *Resistencia de la familia*

Entre tanto, la noticia del acontecimiento se había extendido. Mi madre empezaba a afligirse y quería a toda costa que yo dijera que era mentira lo que había dicho. Un día, antes de salir con el rebaño, quiso obligarme a decir que había mentido, no escatimó para ello, ni el cariño, ni las amenazas, ni la escoba. No consiguiendo obtener otra cosa que mi silencio, o la confirmación de lo que yo había dicho, me mandó abrir el rebaño, diciéndome que pensase bien durante el día que, si nunca había consentido una mentira a sus hijos, mucho menos iba a consentir ahora una de aquella especie; que, por la noche, me obligaría ir a ver a aquellas personas que había engañado para confesar que había mentido y pedir perdón.

Me fui con mis ovejas; mis compañeros en ese día ya me esperaban. Al verme llorar, acudieron a preguntarme la causa. Les contesté lo que me había pasado y añadí:

– Ahora, decidme lo que voy a hacer; mi madre quiere que diga que he mentido. Y ¿cómo voy a decirlo?

Entonces, Francisco le dijo a Jacinta:

– ¿Ves? Tú eres quien tiene la culpa. ¿Para qué lo dijiste?

La pobre niña, se puso de rodillas, con las manos juntas pidiéndonos perdón.

– Hice mal –decía llorando– pero nunca diré ya nada a nadie.

Ahora preguntará V. Excia. que quién le enseñó a hacer este acto de humildad. No lo sé. Tal vez el hecho de haber visto a sus

hermanos pedir perdón a sus padres la víspera de la comunión; o porque fue a Jacinta, según me parece, a la que la Santísima Virgen comunicó mayor abundancia de gracias y conocimiento de Dios y de las virtudes. Cuando algún tiempo después, el señor Prior ([14]) nos mandó llamar para interrogarnos, Jacinta bajó la cabeza y con dificultad consiguió su reverencia obtener de ella dos o tres palabras.

Cuando nos marchamos después, le pregunté:

– ¿Por qué no querías responder al señor Prior?

– Porque te prometí que no diría nada a nadie.

Un día preguntó:

– ¿Por qué no podemos decir que aquella Señora nos dijo que hiciésemos sacrificios por los pecadores?

– Para que no nos pregunten qué sacrificios hacemos.

Mi madre se afligía cada vez más con la marcha de los acontecimientos. Por lo que se esforzaba más aún en obligarme a decir que había mentido. Un día se levantó por la mañana y me dijo que iba a llevarme a casa del señor Prior:

– Cuando lleguemos, ponte de rodillas, le dices que has mentido y pides perdón.

Al pasar por casa de mi tía, mi madre entró unos minutos. Aproveché esta ocasión para contar a Jacinta lo que ocurría. Al verme afligida, dejó caer algunas lágrimas y me dijo:

– Me voy a levantar y voy a llamar a Francisco; iremos a tu pozo a rezar. Cuando vuelvas, ve allá enseguida.

A la vuelta, corrí al pozo y allí estaban los dos rezando. Cuando me vieron, Jacinta corrió a abrazarme preguntándome qué había pasado. Se lo conté. Después, me dijo:

– ¿Ves? No debemos tener miedo de nada. Aquella Señora nos ayuda siempre. Es nuestra amiga.

Desde que Nuestra Señora nos enseñara a ofrecer a Jesús nuestros sacrificios, siempre que pensábamos hacer algunos, o que teníamos que sufrir alguna prueba, Jacinta preguntaba:

– ¿Le has dicho ya a Jesús que es por su amor?

Si le decía que no...

– Entonces lo diré yo.

([14]) *El primer interrogatorio del Párroco, P. Manuel Marques Ferreira, fue hecho a fines ya de mayo de 1917.*

Y, juntando las manos y levantado los ojos al cielo, decía:

– ¡Oh Jesús! es por tu amor y por la conversión de los pecadores.

11. *Amor al Santo Padre*

Fueron a interrogarnos dos sacerdotes, que nos recomendaron que rezásemos por el Santo Padre.

Jacinta preguntó que quién era el Santo Padre; y los buenos sacerdotes nos explicaron quién era y cómo necesitaba mucho de oraciones.

En Jacinta arraigó tanto el amor al Santo Padre, que siempre que ofrecía un sacrificio a Jesús, añadía: "Y por el Santo Padre". Al final del Rosario, rezaba siempre tres avemarías por el Santo Padre; y algunas veces decía:

– ¡Quién me diera ver al Santo Padre! ¡Viene aquí tanta gente y el Santo Padre no viene nunca! ([15]).

En su inocencia de niña, creía que el Santo Padre podía hacer este viaje como las otras personas.

Un día, mi padre y mi tío ([16]) fueron avisados para que nos llevasen al día siguiente a la Administración del Concejo ([17]). Mi tío dijo que no llevaba a sus hijos, porque, decía:

– No tengo por qué llevar a un tribunal a dos criaturas que no son responsables de sus actos; además ellos no aguantan a pie el camino hasta Vila Nova de Ourém. Voy a ver lo que ellos quieren.

Mi padre pensaba de otra manera:

– A la mía, la llevo: que se las arregle con ellos; que yo de estas cosas no entiendo nada.

Aprovecharon entonces la ocasión para meternos todo el miedo posible. Al día siguiente, al pasar por casa de mi tío, mi padre le esperó un momento. Corrí a la cama de Jacinta a decirle adiós. En la duda de no volver a vernos, la abracé y la pobre niña me dijo llorando:

([15]) *Pablo VI fué como peregrino a Fátima, el día 13 de mayo de 1967. Juan Pablo II visitó también Fátima, el 13 de mayo de 1982, de 1991 y de 2000.*

([16]) *Su padre, Antonio dos Santos (†31.VII.1919). Su tio y padre de Francisco y Jacinta, Manuel Pedro Marto (†1957).*

([17]) *El Administrador, Arturo de Oliveira Santos (†1955).*

– Si ellos te matan, les dices que Francisco y yo somos también como tú, y que queremos morir contigo. Y yo voy ahora con Francisco al pozo a rezar mucho por ti.

Cuando por la noche volví, corrí al pozo; y allí estaban los dos de rodillas echados sobre el brocal, con la cabecita entre las manos, llorando. Cuando me vieron, quedaron sorprendidos:

– ¿Tú, estás aquí? Vino tu hermana a buscar agua y nos dijo que ya te habían matado. ¡Hemos rezado y llorado tanto por ti...!

12. *En la prisión de Ourém*

Cuando, pasado algún tiempo estuvimos presos, a Jacinta lo que más le costaba era el abandono de los padres; y decía corriéndole las lágrimas por las mejillas:

– Ni tus padres ni los míos vienen a vernos; ¡no les importamos nada!

– No llores –le dice Francisco–; ofrezcámoslo a Jesús por los pecadores.

Y levantando los ojos y las manos al cielo hizo él el ofrecimiento.

– ¡Oh mi Jesús, es por tu amor y por la conversión de los pecadores!

Jacinta añadió:

– Y también por el Santo Padre y en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María.

Cuando después de habernos separado, volvieron a juntarnos en una sala de la cárcel, diciendo que dentro de poco nos iban a buscar para freírnos, Jacinta se acercó a una ventana que daba a la feria de ganado. Pensé al principio que estaría distrayéndose; pero enseguida vi que lloraba. Fui a buscarla y le pregunté por qué lloraba; respondió:

– Porque vamos a morir sin volver a ver a nuestros padres, ni a nuestras madres. Y, con lágrimas, decía:

– Al menos yo quería ver a mi madre.

– Entonces, ¿tú no quieres ofrecer este sacrificio por la conversión de los pecadores?

– Quiero, quiero.

Y con las lágrimas bañándole la cara, las manos y los ojos levantados al cielo, hizo el ofrecimiento:

–¡Oh mi Jesús! Es por tu amor, por la conversión de los pecadores, por el Santo Padre y en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María.

Los presos que presenciaban esta escena querían consolarnos.

– Pero –decían– todo lo que tenéis que hacer es decir al señor Administrador ese secreto. ¿Qué os importa que esa Señora no quiera?

– Eso, nunca –respondió Jacinta con viveza– ; prefiero morir.

13. *El Rosario en la prisión.*

Determinamos entonces rezar nuestro Rosario. Jacinta sacó una medalla que llevaba al cuello, y pidió a un preso que la colgara de un clavo que había en la pared y, de rodillas delante de la medalla, comenzamos a rezar. Los presos rezaban con nosotros, si es que sabían rezar; al menos, se pusieron de rodillas.

Terminado el Rosario, Jacinta volvió a la ventana a llorar.

Jacinta, ¿entonces, tú no quieres ofrecer este sacrificio al Señor? – le pregunté.

– Quiero, pero me acuerdo mucho de mi madre y lloro sin querer.

Como la Santísima Virgen nos había dicho también que ofreciésemos nuestras oraciones y sacrificios en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María, quisimos combinarnos escogiendo cada uno una intención. Uno lo ofreció por los pecadores, otro por el Santo Padre, y otro en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María. Puestos de acuerdo, pregunté a Jacinta cuál era la intención por la que lo ofrecía ella:

– Yo lo ofrezco por todas, porque todas me agradan mucho.

14. *Su afición por el baile*

Entre los presos, había uno que sabía tocar el acordeón; y, para distraernos un poco, comenzaron a tocar y cantar. Nos preguntaron si sabíamos bailar; dijimos que sabíamos el «fandango» y la «vira».

Jacinta, fue entonces la compañera de un pobre ladrón, que, viéndola tan pequeña, terminó bailando con ella en los brazos. ¡Ojalá Nuestra Señora haya tenido compansión de su alma y lo haya convertido!

Ahora dirá V. Excia.

– ¡Qué bellas disposiciones para el martirio!

Es verdad; pero éramos niños y apenas pensábamos; Jacinta tenía para el baile una inclinación especial y mucho arte. Me acuerdo que un día lloraba por uno de sus hermanos que estaba en la guerra y creía muerto. Para distraerla empecé a bailar con dos de sus hermanos; y la pobre criatura comenzó a bailar y al mismo tiempo a limpiarse las lágrimas que le corrían por la cara.

Sin embargo, a pesar de esta inclinación que tenía por el baile, –a veces le bastaba oír cualquier instrumento que tocaban los otros pastores, para ponerse a bailar aunque fuera sola– cuando se aproximó el día de S. Juan o el carnaval, ella misma nos dijo:

– Yo, ahora ya no bailo más.

– ¿Por qué?

– Porque quiero ofrecer este sacrificio al Señor.

Y como éramos los cabecillas de los bailes de los niños, finalizaron los bailes que se acostumbraban a hacer en estas ocasiones.

II. DESPUES DE LAS APARICIONES

1. *Oraciones y sacrificios en el Cabezo*

Mi tía, cansada de tener que mandar continuamente a buscar a sus hijos para satisfacer los deseos de las personas que querían hablar con ellos, mandó que llevara a pastar el rebaño su hijo Juan ([18]).

A Jacinta le costó mucho esta orden por dos motivos: porque tenía que hablar con toda la gente que la buscaba y por no poder estar todo el día conmigo. Sin embargo tuvo que resignarse. Y, para ocultarse de las personas que la buscaban, solía esconderse con su hermano en una cueva formada por unas rocas, situadas en la

([18]) *Juan Marto, hermano de Francisco y de Jacinta (†28.IV.2000),*

falda de un monte que había frente a nuestro pueblo ([19]); tiene encima un molino de viento. La roca queda en la falda que da al naciente; y está tan bien dispuesta, que nos resguardaba perfectamente de la lluvia y de los rayos calurosos del sol. Además, la ocultaban numerosos olivos y robles. ¡Cúantas oraciones y sacrificios ofreció ella allí a nuestro buen Dios!

En la falda de aquel monte había muchas y variadas flores. Entre ellas había innumerables lirios que le gustaban mucho; y siempre que por la noche salía a esperarme al camino, me traía un lirio y cuando no lo había, otra flor cualquiera. Disfrutaba mucho cuando me encontraba; entonces, la deshojaba y me tiraba los pétalos.

Mi madre se conformó con indicarme los sitios donde debía pastorear, y así sabía dónde estaba para mandarme llamar cuando fuera preciso. Cuando estaba cerca, avisaba a mis compañeros, que enseguida iban allí. Jacinta corría hasta estar cerca de mí. Después, cansada, se sentaba y me llamaba; no callándose hasta que yo le respondía e iba a su encuentro.

2. *La molestia de los interrogatorios*

Mi madre, cansada de ver cómo mi hermana perdía el tiempo por ir a buscarme continuamente y a quedarse en mi lugar con el rebaño, determinó venderlo, y, de acuerdo con mi tía, nos mandaron ir a la escuela. A Jacinta le gustaba, durante el recreo, ir a hacer algunas visitas al Santísimo; pero decía:

– Parece que lo adivinan; en cuanto entra uno en la iglesia, hay mucha gente que quiere hacernos preguntas y a mí me gustaría estar mucho tiempo sola, hablando con Jesús escondido; pero ¡no me dejan!

Era verdad, aquella gente sencilla de la aldea no nos dejaba. Nos referían con sencillez, todas sus necesidades y problemas. Jacinta se entristecía, sobre todo si se trataba de algún pecador; entonces decía:

([19]) *La concavidad, formada por esas rocas, llámase «Loca do Cabeço»; fue identificada por la Hermana Lucía, en su primera visita a los lugares después de su salida en 1921, el día 20 de mayo de 1946.*

– Tenemos que rezar y ofrecer muchos sacrificios al Señor para que lo convierta y así no vaya al infierno, pobrecito.

Ahora puedo contar un hecho que muestra todo lo que hacía Jacinta por huir de las personas que la buscaban. Un día, cuando íbamos ya por la mitad del camino de Fátima, vemos que, de un automóvil, se baja un grupo de señoras y algunos caballeros. Sabíamos sin duda que nos buscaban, y no podíamos huir sin que se dieran cuenta; seguimos adelante con la esperanza de no ser conocidos. Al llegar junto a nosotros las señoras nos preguntaron si conocíamos a los pastorcillos a los cuales se les había aparecido Nuestra Señora. Les respondimos que sí; y como querían saber dónde vivían, les dimos toda clase de explicaciones para que llegasen bien a casa y corrimos a escondernos en el campo, en un zarzal. Jacinta, contenta con el resultado de la experiencia, decía:

– Hemos de hacer esto siempre que no nos conozcan.

3. *El Padre Cruz*

Un día fue el señor doctor Cruz de Lisboa ([20]), a interrogarnos; después de su interrogatorio, nos pidió que le mostrásemos el lugar donde se nos había aparecido Nuestra Señora. Por el camino ibamos cada uno al lado de su reverencia, que iba montado en un burro tan pequeño que casi arrastaba los pies por el suelo. Nos fue enseñando una letanía de jaculatorias, de las cuales Jacinta escogió dos, que después no dejaría de repetir: “¡Dulce Corazón de María, sed la salvación mía!”

Un día, durante su enfermedad, me dijo:

– ¡Me agrada tanto decirle a Jesús que le amo! Cuando lo digo muchas veces parece como si tuviera fuego en el pecho, pero no me quema.

Otras veces decía:

– Me encantan tanto Nuestro Señor y Nuestra Señora, que no me canso de decirles que les amo.

([20]) P*. Francisco Rodrigues da Cruz S.J. (1858-1948), cuya causa de beatificación ha sido introducida.*

4. Gracias alcanzadas por Jacinta

Había en nuestro pueblo una mujer que nos insultaba siempre que nos veía. Nos la encontramos cuando salía de la taberna; y la pobre, como no estaba en sí, no se conformó esta vez solamente con insultarnos. Cuando terminó su tarea, Jacinta me dijo:

– Tenemos que pedir a Nuestra Señora y ofrecer sacrificios por la conversión de esta mujer; dice tantos pecados, que, como no se confiese, va a ir al infierno.

Unos días después pasábamos corriendo por delante de la casa de esta mujer. De repente, Jacinta se detiene y, volviéndose atrás, pregunta:

– Oye. ¿Es mañana cuando vamos a ver a esa mujer?

– Sí.

– Entonces, no juguemos más; hacemos este sacrificio por la conversión de los pecadores.

Y, sin pensar que alguien la podia ver, levanta las manos y los ojos al cielo, y hace el ofrecimiento.

La mujercita estaba espiando por el postigo de casa; después dijo a mi madre que le había impresionado tanto aquella acción de Jacinta, que no necesitaba más prueba para creer en la realidad de los hechos. Desde entonces no sólo dejó de insultarnos, sino que también nos pedía continuamente que intercediésemos por ella a Nuestra Señora, para que le perdonase sus pecados.

Nos encontró un día una pobre mujer, y, llorando, se puso de rodillas delante de Jacinta, pidiendo que consiguiese de Nuestra Señora ser sanada de una terrible enfermedad. Jacinta, al verla de rodillas, se afligió y le cogió las manos trémulas, para que se levantase. Pero viendo que no lo conseguía, se arrodilló también y rezó con la mujer tres avemarías. Después le pidió que se levantara, que Nuestra Señora había de curarla; y no dejó de rezar nunca por ella, hasta que, pasado algún tiempo, volvió a aparecer para agradecer a Nuestra Señora su curación.

En otra ocasión fue un soldado al que encontramos llorando como un niño; había recibido orden de partir a la guerra y dejaba a su mujer enferma en la cama con tres hijos pequeños. El pedía, o la salud de la mujer, o bien la anulación de la orden.

Jacinta le invitó a rezar con ella el Rosario. Después le dijo:

– No llore; Nuestra Señora es tan buena, que seguro que le concede la gracia que le pide.

Y no se olvidó jamás de su soldado. Al final del Rosario, siempre rezaba un avemaría por el soldado. Pasados algunos meses, apareció con su esposa y sus tres hijos para agradecer a Nuestra Señora las dos gracias recibidas. A causa de unas fiebres que le habían dado la víspera de la partida, quedó libre del servicio militar; y su esposa, decía él, fue curada milagrosamente por intercesión de Nuestra Señora.

5. *Nuevos sacrificios*

Un día nos dijeron que vendría un sacerdote santo a interrogarnos, y que adivinaba lo que pasaba en el interior de cada uno, por lo que descubriría si era o no cierto lo que decíamos. Entonces Jacinta llena de alegría decía:

– ¿Cuándo llegará ese Señor Padre que adivina? Si adivina, ha de saber bien que lo que decimos es verdad.

Jugábamos un día sobre el pozo ya mencionado; la madre de Jacinta tenía allí, lindando, una viña. Cortó algunos racimos y nos los trajo, para que nos los comiésemos; pero Jacinta no se olvidaba de sus pecadores nunca:

– No los comamos –nos dijo–, y ofrezcamos este sacrificio por los pecadores.

Enseguida corrió a llevar las uvas a unos niños que jugaban en la calle. A la vuelta venía radiante de alegría; aquellos niños que jugaban, eran nuestros antiguos pobrecitos.

Otra vez, mi tía nos fue a llamar para que comiésemos unos higos que habían traído y que, en realidad, abrían el apetito a cualquiera; Jacinta se sentó con nosotros, satisfecha, ante la cesta y cogió uno para empezar a comer, pero de repente, acordándose, dijo:

– ¡Es verdad!, hoy aún no hemos hecho ningún sacrificio por los pecadores. Tenemos que hacer éste.

Puso el higo en la cesta, hizo el ofrecimiento, y nos fuimos dejando allí los higos, para convertir a los pecadores. Jacinta repetía con frecuencia estos sacrificios, pero no me detengo a contar más, porque no acabaría nunca.

III. ENFERMAD Y MUERTE DE JACINTA

1. *Jacinta, víctima de la gripe epidémica*

Pasaban así los días de Jacinta, cuando nuestro Señor le mandó la neumonía que la postró en cama, con su hermano ([21]). En las vísperas de la enfermedad decía:

– ¡Me duele tanto la cabeza y tengo tanta sed! Pero no quiero beber para sufrir por los pecadores.

Todo el tiempo que me quedaba libre de la escuela y de alguna otra cosa que me mandasen hacer, iba junto a ellos. Un día, cuando pasaba hacia la escuela, me dijo Jacinta:

– Oye, dile a Jesús escondido que le recuerdo mucho y le amo mucho.

Otras veces decía:

– Dile a Jesús que le mando muchos saludos.

Cuando iba primero a su cuarto, me decía:

– Vete a ver a Francisco; yo hago el sacrificio de quedarme aquí sola.

Un día su madre le llevó una taza de leche y le dijo que la tomara.

– No quiero, madre mía – respondió, apartando la taza con las manos.

Mi tía insistió un poco, y después se retiró diciendo:

– No sé cómo hacerle tomar alguna cosa con tan poco apetito.

Después que quedamos solas, le pregunté:

– ¿Por qué desobedeces a tu madre y no ofreces este sacrificio al Señor?

Dejando caer algunas lágrimas, que tuve la dicha de limpiar, dijo:

– ¡Ahora no me acordé!

Llamó a su madre y, pidiéndole perdón, le dijo que tomaría todo cuanto ella quisiera. La madre le trajo la taza de leche y la tomó sin mostrar la más leve repugnancia. Después me dijo:

– ¡Si tú supieses cuánto me cuesta tomarla!

En otra ocasión me dijo:

([21]) *Casi toda la familia –menos el padre– cae enferma de la peste, a fines de octubre de 1918.*

– Cada vez me cuesta más trabajo tomar la leche y los caldos; pero lo hago sin decir nada, por amor a Nuestro Señor y al Inmaculado Corazón de María, nuestra Madrecita del Cielo.

– ¿Estás mejor?, le pregunté un día.

– Ya sabes que no mejoro.

Y añadió: – ¡Tengo tantos dolores en el pecho!, pero no digo nada; sufro por la conversión de los pecadores.

Cuando un día llegué junto a ella me preguntó:

– ¿Has hecho hoy muchos sacrificios? Yo he hecho muchos. Mi madre ha salido, y yo quise ir muchas veces a visitar a Francisco y no fui.

2. *Visitas de Nuestra Señora*

Por entonces, se recuperó un poco; y a veces se levantaba y se sentaba en la cama de su hermano. Un dia me mandó llamar, para que fuese junto a ella deprisa. Allí fui corriendo, y me dijo:

– Nuestra Señora. ha venido a vernos, y ha dicho que muy pronto vendrá a buscar a Francisco para llevárselo al Cielo. A mí me preguntó si todavía quería convertir más pecadores. Le dije que sí. Y me contestó que iría a un hospital, y que allí sufriría mucho, por la conversión de los pecadores y en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María y por amor a Jesús. Le pregunté si tú vendrías conmigo. Dijo que no. Esto es lo que más me cuesta. Dijo que iría mi madre a llevarme y después quedaría allí solita.

Quedó un rato pensativa y añadió:

– ¡Si tú fueses conmigo! Lo que más me cuesta es ir sin ti. Tal vez, el hospital es una casa muy oscura donde no se ve nada y yo estaré alli, sufriendo sola. Pero no importa; sufro por amor al Señor, para reparar al Inmaculado Corazón de María, por la conversión de los pecadores y por el Santo Padre.

Cuando llegó el momento de partir para el Cielo su hermanito ([22]), ella le hizo sus recomendaciones:

– Da muchos saludos míos a Nuestro Señor y Nuestra Señora; y diles que sufriré todo lo que ellos quieran para convertir a los pecadores y para reparar al Inmaculado Corazón de María.

([22]) *Francisco muere santamente, después de confesarse y recibir el Santísimo Viático, el día 4 de abril de 1919.*

Sufrió mucho con la muerte de su hermano. Quedaba mucho tiempo pensativa y, si se le preguntaba en qué estaba pensando, respondía:

– En Francisco. ¡Quién me diera verlo!

Y los ojos se le llenaban de lágrimas.

Un día le dije:

– A ti ya te queda poco para ir al Cielo, pero ¿yo?

– ¡Pobrecita!, no llores; allí he de pedir mucho por ti. Nuestra Señora lo quiere así. Si me escogiese a mí, quedaría contenta, para sufrir más por los pecadores.

3. *En el Hospital de Ourém*

Llegó el día de ir al hospital ([23]), donde de verdad tuvo que sufrir mucho. Cuando su madre fue a visitarla, le preguntó si quería alguna cosa; le dijo que quería verme. Mi tía, a pesar de los muchos sacrificios, me llevó. En cuanto me vió, me abrazó con alegría y pidió a su madre que me dejase con ella y se fuese a hacer algunas compras.

Le pregunté si sufría mucho.

– Sufro, sí, pero lo ofrezco todo por los pecadores y para reparar al Inmaculado Corazón de María.

Después habló entusiasmada de Nuestro Señor y de Nuestra Señora. Y decía:

– ¡Me agrada tanto sufrir por su amor, para darles gusto! A ellos les agradan mucho los que sufren por la conversión de los pecadores.

El tiempo dedicado a las visitas pasó rápido; y mi tía había llegado ya para recogerme. Preguntó a Jacinta si quería alguna cosa; sólo le pidió que me volviese a traer en la próxima visita, y mi buena tía, que quería dar gusto a su hija, me volvió a llevar otra vez. La encontré con la misma alegría por poder sufrir por amor a nuestro buen Dios, para reparar el Inmaculado Corazón de María, por los pecadores y por el Santo Padre. Todo esto era su ideal, era de lo que hablaba.

([23]) *Se trata del primer hospital donde estuvo internada un mes: el de Vila Nova de Ourém.*

4. *Regreso a Aljustrel*

Volvió aún por algún tiempo a casa de sus padres. Tenía una gran herida abierta en el pecho, cuyas curas diarias sufría sin una queja, sin mostrar las menores señales de enfado.

Lo que más le costaba eran las frecuentes visitas e interrogatorios de las personas que la buscaban, de las que ahora no podía esconderse.

– Ofrezco también este sacrificio por los pecadores –decía con resignación: ¡Quién pudiera ir otra vez al Cabezo para poder rezar un Rosario en nuestra gruta! Pero ya no soy capaz. Cuando vayas a Cova de Iría, reza por mí. Ciertamente nunca más volveré allí –decía llorando.

Un dia me dijo mi tía:

– Pregunta a Jacinta qué es lo que piensa cuando está tanto tiempo con las manos en la cara, sin moverse; yo ya se lo he preguntado, pero sonríe y no responde.

Le hice la pregunta.

– Pienso en Nuestro Señor, en Nuestra Señora, en los pecadores y en... (nombró algunas cosas del secreto); me agrada mucho pensar.

Mi tia me preguntó por la respuesta de su hijita; con una sonrisa lo tenía todo dicho. Entonces dijo mi tía a mi madre:

– No lo entiendo; la vida de estos niños es un enigma.

Y mi madre añadía:

– Cuando están solas, hablan por los codos, sin que la gente sea capaz de entenderles una palabra, por más que escuchen; y cuando llega alguien, bajan la cabeza y no dicen nada. ¡No puedo comprender este misterio!

5. *Nuevas visitas de la Virgen*

De nuevo la Santisima Virgen visitó a Jacinta para anunciarle nuevas cruces y sacrificios. Me dio la noticia y me dijo:

– Nuestra Señora me ha dicho que voy a ir a Lisboa, a otro hospital, que no volveré a verte, ni a mis padres; que después de sufrir mucho, moriré sola; pero que no tenga miedo: Ella me irá a buscar para llevarme al Cielo. – Y abrazándome, decía llorando:

– Nunca más volveré a verte; tú no irás a visitarme allí. ¡Oye! reza mucho por mí, que moriré solita.

Hasta que llegó el día de ir a Lisboa sufrió enormemente; se abrazaba a mí y decía llorando:

– Nunca volveré a verte, ni a mi madre, ni a mis hermanos, ni a mi padre. Nunca más os volveré a ver; después, he de morir sola!

– No pienses en eso – le dije un día.

– Déjame pensar, porque cuanto más pienso, sufro más. Y yo quiero sufrir por amor a Nuestro Señor y por los pecadores. Y, además, no me importa; Nuestra Señora me irá a buscar allí para llevarme al Cielo.

A veces, besaba un crucifijo y abrazándolo decía:

– ¿Y voy a morir sin recibir a Jesús escondido? ¡Si me lo trajese nuestra Señora cuando me viniese a buscar!

Una vez le pregunté:

– ¿Qué vas a hacer en el Cielo?

– Voy a amar mucho a Jesús, al Inmaculado Corazón de María; pediré mucho por ti, por los pecadores, por el Santo Padre, por mis padres y hermanos, y por todas esas personas que me han dicho que pida por ellas.

Cuando la madre se mostraba triste al verla tan enferma, decía:

– No se aflija, madre, voy al Cielo; allí he de pedir mucho por usted.

Otras veces decía:

– No llore, yo estoy bien.

Si le preguntaban si necesitaba alguna cosa, respondía:

– Muchas gracias; no necesito nada.

Y cuando se retiraban, decía:

– Tengo mucha sed, pero no quiero beber; se lo ofrezco a Jesús por los pecadores.

Un día que mi tía me hacía algunas preguntas, me llamó y me dijo:

– No quiero que digas a nadie que sufro mucho; ni a mi madre, porque no quiero que se aflija.

Otro día la encontré abrazando una estampa de Nuestra Señora y diciendo:

– ¡Oh Madrecita mía del Cielo!, entonces ¿yo he de morir sola?

La pobre niña parecía asustarse con esta idea. Para animarla, le dije:

– ¿Qué te importa morir solita, si Nuestra Señora te viene a buscar?

– Es verdad, no me importa nada; pero no sé cómo será; a veces no recuerdo que ella viene a buscarme; sólo recuerdo que moriré sin que tú estés a mi lado.

6. *Partida para Lisboa*

Llegó por fin el día de salir para Lisboa ([24]); la despedida partía el corazón. Permaneció mucho tiempo abrazada a mi cuello, y decía llorando.

– Nunca más volveremos a vernos. Reza mucho por mí hasta que yo vaya al Cielo; después, cuando yo esté allí, pediré mucho por ti. No digas nunca el secreto a nadie, aunque te maten. Ama mucho a Jesús y al Inmaculado Corazón de María; y haz muchos sacrificios por los pecadores.

De Lisboa me mandó todavía decir que Nuestra Señora ya la había ido a ver; que le había dicho la hora y el día en que moriría, y me recomendaba que fuese muy buena.

EPILOGO

Acabo, Excmo. Rvmo. Señor Obispo, de contar a V. Excia. Rvma. lo que recuerdo de la vida de Jacinta.

Pido a nuestro buen Dios, se digne aceptar este acto de obediencia para encender en las almas llamas de amor a los Corazones de Jesús y de María.

Ahora pido un favor: es que, si V. Excia. Rvma. publica algunas cosas de las que acabo de contar, lo haga de modo que no hable de ninguna manera de mi pobre y miserable persona. ([25])

Confieso, de verdad, Excmo. y Rvmo. Señor Obispo, que si yo supiese que V. Excia. quemaba este escrito, sin siquiera leerlo, yo sentiría mucho gusto, pues lo escribi únicamente para obedecer a la voluntad de nuestro buen Dios, para mí manifestada en la voluntad expresa de V. Excia. Rvma.

([24]) *Fue para Lisboa el 21 de enero de 1920. Muere el 20 de febrero de 1920, a las diez y media de la noche.*

([25]) *Quien primero hace uso público de esta Memoria es el Dr. J. Galamba de Oliveira en su librito «Jacinta» (1ª Edición, mayo, 1938).*

SEGUNDA MEMORIA

Introducción

La Primera Memoria había descubierto a los Superiores de Lucía que ésta guardaba celosamente todavía muchas cosas, que sólo revelaría por obediencia. En abril de 1937, el P. Fonseca, escribiendo al Sr. Obispo, le decía: «... (la Primera Memoria) hace suponer que existen todavía particulares interesantes relativos a la historia de las Apariciones... que están todavía ineditos. ¿No sería posible o habría inconveniente en hacer que la Hermana Lucía, con simplicidad religiosa y evangélica, para honra de Nuestra Señora, escribiese pormenorizadamente cuanto se acordase... ? Ahí queda la idea; y si fuera aprovechable, sólo V. Excia. Rvma. podrá hacerla valer».

Y, en efecto, don José, puesto de acuerdo con la Madre Provincial de las Doroteas, Madre María do Carmo Corte Real, dan la orden a Lucía. Esta, con fecha 7 de noviembre de 1937, puede responder a don José: "Comienzo hoy mismo, visto ser ésa la voluntad de Dios". Este escrito, comenzado, pues, el día 7 de noviembre, sabemos que está terminado el día 21... Es decir: catorce días para redactar un escrito largo, y siempre en medio de ocupaciones caseras que no la dejaban reposar. Y se trata, decimos, de 38 folios escritos por las dos caras en letra bien seguida y cerrada y sin apenas correcciones. Esto quiere decir, una vez más, la lucidez de espíritu, la serenidad del alma, el equilibrio de facultades de la Hermana Lucía.

En esta Memoria, los temas eran ya sorprendentes: apariciones angélicas, gracias extraordinarias en su Primera Comunión; apariciones del Corazón de María en junio 1917, y muchas circunstancias absolutamente inéditas hasta entonces. La intención de la Hermana Lucía que tenía en este escrito la señalaba así: «La historia de Fátima tal cual ella es». No se trataba, por tanto –como en la anterior Memoria–, de unos recuerdos «biográficos», en que las Apariciones permanecían en la penumbra, sino de las mismas Apariciones, como primar plano intentado.

Y en cuanto al «espíritu» con que Lucía escribía, nos lo expresa con estas palabras: «Ya no tendré el gusto de saborear sólo conmigo los secretos de tu amor; pero, en el futuro, otros cantarán conmigo las grandezas de tu misericordía... He aquí la esclava del Señor: que El continúe servirse de ella como le pluguiere»

PRÓLOGO

J. M. J.

¡Voluntad de Dios, tú eres mi Paraíso! ([1])

Excmo. y Rvmo. Señor Obispo:

Heme aquí, con la pluma en la mano, para hacer la voluntad de mi Dios. Y, puesto que no tengo otros fines, comienzo con la máxima que mi santa Fundadora me dejó en herencia; y que yo, en el curso de este escrito y a su imitación, repetiré muchas veces: «¡Voluntad de Dios, tú eres mi paraíso!». Déjeme, Exmo. Señor, penetrarme bien de todo el sentido de esta máxima, para que, en los momentos en que la repugnancia o el amor a mi secreto, me quisiere hacer omitir alguna cosa oculta, sea ella mi norma y mi guía.

Se me ocurre preguntar para qué irá a servir este escrito hecho por mí, que ni siquiera la caligrafía soy capaz de hacer bien.([2]) Pero no; no pregunto nada. Sé que la perfección de la obediencia no pregunta por razones; le bastan las palabras de V. Excia. Rvma. que me dice que: «es para gloria de nuestra Santísima Madre del Cielo». En la seguridad, pues, de que sea así, imploro la bendición y protección de su Corazón Inmaculado. Y, humildemente postrada a sus pies, me sirvo de sus santísimas palabras para hablar a mi Dios:

– He aquí la última de vuestras esclavas, oh Dios mío, que, en plena sumisión a vuestra voluntad santísima, viene a rasgar el velo de su secreto, y dejar ver la historia de Fátima tal cual es. ¡Ya no tendré el placer de saborear a solas conmigo los secretos de tu amor; sino que, en el futuro, otros cantarán conmigo las grandezas de tu misericordia!

([1]) *Se trata de una frase de la Fundadora de la Congregación de Santa Dorotea, Santa Paula Frassinetti.*

([2]) *La ortografía es, a veces, incorrecta, pero eso no atañe a la claridad ni al peculiar estilo de sus escritos.*

I. ANTES DE LAS APARICIONES

1. Infancia de Lucía

Exmo. y Rvmo. Señor Obispo:

«El Señor puso sus ojos en la pequeñez de su esclava, he aquí por qué los pueblos cantarán las grandezas de su misericordia». ([3])

Me parece, Exmo. Rvmo. Señor, que nuestro buen Dios se dignó favorecerme cuando comencé a tener uso de razón, todavía muy niña. Me acuerdo de tener conciencia de mis actos desde el regazo materno. Me acuerdo de ser arrullada y adormecerme al son de varios cánticos. Y, como era la más pequeña de las cinco niñas y un niño ([4]) que Nuestro Señor concedió a mis padres, me acuerdo que hubo entre ellos algunas pendencias porque todos querían tenerme en sus brazos y entretenerse conmigo. En estos casos, para que nadie saliese victorioso, mi madre me libraba de sus manos. Y si ella, por sus quehaceres, no podía, me entregaba a mi padre, el cual también me llenaba de mimos y caricias.

La primera cosa que aprendí fue el Ave María, porque mi madre tenía por costumbre tenerme en sus brazos mientras enseñaba a mi hermana Carolina, que era cinco años mayor que yo. Mis dos hermanas mayores eran ya grandes y a mi madre, como yo era un papagayo que todo repetía, le gustaba que me llevasen a todos los sitios donde iban. Ellas eran, como se dice en mi tierra, las cabecillas de la mocedad. Y no había fiesta ni danza donde ellas no estuviesen: carnaval, S. Juan, Navidad; era seguro: tenía que haber baile. Además de esto, estaba la vendimia y la recogida de las aceitunas, por lo que había baile casi todos los días. En las fiestas principales de la Parroquia, como la del Sagrado Corazón de Jesus, Nuestra Señora del Rosario, San Antonio etc., había siempre por la noche la rifa de los pasteles, y el baile no faltaba. Además, estábamos convidadas para casi todas las bodas que se celebraban

([3]) *Lc. 1,48.*
([4]) *Los hermanos se llamaban: (†) María de los Angeles, (†) Teresa, (†) Manuel, (†) Gloria y (†) Carolina.*

en los contornos, porque mi madre, cuando no era invitada para ser madrina, lo era para ser cocinera. En estas bodas, el baile duraba desde que se terminaba el banquete, hasta el otro día por la mañana. Mis hermanas, como tenían que tenerme siempre a su lado, me arreglaban tanto como a ellas mismas. Y como una de mis hermanas era costurera, no me faltaba ya el traje más elegante usado por las campesinas de mi tierra en aquel tiempo: la falda plisada, el cinturón de encaje, con las puntas caídas para atrás, y el sombrero con sus cuentas doradas y las plumas de varios colores. A veces parecía que vestían a una muñeca en lugar de a una niña.

2. Diversiones populares

En los bailes me ponían encima de un arca o de otra cosa alta, para no ser pisada por los asistentes, y desde allí debía entonar varios cantos al son de la guitarra o del acordeón. Para esto, mis hermanas me adiestraban, así como para bailar algún vals, cuando faltaba alguna pareja. Esto yo lo hacía con una destreza única, atrayendo así la atención y los aplausos de los asistentes. No me faltaban premios y obsequios de algunos que querían dar gusto a mis hermanas.

Los domingos por la tarde, toda esta juventud se reunía en nuestro patio: en el verano, a la sombra de tres grandes higueras; y, en el invierno, en un cobertizo que teníamos en el lugar donde está ahora la casa de mi hermana María, para pasar así la tarde, jugando y hablando con mis hermanas. En la Pascua se hacía allí la rifa de las almendras, tocándome la mayor parte de las rifas, porque algunos lo hacían así a propósito para ser agradables. Mi madre se pasaba estas tardes sentada a la puerta de la cocina que daba al pátio, desde donde podía ver lo que sucedía: unas veces, con un libro en las manos leyendo; otras, hablando con algunas de mis tías que venían a pasar el rato con ella. Conservaba siempre su seriedad habitual, y todos sabían que lo que ella dijese era palabra sagrada que era preciso obedecer sin demora. Nunca vi que delante de ella alguien se atreviese a decir una palabra menos respetuosa o con menos consideración. Se decía ordinariamente, entre aquella gente, que mi madre valía más que todas las hijas. Recuerdo haber oído decir varias veces a mi madre:

– No sé qué provecho parece encontrar esta gente en andar hablando de las cosas de los otros; para mí no hay nada como una lectura sosegada en mi casa. ¡Estos libros traen cosas tan bonitas! Y la vida de los santos, ¡qué belleza!

Me parece que ya dije a V. Excia. Rvma. cómo pasaba los días de la semana rodeada de niños de nuestro pueblo; que las madres para poder ir al campo, le pedían a la mía poderlos dejar junto a mí. También me parece que en el escrito que envié a V. Excia. Revma. sobre mi prima, decía cuáles eran mis juegos y entretenimientos. Por ahora no me entretengo en ellos.

Así arrullada de mimos y caricias, llegué a mis seis años. Y, para decir la verdad, el mundo comenzaba a sonreírme y sobre todo la pasión por el baile iba echando en mi pobre corazón hondas raíces. Y confieso que, si nuestro buen Dios no hubiese usado para conmigo su especial misericordia, por ahí el demonio me hubiese perdido.

Si no me equivoco, también le conté ya a V. Excia., en el mismo escrito, cómo mi madre acostumbraba a enseñar la doctrina a sus hijos durante las horas de la siesta, en el verano. En el invierno, nuestra lección era por la noche, al sentarnos, después de la cena, junto al fuego de la cocina, mientras asábamos y comíamos castañas y bellotas dulces.

3. Primera Comunión

Se aproximaba, pues, el día que el señor Párroco había fijado para que los niños de la Parroquia hiciesen su Primera Comunión solemne. Mi madre pensó que ya que su hija sabía bien la doctrina y que tenía cumplidos los seis años, podría hacer la Primera Comunión. Para lo cual, me mandó con mi hermana Carolina asistir a la explicación de la doctrina que hacía el Párroco a los niños como preparación para ese día. Allá iba, pues, radiante de alegría con la esperanza de recibir en breve, por primera vez, a mi Dios. El Párroco hacía sus explicaciones sentado sobre una silla que estaba sobre un estrado. Me llamaba junto a él y, cuando algún niño no sabía responder a sus preguntas, para avergonzarlo, me mandaba responder a mí.

Llegó, pues, la víspera del gran día, y el Párroco mandó ir a la iglesia a todos los niños por la mañana, para decir definitivamente

cuáles eran los que iban a comulgar. ¡Cuál no sería mi tristeza cuando el Párroco, llamándome junto a sí, y acariciándome, me dijo que tenía que esperar hasta los siete años! Comencé entonces a llorar, y como si estuviese junto a mi madre, recliné la cabeza sobre sus rodillas, sollozando. Estaba en esta actitud, cuando entró en la iglesia un sacerdote, que el Párroco había mandado venir de fuera, para que le ayudase en las confesiones. ([5]) El Reverendo preguntó el motivo de mis lágrimas, y al ser informado, me llevó a la sacristía, me examinó con relación a la doctrina y al misterio de la Eucaristía, y después me trajo de la mano hasta el señor Párroco y dijo:

– Padre Pena, V. Rvcia. puede dejar comulgar a esta pequeña. Ella entiende lo que hace, mejor que muchas de ésas.

– Pero sólo tiene seis años – respondió el buen Párroco.

– No importa, esa responsabilidad, si V. Rvcia. quiere, la tomo yo.

– Pues bien –me dice el buen Párroco–, ve a decirle a tu madre que sí, que mañana haces tu Primera Comunión.

Mi alegría no tenía explicación. Me fui batiendo las palmas de alegría, corriendo todo el camino, para dar la buena noticia a mi madre, que en seguida comenzó a prepararme para llevarme a confesar por la tarde. Al llegar a la iglesia, le dije a mi madre que quería confesarme con aquel sacerdote de fuera. El estaba confesando en la sacristía, sentado en una silla. Mi madre se arrodilló junto a la puerta, en el altar mayor, con otras mujeres que estaban esperando el turno de sus hijos. Y delante del Santísimo me fue haciendo las últimas recomendaciones.

4. Sonrisa de la Madre de Dios

Y cuando llegó mi turno, fui a arrodillarme a los pies de nuestro buen Dios, allí representado por su ministro, a pedir perdón por mis pecados. Cuando terminé, vi que toda la gente se reía. Mi madre me llamó y me dijo:

– Hija mía, ¿no sabes que la confesión se hace bajito, que es un secreto? Toda la gente te ha oído. Sólo al final dijiste una cosa que nadie sabe lo que fue.

([5]) *Más tarde fue identificado como el “Santo” Padre Cruz (†1948)*

En el camino a casa, mi madre hizo varias tentativas para ver si descubría lo que ella llamaba el secreto de mi confesión; pero no obtuvo más que un profundo silencio. Voy, pues, a descubrir ahora el secreto de mi primera confesión. El buen sacerdote, después que me oyó, me dijo estas breves palabras:

– Hija mía, tu alma es el Templo del Espíritu Santo. Guárdala siempre pura, para que El pueda continuar en ella su acción divina.

Al oír estas palabras me sentí penetrada de respeto interiormente y pregunté al buen confesor cómo lo debía hacer.

–De rodillas –dijo– a los pies de Nuestra Señora, pídele con mucha confianza que tome posesión de tu corazón, que lo prepare para recibir mañana dignamente a su querido Hijo, y que lo guarde para Él solo.

Había en la iglesia más de una imagen de Nuestra Señora. Pero como mis hermanas arreglaban el altar de Nuestra Señora del Rosario ([6]), estaba acostumbrada a rezar delante de Ella, y por eso allí fui también esta vez, para pedirle con todo el ardor que fui capaz, que guardase solamente para Dios mi pobre corazón. Al repetir varias veces esta humilde súplica, con los ojos fijos en la Imagen, me parecía que Ella sonreía y que, con su mirada y gesto de bondad, me decía que sí. Quedé tan inundada de gozo, que con dificultad conseguía articular las palabras.

5. Vigilia de esperanza

Mis hermanas quedaron trabajando esa noche para hacerme el vestido blanco y la guirnalda de flores. Yo, por la alegría, no podía dormir y no había manera de que pasasen las horas. Constantemente me levantaba para ir junto a ellas y preguntarles si aún no era de día, si me querían probar el vestido, la guirnalda, etc.

Amaneció, por fin, el día feliz; pero las nueve ¡cuánto tardaban!. Ya vestida con mi vestido blanco, mi hermana María me llevó a la cocina para que les pidiese perdón a mis padres, besarles las manos y pedirles la bendición. Terminada la ceremonia, mi madre

([6]) *Esta hermosa imagen aún se encuentra hoy en la Iglesia Parroquial.*

me hizo las últimas recomendaciones. Me dijo lo que quería que yo pidiese a Nuestro Señor cuando lo tuviese en mi pecho y me despidió con estas palabras: – Sobre todo, pide a Nuestro Señor que te haga una santa; palabras que se me grabaron tan fuertemente en el corazón, que fueron las primeras que dije a Nuestro Señor después que lo recibí. Y aún hoy parece que oigo el eco de la voz de mi madre que me las repite.

Allá fui, camino de la iglesia, con mis hermanas; y para que no me manchase con el polvo del camino, mi hermano me subió sobre sus hombros. Cuando llegué a la iglesia, corrí hasta el altar de Nuestra Señora, para renovar mi súplica. Allí me quedé, contemplando la sonrisa del día anterior, hasta que mis hermanas me fueron a buscar, para colocarme en el lugar que me estaba destinado. Los niños eran muchos. Formaban, desde el fondo de la iglesia hasta la balaustrada, cuatro filas: dos de niños, y dos de niñas. Como yo era la más pequeña, me tocó junto a los ángeles, en la grada de la balaustrada.

6. El día grande

Comenzó la Misa cantada, y a medida que se aproximaba el momento, mi corazón latía más deprisa esperando la visita del gran Dios que iba a descender del Cielo, para unirse a mi pobre alma. El señor Párroco bajó por entre las filas para distribuir el Pan de los Angeles. Tuve la suerte de ser la primera. Cuando el sacerdote bajaba las gradas del altar, el corazón parecía querer salírseme del pecho. Pero después que puso sobre mis labios la Hostia Divina, sentí una serenidad y una paz inalterables; sentí que me envolvía una átmosfera tan sobrenatural, que la presencia de nuestro buen Dios se me hacía tan sensible como si lo viese y lo oyese con mis sentidos corporales. Entonces le dirigí mis súplicas:

– Señor, hazme una santa, guarda mi corazón siempre puro, para Ti solo.

Aquí me pareció que nuestro buen Dios me dijo, en el fondo de mi corazón, estas palabras:

– La gracia que hoy te ha sido concedida, permanecerá viva en tu alma, produciendo frutos de vida eterna.

¡Cómo me sentía transformada en Dios!

Cuando terminó la función religiosa era casi la una de la tarde, debido a que los sacerdotes de fuera habían tardado mucho en venir, y por causa del sermón y de la renovación de las promesas del bautismo... Mi madre vino a buscarme, afligida, creyéndome muerta de flaqueza. Pero yo me sentía tan saciada con el Pan de los Angeles, que me fue imposible, entonces, tomar alimento alguno. Desde entonces, perdí el gusto y atractivo que empezaba a sentir por las cosas del mundo; y solamente me sentía bien en algún lugar solitario, donde pudiese, a solas, recordar las delicias de mi Primera Comunión.

7. Familia de Lucía

Este retiro lo conseguía pocas veces, porque, además de ser encargada de vigilar a los niños que las vecinas nos confiaban, como ya dije a V. Excia. Rvma., mi madre tenía también la costumbre de hacer por allí de enfermera.

Venían a consultar su parecer cuando tenían alguna cosa de poca importancia y le pedían que fuese a sus casas cuando el enfermo no podía salir. Entonces ella pasaba los días y a veces las noches en casa del enfermo. Y si las enfermedades se prolongaban y el estado de los enfermos así exigía, mandaba a mis hermanas pasar alguna noche también junto a ellos, para que los miembros de la família pudiesen descansar. Y si el enfermo era alguna madre de família que tuviera niños, que por hacer ruidos molestaban a la enferma, se traía a esos niños a nuestra casa, y yo era la encargada de entretenerlos. Entonces los distraía, enseñándoles a devanar, con el retroceder de la devanadera, con las vueltas del embobinador, con los movimientos del huso formando el hilado y guiarlo a la tejedora. De esto teníamos siempre mucho que hacer, porque ordinariamente había siempre en nuestra casa varias jóvenes de fuera, que venían a aprender de tejedoras y costureras. Estas jóvenes, generalmente, testimoniaban un gran afecto por nuestra familia, y acostumbraban a decir que los mejores días de su vida habían sido los que habían pasado en nuestra casa.

Como mis hermanas, en alguna época del año, tenían que trabajar durante el día en el campo, tejían y cosían por las tardes. Después de la cena y del rezo que le seguía, dirigido por mi padre, se comenzaba a trabajar. Todos tenían qué hacer: mi hermana María

iba al telar; mi padre llenaba las canillas; Teresa y Gloria iban a la costura; mi madre hilaba; Carolina y yo, después de arreglar la cocina, estábamos empleadas en quitar los hilvanes, coser botones, etc.; mi hermano, para espabilarnos del sueño, tocaba el acordeón, al son del cual, cantábamos varias cosas.

Los vecinos venían, no pocas veces, a hacernos compañía y solían decir que, a pesar de que no los dejábamos dormir, se sentian alegres y se les pasaban todos los enfados, cuando oían la fiesta que nosotros hacíamos. A varias mujeres oí decir algunas veces a mi madre:

– ¡Qué feliz eres tú! ¡Qué encanto de hijos que Nuestro Señor te dio!

Teníamos también, a su tiempo, la esfoyaza del maíz a la luz de la luna. Entonces me sentaba en el montón de maíz y era la encargada de dar a todos los asistentes el abrazo cuando aparecía alguna mazorca roja.

8. Reflexión de la protagonista

No sé si los hechos que hace poco acabo de contar de mi primera Comunión, fueron una realidad o una ilusión de niña. Lo que sí sé, es que ellos tuvieron siempre y tienen aún hoy, una gran influencia en la unión de mi alma con Dios. No sé por qué cuento todas estas cosas de mi vida familiar, pero es Dios el que así me lo inspira. El sabe el motivo por el que lo hace. Es tal vez para que V. Excia. Rvma. pueda ver qué sensible iba a ser al sufrimiento que el buen Dios me iba a pedir, después de haber sido tan mimada. Y como V. Excia. me manda decir todos los sufrimientos que Nuestro Señor me pidió y las gracias que, por su misericordia, se dignó concederme, me parece que así me es más fácil decirlas, tal y como me pasaron ([7]). Además, quedo descansada porque sé que V. Excia. Rvma. echa al fuego todo aquello que ve que no tiene utilidad para la gloria de Dios y de María Santísima.

([7]) *La total discreción de Lucía revela aún más su sinceridad.*

II. LAS APARICIONES

1. Manifestaciones en 1915

Así, pues, llegué a mis siete años. Mi madre determinó que comenzase a guardar nuestras ovejas. Mi padre no era de esa opinión, ni mis hermanas tampoco. Querían para mí, por el afecto particular que me tenían, una excepción; pero mi madre no cedió.

– Es como todas –decía ella–. Carolina tiene ya doce años. Por tanto, puede ya comenzar a trabajar en el campo, o aprender a hilar, tejer o coser, si lo quiere.

Así me fue confiada la guarda de nuestro rebaño ([8]). La noticia de que yo comenzaba mi vida de pastora se extendió rapidamente entre los pastores, y casi todos vinieron a ofrecerse para ser mis compañeros. A todos les dije que sí, y con todos hice planes para ir a la sierra. Al día siguiente, la sierra estaba repleta de pastores y rebaños. Parecía una nube que la cubría; pero yo no me encontraba bien en medio de tantos gritos. Escogí, pues, entre ellos, tres para que fueran mis compañeras, y sin decir nada a los demás, escogimos unos pastos apartados.

Las tres que escogí eran: Teresa Matias, su hermana María Rosa y María Justino ([9]). Al día siguiente nos fuimos con nuestros rebaños a un monte llamado Cabezo, nos dirigimos a la falda del monte, que queda mirando al norte. En la ladera sur de este monte quedan los Valinhos, que V. Excia. ya debe conocer por el nombre. Y en la ladera que mira al saliente, está la roca de la que ya hablé a V. Excia. Rvma. en el escrito sobre Jacinta. Subimos con nuestros rebaños casi hasta la cima del monte. A nuestros pies, quedaba una extensa arboleda que se extiende en las llanuras del valle: olivas, robles, pinos, encinas, etc.

Al llegar el mediodía, comimos nuestra merienda, y después invité a mis compañeras a que rezasen conmigo el Rosario, a lo que ellas se unieron con gusto. Apenas habíamos comenzado, cuando, delante de nuestros ojos, vimos, como suspendida en el aire, sobre el arbolado, una figura como si fuera una estatua de nieve que los rayos del sol volvían como transparente.

([8]) *Nos encontramos en 1915.*

([9]) *Todas ellas, interrogadas por el P. Kondor, confirmaron las afirmaciones de Lucía.*

– ¿Qué es aquello? – preguntaron mis compañeras, medio asustadas.

– No lo sé.

Continuamos nuestro rezo, siempre con los ojos fijos en dicha figura que, en cuanto terminamos, desapareció. Según mi costumbre, tomé la decisión de callar, pero mis compañeras, en cuanto llegaron a casa, contaron lo sucedido a sus famílias. Se divulgó la noticia; y un día, cuando llegué a casa, me interrogó mi madre:

– Oye: dicen que viste por ahí no sé qué, ¿qué es lo que viste?

– No lo sé.

Y como no me sabía explicar, añadí:

– Parecía una persona envuelta en una sábana.

Y queriendo decir que no le pude ver las facciones, dije:

– No se le conocían ojos ni manos.

Mi madre terminó con un gesto de desprecio, diciendo:

– ¡Tonterías de niños! ([10]).

Pasado algún tiempo, volvimos con nuestros rebaños a aquel mismo sitio, y se repitió lo mismo y de igual manera. Mis compañeras contaron de nuevo lo acontecido. Y lo mismo sucedió, pasado otro espacio de tiempo. Era la tercera vez que mi madre oía hablar fuera de casa de estas cosas, sin yo haber dicho palabra en casa.

Me llamó entonces, ya poco contenta, y me preguntó:

– Vamos a ver: ¿qué dice la gente que ves por ahí?

– No lo sé, madre mía, no sé lo que es.

Varias personas comenzaron a burlarse de nosotras. Y como yo, desde mi primera Comunión, me quedaba abstraída por algún tiempo, recordando lo que había pasado, mis hermanas, con algo de desprecio, me preguntaban:

– ¿Estás viendo a alguien envuelto en una sábana?

Estos gestos y palabras de desprecio afectaban mucho a mi sensibilidad, pues yo solamente estaba habituada a muestras de cariño. Pero esto no era nada. Lo que pasaba es que yo no sabía lo que el buen Dios me tenía reservado para el futuro.

([10]) *Estas apariciones, poco claras del Angel, tenían, tal vez, como fin preparar a Lucía para el futuro.*

2. Apariciones del Ángel en 1916

Por este tiempo, Francisco y Jacinta pidieron y obtuvieron, como ya conté a V. Excia. Rvma., permiso de sus padres para comenzar a guardar sus rebaños. Dejé, pues, estas buenas compañeras y las sustituí por mis primos: Francisco y Jacinta. Entonces acordamos pastorear nuestros rebaños en las propiedades de mis tíos y de mis padres, para no juntarnos en la sierra con los otros pastores.

Un bello día fuimos con nuestras ovejas a una propiedad de mis padres, situada al fondo de dicho monte, mirando al saliente. Esa propiedad se llama «Chousa Velha». Alrededor de media mañana comenzó a caer una lluvia fina, algo más que orvallo. Subimos la falda del monte seguidas por nuestras ovejas, buscando un resguardo que nos sirviese de abrigo. Fue entonces cuando, por primera vez, entramos en nuestra caverna bendita. Queda en medio de un olivar que pertenece a mi padrino Anastasio. Desde allí se ve la pequeña aldea donde nací, la casa de mis padres, los lugares de Casa Velha y Eira da Pedra. El olivar, perteneciente a varios dueños, continúa hasta confundirse con estos pequeños lugares. Allí pasamos el día, a pesar de que la lluvia había cesado y el sol había aparecido, hermoso y claro. Comimos nuestra merienda, rezamos nuestro Rosario, y no recuerdo si no fue uno de aquellos Rosarios que solíamos rezar, cuando teníamos ganas de jugar, como ya dije a V. Excia. Rvma., pasando las cuentas y diciendo solamente las palabras: "Padre nuestro y Ave María". Terminado nuestro rezo, comenzamos a jugar a las chinas.

Hacía poco tiempo que jugábamos, cuando un viento fuerte sacudió los árboles y nos hizo levantar la vista para ver lo que pasaba, pues el día estaba sereno. Vemos, entonces, que, desde el olivar ([11]) se dirige hacia nosotros la figura de la que ya hablé. Jacinta y Francisco aún no la habían visto, ni yo les había hablado de ella. A medida que se aproximaba, ibamos divisando sus facciones: un joven de unos 14 ó 15 años, más blanco que la nieve, el sol lo hacía transparente, como si fuera de cristal, y de una gran belleza. Al llegar junto a nosotros, dijo:

– ¡No temáis! Soy el Angel de la Paz. Rezad conmigo.

([11]) *Fue la primera aparición del Angel.*

Y arrodillándose en tierra, dobló la frente hasta el suelo y nos hizo repetir por tres veces estas palabras:

– ¡Dios mío! Yo creo, adoro, espero y os amo. Os pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no os aman.

Después, levantándose, dijo:

– Rezad así. Los Corazones de Jesús y de María están atentos a la voz de vuestras súplicas.

Sus palabras se grabaron de tal forma en nuestras mentes, que jamás se nos olvidaron. Y, desde entonces, pasábamos largos ratos así, postrados, repitiéndolas muchas veces, hasta caer cansados. Entonces, les recomendé que era preciso guardar silencio, y esta vez, gracias a Dios, me hicieron caso.

Pasado bastante tiempo ([12]), en un día de verano, en que habíamos ido a pasar el tiempo de siesta a casa, jugábamos al lado de un pozo que tenía mi padre en la huerta, a la que llamábamos “Arneiro’, (en el escrito sobre Jacinta, también hablé ya a V. Excia. de este pozo). De repente vimos junto a nosotros la misma figura o Ángel, como me parece que era, y dijo:

– ¿Qué hacéis? Rezad, rezad mucho. Los Santísimos Corazones de Jesús y de María tienen sobre vosotros designios de misericordia. Ofreced constantemente al Altísimo oraciones y sacrificios.

– ¿Cómo nos hemos de sacrificar? – le pregunté.

– En todo lo que podáis, ofreced a Dios un sacrificio como acto de reparación por los pecados con que El es ofendido y como súplica por la conversión de los pecadores. Atraed así sobre vuestra Patria la paz. Yo soy el Angel de su guarda, el Angel de Portugal. Sobre todo, aceptad y soportad, con sumisión, el sufrimiento que el Señor os envie.

Pasó bastante tiempo y fuimos a pastorear nuestros rebaños a una propiedad de mis padres, que queda en la falda del mencionado monte, un poco más arriba que los Valinhos. Es un olivar al que llamábamos «Pregueira». Después de haber merendado, acordamos ir a rezar a la gruta que queda al otro lado del monte; para lo cual, dimos una vuelta por la cuesta y tuvimos que subir un roquedal que queda en lo alto de la «Pregueira». Las ovejas consiguieron pasar con muchas dificultades.

([12]) *Fue la segunda aparición del Ángel.*

Después que llegamos, de rodillas, con los rostros en tierra, comenzamos a repetir la oración del Ángel: ¡Dios mío! Yo creo, adoro, espero y os amo, etc. No sé cuántas veces habíamos repetido esta oración, cuando vimos que sobre nosotros brillaba una luz desconocida. Nos levantamos para ver lo que pasaba y vimos al Ángel ([13]), que tenía en la mano izquierda un Cáliz, sobre el cual había suspendida una Hostia, de la que caían unas gotas de Sangre dentro del Cáliz. En Ángel dejó suspendido en el aire el Cáliz, se arrodilló junto a nosotros, y nos hizo repetir tres veces.

– Santísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Santo, os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, presente en todos los Sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que El mismo es ofendido. Y por los méritos infinitos de su Santísimo Corazón y del Inmaculado Corazón de María, os pido la conversión de los pobres pecadores.

Después se levanta, toma en sus manos el Cáliz y la Hostia. Me da la Sagrada Hostia a mí y la Sangre del Cáliz la divide entre Jacinta y Francisco ([14]), diciendo al mismo tiempo:

– Tomad y bebed el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, horriblemente ultrajado por los hombres ingratos. Reparad sus crimenes y consolad a vuestro Dios.

Y, postrándose de nuevo en tierra, repitió con nosotros otras tres veces la misma oración: «Santisima Trinidad... etc.», y desapareció. Nosotros permanecimos en la misma actitud, repitiendo siempre las mismas palabras; y cuando nos levantamos, vimos que era de noche y, por tanto, hora de irnos a casa.

3. Problemas familiares

Heme aquí, Exmo. y Rvmo. Señor, llegada al fin de mis tres años de pastora – de los siete a los diez –. Durante estos tres años nuestra casa, y casi me atrevería a decir, nuestra parroquia, había mudado casi completamente de aspecto. El Rdo. Señor P. Pena había dejado de ser nuestro Párroco, había sido sustituido por el

([13]) *La tercera y última aparición del Angel.*

([14]) *Francisco y Jacinta aún no habían hecho la primera comunión. Por eso no consideraron esta como la comunión sacramental.*

Rdo. Señor P. Boicinha ([15]). Este celosísimo sacerdote, al tener conocimiento de las costumbres paganas que existían en la feligresia, de bailes y danzas, comenzó en seguida a predicar contra ello en el púlpito, en las homilías de los domingos; en público y en particular, aprovechaba todas las ocasiones que se le ofrecían para combatir esta mala costumbre.

Mi madre, desde que oyó al buen Párroco hablar así, prohibió a mis hermanas ir a tales diversiones. Y como el ejemplo de mis hermanas arrastró a otras, esta costumbre fue poco a poco extinguiéndose. Lo mismo entre los niños que, como ya dije a V. Excia. Rvma. en el escrito sobre mi prima, celebraban sus danzas aparte. Hubo alguien que un día dijo a mi madre:

– Pero hasta aquí no era pecado bailar. Y ahora, porque viene un párroco nuevo, ¿ya es pecado? ¿Cómo se entiende?

– No lo sé –respondió mi madre–. Lo que sé es que el Señor Párroco no quiere que se baile y, por tanto, mis hijas no vuelven a esas reuniones.

Como mucho, las dejaba bailar algunas cosas en família, porque decía el Señor Párroco que en familia no estaba mal.

En el transcurso de este periodo de tiempo, mis dos hermanas mayores dejaron la casa paterna, por haber contraído Matrimonio. Mi padre se había dejado arrastrar por las malas compañías y había caído en los lazos de una triste pasión, a causa de la cual habíamos perdido ya algunos de nuestros terrenos ([16]). Mi madre, al ver que escaseaban los medios de subsistencia, decidió que mis dos hermanas, Gloria y Carolina, fuesen a servir. Quedó entonces en casa mi hermano, para cuidar los campos que nos quedaban; mi madre que cuidaba de las cosas de casa y yo que pastoreaba nuestro rebaño. Mi pobre madre vivía sumergida en una profunda amargura y, cuando por la noche nos juntábamos los tres en el hogar, esperando a mi padre para cenar, mi madre, al ver los lugares de sus otras hijas vacíos, decía con una profunda tristeza:

([15]) *Conocido por P. Boiciña, su verdadero nombre era: Manuel Marques Ferreira. Falleció en enero de 1945.*

([16]) *En la vida del padre de Lucía, no se debe exagerar su “propensión al vino”. No era un alcohólico. En cuanto a sus deberes religiosos, es verdad que, durante algunos años, no cumplió con el precepto pascual, en la Parroquia de Fátima, porque no se entendía con el Párroco. Pero lo hacía en Vila Nova de Ourém.*

– ¡Dios mío! – ¿Adónde fue la alegría de esta casa?

E inclinando la cabeza sobre una pequeña mesa que tenía a su lado, lloraba amargamente. Mi hermano y yo llorábamos con ella. Era una de las escenas más tristes que he presenciado. Y yo sentía el corazón desgarrado de tristeza por mis hermanas y por la amargura de mi madre.

A pesar de ser niña, comprendía perfectamente la situación en que nos encontrábamos. Recordaba, entonces, las palabras del Angel: «Sobre todo, aceptad, sumisos, los sacrificios que el Señor os envía». Me retiraba, entonces, a un lugar solitario para no aumentar con mi sufrimiento el de mi madre. (Este lugar era, ordinariamente, nuestro pozo). Allí, de rodillas, de bruces sobre las losas que lo cubrían, juntaba a sus aguas mis lágrimas y ofrecía a Dios mis sufrimientos.

A veces, Jacinta y Francisco venían y me encontraban así, entristecida. Y como yo, a causa de los sollozos, estaba casi sin voz y no podía hablar, ellos sufrían también conmigo hasta el punto de derramar también abundantes lágrimas. Entonces, hacía Jacinta en alta voz nuestro ofrecimiento: "Dios mío, es en acto de reparación y por la conversión de los pecadores, por lo que te ofrecemos todos estos sufrimientos y sacrificios". (La fórmula del ofrecimiento no era siempre exacta, pero el sentido era siempre éste).

Tanto sufrimiento comenzó a minar la salud de mi madre. Esta, no pudiendo ya trabajar, mandó venir, para hacerse cargo de la casa, a mi hermana Gloria. La visitaron cuantos cirujanos y médicos había por allí; se emplearon infinidad de remedios sin obtenerse mejoría alguna. El buen Párroco se ofreció para llevar a mi madre a Leiría en su carro de mulas, para que la viesen allí los médicos. Allá fue, acompañada de mi hermana Teresa, pero llegó a casa medio muerta por el cansancio del camino y molida de las consultas, sin haber obtenido resultado alguno. Por fin, se consultó a un cirujano que tenía su consulta en S. Mamede, que declaró que mi madre tenía una lesión cardíaca, un hueso de las vértebras dislocado y los riñones caídos. La sometió a un riguroso tratamiento de puntas de fuego, y varios medicamentos, con los que obtuvo alguna mejoría.

Este era el estado en que nos encontrábamos, cuando llegó el día 13 de mayo de 1917. Por este tiempo, a mi hermano le había llegado la edad de asentar plaza en la vida militar; y como gozaba

de perfecta salud era de esperar que fuese reclutado. Además, se estaba en guerra y era difícil conseguir librarlo. Con el temor de quedar sin alguien que cuidase las tierras, mi madre mandó venir también a casa a mi hermana Carolina. Entretanto, el padrino de mi hermano prometió librarlo. Lo recomendó al médico de la inspección, y nuestro buen Dios se dignó, por entonces, dar a nuestra madre este alivio.

4. Apariciones de Nuestra Señora

No me detengo a describir la aparición del día 13 de mayo; es de V. Excia. Rvma. bien conocida. Es también bien conocido por V. Excia. Rvma. el modo cómo se informó mi madre del acontecimento y los esfuerzos que hizo para obligarme a decir que había mentido. Las palabras que la Santísima Virgen nos dijo en este día, y que acordamos no revelar nunca, fueron (después de decirnos que iríamos al Cielo):

– ¿Queréis ofreceros a Dios, para suportar todos los sufrimientos que Él quiera enviaros, en acto de reparación por los pecados con que Él es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores?

– Sí, queremos – fue nuestra respuesta.

– Tendréis, pues, que sufrir mucho, pero la gracia de Dios será vuestra fortaleza.

El día 13 de junio se celebraba en nuestra parroquia la fiesta de S. Antonio. Era costumbre en este día sacar los rebaños muy de madrugada; y, a las nueve de la mañana, se encerraban ya en los corrales, para ir a la fiesta. Mi madre y mis hermanas que sabían lo mucho que me gustaba la fiesta, me decían entonces.

– ¡Vamos a ver si tú dejas la fiesta para ir a Cova de Iría para hablar allí con esa Señora!

En ese día nadie me dirigió la palabra, portándose conmigo como quien dice: “Déjala, vamos a ver lo que hace”. Saqué, pues, mi rebaño de madrugada, con la intención de encerrarlo en el corral a las nueve, ir a Misa de diez, y en seguida irme a Cova de Iría. Pero he aquí que, poco después de salir el sol, me viene a llamar mi hermano: que fuese a casa porque varias personas que estaban allí me querían hablar. Quedó, pues, él con el rebaño y yo fui a ver para qué me querían. Eran algunas mujeres y hombres que

venían de Minde, de los lados de Tomar, Carrascos, Boleiros, etc. ([17]), y que deseaban acompañarme a Cova de Iría. Les dije que aún era temprano y les invité a que vinieran conmigo a la Misa de ocho. Después volví a casa. Esta buena gente me esperó en nuestro patio a la sombra de nuestras higueras.

Mi madre y mis hermanas mantuvieron su actitud de desprecio que, en verdad, me afectaba mucho y me dolía tanto como los insultos. Alrededor de las once salí de casa, pasé por casa de mis tíos, donde Jacinta y Francisco me esperaban, y nos fuimos a Cova de Iría a esperar el momento deseado. Toda aquella gente nos seguía, haciéndonos mil preguntas. En este día yo me sentía amargadísima: veía a mi madre afligida, que quería a toda costa obligarme, como ella decía, a confesar mi mentira. Yo quería satisfacerla, pero no encontraba cómo hacerlo sin mentir. Ella nos había infundido a nosotros, sus hijos, desde pequeños, un gran horror a las mentiras y castigaba severamente a aquel que dijese alguna.

– Siempre –decía ella– conseguí que mis hijos dijesen la verdad; y ahora, ¿he de dejar pasar una cosa de éstas a la más joven? Si todavía fuese una cosa más pequeña...; pero ¡una mentira de éstas que trae a tanta gente engañada...!

Después de estas lamentaciones, se volvía a mí y decía:

– Dale las vueltas que quieras, o tú desengañas a esa gente, confesando que mentiste, o te encierro en un cuarto, donde no podrás ver ni la luz del sol. A tantos disgustos, sólo faltaba que se viniese a juntar una de estas cosas.

Mis hermanas se ponían a favor de mi madre; y a mi alrededor se respiraba una atmósfera de verdadero desdén y desprecio. Recordaba entonces los tiempos pasados y me preguntaba a mí misma: ¿dónde está el cariño que hasta hace poco mi familia me tenía? Y mi único desahogo eran las lágrimas derramadas delante de Dios, ofreciéndole mi sacrificio. En este día, pues, la Santisima Virgen, como adivinando lo que me pasaba, además de lo que ya narré, me dijo:

– Y tú, ¿sufres mucho? No te desanimes. Yo nunca te abandonaré. Mi Inmaculado Corazón será tu refugio y el camino que te conducirá a Dios.

([17]) *Estos lugares están situados en un área de 25 kms de Fátima*

Jacinta, cuando me veía llorar, me consolaba diciendo:

– No llores. Seguramente son éstos los sacrifícios que el Ángel dijo que Dios nos enviaría. Por esto, tus sufrimientos son para reparar y convertir a Él los pecadores.

5. Dudas de Lucía ([18])

Por este tiempo, el Párroco de mi feligresía supo lo que pasaba, y mandó decir a mi madre que me llevase a su casa.

Esta respiró al fin, juzgando que el Párroco iría a tomar la responsabilidad de los acontecimientos. Por eso, me decía:

– Mañana vamos a Misa muy de mañanita. Y luego, vas a casa del señor Cura. Que él te obligue a confesar la verdad, sea lo que fuere; que te castigue; que haga de ti lo que quiera; con tal de que te obligue a confesar que has mentido, yo quedo contenta.

Mis hermanas también tomaron el partido de mi madre; e inventaron un sinnúmero de amenazas para asustarme con la entrevista del Párroco.

Informé a Jacinta y a su hermano de lo que pasaba; los cuales me respondieron:

– Nosotros también vamos. El señor Cura también mandó decir a mi madre que nos llevara; pero mi madre nunca nos dice nada de estas cosas ¡Paciencia! Si nos castigan, sufriremos por amor de Nuestro Señor y por los pecadores.

Al día siguiente, fui allá, detrás de mi madre, quien por el camino no dijo ni una palabra. Yo confieso que temblaba, a la espera de lo que iba a suceder. Durante la Misa, ofrecí a Dios mis sufrimientos; y después, atravesé el atrio detrás de mi madre, y subí las escaleras del porche de la casa del Sr. Párroco. Al subir las primeras gradas, mi madre se volvió hacia mi y me dijo:

– No me enfades más. Ahora dices al Sr. Párroco que mentiste, para que él pueda el domingo en la Misa decir que fue una mentira, y así pueda acabar todo. Esto no tiene ni pies ni cabeza; ¡toda la gente corriendo a Cova de Iría a rezar delante de una carrasca!

([18]) *Conviene anotar que se trata simplemente de un estado de confusión o perplejidad, provocado por las circunstancias familiares y por la prudente actitud del Párroco. De ninguna manera puede considerarse como una auténtica duda de Lucía.*

Sin más, llamó a la puerta. Vino la hermana del buen Párroco, que nos mandó sentarnos en un banco y esperar un poco. Por fin vino el Señor Párroco. Nos mandó entrar en su despacho, hizo señal a mi madre para que se sentase en un banco y a mí me llamó junto a su escritorio. Cuando vi a su Rvcia. interrogándome con tanta paz y amabilidad, quedé admirada. No obstante, me quedé a la expectativa de lo que viniera. El interrogatorio fue muy minucioso y, casi me atrevería a decir, agobiante. Su Rvcia. me hizo una pequeña advertencia; porque, decía:

– No me parece una revelación del Cielo. Cuando se dan estas cosas, de ordinario, el Señor manda a esas almas, a las que se comunica, dar cuenta de lo que pasa a sus confesores o párrocos; ésta, por el contrario, se retrae cuanto puede. Esto también puede ser un engaño del demonio. Vamos a ver. El futuro nos dirá lo que tenemos que pensar.

6. Jacinta y Francisco animan a Lucía

Lo que esta reflexión me hizo sufrir, sólo el Señor puede saberlo, porque sólo Él puede penetrar en nuestro interior. Comencé, entonces, a dudar si las manifestaciones serían del demonio que procuraba, por ese medio, perderme. Y como había oído decir que el demonio traía siempre la guerra y el desorden, comencé a pensar que, de verdad, desde que veía estas cosas, no había habido ya más alegría ni bienestar en nuestra casa. ¡Qué angustia la que sentía! Manifesté a mis primos mis dudas. Jacinta respondió:

– No es el demonio, ¡no! El demonio dicen que es muy feo y que está debajo de la tierra, en el infierno; ¡y aquella Señora es tan bonita!, y nosotros la vimos subir al Cielo.

Nuestro Señor se sirvió de esto para desvanecer algo mis dudas. Pero en el transcurso de este mes, perdí el entusiasmo por la práctica de los sacrificios y mortificaciones, y titubeaba si decir que había mentido, y así terminar con todo. Jacinta y Francisco me decían:

– ¡No hagas eso! ¿No ves que ahora es cuando tú vas a mentir, y que mentir es pecado?

En este estado tuve un sueño, que vino a aumentar las tinieblas en mi espíritu: vi al demonio que, riéndose por haberme enga-

ñado, hacía esfuerzos para arrastrarme al infierno. Al verme en sus garras, comencé a gritar de tal forma, llamando a Nuestra Señora, que acudió mi madre, la cual, afligida, me llamó preguntándome lo que tenía. No recuerdo lo que le respondí, de lo que sí me acuerdo es que en aquella noche no pude dormir más, pues quedé tullida de miedo. Este sueño dejó en mi espíritu una nube de verdadero miedo y aflicción. Mi único alivio era verme sola, en algún rincón solitario, para llorar allí libremente.

Comencé a sentir aborrecimento hasta de la compañía de mis primos; por eso, comencé a esconderme también de ellos. ¡Pobres criaturas! a veces andaban buscándome, llamándome por mi nombre, y yo cerca de ellos sin responderles, oculta, a veces, en algún rincón hacia donde ellos no atinaban a mirar.

Se aproximaba el día 13 de julio y yo dudaba si iría allá. Pensaba: si es el demonio, ¿para qué he de ir a verlo? Si me preguntan por qué no voy, digo que tengo miedo que sea el demonio el que se nos aparece y que por eso no voy. Jacinta y Francisco que hagan lo que quieran; yo no vuelvo más a Cova de Iría. La resolución estaba tomada, y yo, decidida a ponerla en práctica.

El día 12 por la tarde, comenzó a juntarse la gente que venía a asistir a los acontecimientos del día siguiente. Llamé, entonces, a Jacinta y Francisco y los informé de mi resolución. Ellos respondieron:

– Nosotros vamos. Aquella Señora nos mandó ir allá.

Jacinta se ofreció para hablar con la Señora. Pero le dolía que yo no fuese y comenzó a llorar. Le pregunte por qué lloraba:

– Porque tú no quieres ir.

– No; yo no voy. Oye: si la Señora te pregunta por mí, dile que no voy porque tengo miedo de que sea el demonio.

Y los dejé solos para irme a esconder y, así, no tener que hablar con las personas que me buscaban para preguntarme. Mi madre que me creía jugando con los otros niños, durante todo este tiempo que me escondía detrás de unas matas de un vecino, que lindaba con nuestro Arneiro, un poco al este del pozo, ya tantas veces mencionado, cuando llegaba a casa por la noche, me reprendía diciendo:

– Esta sí que es una santita, de ficción. Todo el tiempo que le sobra de estar con las ovejas, lo pasa en los juegos, de tal forma que nadie la encuentra.

Al día siguiente, al llegar la hora en la que debía partir, me sentí de repente impulsada a ir, por una fuerza extraña y que no me era fácil resistir. Me puse entonces en camino, pasé por la casa de mis tíos para ver si aún estaba allí Jacinta. La encontré en su cuarto, con su hermano Francisco, de rodillas, a los pies de la cama, llorando.

– Entonces, ¿vosotros no vais?, les pregunté.

– Sin ti, no nos atrevemos a ir. Anda, ven.

– Allá voy, les respondí.

Entonces, con el semblante alegre, partieron conmigo. El pueblo, en masa, nos esperaba por los caminos. Con esfuerzo conseguimos llegar allá. Fue este el día en que la Santísima Virgen se dignó revelarnos el secreto. Después, para reanimar mi fervor decaído, nos dijo:

– Sacrificaos por los pecadores, y decid a Jesús muchas veces, especialmente siempre que hagáis algún sacrifício: Oh Jesús, es por tu amor, por la conversión de los pecadores y en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María.

7. Incredulidad de la madre de Lucía

Gracias a nuestro buen Dios, en esta aparición se desvanecieron las nubes de mi alma y recupere la paz. Mi pobre madre se afligía cada vez más, al ver la gran cantidad de gentes que allí venían de todas las partes:

– Esta pobre gente –decía ella– viene, con certeza, enganãda por vuestros embustes; y realmente no sé qué hacer para desengañarla. Un pobre hombre que se jactaba de hacernos burla, de insultamos y de llegar, a veces, a ponernos las manos encima, un día le preguntó:

– Entonces tú, María Rosa, ¿qué me dices de las visiones de tu hija?

– No lo sé –le respondió–, me parece que no deja de ser una embustera que trae a medio mundo engañado.

– No digas eso muy alto, porque alguien sería capaz de matarla. Me parece que por ahí hay alguien que no la quiere bien.

– ¡Ah! ¡No me importa!, con tal que la obliguen a confesar la verdad. Yo he de decir siempre la verdad, sea contra mis hijos o contra quien fuere, aunque fuera contra mi misma.

Y verdaderamente así era. Mi madre decía siempre la verdad, aunque fuera contra sí misma. Este buen ejemplo le debemos sus hijos.

Un día, pues, determinó de nuevo obligarme a desmentirme, como ella decía; y por ello decidió llevarme al día siguiente ([19]), otra vez, a casa del Sr. Párroco para que yo le confesara que había mentido, pedirle perdón y hacer las penitencias que su Rvcia. juzgase y quisiese imponerme. Realmente el ataque, esta vez, era fuerte y yo no sabía qué hacer. En el camino pasé por casa de mis tíos, dije a Jacinta, que aún estaba en la cama, lo que me pasaba, y me fui detrás de mi madre. En el escrito sobre Jacinta, ya dije a V. Excia. la parte que ella y el hermano tomaron en esta prueba que el Señor nos envió, y cómo me esperaban en oración junto al pozo, etc.

Por el camino, mi madre me fue predicando su sermón. En cierto momento, yo le dije temblando:

– Pero, madre mía, ¿cómo he de decir que no vi, si yo vi?

Mi madre se calló; y, al llegar junto a la casa del Párroco, me dijo:

– Tú escúchame: lo que yo quiero es que digas la verdad: si viste, dices que viste; pero si no viste, confiesa que mentiste.

Sin más, subimos las escaleras y el buen Párroco nos recibió en su despacho, con toda amabilidad y yo diría que hasta con cariño. Me interrogó con toda seriedad y delicadeza, sirviéndose de algún artifício, para ver si yo me desmentía, o si cambiaba una cosa por otra. Por fin, nos despidió, encogiéndose de hombros, como diciendo: “No sé qué decir ni qué hacer de todo esto”.

8. Las amezanas del Administrador

Pasados no muchos días, mis tíos y mis padres reciben orden de las autoridades para comparecer en la Administración, al día siguiente, a la hora marcada; con Jacinta y Francisco, mis tíos; y conmigo, mis padres. La Administración está en Vila Nova de Ourém; por eso, había que andar unas tres leguas, distancia bien considerable para unos niños de nuestra edad. Y los únicos medios de viajar en aquel tiempo, por allí, eran los pies de cada uno, o alguna

([19]) *El mencionado ‘día siguiente’ fue el 11 de agosto de 1917.*

burrita. Mi tío respondió enseguida que comparecía él; pero que a sus hijos no los llevaba:

– Ellos, a pie, no aguantan el camino –decía él– y montados no irían seguros encima del animal, porque no están acostumbrados. Además, no tengo por qué presentar en un tribunal a dos niños de tan corta edad.

Mis padres pensaban lo contrario:

– La mía, va; que responda ella. Yo de estas cosas no entiendo nada. Y, si miente, está bien que sea castigada.

Al día siguiente, muy de mañana, me montaron encima de una burra, de la que me caí tres veces en el camino, y allá fui acompañada de mi padre y de mi tío. Me parece que ya conté a V. Excia. Rvma. cuánto sufrieron en este día Jacinta y Francisco pensando que me habían matado. A mí lo que más me hacía sufrir era la indiferencia que mostraban por mí mis padres; esto lo veía más claro cuando observaba el cariño con que mis tíos trataban a sus hijos. Recuerdo que en este viaje me hice esta reflexión: "¡Qué diferentes son mis padres de mis tíos! Para defender a sus hijos se entregan ellos mismos. Mis padres muestran la mayor indiferencia para que hagan de mí lo quieran; pero, paciencia –decía en el interior de mi corazón–, así tengo la dicha de sufrir más por tu amor, oh Dios mío, y por la conversión de los pecadores". Con esta reflexión encontraba siempre consuelo.

En la Administración fui interrogada por el Administrador en presencia de mi padre, mi tío y varios señores más, que no sé quiénes eran. El Administrador quería forzosamente que le revelase el secreto, y que le prometiese no volver más a Cova de Iría. Para conseguir esto, no se privó ni de promesas ni de amenazas. Viendo que nada conseguía, me despidió manifestando que lo había de conseguir, aunque para ello tuviese que quitarme la vida. Mi tío recibió una buena reprensión por no haber cumplido la orden; después de todo esto, nos dejaron volver a nuestra casa.

9. Más disgustos familiares

En el seno de mi familia había todavía otro disgusto, del que yo era la culpable, según decían ellos. Cova de Iría era una propiedad perteneciente a mi padre. En el fondo tenía un poco de terreno bastante fértil, en el cual se cultivaba bastante maíz, legumbres,

hortalizas, etc. En las laderas había algunos olivos, encinas y robles; pero desde que la gente comenzó a ir allá, nunca más pudimos cultivar cosa alguna. La gente lo pisaba todo. Gran cantidad iba a caballo, y los animales terminaban comiéndoselo y destrozándolo. Mi madre, lamentando estas pérdidas, me decía:

– ¡Tú ahora cuando quieras comer, se lo vas a pedir a esa Señora!

Mis hermanas añadían:

–Tú ahora sólo debías comer de lo que se cultiva en Cova de Iría.

Estas cosas me dolían tanto, que yo no me atrevía a coger ni un pedazo de pan para comer.

Mi madre, para obligarme a decir la verdad, como ella decía, llegó, no pocas veces, a hacerme sentir el peso de algún palo destinado a la lumbre, que se encontrase en el montón de leña, o el de la escoba. Pero, como al mismo tiempo era madre, procuraba después levantarme las fuerzas decaídas, y se afligía al verme consumir con la cara paliducha, temiendo que fuese a enfermar. ¡Pobre madre!; ahora sí que comprendo de verdad la situación en que se encontraba y tengo pena de ella. En verdad ella tenía razón en juzgarme indigna de un favor así, y por ello me creía mentirosa.

Por una gracia especial de nuestro Señor, nunca tuve el menor pensamiento ni movimiento en contra de su modo de proceder en relación a mi persona. Como el Ángel me había anunciado que el Señor me enviaría sufrimientos, vi siempre en todo ello la acción de Dios, que así lo quería. El amor, la estima y el respeto que le debía continuó siempre aumentando, como si me acariciase mucho. Y ahora le estoy más agradecida por haberme tratado así, que si hubiese continuado criándome entre mimos y caricias.

10. Primer Director Espiritual

Me parece que fue en el transcurso de este mes ([20]) cuando se presentó por primera vez el P. Formigão para hacerme su interrogatorio. Me preguntó seria y minuciosamente. Me agradó mucho, porque me habló bastante de la práctica de las virtudes, enseñándo-

([20]) *El Dr. Manuel Nunes Formigão Junior, gran apóstol de Fátima, no vino en agosto sino el 13 de septiembre, por primera vez a Cova de Iría.*

me algunos modos de praticarlas. Me mostró una estampa de Santa Inés, me contó su martírio y me animó a imitarla. Su Rvcia. continuó yendo allí todos los meses para hacerme su interrogatorio, al fin del cual, siempre me daba un buen consejo, con el que me hacía algun bien espiritual. Un día me dijo:

– Tienes obligación de amar mucho a Nuestro Señor, por tantas gracias y beneficios que te está concediendo.

Se grabó tan profundamente esta frase en mi alma, que desde entonces adquirí el hábito de decir continuamente a Nuestro Señor: “Dios mío, yo te amo, en agradecimiento a las gracias que me has concedido”.

Comuniqué a Jacinta y a su hermano esta jaculatória que a mí tanto me agradaba, y ella la tomó tan en serio, que cuando, más entretenida estaba en medio de los juegos, preguntaba:

– Oíd, ¿se os ha olvidado decir a Nuestro Señor que le amamos por las gracias que nos ha concedido?

11. La prisión de Ourém

Entretanto, amanecía el día 13 de agosto. Las gentes llegaban de todas partes desde la víspera. Todos querían vernos e interrogarnos y hacernos sus peticiones para que las transmitiésemos a la Santísima Virgen. Eramos, en las manos de aquellas gentes, como una pelota en las manos de los niños. Cada uno nos empujaba para su lado y nos preguntaba por sus cosas, sin darnos tiempo a responder a ninguno.

En medio de esta lucha, aparece una orden del Sr. Administrador, para que fuera a casa de mi tía, que me esperaba allí. Mi padre era el intimidado y fue a llevarme. Cuando llegué, estaba él en un cuarto con mis primos. Allí él nos interrogó e hizo nuevas tentativas para obligarnos a revelar el secreto y a prometer que no volveríamos a Cova de Iría. Como nada consiguió, dio orden a mi padre y a mi tío para que nos llevasen a casa del Sr. Cura.

Todo lo que nos pasó después en la prisión, no me detengo ahora a contarlo, porque V. Excia. Rvma. lo conoce ya. Como ya dije a V. Excia., a lo que en ese tiempo fui más sensible y lo que más me hizo sufrir, lo mismo que a mis primos, fue el abandono completo de nuestra família.

A la vuelta de este viaje o prisión, que no sé cómo lo he de llamar –que a mi parecer fue el día 15 de agosto,– como satisfechos de mi llegada a casa, me mandaron inmediatamente sacar el rebaño y llevarlo a pastar. Mis tíos quisieron quedarse con sus hijos en casa, y por ello mandaron en su lugar a su hermano Juan. Como ya era tarde, nos quedamos junto a nuestra aldea, en los Valinhos.

V. Excia. Rvma. ya conoce también cómo pasó esta escena, por ello no me detengo a describirla. La Santísima Virgen nos recomendó de nuevo la práctica de la mortificación, diciendo al final de todo:

– Rezad, rezad mucho y haced sacrifícios por los pecadores; que van muchas almas al infierno, porque no hay quien se sacrifique y pida por ellas.

12. Mortificaciones y sufrimientos

Pasados algunos días, íbamos con las ovejas por un camino, donde encontré un trozo de cuerda de un carro. La cogí y jugando la até a uno de mis brazos. No tardé en notar que la cuerda me lastimaba; dije entonces a mis primos:

– Oíd: esto hace daño. Podíamos atarla a la cintura y ofrecer a Dios este sacrificio.

Las pobres criaturas aceptaron mi idea, y tratamos enseguida de divirla para los tres. Las aristas de una piedra, a la que pegábamos con otra, fue nuestra navaja. Fuese por el grosor o aspereza de la cuerda, fuese porque a veces la apretábamos mucho, este instrumento nos hacía, a veces, sufrir horriblemente. Jacinta deja-ba, en ocasiones, caer algunas lágrimas debido al daño que le causaba; yo le decía entonces que se la quitase; pero ella me respondía:

– ¡No!, quiero ofrecer este sacrificio a Nuestro Señor en reparación y por la conversión de los pecadores.

Otro día, jugábamos cogiendo de las paredes unas hierbas, que producen un estallido cuando se aprietan con las manos. Jacinta, al recoger estas hierbas, cogió sin querer también una ortiga, con la que se produjo picor. Al sentir el dolor, las apretó más con las manos, y nos dijo:

– Mirad, mirad, otra cosa con la que nos podemos mortificar.

Desde entonces quedamos con la costumbre de darnos, de vez en cuando, con las ortigas un golpe en las piernas, para ofrecer a Dios también aquel sacrificio.

Si no me engaño, fue también en el transcurso de este mes cuando adquirimos la costumbre de dar nuestra merienda a nuestros pobrecitos, como ya conté a V. Excia. Rvma., en el escrito sobre Jacinta. Mi madre comenzó, también, en el transcurso de este mes, a estar más en paz. Ella solía decir:

– Si hubiese, aunque sólo fuera una persona, que viese alguna cosa, yo tal vez creería: ¡pero, entre tantas gentes, ver sólo ellos!

Ahora, en este último mes, varias personas decían que veían algunas cosas: unos, que habían visto a Nuestra Señora; otras, varias señales en el sol, etc., etc. Mi madre decía entonces:

– A mí antes me parecía que si hubiese otras personas que también viesen algo, creería; pero, ahora, hay tantas que dicen que ven, y yo no acabo de creer.

Mi padre comenzó también, por entonces, a tomar mi defensa, imponiendo silencio siempre que comenzaban a reñir conmigo; y solía decir:

– No sabemos si es verdad; pero tampoco sabemos si es mentira.

Por este tiempo mis tíos, cansados de las impertinencias de las personas de fuera, que continuamente pedían vernos y hablarnos, comenzaron a mandar a su hijo Juan a pastorear el rebaño, quedando ellos con Jacinta y Francisco en casa. Poco después, acabaron por venderlo. Y yo comencé a ir sola con mi rebaño, porque no me gustaba andar con otra compañía. Como ya conté a V. Excia., Jacinta y su hermano iban conmigo, cuando yo iba cerca; y si el pastoreo era lejos, iban a esperarme al camino. Puedo decir que fueron verdaderamente felices esos días para mí en que, sola, en medio de mis ovejas, desde la cima de un monte o desde las profundidades de un valle, yo contemplaba los encantos del cielo y agradecía a nuestro buen Dios las gracias que desde allá me había mandado. Cuando la voz de alguna de mis hermanas interrumpía mi soledad, llamándome para que fuera a casa para hablar con tal o cual persona que me buscaba, yo sentía un profundo disgusto, y sólo me consolaba el poder ofrecer a nuestro buen Dios, una vez más, este sacrificio.

Vinieron un día a hablarnos tres caballeros. Después de su interrogatório, bien poco agradable, se despidieron diciendo:

– Mirad si os decidís a decir ese secreto; si no, el señor Administrador está dispuesto a quitaros la vida.

Jacinta, dejando traslucir su alegría en el rostro, dijo:

– ¡Qué bien! ¡Con lo que me agradan Nuestro Señor y Nuestra Señora! ¡Así vamos a verlos enseguida!

Corriendo el rumor de que, efectivamente, el Administrador nos quería matar, una de mis tías, casada en Casais, vino a nuestra casa, con la intención de llevarnos a la suya, porque decía ella:

– Yo vivo en otro Ayuntamiento y por eso el Administrador no os puede ir a buscar allí.

Pero su intención no se realizó, debido a que nosotros no quisimos ir y respondimos:

– Si nos matan, es lo mismo; vamos al Cielo.

13. El trece de septiembre

Así se aproximó el día trece de septiembre. En este día la Santísima Virgen, después de lo que ya he narrado, nos dijo:

– Dios está contento con vuestros sacrificios, pero no quiere que durmáis con la cuerda. Ponéosla solamente durante el día.

Excusado será decir que obedecimos puntualmente sus órdenes. Como en el mes pasado Nuestro Señor, según parece, había querido manifestar alguna cosa extraordinaria, mi madre tenía la esperanza de que en ese día, esos hechos serían más claros y evidentes. Pero como nuestro buen Dios, tal vez para darnos la ocasión de poder ofrecerle algún sacrificio más, permitió que en este día no trasluciese ningún rayo de su gloria, mi madre se desanimó de nuevo y la persecución en casa comenzó otra vez.

Eran muchos los motivos por los que se aflijía. A la pérdida total de Cova de Iría, que era un bonito pastizal para nuestro rebaño, y de los comestibles que allí se recogían, se venía a juntar la convicción, casi cierta, como ella decía, de que los acontecimientos no pasaban de simples quimeras y fantasías de imaginaciones infantiles.

Una de mis hermanas no hacía otra cosa que ir a llamarme y quedar en mi lugar pastoreando nuestro rebaño, para que yo fuese a

hablar con las personas que pedían verme y hablarme. Esta pérdida de tiempo, para una familia rica, no sería nada; pero para nosotros, que teníamos que vivir de nuestro trabajo, era algo importante. Mi madre se vio obligada, pasado no mucho tiempo, a vender nuestro rebaño, que hacía, para el sustento de la família, no poca falta. De todo esto se me culpaba y todos me lo echaban en cara en los momentos críticos. Espero que nuestro buen Dios me lo haya aceptado todo, pues yo se lo ofrecí, siempre contenta, por poder sacrificarme por Él y por los pecadores. A su vez, mi madre sufría todo esto con una paciencia y resignación heroicas; y si me reprendía y castigaba, era porque me creía mentirosa.

A veces, completamente conforme con los disgustos que Nuestro Señor le enviaba, decía:

– ¿Será todo esto el castigo que Dios me manda por mis pecados? Si así es, bendito sea Dios.

14. Sin espíritu de lucro

Una vecina se acordó un día, no sé cómo, de decir que unos señores me habían dado, no recuerdo qué cantidad de dinero. Mi madre, sin más, me llamó y me preguntó por ello. Como yo le dije que no lo había recibido, quiso entonces obligarme a entregarlo; y, para ello, se sirvió del palo de la escoba. Cuando yo ya tenía el polvo de la ropa bien sacudido, intervino una de mis hermanas, Carolina, con otra muchacha, vecina nuestra, llamada Virgínia, diciendo que habían asistido al interrogatório de esos senõres y que habían visto que ellos no me habían dado nada. Pude, así defendida, retirarme a mi pozo predilecto y ofrecer, una vez más, este sacrificio a nuestro buen Dios.

15. Una visita curiosa

Si no me engaño, fue también en el trascurso de este mes, cuando apareció por allí un joven que, por su elevada estatura, me hizo temblar de miedo ([21]). Cuando vi entrar en casa, buscándome, a

([21]) *Se refiere a la visita del Dr. Carlos de Azevedo Mendes, el día 8 de septiembre de 1917.*

un señor que tuvo que inclinarse para poder entrar por la puerta, me creí en la presencia de un alemán. Y como en ese tiempo estábamos en guerra y las famílias solían meter miedo a los niños diciendo: "Ahí viene un alemán a matarte", yo pensé que había llegado mi último momento. Mi susto no pasó desapercibido a dicho joven que procuró tranquilizarme, sentándome en sus rodillas, y preguntándome con toda amabilidad. Terminado su interrogatório, pidió a mi madre que me dejara ir a enseñarle el sitio de las apariciones y rezar allí con él. Mi madre accedió a su petición y nos fuimos allá. Pero yo me estremecía de pavor al verme sola, por aquellos caminos, en compañía del desconocido. Me tranquilizó, sin embargo, la idea de que si me mataba iría a ver a Nuestro Señor y Nuestra Señora.

Llegados al lugar, puestos de rodillas, me pidió que rezase un Rosario con él para pedir a la Santísima Virgen una gracia que él deseaba mucho: que una tal muchacha consintiese recibir con él el sacramento del matrimonio. Me extrañó la petición, y pensé: "si ella te tuviese tanto miedo como yo, nunca te diría que sí". Terminado el rezo de nuestro Rosario, el buen joven me acompañó hasta cerca de nuestro pueblo y me despidió amablemente recomendándome su intención. Empecé entonces una carrera desenfrenada hasta llegar a casa de mis tíos, temiendo que él volviese atrás.

Cuál no fue mi espanto cuando el día 13 de octubre, me encontré de repente, después de las apariciones, en los brazos de dicho personaje, nadando por encima de las cabezas de la gente. Realmente estaba bien para que todos pudiesen satisfacer su curiosidad de verme; al poco rato, como el buen señor no veía donde ponía los pies, tropezó en unas piedras, y cayó; yo no caí porque quedé apretujada entre el gentío que me rodeaba. Otras personas me recibieron y dicho personaje desapareció, hasta que pasado algún tiempo apareció de nuevo allí, con dicha muchacha, ya entonces su esposa, para agradecer a la Santísima Virgen la gracia recibida y pedirle una abundante bendición. Este joven es hoy el señor Dr. Carlos Mendes, de Torres Novas.

16. *El trece de octubre*

Estamos, pues, Exmo. Rvmo. Señor Obispo, en el día trece de octubre. Ya sabe V. Excia. Rvma. todo lo que pasó en este día ([22]). De esta aparición, las palabras que más se me grabaron en el corazón, fue la petición de Nuestra Santísima Madre del Cielo:

– No ofendan más a Dios, Nuestro Señor, que ya está muy ofendido.

¡Qué amorosa queja y qué tierna petición! ¡Cómo me gustaría que los hombres de todo el mundo y todos los hijos de la Madre del Cielo escuchasen su voz!

Se había extendido el rumor de que las autoridades habían decidido hacer explotar una bomba junto a nosotros, en el momento de la aparición. No sentimos, por ello, miedo alguno y hablando de esto con mis primos, dijimos:

– ¡Qué bien si nos fuera concedida la gracia de subir, desde allí con Nuestra Señora al Cielo!

Sin embargo, mis padres se asustaron, y por primera vez quisieron acompañarme, diciendo:

– Si mi hija va a morir, yo quiero morir a su lado.

Mi padre me llevó, entonces, de la mano hasta el lugar de las apariciones. Pero, desde el momento de las apariciones, no lo volví a ver más, hasta que por la noche me encontré en el seno de la familia.

La tarde de este día la pasé con mis primos, como si fuésemos algún bicho raro que la multitud procuraba ver y observar. Llegué a la noche verdaderamente cansada de tantas preguntas e interrogatorios, los cuales no acabaron ni con la noche. Varias personas, porque no habían podido interrogarme, quedaron haciendo turno para la mañana siguiente. Aún quisieron algunos hablarme por la noche; pero yo, vencida por el sueño, me dejé caer en el suelo para dormir. Gracias a Dios, el respeto humano y el amor propio en aquella edad aún no los conocía, y por ello estaba tranquila ante cualquier persona, como si estuviese con mis padres.

Al día siguiente continuaron los interrogatorios, o, mejor dicho, en los días siguientes, porque, desde entonces, casi todos los días

([22]) *Tenemos el precioso informe del Párroco de Fátima; en los interrogatorios se mencionan los mismos acontecimientos.*

iban personas a implorar la protección de la Madre del Cielo a Cova de Iría, y todos querían ver a los videntes, hacerles sus preguntas y rezar con ellos el Rosario. A veces me sentía tan cansada de tanto repetir lo mismo y de rezar, que buscaba un pretexto para excusarme y escapar. Pero aquella pobre gente insistía tanto, que yo tenía que hacer un esfuerzo, a veces no pequeño, para satisfacerla. Repetía, entonces, mi oración habitual en el fondo de mi corazón: "Es por tu amor, Dios mío, en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María, por la conversión de los pecadores y por el Santo Padre".

17. Interrogatorios de sacerdotes

Ya dije a V. Excia. Rvma., en el escrito sobre mi prima, cómo fueron dos venerables sacerdotes, quienes nos hablaron de Su Santidad y de la necesidad que tenía de oraciones. Desde entonces, no ofrecíamos a Dios oración o sacrificio alguno, en que no dirigiésemos una súplica por Su Santidad. Y concebimos un amor tan grande al Santo Padre que, cuando un día el Sr. Cura dijo a mi madre que seguramente yo iba a tener que ir a Roma, para ser interrogada por el Santo Padre, batía las palmas de alegría y decía a mis primos:

– ¡Qué bien, si voy a ver al Santo Padre!

Y a ellos se les caían las lágrimas, y decían:

– Nosotros no vamos, pero ofrecemos este sacrificio por él.

El Sr. Párroco me hizo también su último interrogatorio. El tiempo determinado para los hechos había concluido y su Rvcia. no sabía qué decir a todo esto. Comenzó también a demostrar su descontento:

– ¿Para qué va esa cantidad de gente a postrarse en oración a un descampado, cuando el Dios Vivo, el Dios de nuestros altares, sacramentado, permanece solitario, abandonado en el Tabernáculo? ¿Para qué ese dinero que dejan, sin fin alguno, debajo de esa carrasca, mientras la iglesia en obras no hay manera de acabarla, por falta de medios?([23])

([23]) *Se puede afirmar, por los documentos de entonces, que una de las razones de la salida del Párroco fueron las dificultades en la construcción de la nueva iglesia.*

Yo comprendía perfectamente la razón de sus reflexiones; pero, ¿qué podía yo hacer?; si yo fuese la señora de los corazones de estas personas, los inclinaría, ciertamente, hacia la iglesia. Pero como no lo era, ofrecía también a Dios este sacrificio.

Como Jacinta tenía la costumbre en los interrogatórios de bajar la cabeza, poner los ojos en el suelo y no decir casi nada, yo era la llamada casi siempre para satisfacer la curiosidad de los peregrinos. Era, por ello, continuamente llamada a casa del Sr. Cura para ser interrogada por ésta o aquella persona, por éste o aquel sacerdote.

Vino en una ocasión a interrogarme un sacerdote de Torres Novas.([24]) Me hizo un interrogatorio tan minucioso, tan lleno de enredos, que quedé con algunos escrúpulos, por creer haber ocultado alguna cosa. Consulté con mis primos el caso:

– No sé –les dije– si estamos haciendo mal, en no decir todo cuanto nos preguntan sobre si Nuestra Señora nos dice alguna cosa más. No sé si con decir que tenemos un secreto, no mentimos callando el resto.

– No sé –respondió Jacinta–, ¡mira a ver!, tú eres la que quieres que no se diga.

– Ya se ve que no quiero, no –le respondí–; ¡para que comiencen a preguntamos qué mortificaciones hacemos!, ¡sólo nos faltaba eso! Oye, si tú te hubieses callado y no hubieras dicho nada, ahora nadie sabría que habíamos visto a Nuestra Señora y hablado con Ella, como con el Ángel. Nadie precisaba saberlo.

La pobre niña, al oír mis razones, comenzó a llorar y, como en mayo, según lo que ya le escribí en su historia, me pidió perdón. Quedé, pues, con mis escrúpulos, sin saber cómo resolver mi duda. Pasado poco tiempo, se presentó otro sacerdote de Santarém. Parecía hermano del primero o, al menos, que se habían ensayado juntos: las mismas preguntas y enredos, los mismos modos de reír y hacer burla; hasta la estatura y facciones parecían las mismas. Después de este interrogatorio, mis dudas aumentaron, y no sabía verdaderamente qué hacer. Pedía constantemente a Nuestro Señor y a Nuestra Señora que me dijesen cómo debía actuar:

([24]) *El cánonigo Ferreira, en aquel tiempo Vicario de Torres Novas, manifestó, un día, que él mismo había sido uno de estos interrogadores.*

– ¡Oh mi Dios y mi Madrecita del Cielo! ¡Vosotros sabéis que no os quiero ofender con mentiras, pero bien veis que no es bueno decir todo lo que me dijisteis!

En medio de esta perplejidad, tuve la suerte de hablar con el Vicario de Olival ([25]). No sé por qué su Rvcia. me inspiró confianza y le expuse mis dudas.

Ya escribí en el escrito sobre Jacinta cómo su Rvcia. nos enseñó a guardar nuestro secreto. Nos dio, además, algunas instrucciones más sobre la vida espiritual. Sobre todo, nos enseñó la manera de dar gusto a Nuestro Señor en todo, y la manera de ofrecerle un sin fin de pequeños sacrificios:

– Si os apetece comer una cosa, hijitos míos, la dejáis y en su lugar os coméis otra, y ofrecéis a Dios un sacrificio; si os interrogan y no os podéis excusar, es Dios que así lo quiere; ofrecedle también este sacrifício.

Comprendi, verdaderamente, el lenguaje de este venerable sacerdorte y quedé satisfecha de él. Su Rvcia. no perdió jamás de vista mi alma y de vez en cuando se dignaba, o pasar por allí, o se valía de una piadosa viuda que vivía en un pueblecito cerca de Olival ([26]) ; se llamaba señora Emilia.

Esta piadosa mujer iba con frecuencia a Cova de Iría para rezar. Después, pasaba por mi casa, pedía que me dejasen ir varios días con ella y después me llevaba a casa del Sr. Vicario.

Su Rvcia.tenía la bondad de mandarme quedar varios días en su casa, diciendo que era para hacer compañía a su hermana. Tenía, entonces, la paciencia de pasar a solas conmigo largas horas, enseñándome a practicar las virtudes y guiándome con sus sabios consejos. Sin que yo, por entonces, comprendiese nada de la vida espiritual, puedo decir que fue mi primer director espiritual. Conservo, pues, de este venerable sacerdote gratos y santos recuerdos.

([25]) *Se trata del P. Faustino*

([26]) *El lugar se llama Soutaria. La casa de la sra. Emilia fue transformada en capilla.*

III. DESPUES DE LAS APARACIONES

1. Lucía va a la escuela

Estoy escribiendo hasta aquí, sin ton ni son, como se suele decir; y ya voy dejando atrás algunas cosas. Pero estoy haciendo lo que V. Excia. Rvma. me dijo: que escribiese según lo fuera recordando con toda sencillez. Pues así lo quiero hacer, sin que me importe el orden ni el estilo. Me parece que así mi obediencia es más perfecta; y, por tanto, más agradable a Nuestro Señor y al Inmaculado Corazón de María.

Vuelvo, pues, a la casa paterna. Ya dije a V. Excia. que mi madre tuvo que vender nuestro rebaño, quedando sólo con tres ovejas que llevábamos con nosotros al campo; y, cuando no íbamos, les dábamos de comer algunas cosas en el corral. Mi madre me mandó, entonces, a la escuela; y, en el tiempo que me quedaba libre, quería que aprendiese a tejer y a coser. Así, me tenía segura en casa y no tenía que perder tiempo en buscarme.

Un hermoso día hablaban mis hermanas de ir a hacer la vendimia de un rico señor de Pé de Cão ([27]), con otras chicas. Mi madre decidió que ellas irían, pero que yo iría también con ellas. (También ya dije al principio, que mi madre tenía la costumbre de no dejarlas ir a ningún sitio sin que me llevasen).

2. Actitud del Párroco

Por entonces, el Sr. Cura comenzó también a preparar a los niños para una Comunión solemne. Como desde los seis años yo repetía la Comunión solemne, mi madre decidió que este año yo no la haría, por lo cual no fui a la explicación de la doctrina. Al salir de la escuela, cuando los demás niños iban para la puerta del Sr. Cura, yo me marchaba para mi casa a seguir con mi costura o con mi tejido. Al buen Párroco no le agradó mi falta a la doctrina; y su hermana, al salir yo de la escuela, mandó a llamarme por otra niña.

([27]) *Esta propiedad, en las proximidades de Torres Novas, perteneció al ingeniero Mario Godinho. El mismo hizo, el día 13 de julio de 1917, la primera fotografía que tenemos de los niños.*

Ésta me encontró ya camino de Aljustrel, junto a la casita de un pobre hombre, al que llamaban 'el Caracol'; me dijo que la hermana del Sr. Cura me mandaba llamar; y que, por tanto, fuera hacia allá. Pensando que era para algún interrogatorio, me disculpé diciendo que mi madre me había mandado ir enseguida a casa; y, sin más, eché a correr como una tonta a través de los campos, en busca de un escondrijo, donde no pudiese ser encontrada. Pero esta vez el juego me salió caro.

Pasados algunos días, hubo en la feligresía una fiesta, cuya Misa vinieron a cantar varios sacerdotes de fuera. Al terminar la fiesta, el Sr. Cura me mandó llamar, y delante de todos aquellos sacerdotes me reprendió severamente por no haber ido a la doctrina, y por no haber acudido al llamamiento de su hermana; en fin, todas mis debilidades aparecieron allí y el sermón se fue prolongando por largo rato. Por fin, no sé cómo apareció allí un venerable sacerdote que procuró defender mi causa. Quiso disculparme, diciendo que tal vez fue mi madre la que no me dejaba. Pero el buen Párroco respondió:

– ¿La madre? ¡La madre es una santa! ¡Esta sí que es una criatura que aún estamos por ver lo que va a salir de aquí!

El buen sacerdote, que venía a ser Sr. Vicario de Torres Novas, me preguntó entonces amablemente el motivo de no haber ido a la doctrina. Expuse entonces la determinación que había tomado mi madre. No creyéndome el Sr. Cura, me mandó que llamase a mi hermana Gloria, que estaba en el atrio, para informarse de la verdad. Después de saber que las cosas eran como yo acababa de decir, concluyó:

– Pues bien, o la niña viene ahora, estos días que faltan, a la doctrina, y, después de hacer la confesión conmigo, recibe la Comunión solemne con los demás niños, o, bien, en la feligresía no vuelve a recibir la Comunión.

Al oír tal propuesta, mi hermana manifestó que, cinco días antes yo debía partir con ellas y que nos hacía un gran transtorno; que si su Rvcia. quería, yo iría a confesar y comulgar un día antes de partir. El buen Párroco no entendió la petición y se mantuvo firme en su propuesta.

Al llegar a casa, informamos a mi madre, que, al enterarse de lo ocurrido, fue también a pedir a su Rvcia., que me confesara y diese la comunión otro día. Pero todo fue inútil. Mi madre decidió,

entonces, que a pesar de la distancia del viaje y de las dificultades de hacerlo –porque, además de ser larguísimo, era necesario ir por caminos malos, atravesar montes y sierras–, después del día de la Comunión solemne, mi hermano haría el viaje para llevarme allá. Yo creo que sudaba tinta, sólo con la idea de tenerme que confesar con el Sr. Cura. ¡Qué miedo el que le tenía! Lloraba de aflicción.

Llegó la víspera, y su Rvcia. mandó que todos los niños fuesen por la tarde a la iglesia para confesarse. Allá fui, pues, con el corazón más encogido que si estuviese en una prensa; al entrar en la iglesia, vi que había varios sacerdotes confesando. En un confesionario, al fondo, estaba el Padre Cruz, de Lisboa. Yo ya había hablado con su Rvcia. y me había agradado mucho. Sin tener en cuenta que en un confesionario abierto, en medio de la iglesia, estaba el Sr. Cura fijándose en todo, pensé: primero voy a confesarme con el P. Cruz y a preguntarle cómo he de hacer; y, después, voy al Sr. Cura.

El P. Cruz me recibió con toda amabilidad, y después de oírme, me dio consejos, diciéndome que si no quería ir al Sr. Cura que no fuese; que, por ello, el Sr. Cura no podría negarme la Comunión. Radiante de alegría con estos consejos, recé la penitencia y me escapé de la iglesia con miedo de que alguien me llamara. Al día siguiente, fui allí con mi vestido blanco, recelando aún de que la Comunión me fuese negada. Pero su Rvcia. se contentó, por entonces, con hacerme saber, al fin de la fiesta, que no le había pasado desapercibida mi falta de obediencia en irme a confesar con otro sacerdote.

El buen Párroco continuó mostrándose cada vez más descontento y confuso con relación a los hechos; y, un buen día, dejó la parroquia. Se extendió, entonces, la noticia de que su Rvcia. se había ido por mi culpa ([28]), por no haber querido asumir la responsabilidad de los hechos. Como era un párroco celoso y querido por el pueblo, no me faltaron, por ello, motivos para sufrir. Algunas piadosas mujeres, cuando me encontraban, desahogaban su disgusto, dirigiéndome insultos, y, a veces, me despedían con un par de bofetadas o puntapiés.

([28]) *Ciertamente esa no fue la razón de su salida. La dificultad que el Párroco tenía con sus feligreses, en la construcción de la iglesia, habría sido la verdadera causa.*

3. Comunión en el sufrimiento

Jacinta y Francisco pocas veces tomaban parte en estos mimos que el Cielo nos enviaba, porque sus padres no consentían que nadie les tocase. Pero sufrían al verme sufrir, y no pocas veces las lágrimas les corrían por la cara al verme afligida y mortificada.

Un día Jacinta me decía:

– Ojalá mis padre fueran como los tuyos, para que esta gente también me pudiera pegar, porque así tendría más sacrificios que ofrecer a Nuestro Señor.

No obstante, ella sabía aprovechar bien las ocasiones de mortificarse. También teníamos por costumbre, de vez en cuando, ofrecer a Dios el sacrificio de pasar un novenario o un mes sin beber. Una vez hicimos este sacrificio en pleno mes de agosto, en el que el calor era sofocante. Volvíamos un día, después de rezar nuestro Rosario, de Cova de Iría, y al llegar junto a una laguna que queda al lado del camino, me dijo Jacinta

– ¡Oye: tengo tanta sed y me duele tanto la cabeza! Voy a beber un poco de este agua.

– De ésta no –le respondí–, mi madre no quiere que bebamos de aquí, porque hace daño. Vamos allá, a pedir una poquita a tía María dos Anjos. (Era una vecina nuestra que hacía poco tiempo se había casado y vivía allí en una casita).

– No, de esa agua buena no quiero. Beberé de ésta, porque en vez de ofrecer a Nuestro Señor la sed, le ofreceré el sacrificio de beber de esta agua sucia.

Verdaderamente, el agua de esta laguna era muy sucia. Varias personas lavaban allí la ropa, y los animales iban a beber y a bañarse. Por ello, mi madre tenía el cuidado de recomendar a sus hijos que no bebiesen de esta agua.

Otras veces decía:

– Nuestro Señor debe de estar contento con nuestros sacrificios, porque yo ¡tengo tanta, tanta sed!; pero no quiero beber, quiero sufrir por su amor.

Un día estábamos sentados en el portal de la casa de mis tíos, cuando nos dimos cuenta que se aproximaban varias personas. Francisco y yo, enseguida, corrimos cada uno a nuestro cuarto a escondernos debajo de las camas. Jacinta dijo:

– Yo no me escondo; voy a ofrecer a Dios este sacrificio.

Y aquellas personas se aproximaron, hablaron con ella, esperaron mucho tiempo mientras me buscaban y, por fin, se marcharon. Salí entonces de mi escondrijo y le pregunté:

– ¡Qué respondiste cuando te preguntaron si sabías dónde estábamos?

– No respondí nada; bajé la cabeza y los ojos hacia el suelo y no dije nada. Hago siempre así cuando no quiero decir la verdad. Y mentir tampoco quiero, porque es pecado.

En verdad, ella tenía mucho la costumbre de proceder así, y era inútil cansarse de hacer preguntas, que no obtenían ni la mínima respuesta. Sacrificios de esta clase, de ordinario, si nosotros podíamos escapar, no estábamos dipuestos a ofrecerlos.

Otro día, estábamos sentados a unos pasos de su casa, a la sombra de dos higueras que hay sobre el camino. Francisco se apartó un poco, jugando. Notando que se aproximaban varias señoras, corre a darnos la noticia. Como en aquel tiempo se usaban unos sombreros con unas alas casi del tamaño de una criba, pensamos que con semejantes cartapacios no nos verían; y, sin más, subimos a la higuera. Después que las señoras pasaron, descendimos apresuradamente y, en precipitada fuga, fuimos a escondernos en un campo de maíz.

Esta manera nuestra de escaparnos siempre que podíamos, constituía también un motivo de queja del Sr. Cura; y en especial su Rvcia.se quejaba de que nos escapábamos de los sacerdotes. Era cierto y su Rvcia. tenía razón. Pero era porque también los sacerdotes nos interrogaban, nos reinterrogaban y nos volvían a interrogar. Cuando nos veíamos en la presencia de un sacerdote, ya nos disponíamos a ofrecer a Dios uno de nuestros mayores sacrificios.

4. Prohibición de la peregrinación

Entretanto, el Gobierno no se conformaba con la marcha de los acontecimientos. Se habían puesto en el lugar de las apariciones unos palos, a modo de arcos, con unas linternas que algunas personas tenían el cuidado de mantener encendidas. Mandaron, pues, una noche a algunos hombres con un automóvil para derribar dichos palos, cortar la encina donde se había dado la aparición y llevarla arrastrando detrás del automovil.

Por la mañana, se extendió rápidamente la noticia del hecho. Allá fui corriendo para ver si era verdad. Pero cuál no sería mi alegría al ver que los pobres hombres se habían equivocado, y en lugar de la encina auténtica habían arrancado una de las colindantes. Pedí, entonces, a Nuestra Señora perdón por aquellos pobres hombres y recé por su conversión.

Pasado algún tiempo, en un día 13 de mayo, no recuerdo si de 1918 o 19 ([29]), al amanecer, corrió la noticia de que en Fátima había una fuerza de caballería, para impedir al pueblo la ida a Cova de Iría. Toda la gente, muy asustada, me iba a dar la noticia, diciendo que seguramente aquel día era el último de mi vida. Sin hacer caso de lo que me decían, me puse en camino de la iglesia. Al llegar a Fátima, pasé por entre los caballos que llenaban la plaza, entré en la iglesia, oí la Misa que celebró un sacerdote desconocido, comulgué y, después de dar gracias, volví en paz a casa, sin que nadie me dijese una sola palabra. No sé si no me vieron o si no me dieron importancia.

Por la tarde, a pesar de las noticias que constantemente llegaban, de que la tropa hacía esfuerzos para apartar al pueblo, sin conseguirlo, allá fui también para rezar mi Rosario. En el camino, se juntó conmigo un grupo de mujeres que habían venido de fuera. Cuando me aproximaba ya al lugar, vienen al encuentro del grupo dos militares, fustigando apresuradamente sus caballos para alcanzarnos. Al llegar junto a nosotros, preguntaron para dónde íbamos. Al oír la respuesta osada de las mujeres – “que no les importaba” -, fustigaron los caballos, haciendo intención de querer atropellarnos. Las mujeres huyeron, cada una por su lado, y en un momento me encontré sola en la presencia de los jinetes. Me preguntaron entonces mi nombre, a lo que respondí sin tardar. Entonces me preguntaron si yo era la tal vidente. Respondí que sí. Me dieron entonces la orden de ponerme en medio del camino y de caminar en medio de los dos caballos, indicándome el camino a Fátima.

Al aproximarme a la laguna, de la que ya hablé, una pobre mujer que allí vivía, de la que hace poco también hablé, al verme a

([29]) *Fue el 13 de mayo de 1920. Hay fechas que ni la misma Lucía puede identificar.*

alguna distancia, así entre los caballos, salió al medio del camino y, como si fuera otra Verónica, procuró inculcarme coraje. Los soldados la obligaron a retirarse sin pérdida de tiempo y la pobre mujer quedó deshecha en llanto, lamentando mi desgracia. Algunos pasos más adelante, me mandaron parar y me preguntaron si aquella mujer era mi madre. Respondí que no. Ellos no lo creyeron y preguntaron si aquella casa no era la mía. De nuevo, les dije que no. Ellos entonces, que parecía que no me creían, me mandaron seguir un poco más adelante, hasta la casa de mis padres. Al llegar a un terreno, que queda un poco antes de entrar en Aljustrel, junto a una pequeña fuente, al ver allí abiertos unos hoyos para plantar árboles, me mandaron parar y, tal vez para asustarme, le dijo el uno al otro:

– Aquí hay hoyos abiertos. Con una de nuestras espadas le cortamos la cabeza y aquí la dejamos, ya enterrada. Así acabamos con esto de una vez para siempre.

Al oír estas palabras, creí realmente llegado mi último momento; pero quedé tan tranquila, como si nada de aquello fuese conmigo. Pasado un momento, en que pareció quedaron pensativos, el otro respondió:

– No, no tenemos autorización para eso.

Y me mandaron continuar mi camino. Atravesé así, nuestra pequeña aldea, hasta llegar a casa de mis padres. Toda la gente salía a las puertas y ventanas para ver lo que pasaba. Unos se reían con burla, otros lamentaban con pena mi suerte. Al llegar a mi casa, me mandaron llamar a mis padres. No estaban. Uno se bajó, entonces, para ver si estaban escondidos. Dio una vuelta por la casa; y después, al no encontrarlos, me dio la orden de no salir de allí más en aquel día; y, montando en sus caballos, se fueron.

Al caer la tarde, corrió la noticia de que la tropa se había retirado, vencida por el pueblo; y al ponerse el sol, yo rezaba mi Rosario en Cova de Iría, acompañada por centenares de personas. Según me contaron después, cuando yo iba prisionera, algunas personas fueron a avisar a mi madre de lo que pasaba; ella respondió:

– Si es cierto que ella vio a Nuestra Señora, Nuestra Señora la defenderá; y si ella miente, está bien que sea castigada.

Y permaneció, como antes, tranquila.

Ahora, alguien me ha de preguntar:

– Y mientras pasó todo eso, ¿qué fue de tus compañeros?

– No lo sé. No recuerdo nada de ellos en este momento. Tal vez los padres, en vista de las noticias que corrían, no los dejaron salir de casa en ese día.

5. La madre de Lucía enferma gravemente

El Señor debía complacerse en verme sufrir, pues me preparaba aún un cáliz mucho más amargo, que dentro de poco me daría a beber: mi madre cayó gravemente enferma, hasta tal punto que un día la creíamos agonizante. Fuimos, entonces, todos sus hijos junto a su cama, para recibir su última bendición y besarle su mano moribunda. Por ser la más joven fui la última. Mi pobre madre, al verme, se reanimó un poco, me echó los brazos al cuello y, suspirando, exclamó:

– ¡Mi pobre hija!, ¿qué será de ti sin madre? Muero con el corazón atravesado por ti.

Y, prorrumpiendo en amargos sollozos, me apretaba cada vez más a su pecho. Mi hermana mayor me arrancó de sus brazos a la fuerza; y, llevándome a la cocina, me prohibió volver más al cuarto de la enferma; y concluyó diciendo.

– Madre muere amargada con los disgustos que tú le has dado.

Me arrodillé, incliné la cabeza sobre un banco y con una profunda amargura, como nunca había experimentado, ofrecí a nuestro buen Dios este sacrificio. Pocos momentos después, mis dos hermanas mayores, viendo el caso perdido, vuelven junto a mí y me dicen:

– Lucía, si es cierto que viste a Nuestra Señora, vete ahora a Cova de Iría. Pídele que cure a nuestra madre. Prométele lo que quieras, que lo haremos; y entonces, creeremos.

Sin detenerme un momento, me puse en camino. Para no ser vista, me fui por un atajo que hay entre los campos, rezando hasta allí el Rosario. Hice a la Santísima Virgen mi petición; desahogué allí mi dolor, derramando copiosas lágrimas, y volví a casa, confortada con la esperanza de que mi querida Madre del Cielo me daría la salud de la madre de la tierra. Al entrar en casa, mi madre ya sentía alguna mejoría; y, pasados tres días, ya podía desempeñar sus trabajos domésticos.

Yo había prometido a la Santísima Virgen, si Ella me concedía lo que yo le pedía, ir allá, durante nueve días seguidos, acompaña-

da de mis hermanas, rezar el Rosario e ir de rodillas desde lo alto del camino hasta los pies de la encina; y el último día llevar nueve niños pobres y darles al fin una comida. Fuimos, pues, a cumplir mi promesa, acompañadas de mi madre, que decía:

– ¡Qué cosa!, Nuestra Señora me curó, y yo parece que aún no creo. No sé cómo es esto.

6. Muerte del padre

Nuestro buen Dios me dio este consuelo, pero de nuevo llamaba a la puerta con otro sacrificio, no menos pequeño. Mi padre era un hombre sano, robusto, que no sabía qué era un dolor de cabeza. Y, en menos de 24 horas, casi de repente, una pulmonía doble, lo llevó a la eternidad ([30]). Mi dolor fue tal que creí que moría. El era el único que continuaba mostrándose mi amigo, y en las discusiones que contra mí se levantaban en familia, era el único que me defendía.

– ¡Dios mío, Dios mío! –exclamaba yo retirada en mi cuarto– nunca pensé que me tuvieses guardado tanto sufrimiento. Pero sufro por tu amor, en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María, por el Santo Padre y por la conversión de los pecadores.

7. Enfermedad y muerte de Jacinta y Francisco

Por este tiempo, Jacinta y Francisco comenzaron también a empeorar ([31]). Jacinta me decía algunas veces:

– ¡Siento un dolor tan grande en mi pecho! Pero no digo nada a mi madre; quiero sufrir por Nuestro Señor, en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María, por el Santo Padre y por la conversión de los pecadores.

Cuando un día por la mañana llegué junto a ella, me preguntó:

– ¿Cuántos sacrificios ofreciste esta noche a Nuestro Señor?

– Tres: me levanté tres veces para rezar las oraciones del Ángel.

([30]) *El padre de Lucía falleció el 31 de julio de 1919.*

([31]) *Francisco y Jacinta enferman casi al mismo tiempo, a finales de octubre de 1918.*

– Pues yo le ofrecí muchos, muchos; no sé cuántos fueron, porque tuve muchos dolores y no me quejé.

Francisco era más callado. Hacía habitualmente todo lo que nos veía hacer a nosotras, y raras veces sugería algo. En su dolencia sufría con una paciencia heroica, sin dejar nunca escapar ningún gemido, ni la más leve queja. Le pregunté un día poco antes de morir.

– Francisco, ¿sufres mucho?

– Sí; pero lo sufro todo por amor de Nuestro Señor y de Nuestra Señora.

Un día me dio la cuerda de la que ya hablé y me dijo:

– Toma, llévatela antes que mi madre la vea. Ahora ya no soy capaz de ponermela en la cintura.

Tomaba todo lo que la madre le llevaba, y nunca llegué a saber si alguna cosa le repugnaba.

Así llegó el día feliz de partir para el Cielo ([32]). La víspera nos dijo, a mí y a su hermanita:

– Voy al Cielo, pero allí he de pedir mucho a Nuestro Señor y a Nuestra Señora que os lleve también allá en breve.

Me parece que ya describí, en el escrito sobre Jacinta, lo mucho que nos costó esta separación. Por ello, no lo repito ahora aquí.

8. Paciencia de Jacinta en la enfermedad

Jacinta se quedó, pues, allí con su dolencia que poco a poco se fue agravando. Tampoco voy ahora a describirla, porque también lo hice ya. Sólo voy a contar algún que otro acto de virtud que le vi practicar y que me parece que aún no describí.

Su madre sabía que le repugnaba la leche. Un día le llevó, junto con la taza de leche, un hermoso racimo de uvas.

– Jacinta, le dijo, toma; si no puedes tomar la leche, déjala y tómate las uvas.

– No, madre mía; las uvas no las quiero, llévatelas; dame más bien la leche, que si la tomo.

([32]) *Francisco murió en la casa de sus padres, en Aljustrel, el 4 de abril de 1919.*

Y, sin mostrar la mínima repugnancia, la tomó. Mi tía se retiró contenta, pensando que el fastidio de su hijita iba desapareciendo. Jacinta se volvió después a mí y me dijo:

– ¡Me apetecían tánto aquellas uvas y me costó tánto tomar la leche! Pero quise ofrecer este sacrificio a Nuestro Señor.

Otro día, por la mañana, la encontré muy desfigurada y le pregunté si se encontraba peor.

– Esta noche, dijo, tuve muchos dolores, y quise ofrecer a Nuestro Señor el sacrificio de no moverme en la cama; por eso no dormí nada.

Otra vez me dijo:

– Cuando estoy sola, dejo la cama para rezar las oraciones del Ángel; pero ahora ya no soy capaz de llegar con la cabeza al suelo, porque me caigo. Rezo sólo de rodillas.

Un día, en que tuve ocasión de hablar con el Sr. Vicario, su Rvcia. me preguntó por Jacinta y su estado de salud. Le dije lo que me parecía de su estado de salud, y después, conté a su Rvcia. lo que ella me había dicho: que ya no era capaz de inclinarse hasta el suelo para rezar. Su Rvcia. me mandó, entonces, decirle que no quería que descendiese más de la cama para rezar; que echada en la cama rezase sólo lo que pudiese, sin cansarse. Le di el recado en la primera ocasión que tuve y ella me preguntó:

– ¿Y Nuestro Señor quedará contento?

– Sí, le respondí; Nuestro Señor quiere que se haga lo que el Sr. Vicario nos manda.

– Entonces está bien, nunca más me volveré a levantar.

A mí me agradaba, siempre que podía, ir al Cabezo, a nuestra cueva predilecta, para rezar. Como a Jacinta le agradaban mucho las flores, a la vuelta cogía un ramo, en la cuesta, de lirios y peonias, cuando las había, y se lo llevaba, diciendo:

– Toma, son del Cabezo:

Ella las abrazaba, y a veces decía, con el rostro bañado en lágrimas:

– ¡Nunca más volveré allá, ni a los Valinhos, ni a Cova de Iría; y tengo tántas añoranzas!

– Pero, ¿qué te importa, si vas al Cielo a ver a Nuestro Señor y a Nuestra Señora?

– Pues es verdad, respondía.

Y quedaba contenta, deshojando su ramo de flores, y contando los pétalos de cada flor.

Pocos días después de enfermar, me entregó la cuerda que usaba, diciendo:

– Guárdamela, que tengo miedo que me la vea mi madre. Si mejoro, la quiero otra vez.

Esta cuerda tenía tres nudos y estaba algo manchada de sangre. La conservé escondida hasta que salí definitivamente de casa de mi madre. Después, no sabiendo qué hacer con ella, la quemé junto con la de su hermanito.

9. Enfermedad y viajes de Lucía

Varias personas de fuera que iban allí, al verme con una cara amarillenta y medio anémica, pedían a mi madre que me dejase ir unos días a sus casas, diciendo que tal vez el cambio de aire me haría bien. Por este motivo, mi madre daba su consentimiento y así me llevaban, ya a unos sitios, ya a otros.

En estos viajes no siempre encontraba estima y cariño. Al lado de personas que me admiraban y creían santa, había siempre otras que me vituperaban y me llamaban hipócrita, visionaria y hechicera. Era nuestro buen Dios que echaba sal en el agua, para que ésta no se corrompiese. Así, gracias a esta Divina Providencia, pasé por el fuego sin quemarme, ni llegar a conocer aquel bichillo de vanidad que acostumbra a carcomer todo. En estas ocasiones, yo solía pensar: “Todos se engañan: ni soy una santa, como dicen algunos; ni una mentirosa, como dicen otros; sólo Dios sabe lo que soy”.

Al volver, corría junto a Jacinta, que me decía:

– Oye, no vuelvas a irte, ya tenía tantas ganas de verte; desde que te fuiste no he hablado con nadie; con los otros, no sé hablar.

Llegó, por fin, para ella el día de partir a Lisboa. Ya escribí nuestra despedida, por ello no la repito aquí. ¡Qué tristeza la que yo sentí al verme sola! En tan poco tiempo, nuestro buen Dios me llevó al Cielo a mi querido padre, en seguida a Francisco, y ahora a Jacinta, que yo no volvería a ver en este mundo.

Enseguida que pude me retiré al Cabezo, me interné en la cueva de Rocas, para desahogar allí, a solas con Dios, mi dolor y derramar con abundancia las lágrimas de mi llanto.

Al descender la cuesta, todo me recordaba a mis queridos compañeros: las piedras, donde tantas veces nos habíamos sentado; las flores, que yo ya no cogía, por no tener a quién llevarlas; los Valinhos, donde juntos habíamos gozado las delicias del Paraiso.

Tanto recordaba a Jacinta que, dudando de la realidad y medio abstraída, entré un día en casa de mi tía, y dirigiéndome al cuarto de Jacinta, la llamé. Su hermanita Teresa, al verme así, me impidió el paso, diciéndome que Jacinta ya no estaba ahí.

Pasado poco tiempo, llegó la noticia de que había volado al Cielo. ([33]) Trajeron, entonces, su cadáver a Vila Nova de Ourém. Mi tía me llevó allá un día, junto a los restos mortales de su hijita, con la esperanza de que así me distraería. Pero, durante mucho tiempo, parecía que mi tristeza aumentaba cada vez más. Cuando encontraba el cementerio abierto, me sentaba junto al sepulcro de Francisco, o de mi padre, y allí pasaba largas horas.

Gracias a Dios que, pasado algún tiempo, mi madre decidió ir a Lisboa y llevarme consigo ([34]). Por mediación del Señor Doctor Formigão, una piadosa señora nos recibió en su casa y se ofreció a pagar mi educación en un colegio si yo quería quedarme allí. Mi madre y yo aceptamos, agradecidas, la caritativa oferta de la señora, de nombre doña Asunción Avelar.

Mi madre, después de haber consultado a los médicos, y de oír que necesitaba una operación de riñones y espalda, pero que ellos no se responsabilizaban de su vida, en vista de que también tenía una lesión de corazón, volvió a casa, dejándome entregada a los cuidados de aquella señora. Cuando ya lo tenía todo preparado y señalado el día para entrar en el colegio, dijeron que el Gobierno había sabido que yo estaba en Lisboa y me buscaba. Me llevaron, entonces, a Santarém, a casa del señor Dr. Formigão, donde estuve algunos días escondida, sin que ni siquiera me dejaran ir a Misa. Y por fin, la hermana de su Rvcia. vino a traerme a casa de mi madre, prometiendo arreglar mi entrada en un colegio, que enton-

([33]) *Jacinta murió en Lisboa, en el Hospital de D. Estefanía, el 20 de febrero de 1920, a las 22,30.*

([34]) *Lucía estuvo en Lisboa desde el 7 de julio hasta el 6 de agosto de 1920. A continuación fue a Santarém y de aquí regresó a Aljustrel, el 12 de agosto.*

ces tenían las Religiosas Doroteas en España; y que, después que estuviese todo arreglado, me irían a buscar. Con todas estas cosas, me distraje un poco, y aquella tristeza abrumadora me fue pasando.

10. Primer encuentro con el Obispo

Por estas fechas, V. Excia. Rvma. entraba en Leiría ([35]) y nuestro buen Dios confiaba a sus cuidados un pobre rebaño largos años sin pastor. No faltó quien pensó asustarme con la llegada de V. Excia. Rvma., como ya habían hecho otra vez con un venerable sacerdote, diciendo que V. Excia. lo sabía todo, que adivinaba y penetraba en lo íntimo de la conciencia, y que ahora iba a descubrir todos mis embustes. En lugar de asustarme, ansiaba hablarle y pensaba: "si es cierto que lo sabe todo, sabe que digo la verdad".

Así, después de que una buena señora de Leiría se ofreció a llevarme junto a V. Excia. Rvma., acepté gustosa la propuesta. Allá me fui en la expectativa del feliz momento, Llegó, por fin, ese día. Y al llegar a palacio me mandaron entrar con aquella señora a una sala y esperar un poco. Vino, pasado algunos momentos, el Secretario ([36]) de V. Excia. Rvma., que habló amablemente con la señora doña Gilda, que me acompañaba, haciéndome, de vez en cuando, algunas preguntas. Como ya me había confesado dos veces con su Rvcia., ya le conocía; y por ello, su conversación me resultó agradable. Pasado un rato, vino el señor doctor Marques dos Santos ([37]), con sus zapatos de hebilla, y envuelto en su gran capa. Era la primera vez que yo veía vestido así a un sacerdote, por ello me llamó mucho más la atención. Comenzó, pues, a desenvolver su repertorio de preguntas, que me parecía no tener fin. De vez en cuando se reía, con un aire como de burla, de mis respuestas; y el momento de hablar con el Señor Obispo no había manera de que llegara. Por fin vino de nuevo el Secretario de V. Excia., a decir a la señora que me acompañaba que, cuando el señor Obispo llegase,

([35]) *El nuevo Obispo, D.José Alves Correia da Silva, entró en la Diócesis el 5 de agosto de 1920*

([36]) *Padre Augusto Maia (†1959).*

([37]) *Mons. Manuel Marques dos Santos (1892-1971).*

se disculpase diciendo que tenía que ir a hacer algunos recados, y que se retirase: porque, decía su Rvcia., puede ser que su Excia. le quiera alguna cosa en particular. Al oír este recado, exulté de alegría y pensé: El Señor Obispo, como lo sabe todo, no me hará muchas preguntas y estará sólo conmigo: ¡qué bien!

La buena señora supo hacer muy bien su papel cuando V. Excia. Rvma. llegó; y así, tuve la dicha de hablar a solas con V. Excia. Lo que en esta entrevista pasó, no lo voy a describir ahora, porque V. Ex.cia Rvma., de cierto, lo recuerda mejor que yo. En verdad, cuando os vi, Exmo. y Rvmo. Señor, recibirme con tanta bondad, sin hacerme la más mínima pregunta curiosa o inútil, interesándoos sólo por el bien de mi alma, y comprometiéndoos a tener cuidado de la pobre ovejita que el Señor acababa de confiaros quedé, más que nunca, creyendo que V. Excia. Rvma. lo sabía todo; y que no dudé ni un momento en abandonarme a vuestras manos.

Las condiciones impuestas por V. Excia. Rvma. para conseguirlo, para mi forma natural de ser, eran fáciles: guardar completo secreto de todo lo que V. Excia. Rvma. me había dicho, y ser buena. Allá me fui, guardando para mi mi secreto, hasta el día en que V. Excia. Rvma. mandó pedir el consentimento de mi madre.

11. Lucía se despide de Fátima

Se señaló, por fin, el día de mi partida. La víspera fui, pues, con el corazón encogido por la nostalgia, a despedirme de todos nuestros lugares, bien segura de que era la última vez que los pisaba: el Cabezo, el Roquedal, los Valinhos, la iglesia parroquial, donde el buen Dios había comenzado la obra de su misericordia, y el cementerio, donde dejaba los restos mortales de mi querido padre y de Francisco, que no había podido olvidar.

De nuestro pozo me despedí ya iluminado por la pálida luz de la luna; y de la vieja era, donde tantas veces había pasado largas horas contemplando el lindo cielo estrellado y las maravillosas salidas y puestas de sol, que de cuando en cuando me encantaba, haciendo brillar sus rayos en las gotas de rocio, que por las mañanas cubrían las montañas, como si fuesen perlas; y por las tardes, los copos de nieve, cuando ésta caía durante el día pendientes de los pinos que hacían recordar las bellezas del Paraíso.

Sin despedirme de nadie, al día siguiente ([38]), a las dos de la mañana, acompañada de mi madre y de un pobre trabajador que iba a Leiría, llamado Manuel Correia, me puse en camino, llevando inviolable mi secreto. Pasamos por Cova de Iría para hacer allí mis últimas despedidas. Recé allí, por última vez, mi Rosario; y, hasta que pude distinguir el lugar, me fui volviendo para atrás, como para decirle mi último adiós.

Llegamos a Leiria sobre las nueve de la mañana. Allí me encontré con la señora doña Filomena Miranda, que sería después mi madrina de confirmación, encargada por V. Excia. Rvma. para que me acompañase. El tren partía a las dos de la tarde, y allí estaba yo, en la estación, para dar a mi pobre madre mi abrazo de despedida que la dejó envuelta en abundantes lágrimas. El tren partió; y, con él, mi pobre corazón quedó sumergido en un mar de nostalgias y recuerdos, que me era imposible olvidar.

EPÍLOGO

Pienso. Exmo. y Rvmo. Señor Obispo, haber acabado de recoger las más bellas flores y los más delicados frutos de mi pequeñito jardín, para ir ahora a depositarlos en las manos misericordiosas de nuestro Buen Dios, representado por V. Excia. Rvma., rogándole que lo haga fructificar en una abundante cosecha de almas para la vida eterna. Y ya que nuestro Buen Dios se complace en la humilde obediencia de la última de sus criaturas, termino con las palabras de Aquella que Él, en su infinita misericordia, me dio como Madre, Protectora y Modelo, con las cuales también comencé:

– “¡He aquí la esclava del Señor! ¡Que Él continúe sirviéndose de ella como guste”.

([38]) *Lucía se fue de Aljustrel en la madrugada del 16 de junio de 1921 y llegó a Leiría algunas horas después.De ahí continuó viaje hasta el colegio de Porto, a donde llegó a la mañana siguiente.*

1. Testimonio de algunas datos sobre Jacinta

Post Scriptum. – Me olvidé de decir que Jacinta, cuando fue a los hospitales de Vila Nova de Ourém y de Lisboa, sabía que no iba para sanar sino para sufrir. Mucho antes de que nadie hablase de su ingreso en el hospital de Vila Nova de Ourém me dijo ella un día:

– Nuestra Señora quiere que yo vaya a dos hospitales; pero no es para curarme, es para sufrir más por amor a Nuestro Señor y por los pecadores.

Las palabras exactas de Nuestra Señora, en estas apariciones a ella sola, no las sé, porque nunca las pregunté. Me limitaba a escuchar sólo estas frases sueltas que ella me decía.

En este escrito procuré no repetir lo que ya escribí en el otro anterior, para no hacerlo tan extenso.

2. Poder atractivo de Lucía

Podrá parecer, tal vez, en este escrito, que en mi tierra no encontraba amistad ni cariño en persona alguna. No es así. Había una pequeña porción escogida del redil del Señor que mostraba por mí una simpatía única: eran los niños. Corrían junto a mí con una alegría loca. Y cuando sabían que yo pastoreaba mi rebaño cerca de nuestra pequeña aldea, los grupos iban allá, para pasar el día conmigo. Mi madre solía decir:

– No sé qué atractivos puedes tener; los niños corren hacia ti como si fueran a una fiesta.

Yo era quien muchas veces no me sentía bien, en medio de tantos gritos; y por ello intentaba ocultarme.

Lo mismo me pasó con mis compañeras en Vilar. Y, casi me atrevería a decir, me pasa ahora con mis Hermanas en Religión. Hace algunos años me decía la Madre Maestra, ahora Reverenda Madre Provincial ([39]):

– La Hermana tiene una tal influencia sobre las Hermanas, que, si quisiera, les podría hacer mucho bien.

Y hace poco, me decia la Reverenda Madre Superiora, en Pontevedra ([40]):

([39]) *M. María del Carmen Corte Real*
([40]) *M. Carmen Refojo, superiora en Pontevedra (1933 -1939).*

– En parte, la Hermana es responsable, delante de Nuestro Señor, del estado de fervor o negligencia de las hermanas en la observancia, porque el fervor se alimenta o se enfría en los recreos, y las Hermanas hacen los recreos que la Hermana hace. Por tal o cual conversación que la Hermana suscitó en el recreo, tal o cual Hermana obtuvieron un conocimiento más claro de la regla. Y se decidieron a observarla con más exactitud.

¿Qué será esto? No lo sé. Tal vez una moneda más que el Señor quiso confiarme, de la cual me pedirá cuentas. Ojalá yo sepa negociar con ella para devolvérsela multiplicada mil veces.

3. Buena memoria de la Vidente

Tal vez alguien quiera preguntar: ¿cómo es que la Hermana se acuerda de todo esto? Cómo es, no lo sé. Nuestro buen Dios, que reparte sus dones como quiere, me dio a mí este poquito de memoria; y, por ello, solamente Él sabe cómo es. Además, entre las cosas naturales y sobrenaturales, me parece encontrar una diferencia, que es: cuando hablamos con simples criaturas, vamos como olvidando lo que se va diciendo; mientras que estas otras cosas, mientras las vamos viendo y oyendo, se van grabando tan profundamente en nuestras almas, que no es fácil olvidarlas.

TERCERA MEMORIA

Introducción

Hemos visto que las dos anteriores Memorias han tenido como motivo ocasional unas insinuaciones del Sr. Obispo de Leiría y del P. Fonseca. Ahora, de nuevo, Lucía escribe, no por iniciativa propia, sino ajena. La ocasión se presentó así. El libro «Jacinta» había tenido dos ediciones, en mayo y octubre de 1938. Pero, acercándose el año jubilar de 1942, se pensó en una nueva edición; y, para ello, una vez más, se creyó que Lucía podía contribuir de un modo definitivo.

Don José anunciaba a Lucía una visita del Dr. Galamba, para que éste le hiciese algunas preguntas más sobre la vida de Jacinta. La Hermana Lucía siente interiormente que para explicarse lo acontecido con la vida espiritual de Jacinta, era necesario descubrir ya las dos primeras partes del secreto de julio de 1917. Por eso, antes de completar las noticias de sus recuerdos sobre Jacinta, cree necesario redactar lo referente a esas dos primeras partes.

El Dr. Galamba no llegó a encontrarse, en esta ocasión, con Lucía. Pero ésta, desde fines de julio en que recibe la orden del Sr. Obispo, piensa ya en la redacción. Esta termina el día 31 de agosto. Y, enseguida, el escrito es mandado al Sr. Obispo de Leiría. Además de lo que la Hermana Lucía dice en el prólogo de este escrito, es conveniente reproducir aquí lo que escribe en carta para el P. Gonçalves: "El Sr. Obispo me escribió anunciándome un interrogatorio del Dr. Galamba; y me mandó recordar todo lo que todavía pudiera acordarme en relación con Jacinta, para una nueva edición que quieren imprimir. Esta orden me cayó en el fondo del alma como un rayo de luz, diciéndome que era llegado el momento de revelar las dos primeras partes del secreto y aumentar a la nueva edición dos capítulos: uno sobre el infierno, otro sobre el Inmaculado Corazón de María. Pero la repugnancia en manifestarlo me hace dudar. Los apuntes están hechos; pero dudo si los entrego o más bien los echo en el fogón. No sé lo que haré".

El «espíritu», pues, con que la Hermana Lucía escribe esta Memoria es el mismo que en las anteriores: por una parte, una inmensa repugnancia; pero por otra, una obediencia intachable, segura de que: "ahí se halla la gloria de Dios y el bien de las almas".

PRÓLOGO

J. M. J.

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Obispo:

En obediencia a la orden que V. Excia. Rvma. me da, en carta del 26 de julio de 1941, de pensar y apuntar alguna cosa más que pueda recordar de Jacinta, pensé, y así me pareció, que, por medio de esa orden, Dios hablaba; y que había llegado el momento de responder a dos puntos de interrogación que varias veces me han sido mandados, y a los cuales he diferido la respuesta.

Paréceme que sería del agrado de Dios y del Inmaculado Corazón de María que, en el libro: «Jacinta», se dedicase un capítulo a hablar del infierno, y otro, del Corazón Inmaculado de María ([1]).

V. Excia. ciertamente que va a encontrar extraño y sin sentido este mi parecer; pero no es mío. Y Dios hará ver a V. Excia. Rvma. que, en ello, está implicada su gloria y bien de las almas.

Para ello, tendré que hablar algo del secreto, y responder al primer punto preguntado.

1. ¿Qué es el secreto?

¿Qué es el secreto?

Me parece que lo puedo decir, pues ya tengo licencia del Cielo. Los representantes de Dios en la tierra me han autorizado a ello varias veces y en varias cartas; juzgo que V. Excia. Rvma. conserva una de ellas, del R. P. José Bernardo Gonçalves ([2]) aquella en que me manda escribir al Santo Padre ([3]). Uno de los puntos que me indica es la revelación del secreto. Sí, ya dije algo; pero, para no alargar más ese escrito que debía ser breve, me limité a lo indispensable, dejando a Dios la oportunidad de un momento más favorable.

([1]) *En realidad, estos capítulos no fueron publicados en la segunda edición (octubre de 1938), sino en la tercera edición (1942).*

([2]) *El P. José Bernardo Gonçalves era uno de los directores espirituales de Lucía (†1966).*

([3]) *La carta al Santo Padre Pio XII fue expedida el 2 de diciembre de 1940.*

Pues bien; ya expuse en el segundo escrito, la duda que, desde el 13 de junio al 13 de julio, me atormentó; y cómo en esta aparición todo se desvaneció.

2. Visión del inferno

Ahora bien, el secreto consta de tres partes distintas, de las cuales voy a revelar dos([4]).

La primera fue, pues, la visión del infierno ([5]).

Nuestra Señora nos mostró un gran mar de fuego que parecía estar debajo de la tierra. Sumergidos en ese fuego, los demonios y las almas, como si fuesen brasas transparentes y negras o bronceadas, con forma humana que fluctuaban en el incendio, llevadas por las llamas que de ellas mismas salían, juntamente con nubes de humo que caían hacia todos los lados, parecidas al caer de las pavesas, en los grandes incendios, sin equilibrio ni peso, entre gritos de dolor y gemidos de desesperación que horrorizaba y hacía estremecer de pavor. Los demonios se distinguían por sus formas horribles y asquerosas de animales espantosos y desconocidos, pero transparentes y negros.

Esta visión fue durante un momento, y ¡gracias a nuestra Buena Madre del Cielo, que antes nos había prevenido con la promesa de llevarnos al Cielo! (en la primera aparición). De no haber sido así, creo que hubiésemos muerto de susto y pavor.

Inmediatamente, levantamos los ojos a Nuestra Señora que nos dijo con bondad y tristeza:

– Visteis el infierno a donde van las almas de los pobres pecadores; para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón([6]). Si se hace lo que os voy a decir, se salvarán muchas almas y tendrán paz. La guerra pronto terminará ([7]). Pero si no dejaren de ofender a Dios, en el pontificado de

([4]) *Adviértase que se trata de un único secreto, que consta de tres partes. Aquí Lucía describe las dos primeras. La tercera, escrita el 3 de enero de 1944, ha sido publicada el 26 de junio de 2000.*

([5]) *Lucía describe con muchos detalles la visión que ella tuvo del infierno.*

([6]) *La gran promesa de salvación, del Mensaje de Fátima, aparece muchas veces vinculada a la intercesión del Inmaculado Corazón de María.*

([7]) *Se trata de la Primera Guerra Mundial (1914 -1918).*

Pio XI ([8]) comenzará otra peor. Cuando veáis una noche iluminada por una luz desconocida, sabed que es la gran señal ([9]) que Dios os da de que va a castigar al mundo por sus crímenes, por medio de la guerra, del hambre y de las persecuciones a la Iglesia y al Santo Padre. Para impedirla, vendré a pedir ([10]) la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la Comunión reparadora de los Primeros Sábados. Si se atienden mis deseos, Rusia se convertirá y habrá paz; si no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados y el Santo Padre tendrá mucho que sufrir; varias naciones serán aniquiladas. Por fin mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre me consagrará a Rusia ([11]), que se convertirá, y será concedido al mundo algún tiempo de paz ([12]).

3. Fuerte impresión sobre Jacinta

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Obispo: dije ya a V. Excelencia Reverendísima, en las anotaciones que le envié, una vez leído el libro «Jacinta» que ella se impresionaba muchísimo con algunas de las cosas reveladas en el secreto. Ciertamente, así era. Al tener la visión del infierno, se horrorizó de tal manera, que todas las penitencias y mortificaciones le parecían nada para salvar de allí a algunas almas.

([8]) *Lucía confirmó, más de una vez, expresamente, el nombre del papa Pio XI. A la objeción de que el inicio de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) habría sido en el pontificado de Pio XII, ella responde que la ocupación de Austria, en 1938, era el verdadero inicio de la guerra.*

([9]) *Lucía admitió que la "extraordinaria" aurora boreal, la noche del 25 al 26 enero de 1938, fue una advertencia de Dios para el incio de la guerra.*

([10]) *Esta promesa de "volver", se cumplió el 10 de diciembre de 1925, cuando Nuestra Señora se apareció a Lucía en Pontevedra (Ver Apendice I). El 13 de junio de 1929 le pidió a Lucía, en Tuy, en una visión, la consagración de Rusia a su Inmaculado Corazón.*

([11]) *La H.na Lucía afirma que la consagración hecha por Juan Pablo II, en unión con los obispos corresponde a lo pedido por N.Srª: «Sí, desde el 25 de marzo de 1984, ha sido hecha tal como Nuestra Señora había pedido»(carta del 8 de noviembre de 1989). Por tanto, toda discusión, así como cualquier otra petición ulterior, carecen de fundamento (Ver Apendice III, pag. 202)*

([12]) *Esta promesa no está condicionada; ciertamente se cumplirá. Pero, de hecho, nosotros no conocemos el día en que se hará realidad.*

Bien; ahora respondo yo al segundo punto de interrogación que, de muchos sitios, hasta aquí me han llegado.

¿Cómo es que Jacinta, siendo tan pequeñita, se dejó poseer y llegó a comprender tan gran espíritu de mortificación y penitencia?

Me parece a mí que fue debido: primero, a una gracia especialísima que Dios, por medio del Inmaculado Corazón de María, le concedió; segundo, viendo el infierno y las desgracias de las almas que allí padecen.

Algunas personas, incluso piadosas, no quieren hablar a los niños pequeños sobre el infierno, para no asustarlos; sin embargo Dios no dudó en mostrarlo a tres y una de ellas contando apenas seis años; y Él bien sabía que había de horrorizarse hasta el punto de, casi me atrevería a decir, morirse de susto.

Con frecuencia se sentaba en el suelo o en alguna piedra y, pensativa, comenzaba a decir:

– ¡El infierno! ¡El infierno! ¡qué pena tengo de las almas que van al infierno! ¡Y las personas que, estando allí vivas, arden como la leña en el fuego!

Y, asustada, se ponía de rodillas, y con las manos juntas, rezaba las oraciones que Nuestra Señora nos había enseñado:

– ¡Oh Jesús mío, perdónamos, líbranos del fuego del infierno, lleva al Cielo a todas las almas, especialmente a aquellas que más lo necesitan!

Ahora, Exmo. y Rvmo. Señor Obispo, ya V. Excia. Rvma. comprenderá por qué a mí me daba la impresión de que las últimas palabras de esta oración, se referían a las almas que se encuentran en mayor peligro, o más inminente, de condenación.

Y permanecía así, durante largo tiempo, de rodillas, repitiendo la misma oración. De vez en cuando me llamaba a mí o a su hermano (como si despertara de un sueño):

– Francisco, Francisco, ¿vosotros rezáis conmigo? Es preciso rezar mucho, para librar a las almas del infierno. ¡Van para allá tantas! ¡tantas!

Otras veces preguntaba:

– ¿Por qué Nuestra Señora no muestra el infierno a los pecadores? ¡Si ellos lo vieran, no pecarían para no ir allá! Has de decir a aquella Señora que muestre el infierno a toda aquella gente (referíase a los que se encontraban en Cova de Iría en el momento de la aparición). Verás cómo se convierten.

Después, medio descontenta, me preguntaba:

– ¿Por qué no dijiste a Nuestra Señora que mostrase el infierno a aquella gente?

– Lo olvidé – respondí.

– También yo lo he olvidado – decía ella con aire triste.

Algunas veces, preguntaba todavía:

– ¿Qué pecados son los que esa gente hace para ir al infierno?

– No sé. Tal vez el pecado de no ir a Misa los Domingos, de robar, el decir palabras feas, maldecir, jurar.

– ¿Y sólo así por una palabra van al infierno?

– ¡Claro! Es pecado...

– ¡Qué trabajo les costaría el estar callados e ir a Misa! ¡Qué lástima me dan los pecadores! ¡Si yo pudiera mostrarles el infierno!

Algunas veces, de una manera repentina, se agarraba a mí y me decía:

– Yo voy al Cielo; pero tú te quedas aquí; si Nuestra Señora te lo permitiera, di a todo el mundo cómo es el infierno, para que no cometan pecados y no vayan allá.

Otras veces, después de estar un poco de tiempo pensando, decía:

– ¡Tanta gente que va al infierno! ¡Tanta gente en el infierno!

Para tranquilizarla, yo le decía:

– No tengas miedo. Tú irás al Cielo.

– Voy, voy –decía con paz–, pero yo quisiera que todas aquellas gentes fueran también para allá.

Cuando ella, por mortificarse, no quería comer, yo le decía:

– ¡Jacinta!, anda, ahora come.

– No. Ofrezco este sacrificio por los pecadores que comen más de la cuenta.

Cuando durante la enfermedad iba algún día a Misa, le decía:

– Jacinta, ¡no vengas! Tú no puedes. ¡Hoy no es domingo!

– ¡No importa! Voy por los pecadores que no van ni los domingos.

Si alguna vez oía algunas de esas palabras, que alguna gente hacía alarde de pronunciar, se cubría la cara con las manos y decía:

– ¡Dios mío! ¿No sabrán estas gentes que por pronunciar estas cosas pueden ir al infierno? Jesús mío, perdónalas y conviértelas. Cierto es que no saben que con esto ofenden a Dios. ¡Qué lástima, Jesús mío! Yo rezo por ellos.

Y ella repetía la oración enseñada por Nuestra Señora:
– ¡Oh, Jesús mío, perdónanos! etc.

4. Mirar retrospectivo de Lucía

Exmo. y Rvmo. Sr. Obispo, ahora me viene a la cabeza una reflexión. Muchas veces me he preguntado si Nuestra Señora, en alguna de las apariciones, nos dijo cuáles son los pecados que ofenden más a Dios. Pues, según he oído, a Jacinta le dijo en Lisboa que eran los de la carne ([13]). Tal vez, ahora pienso, que, como era una de las preguntas que a veces me hacía a mí, se le ocurriese preguntársela a Nuestra Señora en Lisboa, y Ella le dijo que era ése.

5. El Inmaculado Corazón de María

Bien, Exmo. y Rvmo. Sr. Obispo; me parece que ya he manifestado la primera parte del secreto.

La segunda parte del secreto se refiere a la devoción al Inmaculado Corazón de María.

En el segundo escrito dije que el 13 de junio de 1917, Nuestra Señora me dijo que nunca me abandonaría y que su Inmaculado Corazón sería mi refugio y el camino que me conduciría a Dios; y que, al decir estas palabras, fue cuando extendió sus manos haciéndonos penetrar en el pecho los reflejos que de ellas salían. Paréceme que a partir de este día, este reflejo infundió principalmente en nosotros un conocimiento y amor especial para con el Inmaculado Corazón de María ([14]) así como, en las otras dos veces, me parece, lo tuvo con relación a Dios y al misterio de la Santísima Trinidad. Desde ese día, sentimos en nuestro corazón un amor más ardiente hacia el Inmaculado Corazón de María. Jacinta me decía con frecuencia:

([13]) *Es verdad que Jacinta, por su edad, no tenía conocimiento pleno de lo que significaba este pecado. Pero eso no quiere decir que ella, por su gran intuición, no haya comprendido su importancia.*

([14]) *El amor al Inmaculado Corazón de María era, según Lucía, como una “virtud infusa”. Esto sólo se puede explicar por un modo místico extraordinario que a ella le fue concedido.*

– Aquella Señora te dijo que su Inmaculado Corazón será tu refugio y el camino que te llevará a Dios. ¿No le quieres mucho? ¡Yo quiero tanto su Corazón! ¡Es tan bueno!

Una vez que en julio, en el secreto, como ya quedó expuesto, nos dijo que Dios quería implantar en el mundo la devoción a su Inmaculado Corazón; y que, para impedir la futura guerra, vendría a pedir la consagración de Rusia a su Inmaculado Corazón y la Comunión reparadora de los Primeros Sábados; hablando de esto entre nosotros, Jacinta decía:

– ¡Tengo tanta pena de no poder comulgar en reparación de los pecados que se cometen contra el Inmaculado Corazón de María!

También anteriormente apunté, como Jacinta, entre las muchas jaculatorias que el P. Cruz nos sugirió, escogió la de: ¡Dulce Corazón de María, sé la salvación mía! A veces, después de decirla, añadía, con aquella sencillez que le era propia:

– ¡Me agrada tanto el Inmaculado Corazón de María! ¡Es el Corazón de nuestra Madrecita del Cielo! ¿A ti no te gusta decir muchas veces: ¿Dulce Corazón de María?, ¿Inmaculado Corazón de María? ¡Me agrada tanto, tanto!...

A veces, cuando recogía flores del campo, cantaba en ese momento con una música inventada por ella:

¡Dulce Corazón de María, sé la salvación mía! ¡Inmaculado Corazón de María, convierte a los pecadores, libra a las almas del infierno!

6. Jacinta ve al Santo Padre

Un día fuimos a pasar las horas de la siesta junto al pozo de mis padres. Jacinta sentóse al borde del pozo; Francisco, conmigo, fue a buscar miel silvestre en las zarzas de un matorral que había junto a un ribazo de allí. Pasado un poco de tiempo, Jacinta me llamó:

– ¿No has visto al Santo Padre?

– ¡No!

– No sé cómo fue. He visto al Santo Padre en una casa muy grande, de rodillas, delante de una mesa, llorando con las manos en la cara. Fuera de la casa había mucha gente, unos le tiraban

piedras, otros le maldecían y decíanle muchas palabras feas ([15]). ¡Pobrecito, el Santo Padre! Tenemos que rezar mucho por él.

Dije antes como, un día, dos sacerdotes nos recomendaron rezar por el Santo Padre y nos explicaron quién era el Papa. Jacinta me preguntó después:

– ¿Es el mismo que yo vi llorar y del cuál aquella Señora nos habló en el secreto?

– Lo es – respondí.

– Sin lugar a dudas aquella Señora también lo mostró a estos sacerdotes. ¿Te das cuenta? Yo no me engañé. Es necesario rezar mucho por él.

En otra ocasión, fuimos al Roquedal del Cabezo. Llegados allí, nos pusimos de rodillas en tierra, para rezar las oraciones del Ángel. Pasado algún tiempo, Jacinta se pone en pie y me llama:

– ¿No ves muchas carreteras, muchos caminos y campos llenos de gente que lloran de hambre por no tener nada para comer? ¿Y el Santo Padre en una iglesia, rezando delante del Inmaculado Corazón de María? ¿Y tanta gente rezando con él?

Pasados algunos días me preguntó:

– ¿Puedo decir que vi al Santo Padre y a todas aquellas gentes?

– No. ¿No ves que eso forma parte del secreto, y luego se descubriría todo?

– Está bien; entonces no digo nada.

7. Visión de la guerra

Un día fui a su casa, para estar con ella. La encontré sentada en la cama, muy pensativa.

– Jacinta, ¿qué estás pensando?

([15]) *Con la revelación de la 3ª parte del secreto se comprende mejor como Jacinta reconoció en sus visiones al Santo Padre. El 27.IV.2000 Lucia respondiendo a la pregunta de Mons. Bertone si el personaje principal de la visión era el Papa, dijo* «Nosotros no sabíamos el nombre del Papa, la Señora no nos dijo el nombre del Papa, no sabíamos si era Benedicto XV o Pío XII o Pablo VI o Juan Pablo II, pero era el Papa que sufría y eso nos hacía sufrir también a nosotros». *(Apéndice III, pag 217)*

– En la guerra que ha de venir. ¡Va a morir tánta gente! Y va casi toda para el infierno ([16]). Muchas casas han de ser arrasadas y matarán a muchos sacerdotes. Oye: yo voy para el Cielo. ¡Y tú, cuando veas, de noche, esa luz que aquella Señora dijo que vendría antes, corre para allá también! ([17])

– ¿No ves que para el Cielo no se puede huir?

– Es verdad. No puedes. Pero no tengas miedo. Yo, en el Cielo he de pedir mucho por ti, por el Santo Padre, por Portugal, para que la guerra no venga para acá ([18]), y por todos los sacerdotes.

Exmo. y Rvmo. Señor Obispo: V. Excia. sabe cómo, hace algunos años, Dios manifestó esa señal, y que los astrónomos quisieron designar con el nombre de aurora boreal ([19]). No sé. Pero me parece a mí que si lo examinasen bien, verían que no fue ni podría ser, por la forma en que se presentó, tal aurora. Pero sea lo que sea, Dios se sirvió de eso para hacerme comprender que su justicia estaba presta a descargar el golpe sobre las naciones culpables, y por ello, comencé a pedir con insistencia la Comunión reparadora de los Primeros Sábados y la consagración de Rusia. Mi fin era, no sólo conseguir misericordia y perdón para todo el mundo, sino, en especial, para Europa.

Dios en su infinita misericordia, me fue haciendo sentir cómo ese terrible momento se aproximaba, y V. Excia. Rvma. no ignora cómo, en su momento, lo fui indicando. Y aún digo que la oración y la penitencia hecha hasta ahora en Portugal, no aplacó aún la Divina Justicia, porque no ha sido acompañada de la contrición y enmienda. Espero que Jacinta interceda por nosotros en el Cielo.

Ya dije en las anotaciones que envié sobre el libro «Jacinta», que ella se impresionaba mucho con algunas cosas reveladas en el secreto. Por ejemplo, con la visión del infierno, con la desgracia de tantas almas que para allá iban; la futura guerra, cuyos horrores

([16]) *Se trata de la Segunda Guerra Mundial. Jacinta vivió, por consiguiente,de una manera mística, esta parte del secreto.*

([17]) *Lucía, con esta expresión, quiere manifestar el horror que estas visones provocaron en el alma de la pequeña Jacinta.*

([18]) *Portugal, a pesar de los grandes peligros, fue verdaderamente favorecido, en la Segunda Guerra Mundial.*

([19]) *Ver nota n° 9.*

ella parecía tener presentes, le hacía estremecer de miedo. Cuando la veía muy pensativa, le preguntaba:

– Jacinta, ¿en qué piensas?

Y no pocas veces me respondía:

– En esa guerra que ha de venir, en tanta gente que ha de morir e ir al infierno. ¡Qué pena! ¡Si dejasen de ofender a Dios no vendría la guerra, ni tampoco irían al infierno!

A veces me decía también:

– Tengo pena de ti. Francisco y yo vamos al Cielo y vas a quedarte aquí solita. Pido a Nuestra Señora para que te lleve también al Cielo, pero Ella quiere que quedes aquí durante algún tiempo. Cuando veas la guerra no tengas miedo, en el Cielo pediré por ti.

Poco tiempo antes de ir para Lisboa, en uno de esos momentos, en que parecía estar dominada por la nostalgia, le decía:

– No tengas pena de que yo no vaya contigo. El tiempo es poco; puedes pasarlo pensando en Nuestra Señora, en Nuestro Señor; diciéndole muchas veces esas palabras que te gustan tanto: ¡Dios mío!, yo te amo. ¡Inmaculado Corazón de María! ¡Dulce Corazón de María! etc.

– Eso sí –respondió con vivacidad–; ¡no me cansaré nunca de decirlas hasta morir! Y después, he de cantarlas muchas veces en el Cielo.

8. Interpretación del silencio de Lucia

Puede ser, Exmo. y Rvmo. Sr. Obispo, que a alguien le parezca que debía haber manifestado todas estas cosas hace mucho tiempo, porque a su parecer tendría doblado valor algunos años antes ([20]). Así hubiese sido, si Dios me hubiese querido en el mundo como profeta. Pero creo que ésa no fue la intención de Dios, al darme a conocer todas estas cosas. Si así hubiese sido, pienso que, en 1917, cuando me mandó guardar silencio –orden que fue confirmada por medio de los que le representaban–, me hubiera

([20]) *No se puede decir que las "profecías" de Lucía fuesen 'post eventum' (después de lo sucedido), porque sus superiores no han permitido su publicación, sino después de los acontecimientos, que en ellas se advierten. Estos escritos fueron realizados antes de que se verificaran los hechos.*

mandado hablar ([21]). Juzgo, pues, Exmo. y Rvmo. Sr. Obispo, que solamente quiso servirse de mí para recordar al mundo la necesidad que tiene de evitar el pecado y reparar a Dios ofendido, por la oración y por la penitencia.

¿Dónde me tendría que ocultar, para no responder a las muchas preguntas que sobre esto me han hecho? Ahora todavía temo, sólo al pensar en lo que podría venir. Y confieso que la repugnancia en darlo a conocer es tal, que a pesar de tener presente ante mi la carta en la que V. Excia. me manda apuntar todo aquello que pueda recordar y sentir en mi interior; y que este es el momento señalado por Dios para hacerlo, dudo, con verdadera lucha, si entregar o quemar el escrito. No sé aún lo que vencerá. Será lo que Dios quiera. El silencio que he guardado ha sido para mí una grande gracia.

¿Qué hubiera sido con la exposición sobre el infierno? Sin dar con la palabra exacta, para mostrar la realidad –pues lo que ahora digo, no es nada, da sólo una raquítica idea– habría dicho ahora una cosa, luego otra, queriéndome explicar sin conseguirlo. Formaría así, tal vez, una tal confusión de ideas, que vendrían –quién sabe–, a estropear la obra de Dios. Por eso doy gracias a Dios al mismo tiempo que pienso que todo lo que Él hace está bien hecho. Ordinariamente, Dios acompaña sus revelaciones de un conocimiento íntimo y minucioso de lo que ellas significan. Pero sobre esto no me decido a hablar, pues temo caer aquí en el fácil engaño de la imaginación.

Jacinta parecía tener este conocimiento en un grado bastante elevado.

9. Amor de Jacinta al Inmaculado Corazón de María

Poco tiempo antes de ir al hospital, me decía:

– Ya me falta poco para ir al Cielo. Tú te quedas aquí para decir que Dios quiere establecer en el mundo la devoción al Inmaculado Corazón de María. Cuando sea el momento de decirlo, no te es-

([21]) *Existe en torno a la publicación de los documentos de Fátima una maravillosa “oeconomia silentii” (discreto silencio), esto es: un especial cuidado, que sólo se puede explicar por la admirable Providencia Divina, que tiene en su mano todos los acontecimientos.*

condas. Di a toda la gente que Dios nos concede las gracias por medio del Inmaculado Corazón de María; que se las pidan a Ella; que el Corazón de Jesús quiere que, a su lado, se venere el Inmaculado Corazón de María; que pidan la paz al Inmaculado Corazón de María, que Dios se la entregó a Ella. ¡Si yo pudiesse meter en el corazón de todo el mundo el fuego que tengo dentro de mi pecho, quemándome y haciéndome amar tanto al Corazón de Jesús y al Corazón de María! ([22]).

Un día me regalaron una estampa del Corazón de Jesús, bastante bonita para lo que los hombres pueden hacer. Se la llevé a Jacinta:

– ¿Quieres esta estampa?

La cogió, la miró con atención y dijo:

– ¡Es tan feo! No se parece nada a Nuestro Señor, que es tan bonito; pero la quiero, ya que siempre es Él.

Y la llevaba siempre consigo. Por la noche y durante la enfermedad, la tenía bajo la almohada, hasta que se rompió. La besaba con frecuencia y decía:

– Lo beso en el Corazón que es lo que más quiero. ¡Quién me diera también un Corazón de María! ¿No tienes ninguno? Me gustaria tener los dos juntos.

En otra ocasión, le llevé una estampa con un sagrado cáliz y una hostia. Lo cogió, lo besó; y, radiante de alegría, decía:

– Es Jesús escondido. ¡Lo quiero tanto! ¡Quién me diera recibirlo en la iglesia! ¿En el cielo no se comulga? Si se comulga allí, yo comulgo todos los días. ¡Si el Ángel fuese al hospital a llevarme otra vez la Sagrada Comunión! ¡Qué contenta me quedaría!

A veces, cuando volvía de la iglesia y entraba en su casa, me preguntaba:

– ¿Comulgaste?

Si le decía que sí:

– Acércate aquí, lo más cerca de mí, que tienes en tu corazón a Jesús escondido.

([22]) *Esta recomendación de Jacinta, de promover la devoción al Inmaculalo Corazón de María, es extraordinariamente notable. Ella fue, incluso para Lucía, un gran estímulo en su vida.*

Otras veces me decía:

– No sé cómo es: siento a Nuestro Señor dentro de mí.

Comprendo lo que me dice; pero no lo veo ni lo oigo; ¡pero es tan bueno estar con Él!

En otra ocasión:

– Mira ¿sabes? Nuestro Señor está triste; porque Nuestra Señora nos habló así para que no Le ofendiesen más, que ya está demasiado ofendido, y nadie hace caso; continúan cometiendo los mismos pecados.

EPÍLOGO

Hasta aquí, Exmo. y Rvmo. Sr. Obispo, todo cuanto recuerdo sobre Jacinta y que me parece que todavía no lo había dicho. El sentido de todo lo que he dicho es exacto ([23]). En la forma de explicarme, no sé si trastoqué unas palabras por otras, como por ejemplo: Cuando hablábamos de Nuestra Señora, unas veces decíamos «Nuestra Señora»; otras, decíamos «aquella Señora». Ahora no recuerdo bien los momentos en que empleábamos la frase de una manera o de otra. Y así algunos otros pequeños detalles que, según mi parecer, no tendrán mayor importancia.

Ofrezco a nuestro buen Dios y al Inmaculado Corazón de María este pequeño trabajo, fruto de mi pobre y humilde sumisión a los que me lo representan; y pido se dignen hacerlo fructificar para su gloria y bien de las almas.

Tuy, 31-8-1941.

([23]) *Es muy importante esta distinción entre el "sentido" y la "forma", para poder comprender los escritos de Lucía.*

CUARTA MEMORIA

Introducción

También esta Memoria, la más extensa de todas, tiene su origen ocasional, no en la iniciativa de Lucía, sino de sus Superiores. El día 7 de octubre de 1941 se presentan en Valença do Minho el Sr. Obispo y el Dr. Galamba, bien pertrechados de interrogatorios. Allí acude Lucía. Recogen el escrito de la Tercera Memoria; y comienzan los nuevos deseos del Dr. Galamba y las órdenes de don José. Tanta era la urgencia, que Lucia, acabado el primer cuaderno grande, el 15 de noviembre, lo enviaba inmediatamente al Sr. Obispo. El segundo, y ya el final de todo, estaba terminado el día 8 de diciembre.

¿Qué era lo que se pedía ahora a Lucía? Alguno hubiera querido ya "todo"... Pero el Sr. Obispo, prudentemente, había recordado: "No; eso no lo mando..." Sin embargo, lo que se pedía esta vez a Lucía era mucho:

1º El Dr. Galamba hizo muchas preguntas, a las cuales, por falta de tiempo entonces, tendría que responder por escrito.
2º Escribir todo lo que recordase sobre Francisco, como lo había hecho sobre Jacinta.
3º Escribir con más pormenores las Apariciones del Ángel.
4º Una nueva historia de las Apariciones.
5º Todo lo que todavía pudiese recordar sobre Jacinta.
6º No dejar de escribir los versos profanos que cantaban.
7º Leer el libro del P. Fonseca y anotar todo lo que le pareciese menos exacto.

Y, efectivamente, con un esfuerzo notable, y con una limpidez admirable, Lucia trata de todas esas cuestiones, dándoles una cumplida y extensa respuesta. Con toda verdad, podía decir al Sr Obispo: "Me parece haber escrito todo lo que, por ahora, V. Excia. Rvma. me mandó".

Advertidamente, por lo tanto, sólo calla la tercera parte del secreto.

Y, en cuanto al «espíritu» con que escribe, no difiere de las anteriores: "...obediencia y abandono en Dios, que es quien obra en mi. En verdad, yo no soy más que el pobre y miserable instrumento del que Él se quiere servir... el Divino Pintor reducirá a las cenizas del túmulo su inútil instrumento, hasta el día de las Aleluyas eternas».

PROLOGO

1. Confianza y abandono

J. M. J.

Exmo. y Rvmo. Sr. Obispo

Después de una humilde oración junto al Sagrario y ante el Inmaculado Corazón de María, nuestra tan querida Madre del Cielo, pidiendo la gracia de no permitir que escriba, ni una sola letra que no sea para su gloria, heme aquí, en la paz y felicidad de los que, con conciencia segura, hacen en todo la divina Voluntad.

Así, pues, totalmente abandonada a los brazos del Padre celestial y al amparo del Inmaculado Corazón de María, es como vengo a depositar, una vez más, en las manos de V. Excia. Rvma., los frutos de mi único árbol, la obediencia.

2. Despojo total

Antes de comenzar, quiero abrir el Nuevo Testamento, único libro que quiero tener aquí, delante de mí, en un retirado lugar del desván, a la luz de una pobre teja de vidrio, a donde me retiro para escapar, cuanto me sea posible, a las miradas humanas. De mesa, me sirve mi regazo; de silla, una maleta vieja.

Alguien me dirá, – ¿por qué no escribe en su celda?

El buen Dios ha hecho bien en privarme hasta de la celda, a pesar de que aquí en casa ([1]) hay bastantes y desocupadas. En efecto, para la realización de sus designios, es más a propósito la sala de recreo y trabajo, tanto más incómoda para escribir alguna cosa durante el día, cuanto demasiado buena para descansar durante la noche. Mas estoy contenta y agradezco a Dios la gracia de haber nacido pobre, y de vivir, por amor suyo, más pobre todavía.

– ¡Ay, mi Dios! ¡Nada, nada de eso quería decir! Vuelvo a lo que Dios me deparó, al abrir el Nuevo Testamento: en la carta de San Pablo a los Filipenses, 2,5-8, leí así: «Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, quien, existiendo en forma de Dios...

([1]) *Como ha dicho arriba, escribe en el desván; está en Tuy, noviembre de 1941.*

se anonadó, tomando la forma de siervo; y en la condición de hombre se humilló, hecho obediente hasta la muerte».

Después de reflexionar un poco, leí todavía en el mismo capitulo, versículos 12 y 13: «Con temor y temblor trabajad por vuestra salvación. Pues Dios es el que obra en vosotros el querer y el obrar según su beneplácito».

Está bien. No preciso de más: obediencia y abandono en Dios que es Él que obra en mí. Verdaderamente, no soy más que un pobre y miserable instrumento del que Él se quiere servir y que dentro de poco, como el pintor que arroja al fuego el pincel que ha utilizado, para que se reduzca a cenizas, así el Divino Pintor reducirá a las cenizas del túmulo, su inútil instrumento, hasta el gran día de las aleluyas eternas. Y deseo ardientemente este día, porque el túmulo no aniquila todo, y la felicidad del Amor eterno e infinito comienza ya ([2]).

3. La asistencia del Espíritu Santo

Exmo. y Rvmo Sr. Obispo

El día 7-X-1941, me preguntó, en Valença, su Rvcia., el señor doctor Galamba:

– Hermana, cuando dijo que la penitencia estaba hecha sólo en parte, ¿lo dijo de sí misma o le fue revelado?

Creo, Exmo. y Rvmo. Sr. Obispo, que, proviniendo de mí sola, en tales casos no digo ni escribo cosa alguna. Tengo que agradecer a Dios la asistencia del Espíritu Santo que siento, sugiriéndome lo que tengo que escribir y decir. Si a veces mi propia imaginación o entendimiento me suscita alguna cosa, inmediatamente siento que le falta unción divina, y suspendo mi tarea hasta saber en lo más profundo de mi alma, lo que Dios quiere decir en su lugar ([3]). Pero, ¿por qué estoy diciendo todo esto? No sé. Lo sabe Dios que fue quien inspiró a V. Excia. Rvma. mandarme que diga todo, que advertidamente no oculte nada.

([2]) *Esta introducción manifiesta ya las grandes dotes literarias de Lucía, no obstante su falta de preparación.*

([3]) *Claro está que Lucía no intenta decirse propiamente «inspirada», en el sentido bíblico.*

I. RETRATO DE FRANCISCO

1. Espiritualidad

Comienzo, pues, Exmo. y Rvmo. Sr. Obispo, por escribir lo que el buen Dios me quiere hacer recordar de Francisco. Espero que Nuestro Señor le comunique en el cielo lo que escribo en la tierra referente a él, para que, especialmente en estos días, interceda por mí junto a Jesús y María.

La amistad que me unía a Francisco era sólo debido al parentesco ([4]) y la que traía consigo las gracias que el Cielo se dignaba concedernos.

Francisco no parecía hermano de Jacinta, sino en la fisonomia del rostro y en la práctica de la virtud. No era tan caprichoso y vivo como ella. Al contrario, era de un natural pacífico y condescendiente.

Cuando, en nuestros juegos, alguno se empeñaba en negarle sus derechos de ganador, cedía sin resistencia, limitándose a decir sólo:

– ¿Piensas que has ganado tú? Está bien. Eso no me importa.

No manifestaba, como Jacinta, la pasión por la danza; gustaba más de tocar la flauta, mientras otros danzaban.

En los juegos, era muy animado, pero a pocos les gustaba jugar con él, porque perdía casi siempre. Yo misma confieso que simpatizaba poco con él, porque su natural tranquilidad excitaba a veces los nervios de mi excesiva viveza. A veces, cogiéndole por el brazo le obligaba a sentarse en el suelo, o en alguna piedra, mandándole que se estuviera quieto; y él me obedecía como si yo tuviese una gran autoridad. Después sentía pena e iba a buscarlo asiéndole por la mano, y regresaba con el mismo buen humor como si nada hubiera acontecido. Si alguno de los otros niños porfiaba en quitarle alguna cosa que le era propia, decía:

– ¡Deja ya!, ¿a mi qué me importa?

Recuerdo que un día llegó a mi casa con un pañuelo en el que estaba pintada Nuestra Señora de Nazaré que le habían traído de esa misma playa. Me lo enseñó con una gran alegría y toda aquella

([4]) *Era primo carnal de Lucía porque la madre de Francisco y el padre de Lucía eran hermanos.*

chiquillada le admiró. Andando de mano en mano, al rato el pañuelo desapariciό. Se buscó, pero no se encontró. Poco después lo descubrí en el bolsillo de otro pequeño. Intenté quitárselo, pero él porfiaba que era suyo, que también se lo habían traído de la playa. Entonces Francisco, para acabar con la contienda, se acercó diciendo:

– ¡Déjalo ya!, ¿qué me importa a mi el pañuelo?

Me parece que si hubiera llegado a ser mayor, su defecto principal hubiera sido el de "tú, Tranquilo".

Cuando a los siete años comencé a pastorear mi rebaño, él pareció estar indiferente. Allá iba por la noche a esperarme con su hermanita; pero parecía ir por complacerla y no por amistad. Iban a esperarme en el patio de mis padres. Y mientras Jacinta salía a mi encuentro, corriendo, tan pronto sentía los balidos del rebaño, él me esperaba sentado sobre las gradas de piedra que había delante de la entrada de la casa. Después nos acompañaba a la vieja era a jugar, mientras aguardábamos que Nuestra Señora y los ángeles encendiesen sus candelas. Él se animaba también a contarlas, pero nada le gustaba tanto como el bonito nacer y ponerse el sol. Mientras se viese algún rayo de éste, no investigaba si ya había alguna candela encendida.

– Ninguna candela es tan bonita como la de Nuestro Señor, decia él a Jacinta, a la que le gustaba más la de Nuestra Señora; porque, según ella, no hace daño a la vista.

Y, entusiasmado, seguía con la vista a todos los rayos que centelleando en los cristales de las casas de las aldeas vecinas, o en las gotas de rocío esparcidas en los árboles y matorrales de la sierra, los hacían brillar como otras tantas estrellas, a su manera de ver mil veces más bonitas que las de los Ángeles.

Cuando con tanta insistencia pedía a su madre que le dejase ir con su rebaño para estar conmigo, era más bien por darle gusto a Jacinta que le quería más que a su hermano Juan. Un día que la madre, un poco enfadada, le negaba este permiso, contestó con su paz natural:

– A mí, madre, poco me interesa. Es Jacinta la que quiere que yo vaya.

En otra ocasión, confirmó esto mismo. Vino a mi casa una de mis antiguas compañeras para invitarme a ir con ella, pues tenía para ese día unos buenos pastos. Como el día se presentaba un

tanto feo, fui a casa de mi tía a preguntar si iba Francisco con Jacinta o iba su hermano Juan; porque, caso de que fuera este último, prefería la compañía de la otra antigua compañera. Mi tía había decidido ya, que aquel día, por estar lluvioso, iría Juan. Francisco quiso todavía insistir nuevamente con su madre. Al recibir un no seco y rotundo, respondió:

– A mí, tanto me da. Es Jacinta la que tiene más pena.

2. Inclinaciones naturales

Lo que más le entretenía, cuando andábamos por los montes, era, sentarse en el peñasco más elevado y tocar su flauta o cantar. Si su hermanita bajaba conmigo para echar algunas carreras, él se quedaba entretenido allí con su música y sus cantos. Lo que cantaba con más frecuencia era:

CORO

Amo a Dios en el cielo.
También lo amo en la tierra.
Amo el campo, las flores,
Las ovejas en la sierra.

Soy una pobre pastora,
Rezo siempre a María.
En medio de mi rebaño,
Soy el sol de mediodía.

Con mis corderitos
Aprendí a saltar.
Soy la alegría de la sierra,
Soy el lirio del valle.

En nuestros juegos, tomaba parte siempre que le invitábamos, pero a veces manifestaba poco entusiasmo, diciendo:

– Voy; pero sé que perderé.

Los juegos que sabíamos y en los cuales nos entreteníamos eran: el de las chinas, el de las prendas, pasar el aro, el del botón, el de la cuerda, la malla, la brisca, descubrir los reyes, los condes y las sotas, etc. Teníamos dos barajas: una mía y otra de ellos. El juego de cartas preferido de Francisco era la brisca.

3. Participación en las Apariciones del Ángel

En la Aparición del Ángel, se postró al igual que su hermana y yo, llevado por una fuerza sobrenatural que a eso nos movía; pero, sin embargo, la oración la aprendió de tanto repetirla nosotras, pues decía que no había oído nada al Ángel.

Cuando después nos poniámos de rodillas para rezar esta oración, él puesto en esta postura se cansaba el primero; pero permanecía de rodillas o sentado rezando también hasta acabar con nosotros. Después decía:

– Yo no soy capaz de estar así tanto tiempo como vosotras. Me duelen tanto las espaldas, que no puedo.

En la segunda Aparición del Ángel, junto al pozo, pasados los primeros momentos siguientes, preguntó:

– Tú hablaste con el Ángel; ¿qué fue lo que te dijo?

– ¿No oíste?

– No, vi que hablaba contigo; oí lo que tú le decías; pero lo que él te dijo no lo sé.

Como el ambiente de lo sobrenatural en el que él nos dejaba, no había pasado del todo, le dije que me lo preguntase al día siguiente, o a Jacinta.

– Jacinta, cuéntame tú lo que te dijo el Ángel.

– Te lo diré mañana. Hoy no puedo hablar.

Al día siguiente, tan pronto como llegó junto a mí, me preguntó:

– ¿Dormiste esta noche? Yo pensé siempre en el Ángel y en qué sería lo que él os dijo.

Le conté entonces lo que el Ángel había dicho en la primera y segunda Apariciones. Pero él parecía no haber comprendido lo que significaban las palabras, y preguntaba:

– ¿Quién es el Altísimo?, ¿qué quiere decir los Corazones de Jesús y de María están atentos a la voz de vuestras súplicas? Etc...

Y obtenida la respuesta, se quedaba pensativo para luego hacer otra pregunta. Pero mi espíritu todavía no estaba del todo libre y le dije que aguardase hasta el día siguiente. Que, en aquel día aún no podía hablar. Esperó alegre, pero no dejaba perder las primeras oportunidades para otras preguntas, lo que impulsó a Jacinta a decirle:

– Atiende, ¡de estas cosas habla más bien poco!

Cuando hablábamos del Ángel, no sé lo que sentíamos. Jacinta decía:

– No sé lo que siento. Yo no puedo hablar, ni cantar, ni jugar, ni tengo fuerza para nada.

– Yo tampoco –respondió Francisco– mas ¿qué importa? El Ángel es más bello que todo esto. Pensemos en él.

En la tercera Aparición, la presencia de lo sobrenatural fue todavía mucho más intensa. En muchos días, Francisco ni siquiera se atrevía a hablar. Decía después:

– Me alegró mucho ver el Ángel; pero lo malo es que después no somos capaces de nada. Yo ni andar podía. No sé lo que tenía.

A pesar de todo fue él quien se dio cuenta, una vez pasada la tercera Aparición del Ángel, de lo próxima que estaba la noche. El fue quien nos lo advirtió y quien pensó en conducir el rebaño a casa.

Pasados los primeros días, y recuperado el estado normal, Francisco preguntó:

– El Ángel, a ti te dio la Sagrada Comunión; pero a mí y a Jacinta, ¿qué fue lo que nos dio?

– Fue también la Sagrada Comunión –respondió Jacinta con una felicidad indecible. ¿No ves que era la Sangre que caía de la Hostia?

– ¡Yo sentía que Dios estaba en mí, mas no sabía como era!

Y arrodillándose permaneció por largo tiempo, con su hermana, repitiendo la oración del Ángel: Santísima Trinidad...

Poco a poco fue pasando aquella atmósfera y el día 13 de mayo jugábamos ya casi con el mismo gusto y con la misma libertad de espíritu.

4. Influencia de la primera Aparición de Nuestra Señora

La Aparición de Nuestra Señora vino a concentrarnos una vez más en lo sobrenatural, pero de una manera más suave. En lugar de aquel aniquilamiento en la presencia divina que nos postraba, incluso físicamente, nos quedó una gran paz y alegría expansiva, que no nos impedía hablar a continuación de cuanto había pasado. Mientras tanto, con respecto al reflejo que nos había comunicado Nuestra Señora con las manos y de todo lo que con él se relacionaba, sentíamos un no sé qué en el interior, que nos movía a callarnos.

Inmediatamente contamos a Francisco, todo cuanto Nuestra Señora había dicho. Y él, feliz, manifestando lo alegre que se sentía por la promesa de ir al Cielo, cruzando las manos sobre el pecho, decía:

– Querida Señora mía, rezaré todos los rosarios que Tú quieras.

Y desde entonces tomó la costumbre de separarse de nosotras como paseando; y, si alguna vez le llamaba y le preguntaba sobre lo que estaba haciendo, levantaba el brazo y me mostraba el rosario. Si le decía que viniese a jugar, que después rezaríamos todos juntos, respondía:

– Después rezo también. ¿No recuerdas que Nuestra Señora dijo que tenía que rezar muchos rosarios?

Cierto día, me dijo:

– Gocé mucho al ver el Ángel, pero más aún me gustó Nuestra Señora. Con lo que más gocé, fue ver a Nuestro Señor, en aquella luz que Nuestra Señora nos introdujo en el pecho. ¡Gozo tanto de Dios! ¡Pero Él está tan disgustado a causa de tantos pecados! Nunca debemos cometer ninguno.

Ya dije, en el segundo escrito sobre Jacinta, cómo fue él quien me dio la noticia de que ella había faltado a nuestro acuerdo de no decir nada. Y como él era de la misma forma de pensar sobre la guarda del secreto, añadió con aire triste:

– Yo, cuando mi madre me preguntó si era verdad, tuve que decir que sí, para no mentir.

A veces decía:

– Nuestra Señora dijo que tendríamos que sufrir mucho. No me importa; sufro todo cuanto ella quiera. Lo que yo quiero es ir al Cielo.

Cierto día en que yo me mostraba descontenta con la persecución, que tanto dentro como fuera de la familia comenzaba a levantarse, él procuró animarme, diciendo:

– Deja ya. ¿No dijo Nuestra Señora que íbamos a tener que sufrir mucho, para reparar a Nuestro Señor y a su Inmaculado Corazón de tantos pecados con que son ofendidos? ¡Ellos están tan tristes...! Si con estos sufrimientos podemos consolarlos, ya quedamos contentos.

Pocos días después de la primera Aparición de Nuestra Señora, al llegar al sitio del pasto, subió a un elevado peñasco y nos dijo:

– Vosotras no vengáis para acá; dejadme estar solo.

– Está bien. Y me puse con Jacinta a correr detrás de las mariposas, que prendíamos para después dejarlas huir y así hacer un sacrificio; sin acordarnos más de Francisco. Llegada la hora de la merienda nos dimos cuenta de su ausencia y allá fui a llamarlo:

– Francisco, ¿no quieres venir a merendar?

– No; comed vosotras.

– ¿Y rezar el rosario?

– A rezar, después voy; vuelve a llamarme.

Cuando volví a llamarle, me dijo:

– Venid a rezar aquí, junto a mí.

Subimos a lo alto del peñasco, donde apenas cabíamos los tres puestos de rodillas y le pregunté:

– Pero ¿qué estás haciendo aquí durante tanto tiempo?

– Estoy pensando en Dios que está muy triste debido a tantos pecados. ¡Si yo fuera capaz de darle alegría! ([5]).

Un día nos pusimos a cantar a coro, las alegrías de la sierra.

CORO

Ai, trai lai, lai, lai,
trai lari, lai, lai,
lai, lai, lai.

1

Todo canta en esta vida,
conmigo, al desafío:
la pastora, allá en la sierra,
la lavandera, en el río.

2

Es la voz del petirrojo
que me viene a despertar,
luego de nacer el sol
cantando en el zarzal.

([5]) *Se puede afirmar que Francisco fue el que gozó de una gracia de contemplación más alta.*

3

De noche, canta la lechuza
que me quiere asustar
y en la esfoyaza canta
la niña al claror lunar.

4

El ruiseñor en la campiña,
pasa el día cantando;
canta el mirlo en el bosque,
canta el carro chirriando.

5

La sierra es un jardín,
que sonríe todo el día,
son las gotas de rocío.
que en las montañas brillan.

Terminada la primera vez, íbamos a repetirla, pero Francisco interrumpió:

– No cantemos más. Desde que vino el Ángel y Nuestra Señora, ya no me apetece cantar.

5. Influencia de la segunda Aparición

En la segunda Aparición, el día 13 de junio de 1917, se impresionó mucho con la comunicación del reflejo que, ya dije en el segundo escrito; fue en el momento en que Nuestra Senõra dijo:

– Mi Inmaculado Corazón será tu refugio y el camino que te llevará a Dios.

El parecía no tener, por el momento, la comprensión de los hechos, tal vez por no haber oído las palabras que los acompañãban. Por eso preguntaba después:

– ¿Por qué Nuestra Señora estaba con el Corazón en la mano, esparciendo por el mundo esa luz tan grande que es Dios? Tú estabas con Nuestra Señora en la luz que descendía a la tierra, y Jacinta conmigo en la que subía para el Cielo.

– Es que –le respondí– tú, con Jacinta, irás en breve al Cielo, y yo quedo algún tiempo más en la tierra con el Corazón Inmaculado de María.

– ¿Cuántos años quedarás aquí? – preguntaba.

– No sé; bastantes.

– ¿Fue Nuestra Señora quien lo dijo?

– Fue. Yo lo entendí en esa luz que nos introducía en el pecho.

Y Jacinta afirmaba esto diciendo:

– Es así. Yo igualmente lo entendí así.

A veces, decía:

– Estas gentes quedan tan felices solamente porque nosotros les decimos que Nuestra Señora nos mandó rezar el rosario y que aprendamos a leer. ¿Qué sería si supiesen lo que Ella nos mostró en Dios, en su Corazón Inmaculado, en esa luz tan grande? Pero eso es secreto; no se le dice. Es mejor que nadie lo sepa.

Desde esta aparición, comenzamos a decir, cuando nos preguntaban si Nuestra Señora no nos había dicho nada más:

– Si que dijo; pero es secreto.

Si nos preguntaban el motivo por el cual era secreto, nos encogíamos de hombros y, bajando la cabeza, guardábamos silencio. Pero pasado el día 13 de julio, decíamos:

– Nuestra Señora nos dijo que no se lo dijéramos a nadie – refiriéndonos entonces al secreto impuesto por Nuestra Señora.

6. Francisco anima a Lucía

En el transcurso de este mes, aumentó la afluencia de gente de una manera considerable; y también los contínuos interrogatorios y censuras. Francisco sufría bastante con esto y se lamentaba diciendo a su hermana:

– ¡Qué pena! Si tú te hubieras callado, nadie lo sabría. Si no fuese por ser mentira, diríamos a toda la gente que no vimos nada, y todo acababa. Pero eso no puede ser.

Cuando me veía perpleja con la duda, echaba a llorar diciendo:

– ¿Pero, cómo es que tú puedes pensar que es el demonio? ¿No viste a Nuestra Señora y a Dios en aquella luz tan grande? ¿Cómo es que vamos a ir sin ti, si tú eres quien tiene que hablar?

Ya de noche, después de la cena, volvió otra vez a mi casa. Me llamó a la vieja era y me dijo:

– Escucha, ¿tú vas mañana?

– No voy; ya dije que no vuelvo más.

– ¡Pero, qué tristeza! ¿Por qué tú piensas ahora así? ¿No ves que no puede ser el demonio? Dios ya está tan triste con tantos pecados y ahora, si tú no vas, estará todavía más triste. Anda, ven.

– Ya te dije que no voy más; es inútil insistir.

Y bruscamente entré en casa.

Pasados algunos días, me decía:

– ¡Dios mío! Aquella noche no dormí nada; pasé toda la noche rezando y llorando, para que Nuestra Señora te hiciese ir.

7. Influencia de la tercera Aparición

En la tercera Aparición, Francisco parece que fue el que menos se impresionó con la vista del infierno, a pesar de que también le causase una sensación grande.

Lo que más le impresionó y absorbió era Dios, la Santísima Trinidad, en esa luz inmensa que nos penetraba hasta en lo más íntimo del alma. Después decía:

– Estábamos ardiendo en aquella luz y no nos quemábamos. ¡Cómo es Dios! ¡No se puede decir! Esto sí que nadie lo puede decir. Da pena que esté tan triste. ¡si yo le pudiese consolar!

Cierto día me preguntaron si Nuestra Señora nos había mandado rezar por los pecadores. Yo respondí que no. Luego cuando pudo, mientras interrogaban a Jacinta, me llamó y me dijo:

– Tú ahora mentiste. ¿Como es que dijiste que Nuestra Señora no nos mandó rezar por los pecadores?

– Por los pecadores, ¡no! Nos mandó rezar por la paz, para que terminara la guerra. Por los pecadores nos ordenó hacer sacrificios.

– ¡Ah!, es verdad. Ya estaba pensando que habías mentido.

8. Comportamiento en Ourém

Ya dije anteriormente cómo pasó el día llorando y rezando con una aflicción en cierto modo mucho mayor que la mía, cuando mi padre fue intimado a llevarme a Vila Nova de Ourém ([6]).

([6]) *Se trata de la primera vez que Lucía fue llevada por su padre a Ourém, el día 11 de agosto de 1917.*

En la prisión mostróse muy animado, y procuraba animar a Jacinta en las horas de mayor tristeza.

Cuando rezábamos el rosario en la prisión, él vio que uno de los presos estaba puesto de rodillas con la boina en la cabeza. Se fue junto a él y le dijo:

– Señor, si quiere rezar, haga el favor de quitarse la boina.

Y el pobre hombre sin más se la entrega, y él la pone encima de su caperuza sobre un banco.

Mientras interrogaban a Jacinta, él me decía con inmensa paz y alegría:

– Si nos matan como dicen, dentro de poco tiempo estamos en el Cielo. Pero, ¡qué bien! No me importa nada.

Y pasado un momento de silencio, decía:

– Dios quiera que Jacinta no tenga miedo. Voy a rezar un Avemaría por ella.

Sin más, se quita la caperuza y reza. El guardia, al verlo en actitud de oración, le pregunta:

– ¿Qué estás diciendo?

– Estoy rezando un Avemaría para que Jacinta no tenga miedo.

El guardia hizo un gesto de desprecio y le dejó actuar.

Cuando después del regreso de Vila Nova de Ourém, comenzamos a sentir que la presencia de lo sobrenatural nos envolvía, sintiendo que alguna comunicación del Cielo se aproximaba, Francisco se mostraba preocupado por no estar presente Jacinta.

– Qué pena –decía–, si Jacinta no llega a tiempo.

Y pedía al hermano que fuese corriendo:

– Dile que venga deprisa.

Después que partió el hermano, me decía:

– Jacinta, si no llega a tiempo, se va a quedar muy triste.

Después de la Aparición dijo a la hermana, que quería quedarse allí por todo el resto de la tarde:

– No. Tú tienes que marcharte, porque madre hoy no te ha dejado venir con las ovejas.

Y, para animarla, iba acompañándola a casa.

Cuando en la prisión vimos que se pasaba la hora del mediodía y que no nos dejaban ir a Cova de Iría, Francisco dijo:

–Tal vez Nuestra Señora se nos aparezca aquí.

Pero, al día siguiente, manifestaba una gran pena y decía casi llorando:

– Nuestra Señora puede haberse quedado triste porque no hemos ido a Cova de Iría, y no volverá más a aparecérsenos. Y ¡me gustaba tanto verla!

Cuando Jacinta lloraba en la prisión con la añoranza de su madre y de la familia, él procuraba animarla, diciéndole:

– A madre, si no la volvemos a ver, paciencia. Lo ofreceremos por la conversión de los pecadores. Lo peor es que Nuestra Señora no vuelva más. Esto es lo que más me cuesta, pero también esto lo ofrezco por los pecadores.

Después, me preguntaba:

– ¡Oye!: ¿Nuestra Señora no volverá más a aparecérsenos?

– No lo sé. Pienso que sí.

– Tengo tanta añoranza de Ella...

La Aparición en los Valinhos fue, pues, para él de doble alegría. Se sentía con angustia por el recelo de que Ella no volviese, Después decía:

– Ciertamente, no se nos apareció el día 13 para no ir a casa del señor Administrador, tal vez porque él es tan malo.

9. Influencia de las últimas Apariciones

Cuando, después del día 13 de septiembre, le dije que también en octubre vendría Nuestro Señor, él manifestó una gran alegría:

– Ay ¡qué bien! Sólo lo hemos visto dos veces ([7]), y a mí me gusta tanto ver a Nuestro Señor...

De vez en cuando, preguntaba:

– ¿Todavía faltan muchos días para el día 13? Estoy ansioso de que llegue, para ver otra vez a Nuestro Señor.

Después pensaba un poco y decía:

– Pero, ¡oye!: ¿estará Él todavía tan triste? Tengo tanta pena de que esté así tan triste. Le ofrezco todos los sacrificios que puedo hacer. A veces, ya no huyo de esa gente, para hacer sacrificios.

([7]) *Francisco está refiriéndose a la Luz que les comunicaba la Virgen, en junio y julio. De ella dice Lucía que «era el mismo Dios».*

Después del día 13 de octubre, decía:

– Gocé mucho al ver a Nuestro Señor. Pero me gustó más verle en aquella luz donde también estábamos nosotros. De aquí a poco tiempo, el Señor me llevará junto a Él, y entonces sí que le veré para siempre.

Cierto día le pregunté:

– ¿Por qué cuando te interrogan sobre alguna cosa, bajas la cabeza y no quieres responder?

– Porque deseo mejor que lo digas tú o Jacinta. Yo no oí nada. Solamente puedo decir que sí, que vi. Y después, ¿si digo alguna de esas cosas que tú no quieres?

De vez en cuando, se alejaba de nosotros de una manera disimulada; y, cuando le echábamos de menos, nos poníamos a buscarlo, llamándole. Entonces nos contestaba desde alguna tapia, o de una mata o árbol, donde rezaba postrado de rodillas.

– ¿Por qué no nos avisas para que recemos contigo? –le preguntábamos a veces.

– Porque prefiero rezar solo.

Ya escribí en las notas para el libro «Jacinta», lo que ocurrió en una propiedad llamada Várzea. Me parece que no es preciso repetirlo aquí.

Un día, pasábamos camino de casa por delante de la vivienda de mi madrina de Bautismo. Ella acababa de hacer aguamiel y nos llamó para darnos un vaso. Entramos; y Francisco fue el primero a quien le dio el vaso para que bebiese. El lo tomó y, sin beber, lo pasó a Jacinta para que bebiese primero conmigo, y entretanto, dando un rodeo, desapareció.

– ¿Dónde está Francisco? – preguntó la madrina.

– No lo sé. Hace un rato todavía estaba aquí.

No apareció, y Jacinta y yo fuimos a buscarle, no dudando ni un momento que estaría sentado junto al pozo ya tantas veces mencionado.

– Francisco, no bebiste el aguamiel. La madrina te llamó muchísimas veces, pero no apareciste.

– Cuando tomé la copa, recordé de pronto hacer ese sacrificio para consolar a Nuestro Señor; y mientras bebíais, me escapé aquí.

10. Anécdotas y canciones

Entre mi casa y la de Francisco vivía mi padrino Anastasio, casado con una mujer de bastante edad a quien el Señor no había dado descendencia. Labradores muy ricos, no necesitaban trabajar. Mi padre le llevaba las cuentas y se hacía cargo de la labor y de los jornaleros. En agradecimiento por eso, tenían especial predilección para conmigo, sobre todo la dueña de la casa a quien llamaba madrina Teresa. Si no iba a su casa durante el día, tenía que ir a dormir durante la noche, pues ella decía que no podía pasar sin su «terroncito de carne» – así me llamaba.

En los días de fiesta, gustaba de adornarme con su cadena de oro y grandes pendientes que me caían hasta los hombros, y un precioso sombrerito en la cabeza, cubierto de bolas de oro que sujetaban grandes plumas de diversos colores.

Nunca aparecía otra más adornada; y mis hermanas y la madrina Teresa estaban orgullosas de mí. Para decir verdad, a mí también me gustaban mucho las fiestas; y la vanidad era mi peor adorno.

Todos mostraban hacia mí simpatía y estima, menos una huérfana de la que se había encargado la madrina Teresa, al morir su madre. Ella parecía temer que viniese a quitar algo de la herencia que ella esperaba, y por cierto no se habría equivocado si el buen Dios no me hubiese destinado otra herencia mucho más preciosa.

Cuando se estaba difundiendo la noticia de las apariciones, el padrino se mostró indiferente y la madrina totalmente contrariada. Se mostró descontenta por semejantes invenciones, como ella misma decía. Comencé por esto a escaparme de su casa cuando podía; y también conmigo empezaron a desaparecer esos grupos de niños que allí con mucha frecuencia se juntaban; y que la madrina tanto gustaba de ver danzar y cantar, dándoles higos pasos, nueces, almendras, castañas, frutas, etc...

Pasando, pues, una de las tardes de domingo, por delante de su casa, con Francisco y Jacinta, nos llamó diciendo:

– Venid acá, pequeños embusteros, venid acá. Ya hace mucho tiempo que no pasáis por aquí.

Y, de nuevo, nos hizo muchos mimos.

Pareciendo haber adivinado nuestra llegada, los otros niños empezaron a llegar. La buena madrina, contenta de ver otra vez en

su casa la reunión que hacía tanto tiempo se había dispersado, después de mimarnos con muchas cosas, quiso una vez más vernos cantar y bailar.

– ¡Vamos ya! ¿Qué ha de ser?, ¿qué no ha de ser?

Escogió ella por fin:

– Los parabienes desengañados. Un desafío: los pequeños a un lado, las pequeñas a otro.

I – CORO

Tú eres el sol de esta esfera,
no le niegues tus rayos;
sonrisas de primavera – ¡ah!
no conviertas en desmayos.

1

Parabienes a la niña,
con fragancia al nuevo sol,
porque risueña adivina
los mimos de otro arrebol.

2

Es año rico de flores,
rico de frutas y bienes,
y uno nuevo, en albores,
rico de esperanzas viene.

3

Son tus mejores presentes,
tus mejores parabienes,
ciñe con ellos la frente,
mejor corona no tienes.

4

Si el pasado te fue lindo,
futuro más lindo tienes;
¡parabienes al pasado,
para el que entra, parabienes!

5

En esta vida, flor del Atlántico,
en este amigable festín,
celébrese alegre cántico,
al jardinero y jardín.

6

Compadécente las flores
de tu paterno solar,
tu lar de castos amores,
lazos de tu bien amar.

II – CORO

¿Das por hecho, caballero,
que al ver asomar las naves,
por Berlenga y Carvoeiro ([8]) – ¡ah!
las luces del faro apagues?

1

El mar de furia revienta,
remolino, eterno fulcro.
Cada norte es una tormenta.
Cada tormenta un sepulcro.

2

Tristes morros de Papoa,
Estelas y Farilhões ([9]).
¡Qué tragedia no resuenan
tus agitados hervores!

3

Cada escollo en estas aguas,
es de muerte un presagio.
Cada ola canta penas,
cada cruz muestra un naufragio.

([8]) *La Berlenga es una pequeña isla del Atlántico, junto al Cabo Carvoeiro, en Peniche.*

([9]) *Son islitas próximas a las Berlengas.*

4

Tú quieres, pues, ser más duro,
¿Quieres huir, siendo luz,
que a la vida en mar oscuro
tantos barcos conduce?

III – CORO

Mis ojos quedan enjutos
al hablar de despedida.
El dudar fue de minutos – ¡ah!
inmolarse es de toda la vida.

1

Vete, di al Cielo, que corte
de su gracia el raudal,
y seque de muerte las flores,
que no sea más su canal.

2

Vete, que desconfortado quedo,
enlutado el santuario,
el bronce dobla la muerte
desde el alto campanario.

3

Pero apenas me dejas
en el atrio de la iglesia,
voy a dejar eternas quejas
escritas en piedra negra.

4

Fue jardín risueño y bello
este suelo hoy sin flor,
no le faltaron desvelos
si faltó el cultivador.

5

Espero en la Providencia
prometedores cariños;
esperan con preferencia
quienes dejan patrios nidos.

11. Francisco, el pequeño moralista

Al compás del animoso cante iban juntándose las vecinas; y al terminar, pidieron se repitiera nuevamente. Pero Francisco se me aproximó y me dijo:

– No cantemos más eso. Ciertamente no gusta a Nuestro Señor que ahora cantemos estas cosas.

Y nos escapamos como pudimos por en medio de esta chiquillada hacia nuestro pozo predilecto.

Verdaderamente, yo ahora que por obediencia acabo de escribir eso, me tapo la cara de vergüenza. Pero V. E. Rvma., a petición del señor Dr. Galamba, tuvo a bien mandarme escribir los cantares profanos que sabíamos. ¡Allá van! No sé para qué, pero me es suficiente saber que es para cumplir la voluntad de Dios.

Entretanto, se aproximó el carnaval de 1918. Chicas y chicos volvieron a reunirse una vez más ese año en las acostumbradas comilonas y jolgorios de esos días. Cada cual llevaba de su casa alguna cosa: unos aceite; otros harina; otros carne, etc., y reunido todo en una casa para ello preparada, las muchachas fueron poco a poco cocinando un gran banquete. Y en esos días todo era cuestión de comer y bailar hasta la más avanzada hora de la noche, sobre todo en el último dia.

Las muchachas de catorce años para abajo tenían su fiesta en otra casa aparte. Vinieron pues, varias de ellas a invitarme a organizar con ellas la fiesta. No quise en un principio; pero, llevada por una cobarde condescendencia, cedí a las peticiones de éstas, especialmente de una hija y dos hijos de un hombre de Casa Velha, José Carreira, que puso su casa a nuestra disposición. Él mismo, junto con su mujer, insistieron para que fuese. Transigí y allá me fui con un buen grupo a ver el local: una buena sala o casi un salón para los juegos y un buen patio para la comida. Se combinó todo, y de ahí me vine, exteriormente, de una gran fiesta, pero en lo íntimo, con la conciencia dándome gritos de reprobación.

Al llegar junto a Francisco y Jacinta, les dije lo que había pasado.

– Y ¿has vuelto a esas cocinadas y esos jaleos? –me preguntó Francisco con mucha seriedad– ¿Ya te olvidaste que hicimos el propósito de no volver nunca más a esas fiestas?

– Yo no quería ir. Pero como te darás cuenta, no dejan de pedirme que vaya. Yo no sé cómo hacerlo.

Ciertamente las insistencias eran bastantes, y las amigas que se reunían para jugar conmigo también eran muchas.

Venían incluso de algunas aldeas distantes: de Moita, Rosa y Ana Caetano y Ana Brogueira; de Fátima, dos hijas de Manuel Caracol; de Boleiros (*Montelo*), dos hijas de Manuel de Ramira y dos de Joaquín Chapeleta; de Amoreira, dos de Silva; de Currais, una, Laura Gato, Josefa Valinho y varias otras de Lomba; de Pederneira, etc., etc., y esto sin contar las que se juntaban de Eira da Pedra, Casa Velha y Aljustrel. ¿Cómo, así de repente, desengañar a tanta gente, que parecían no saber divertirse sin mí, y hacerles comprender que era necesario terminar para siempre con todas estas reuniones? Dios se lo inspiró a Francisco:

– ¿Sabes cómo vas a hacerlo? Toda la gente sabe que Nuestra Señora se te apareció. Por eso dices que le prometiste no volver más a bailar y que ésa es la causa por la que no vas. Después, en estos días, nos escapamos para el roquedal del Cabezo. Allí nadie nos encuentra.

Acepté la referida propuesta; y una vez que di mi decisión, nadie pensó en organizar tal reunión. Dios lo hizo. Esas amigas que antes me buscaban para divertirse, ahora me seguían e iban a casa a buscarme los domingos por la tarde, para ir con ellas a rezar el rosario a Cova de Iría.

12. Amor al recogimiento y a la oración

Francisco era de pocas palabras; y para hacer su oración y ofrecer sus sacrificios, le gustaba ocultarse hasta de Jacinta y de mí. No pocas veces le sorprendíamos detrás de una pared o de un matorral, donde, de una manera disimulada, se había escapado de los juegos para de rodillas, rezar o pensar, como él decía, en Nuestro Señor, que estaba triste por causa de tantos pecados.

Si le preguntaba:

– Francisco, ¿por qué no me llamas para rezar contigo y también a Jacinta?

– Me gusta más –respondió– rezar solo, para así poder pensar y consolar a Nuestro Señor, que está muy triste.

Un día le pregunté:

– Francisco, a ti, ¿qué te gusta más: consolar a Nuestro Señor, o convertir a los pecadores para que no vayan más almas al infierno?

– Me gusta mucho más consolar a Nuestro Señor. ¿No te fijaste como Nuestra Señora, en el último mes, se puso tan triste cuando dijo que no se ofendiese más a Dios Nuestro Señor, que ya está muy ofendido? Yo deseo consolar a Nuestro Señor, y después convertir a los pecadores para que nunca más lo vuelvan a ofender.

Cuando íbamos a la escuela, a veces, al llegar a Fátima, me decía:

– Ahora, tú vas a la escuela. Yo quedo aquí en la iglesia, junto a Jesús escondido. No vale la pena aprender a leer, pues dentro de muy poco me marcho al Cielo. Cuando regreséis, pasad por aquí a llamarme.

El Santísimo estaba, entonces, a la entrada de la iglesia al lado izquierdo. El se metía entre la pila bautismal y el altar; y allí le encontraba cuando regresaba. (El Santísimo estaba allí porque la iglesia estaba en obras).

Después de enfermar, con frecuencia me decía cuando, camino de la escuela, pasaba por su casa:

– Atiende, ve a la iglesia y saluda de mi parte a Jesús escondido. De lo que más pena tengo es de no poder ir ya a estar algún rato con Jesús escondido.

Cierto día, al estar cerca de su casa, me despedí de un grupo de la escuela que venía conmigo, para hacerle una visita a él y a su hermana. Como había sentido el barullo me preguntó:

– ¿Tú venías con todos esos?

– Sí.

– No andes con ellos que puedes aprender a hacer pecados. Cuando salgas de la escuela, vete un rato junto a Jesús escondido y después vente sola.

Un día le pregunté:

– Francisco, ¿te encuentras muy mal?

– Sí, pero sufro para consolar a Nuestro Señor.

Al entrar un día con Jacinta en su cuarto nos dijo:

– Hoy hablad poco que me duele mucho la cabeza.

– No te olvides de ofrecerlo por los pecadores – le dijo Jacinta.

– Sí, pero en primer lugar lo ofrezco para así poder consolar a Nuestro Señor y a Nuestra Señora; y sólo después lo ofrezco por los pecadores y por el Santo Padre.

Otro día, al llegar lo encontré muy contento:

– ¿Estás mejor?

– No; me siento mucho peor; ya me falta poco para ir al Cielo. Allí voy a consolar mucho a Nuestro Señor y a Nuestra Señora. Jacinta va a pedir mucho por los pecadores, por el Santo Padre y por ti; y tú te quedas acá, porque Nuestra Señora así lo quiere. Escucha: haz todo lo que Ella te diga.

Mientras que Jacinta parecía preocupada con el único pensamiento de convertir a los pecadores y salvar almas del infierno, él parecía sólo pensar en consolar a Nuestro Señor y a Nuestra Señora, que le habían parecido estar tan tristes.

13. Visión del demonio

Bastante diferente es el hecho que ahora se me viene a mi memoria. Estuvimos cierto día en un lugar llamado la Pedreira, y mientras que las ovejas pastaban, nosotros saltábamos de roca en roca, haciendo eco con la voz en el fondo de esos grandes barrancos.

Francisco, como era su costumbre, se retiró a la cavidad de una roca. Cuando pasó un buen rato, le oímos gritar llamándonos a nosotras y a Nuestra Señora. Asustados por lo que pudiera haberle pasado, nosotras comenzamos a buscarlo llamándole.

– ¿Dónde estás?

– ¡Aquí, aquí!

Pero todavía tardamos mucho tiempo en encontrarlo, por fin dimos con él temblando de miedo; aún estaba de rodillas, conmocionado de tal forma que no había sido capaz de ponerse de pie.

– ¿Qué tienes? ¿qué fue?

Con la voz medio sofocada por el susto, dijo:

– Era uno de aquellos bichos grandes que estaban en el infierno, que estaba aquí arrojando fuego.

No vi nada, ni Jacinta; y por eso me sonreí y le dije:

– Tú no quieres pensar nunca sobre el infierno, para no pasar miedo, y ahora eres el primero en tenerlo.

Él, cuando Jacinta se mostraba muy impresionada con el recuerdo del infierno, acostumbraba a decirle:

– No pienses tanto en el infierno. Piensa en Nuestro Señor y en Nuestra Señora. Yo no pienso en el infierno para así no pasar miedo.

Y manifestaba no ser nada miedoso. Iba de noche solo a cualquier lugar oscuro, sin dificultad; jugaba con los lagartos; las culebras que se encontraba las hacía enrollarse alrededor de un palo. Echaba en las piedras de las cuevas leche de oveja para que la bebiesen. Se metía en dichas guaridas en busca de la cría de las raposas, de conejos, de ginetas, etc...

14. Florecillas de Fátima

Los pajarillos le gustaban mucho; no podía ver que les robasen los nidos. Hacía migas siempre con una parte del pan que llevaba de merienda en lo alto de las piedras, para que ellos se lo comiesen; y apartándose, los llamaba, como si lo entendiesen; no quería que nadie se acercase para no meterles miedo.

– ¡Pobrecitos!, están muertos de hambre –decía hablando con ellos–; ¡venid a comer, venid a comer!

Y ellos, con el ojo vivo que tienen, no se hacían de rogar e iban en grandes bandadas. El se alegraba mucho al verlos volar a lo alto de los árboles con el buche lleno, a cantar sus alegres trinos; él los imitaba con arte haciendo coro con ellos.

Cierto día encontramos a un pequeño que traía en su mano un pajarito que había cazado. Lleno de pena Francisco le prometió dos monedas si lo dejaba volar. El niño aceptó el trato, pero antes quería ver el dinero en la mano. Francisco volvió entonces a casa, desde la Lagoa da Carreira, que está un poco más abajo de Cova de Iría, a buscar las dos monedas para dar la liberdad al prisionero. Cuando un poco después, lo vio volar, batía las palmas de contento y decía:

– Ten cuidado, no te vuelvan a cazar.

Había allí una viejecita a quien llamábamos tía María Carreira, a la que los hijos a veces mandaban pastorear un rebaño de ca-

bras y ovejas. Éstas, poco domadas, se le dispersaban cada una por su lado. Cuando la encontrábamos, Francisco era el primero en correr en su auxilio. Le ayudaba a llevar el rebaño al pasto juntándole las que se habían escapado. La pobre viejecita se deshacía en mil agradecimientos y le llamaba su ángel de la guarda.

Cuando veía por ahí a algún enfermo sentía mucha pena y decía:

– No puedo ver a esta gente así; me da mucha pena.

Cuando nos llamaban para hablar con algunas personas que nos buscaban, preguntaba si estaban enfermos y decía:

– Si están enfermos, no voy. No los puedo ver así; me da mucha pena. Díganles que rezo por ellos.

Un día querían llevarnos a Montelo, a casa de un hombre llamado Joaquín Chapeleta. Francisco no quiso ir.

– Yo no voy. No puedo ver esa gente que quiere hablar y no puede. (Este hombre tenía la madre muda).

Cuando volví por la noche con Jacinta, pregunté a mi tía por él.

– No lo sé. Me cansé buscándole esta tarde. Vinieron aquí dos señoras que os querían ver. Vosotras no estabais. El se escondió y no apareció. Ahora, a ver si lo encontráis vosotras.

Nos sentamos un poco en un banco del camino, pensando ir después a la Loca do Cabezo, no dudando que ahí estaría. Pero apenas mi tía salió de su casa, nos habló desde un agujero que había en el desván, donde estaba el granero. Había subido allá cuando sentía que venía gente. Desde allí mismo había visto todo lo que pasó, y nos decía después:

– ¡Era tanta gente! ¡Dios me libre que me cojan aquí solo! ¿Qué les podía yo decir?

(Había en la cocina una puerta falsa por donde, desde lo alto de una mesa y encima una silla, era fácil subir al desván).

15. Otros casos

Como ya dije, mi tía vendió su rebaño antes que mi madre. Desde entonces, por la mañana y antes de salir, enseñaba a Jacinta y a Francisco el lugar donde tenían que pastar los animales; y ellos tan pronto como podían escaparse, me iban a buscar allí.

Un día, al llegar, los encontré allí esperándome.

– ¿Cómo habéis venido tan pronto?

– He venido –respondió Francisco–, pero no sé por qué; antes no me importabas mucho; venía a causa de Jacinta; pero ahora por las mañanas ya no puedo dormir con tanta prisa como tengo de estar contigo.

Pasados los días 13 de las apariciones, en vísperas de otros días 13, nos decía:

– Atended: mañana me escapo al roquedal del Cabezo, y vosotras lo más pronto posible os vais allá.

¡Ay Dios mío!, yo estaba ya escribiendo las cosas de su enfermedad, ya muy cerca de la muerte; y ahora mismo veo que vuelvo a los tiempos alegres cuando estábamos en la sierra, entre el suave trinar de los pájaros. Pido perdón. Anoto aquí todo lo que voy recordando al igual que un cangrejo que anda para atrás y para adelante, sin preocuparse de la meta que tiene que alcanzar. El trabajo lo dejo al Señor Dr. Galamba, si acaso quiere aprovechar algo de aquí. Supongo que poco o nada será.

Vuelvo, pues, a su enfermedad. Pero aún pongo otra cosa de su breve tiempo escolar: cierto día salía de casa y me encontré con mi hermana Teresa, casada desde hacía poco tiempo en Lomba. Venía a petición de otra mujer de un lugarejo vecino, a quien habían cogido preso un hijo, acusándole, no sé de qué crimen, por el cual, si no se justificaba que era inocente, sería condenado al destierro, o al menos a un número considerable de años de encarcelamiento. Ella me pedía con insistencia, en nombre de la pobre mujer, a quien ella deseaba complacer, que le alcanzase esta gracia de Nuestra Señora. Recibido el recado, me marché a la escuela; y por el camino conté a mis primos lo que pasaba. Al llegar a Fátima, me dice Francisco:

– ¡Oye!, mientras vas a la escuela, yo quedo con Jesús escondido, y le pido eso.

Al salir de la escuela fui a llamarle y le pregunté:

–¿Has pedido aquella gracia a Nuestro Señor?

– Sí, la he pedido. Dile a tu hermana Teresa que dentro de pocos días él regresará a casa.

Efectivamente, de allí a algunos días el pobre rapaz estaba en casa, y el día 13 fue con toda la familia a agradecer a Nuestra Señora la gracia que había recibido.

Otro día, al salir de casa noté que Francisco andaba muy despacio.

– ¿Qué tienes? –le pregunté–. Parece que no puedes andar.

– Me duele mucho la cabeza y me parece que me voy a caer.

– Entonces no vengas; quédate en casa.

– No me quedo. Prefiero quedarme en la iglesia con Jesús escondido, mientras tú te vas a la escuela.

Uno de aquellos días, cuando Francisco, ya estando enfermo, conseguía todavía dar sus paseos, fui con el a la roca del Cabezo, y a los Valinhos. Al volver a casa, la encontramos llena de gente, y a una pobrecita mujer que junto a una mesa, fingía que daba la bendición a numerosos objetos de piedad, rosarios, medallas, crucifijos, etc. Jacinta y yo fuimos en seguida rodeados de muchísimas personas que nos querían hacer preguntas. Francisco fue llamado por esta mujer de las bendiciones que le invitó a ayudarle.

– Yo no puedo bendecir –respondió muy serio–; y usted tampoco. Sólo lo pueden hacer los sacerdotes.

Las palabras del pequeño se extendieron inmediatamente por entre la gente como por medio de algún altavoz y la pobre mujer tuvo que marcharse inmediatamente entre los insultos de los que le exigían los objetos que acababan de entregarle.

Ya dije en el escrito sobre Jacinta, cómo él pudo ir alguna vez más a Cova de Iría; cómo usó y entregó la cuerda; cómo en un día de tanto calor sofocante fue el primero en ofrecer el no beber, y también cómo a veces recordaba a su hermana la idea de sufrir por los pecadores, etc. Supongo por eso que no es necesario repetirlo aquí.

Un día, estaba haciéndole un poco de compañía junto a su cama con Jacinta que se había levantado un poco. De pronto, viene su hermana Teresa a avisar que por la calle venía una gran multitud de personas sin lugar a dudas para hablar con ellos. Apenas había salido, les dije:

– Bien, vosotros esperaos aquí, yo voy a esconderme.

Jacinta consiguió aún correr detrás de mí, y nos fuimos a meter en una cuba que estaba junto a la puerta que da al huerto. No tardamos en escuchar el ruido de las personas que visitaban la casa y salieron al huerto, y estuvieron recostados en la misma cuba que nos salvó por tener la boca hacia el lado opuesto.

Cuando notamos que se habían marchado, salimos de nuestro escondrijo y fuimos a ver a Francisco que nos informó de todo lo que había pasado.

– Era muchísima gente y querían que yo les dijese dónde estabais vosotras; pero yo tampoco lo sabía. Querían vernos y pedirnos muchas cosas. Había también una señora de Alqueidão que deseaba la curación de un enfermo y la conversión de un pecador. Yo pido por esta mujer; vosotras pedid por todos los demás que son muchos.

Esta mujer apareció, poco después de haber muerto Francisco, y me pidió que le dijese cuál era su sepultura pues deseaba ir a agradecerle las dos gracias que le había concedido. Íbamos un día camino de Cova de Iría y a la salida de Aljustrel fuimos sorprendidos por un grupo de gente en una curva de la carretera, que, para vernos y oírnos mejor, pusieron a Jacinta junto conmigo encima de un muro. Francisco no quiso dejarse colocar encima. Después fue escapándose poco a poco y se arrimó a un muro viejo que había enfrente.

Una pobre mujer y un niño al ver que no conseguían hablarnos en particular como deseaban, fueron a arrodillarse delante de él para pedirle que les consiguiera de Nuestra Señora la cura del padre y la gracia de no ir a la guerra (eran madre e hijo). Francisco se arrodilla también, se quita la caperuza y pregunta si quieren rezar con él el Rosario. Ellos dicen que sí; y empiezan a rezar; al poco tiempo toda aquella gente, dejándose de interrogantes curiosos, están también de rodillas rezando. Más tarde nos acompañan a Cova de Iría. Durante el camino rezan con nosotros otro Rosario; y, allá en el lugar de las apariciones, otro; y se despiden satisfechos. La pobre mujer promete volver allí para agradecer a Nuestra Señora las gracias que piden, si las alcanzan, Y volvió varias veces, en unión no sólo del hijo, sino también del marido ya curado. (Eran de la feligresía de San Mamede, y les llamábamos los Casaleiros).

16. Francisco enferma

Durante la enfermedad, Francisco se mostró siempre alegre y contento. A veces le preguntaba:

– Francisco, ¿sufres mucho?

– Bastante; pero no importa. Sufro para consolar a Nuestro Señor; y después, de aquí a poco iré al Cielo.

– Allí no te olvides de pedir a Nuestra Señora que me lleve también pronto allá.

– Eso no lo pido. Bien sabes tú que Ella no te quiere allí aún.

En vísperas de morir me dijo:

– ¡Escucha!, estoy muy mal, ya me falta poco para ir al Cielo.

– ¡Entonces mira! Allí no te olvides de pedir mucho por los pecadores, por el Santo Padre, por mí y Jacinta.

– Sí, lo pediré; pero escucha: esas cosas pídelas antes a Jacinta, que yo tengo miedo de olvidarme cuando llegue junto al Señor. Y después, ante todo, lo quiero consolar.

Un día, de madrugada, temprano, su hermana Teresa viene a llamarme:

– Ven deprisa, Francisco está muy grave y dice que te quiere decir una cosa.

Me vestí corriendo y allá fui. Pidió a la madre y a los hermanos que saliesen del cuarto, puesto que era secreto lo que me quería comunicar. Salieron y entonces él me dijo:

– Es que me voy a confesar para comulgar y morir después. Quería que me dijeses si me viste hacer algún pecado y que fueses a interrogar a Jacinta si ella me vio hacer alguno.

– Desobedeciste alguna vez a tu madre –le dije–, cuando ella te decía que te quedases en casa y tú te escapabas para estar conmigo o para irte a esconder.

– Ciertamente, tengo éste. Ahora vete a preguntar a Jacinta, si ella se acuerda de alguno más.

Marché, y Jacinta, después de pensar un poco, me dijo:

– Escucha: dile que, todavía antes de aparecérsenos Nuestra Señora, robó 10 centavos a nuestro padre para comprarle una armónica a José Marto de Casa Velha; que, cuando los muchachos de Aljustrel tiraron piedras a los de Boleiros, él también tiró algunas.

Cuando le di este recado de su hermana, respondió:

— Estos ya los confesé; pero vuelvo a confesarlos. Tal vez es a causa de estos pecados que yo hice, por los que Nuestro Señor está triste. Pero yo aunque no muriese, nunca más los volvería a cometer. Y poniendo las manos juntas, rezó la oración:

– ¡Oh Jesús mío, perdónanos, líbranos del fuego del infiemo, lleva a todas las almas al Cielo, especialmente a las que más lo necesitan...!

– Escucha, pide tú también al Señor que me perdone mis pecados.

– Sí, pido, quédate tranquilo. Si el Señor no te los hubiese perdonado ya, la Virgen no hubiera dicho aún el otro día a Jacinta que te venía a buscar muy en breve para el Cielo. Y ahora voy a Misa y ahí pido a Jesús escondido por ti.

– Escucha; pídele para que el señor Cura me dé la Sagrada Comunión.

– De acuerdo.

Cuando regresé de la iglesia ya Jacinta se había levantado y estaba sentada al lado de su cama. Al verme me preguntó:

– ¿Pediste al Señor escondido para que el señor cura me dé la Sagrada Comunión?

– Lo pedí.

– Después en el Cielo pediré por ti.

– ¿Vas a pedir? pues el otro día me dijiste que no ibas a pedir.

– Eso era para llevarte allá en breve. Pero si tú lo deseas, yo pido, y después que Nuestra Señora haga lo que Ella quiera.

– Pues quiero; tú pide.

– Pues sí, quédate tranquila, que yo pido.

Los dejé allí y me marché para hacer mis ocupaciones diarias de trabajo y escuela.

Cuando volví al anochecer ya estaba radiante de alegría. Se había confesado y el Cura había prometido llevarle al día siguiente la Sagrada Comunión. Después de comulgar al día siguiente, decía a su hermanita:

– Hoy soy más feliz que tú, porque tengo dentro de mi pecho a Jesús escondido. Yo me voy al cielo; pero desde allí voy a pedir mucho al Señor y a la Virgen para que pronto os lleve también allí.

Ese día, casi todo lo pasé con Jacinta junto a su cama. Como ya no podía rezar, nos pedía que rezásemos nosotros el Rosario por él. Después me dijo:

– Sin lugar a dudas, en el Cielo voy a tener muchas añoronzas de tí. ¡Quién diera que Nuestra Señora te llevase también para allá muy pronto!

– No las tendrás, no; ¡fíjate! ¡Al pie del Señor y de la Virgen, que son tan buenos!

– Pues es cierto. Tal vez ni me acuerde.

Y ahora añado yo: tal vez no se acordó más. ¡¡¡Paciencia!!!

17. Muerte santa

Cuando era de noche, me despedí de él.

– Francisco, adiós. Si fueras esta misma noche al Cielo, no te olvides de mí. ¿Has escuchado?

– No me olvido, no. Quédate tranquila.

Y agarrándome la mano derecha, la apretó con mucha fuerza durante un buen rato, mirándome con lágrimas en los ojos.

– ¿Deseas alguna cosa más? –le pregunté con lágrimas que también me corrían por las mejillas.

– No –me respondió con voz apagada.

Como la escena estaba poniéndose demasiado conmovedora, mi tía me pidió que saliese del dormitorio.

– Entonces, adiós, Francisco, hasta el Cielo.

– Adiós, hasta el Cielo.

Y el Cielo se aproximaba. Allá voló al día siguiente ([10]) a los brazos de la Madre Celestial.

No se puede describir mi nostalgia. Es una espina triste que atraviesa mi corazón a lo largo de los años. Es el recuerdo del pasado que siempre resuena en la eternidad.

Era de noche, y yo plácida soñaba
que en tan festivo, suspirado día
celestial enlace en gran porfía,
entre nosotros y los Ángeles se daba.

¡Qué áurea corona –ninguno imaginaba–
de flores que la tierra producía,
que igualase a la que el Cielo ofrecía
en angélico primor que el cariño dejaba!

De labios maternos... gozos, sonrisas,
en el celeste paraíso... vive en Dios,
de amor encantado, de gozos soberanos,
pasó estos años... tan breves... ¡¡¡Adiós!!!

([10]) *Este «día siguiente», fue el 4 de abril de 1919.*

18. Más canciones

Como el Señor Dr. Galamba desea los versos profanos, y ya escribí algunos en el transcurso de la historia de Francisco, antes de comenzar con otro asunto, pongo algunos más, para que su Reverencia pueda escoger, por si acaso alguno le puede ser útil para alguna cosa.

LA SERRANA

Serrana, serrana,
¡De ojos castaños!
¿Quién te dio, serrana,
Encantos tamaños...?
¡Encantos tamaños!
¡¡¡Nunca vi así!!!
Serrana, serrana,
Ten pena de mí.
¡¡¡Serrana, serrana,
Ten pena de mi!!!

Serrana, serrana,
De saya volante,
¿Quién te dió, serrana,
Ser tan elegante?
¡Ser tan elegante!
¡¡¡Nunca vi así!!!, etc.

(el final de todos, como el primero)

Serrana, serrana,
Del pecho de rosa
¿Quién te dió, Serrana,
Color tan mimosa?
¡Color tan mimosa!
¡¡¡Nunca vi así!!!, etc.

Serrana, serrana,
¡De oro adornada!
¿Quién te dio, Serrana,

Saya tan rodada?
¡Saya tan rodada!
¡¡¡Nunca vi así!!!, etc.

TEN CUIDADO

Si fueres a la Sierra
vete despacito,
mira que no caigas
en un barranquito.
¡En un barranquito!

En un barranquito
no he de caer,
que las serranitas
me han de sostener.
Quieran o no,
¡¡¡Serranitas, mi corazón!!!

Me han de sostener,
me han de bien tratar.
¡Son las serranitas
buenas para amar!
Buenas para amar.
Quieran o no,
¡¡¡Serranitas, mi corazón!!!

II. HISTORIA DE LAS APARICIONES

PRÓLOGO

Ahora, Exmo. y Rvmo. Señor Obispo, ahora sí que será la página más costosa de cuantas V. Excia. Rvma. me ha mandado escribir. Porque, después de haberme mandado escribir, en particular las apariciones del Ángel, con todos sus detalles y pormenores, y, en cuanto me fue posible, hasta con los efectos propios íntimos, he aquí al sr. Dr. Galamba que pide también a V. Excia. la orden de mandarme escribir las apariciones de Nuestra Señora.

– Mándele, Sr. Obispo, –decía, hace poco, en Valença Su Rvcia. Mándele, Sr. Obispo que escriba todo, sí, todo. ¡Que ha de dar muchos vuelcos en el purgatorio por haber callado tanto!

En cuanto a eso, no tengo el menor recelo del purgatorio. Siempre obedecí. Y la obediencia no merece ni pena ni castigo. Primero, obedecí a los movimientos íntimas del Espíritu Santo; luego, a las órdenes de aquellos que me hablaban en su nombre. Fue precisamente ésta la primera orden y consejo que, por medio de V. Excia. Rvma., el buen Dios se digna darme.

Y, contenta y feliz, recordaba las palabras de los tiempos pasados, del venerable sacerdote, señor Vicario de Torres Novas: «El secreto de la hija del Rey está todo en su interior».

Y, en cuanto comencé a penetrar en su sentido, decía:

– Mi secreto es para mí.

¡Pero ahora, ya no es así! Inmolada en el altar de la obediencia, digo:

– Mi secreto pertenece a Dios. Lo deposité en sus manos; que haga de él lo que más le agrade.

Decía, pues, el sr. Dr. Galamba:

– Señor Obispo, mándele que diga todo, todo; que no oculte nada.

Y V. Excia. Rvma., asistido ciertamente por el divino Espíritu Santo, pronunció la sentencia:

– Eso no lo mando. En asuntos de secretos, no me meto ([11]).

¡Gracias a Dios! Cualquier otra orden me habría sido una fuente de perplejidades y escrúpulos. Con una orden contraria, me habría de preguntar a mi misma, millares de veces, a quién debía obedecer: a Dios o a su representante. Y, tal vez, sin encontrar la decisión, permanecería en una verdadera tortura íntima.

Y luego V. Excia. Rvma. continuó hablando en nombre de Dios:

– La Hermana escriba las apariciones del Ángel y de Nuestra Señora; porque la Hermana está para gloria de Dios y de Nuestra Señora.

¡Qué bueno es Dios! Él es el Dios de la paz; y por ese camino conduce a los que en Él confíen.

([11]) *Efectivamente, el Sr. Obispo, en esta ocasión no quiso dar mandato de obediencia para escribir la tercera parto del secreto; lo que sí, hizo mas tarde, cuando Lucía lo escribió (3.I.1944)*

Comienzo, pues, mi nuevo trabajo y cumpliré las órdenes de V. E. Rvma. y los deseos del sr. Dr. Galamba. Exceptuando la parte del secreto que, por ahora, no me es permitido revelar, diré todo. Advertidamente no dejaré nada. Supongo que se me podrán quedar en el tintero sólo unos pequeños detalles de mínima importancia.

1. Apariciones del Ángel

Por lo que puedo más o menos calcular, me parece que fue en 1915 cuando se nos dio esa primera aparición que juzgo fue la del Ángel, que no se atrevió entonces a manifestarse del todo. Por el aspecto del tiempo pienso que debe haber sido entre los meses de abril y octubre de 1915.

En la ladera del Cabezo que mira al Sur, al tiempo de rezar el Rosario en compañía de tres amigas, de nombre Teresa Matías, María Rosa Matías, hermana suya, y María Justino, de Casa Velha, vi que sobre el arbolado del valle que se extendía a nuestros pies flotaba como una nube, más blanca que la nieve, algo transparente, con forma humana. Mis compañeras me preguntaron qué era aquello. Respondí que no sabía. En días diferentes, se repitió dos veces más.

Esta aparición me dejó en el alma una cierta impresión que no sé explicar. Poco a poco esta impresión iba desvaneciéndose; y creo que, si no es por los hechos que se siguieron, con el tiempo, la hubiera llegado a olvidar por completo.

Estas fechas no puedo precisarlas con certeza, porque, en esa época, no sabía contar los años, ni los meses, ni los mismos días de la semana. Me parece, no obstante, que debía ser en la primavera de 1916 cuando el Ángel se nos apareció por primera vez en nuestra roca del Cabezo.

Ya dije en el escrito sobre Jacinta, cómo subimos la ladera en busca de un abrigo, y cómo fue, después de merendar y rezar allí, que empezamos viendo a cierta distancia, sobre los árboles que se extendían en dirección al naciente, una luz más blanca que la nieve, con la forma de un joven, transparente, más brillante que un cristal atravesado por los rayos de sol. A medida que se aproximaba íbamos distinguiéndole las facciones. Estábamos sorprendidos y medio absortos. No decíamos ni palabra.

Al llegar junto a nosotros, dijo:

– ¡No temáis! Yo soy el Ángel de la Paz. Orad conmigo.

Y arrodillándose en tierra, dobló la frente hasta el suelo. Transportados por un movimiento sobrenatural, le imitamos y repetimos las palabras que le oímos pronunciar:

– Dios mío, yo creo, adoro, espero y os amo. Os pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no os aman.

Después de repetir esto por tres veces, se levantó y dijo:

– ¡Orad así! Los Corazones de Jesús y de María están atentos a la voz de vuestras súplicas.

Y desapareció.

La atmósfera sobrenatural que nos envolvía era tan intensa, que casi no nos dábamos cuenta de nuestra propia existencia, por un largo espacio de tiempo, permaneciendo en la posición que nos había dejado, repitiendo siempre la misma oración. La presencia de Dios se sentía tan intensa e íntima, que ni entre nosotros mismos nos atrevíamos a hablar. Al día siguiente todavía sentíamos el alma envuelta en esa atmósfera que solamente iba desapareciendo muy lentamente.

En esta aparición, nadie pensó en hablar ni en recomendar el secreto. Ella, por sí, lo impuso. Era tan íntima que no era fácil pronunciar sobre ella la menor palabra. Nos hizo tal vez mayor impresión por ser la primera tan manifesta.

La segunda debió de ser en el medio del verano, en esos días de mayor calor, en que íbamos con el rebaño para casa, a media mañana, para volver a llevarlo ya a media tarde.

Fuimos, pues, a pasar las horas de la siesta a la sombra de los árboles que rodeaban el pozo, ya varias veces mencionado.

De repente, vimos al mismo Ángel junto a nosotros.

– ¿Qué hacéis? ¡Orad! ¡Rezad mucho! Los Corazones de Jesús y de María tienen sobre vosotros designios de misericordia. Ofreced constantemente al Altísimo plegarias y sacrificios.

– ¿Cómo nos hemos de mortificar? – pregunté.

– De todo lo que podáis, ofreced un sacrificio, en acto de reparación por los pecados con que Él es ofendido, y de súplica por la conversión de los pecadores. Atraed así sobre vuestra Patria la paz. Yo soy el Ángel de su Guarda, el Ángel de Portugal. Sobre todo, aceptad y soportad con sumisión el sufrimiento que el Señor os envíe.

Estas palabras del Ángel se grabaron en nuestra alma, como una luz que nos hacía comprender quién era Dios, cómo nos amaba y quería ser amado, el valor del sacrificio y cómo éste le era agradable; cómo por atención a él convertía a los pecadores. Por eso desde ese momento comenzamos a ofrecer al Señor todo lo que nos mortificaba, pero sin pararnos a buscar otras mortificaciones o penitencias, excepto la de pasarnos horas seguidas postrados en tierra, repitiendo la oración que el Angel nos había enseñado.

La tercera aparición me parece debió de ser en octubre o a finales de septiembre, porque ya no íbamos a pasar las horas de la siesta a casa.

Como ya dije en el escrito sobre Jacinta, pasamos de la Pregueira (es un pequeño olivar que pertenece a mis padres), a la Roca, dando la vuelta a la ladera del monte por el lado de Aljustrel y Casa Velha. Rezamos allí nuestro Rosario y la oración que en la primera aparición nos había enseñado. Estando, pues allí se nos apareció por tercera vez, portando en la mano un Cáliz y sobre él una Hostia, de la cual caían dentro del Cáliz, algunas gotas de sangre. Dejando el Cáliz y la Hostia suspensos en el aire, se postró en tierra y repitió tres veces la oración:

– Santísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Santo, os adoro profundamente y os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, presente en todos los sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que Él mismo es ofendido. Y por los méritos infinitos de su Santísimo Corazón y del Corazón Inmaculado de María, os pido la conversión de los pobres pecadores.

Después, levantándose, tomó en la mano el Cáliz y Hostia, y me dio la Hostia a mí; y lo que contenía el Cáliz, lo dio a beber a Jacinta y a Francisco, diciendo al mismo tiempo:

– Tomad y bebed el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, horriblemente ultrajado por los hombres ingratos. Reparad sus crímenes y consolad a vuestro Dios.

De nuevo se postró en tierra y repitió con nosotros, tres veces más, la misma oración:

– Santísima Trinidad... etc.

Y desapareció.

Transportados por la fuerza de lo sobrenatural que nos envolvía, imitábamos al Ángel en todo; es decir, postrándonos como él y repitiendo las oraciones que él decía. La fuerza de la presencia de Dios era tan intensa, que nos absorbía y anonadaba casi del todo. Parecía privarnos hasta del uso de los sentidos corporales por un gran espacio de tiempo. En aquellos días, hacíamos las acciones materiales como transportados por ese mismo ser sobrenatural que a eso nos impulsaba. La paz y la felicidad que sentíamos, era inmensa; pero sólo interior, completamente concentrada el alma en Dios. El abatimiento físico que nos postraba, también era grande.

2. El silencio de Lucía

No sé por qué las apariciones de Nuestra Señora producían en nosotros efectos muy diferentes. La misma alegría interior, la misma paz y felicidad, pero en vez de este abatimiento físico, una cierta agilidad expansiva; en vez de este anonadamiento en la Divina presencia, un exultar de alegría, en vez de esa dificultad en hablar, un cierto entusiasmo comunicativo. Pero a pesar de estos sentimientos, sentía la inspiración de callar sobre todo algunas cosas.

En los interrogatorios sentía la inspiración íntima que me indicaba las respuestas que, sin faltar a la verdad, no descubriesen lo que por entonces debía ocultar. En este sentido me queda sólo una duda: «Si no debía haber dicho todo en el interrogatorio canónico». Pero no siento escrúpulos por haber callado, porque a esa edad no tenía aún conocimiento de la importancia de ese interrogatorio. Lo tomé, pues, por uno de tantos a que estaba habituada. Sólo me extrañó la orden de jurar. Pero como era el confesor quien me lo mandaba y yo juraba la verdad, lo hice sin dificultad. No podía sospechar, en ese momento, lo que el demonio iba a sacar de allí para atormentarme más tarde con un sin fin de escrúpulos. Pero ¡gracias a Dios!, ya pasó todo.

Hay todavía otra razón que me confirma en la idea de que hice bien callando. En el trascurso de aquel interrogatorio canónico, uno de los que me interrogaban, el sr. Dr. Marques dos Santos pensó que podía ampliar la lista de sus preguntas, y comenzó a profundizar un poco. Antes de contestar, con una simple mirada, pregunté

al confesor. El me sacó del apuro respondiendo por mí. Recordó al interlocutor que se pasaba de los derechos que le eran concedidos.

Casi lo mismo me pasó en el interrogatorio del sr. Dr. Fischer. Autorizado por V. Excia. Reverendísima y por la Rvda. Madre Provincial, parecía tener derecho a preguntarme todo. Pero gracias a Dios que venía acompañado por el confesor. En un momento dado, sacó una pregunta premeditada sobre el secreto. Me sentí perpleja, sin saber qué contestar. Una mirada; el confesor me entendió y respondió por mí. El interlocutor entendió también y se limitó a taparme la cara con unas revistas que tenía delante.

Así Dios me iba mostrando que aún no había llegado el momento por Él establecido.

Paso, entonces, a escribir las apariciones de Nuestra Señora. No me paro a escribir las circunstancias que las preceden, ni las que las siguieron, habida cuenta que el sr. Dr. Galamba hizo el favor de dispensarme de ello.

3. El trece de mayo

Día 13 de mayo de 1917. – Estando jugando con Jacinta y Francisco encima de la pendiente de Cova de Iría, haciendo una pared alrededor de una mata, vimos, de repente, como un relámpago.

– Es mejor irnos ahora para casa –dije a mis primos–, hay relámpagos; puede venir tormenta.

– Pues sí.

Y comenzamos a descender la ladera, llevando las ovejas en dirección del camino. Al llegar poco más o menos a la mitad de la ladera, muy cerca de una encina grande que allí había, vimos otro relámpago; y, dados algunos pasos más adelante, vimos sobre una carrasca una Señora, vestida toda de blanco, más brillante que el sol, irradiando una luz más clara e intensa que un vaso de cristal, lleno de agua cristalina, atravesado por los rayos del sol más ardiente. Nos detuvimos sorprendidos por la aparición. Estábamos tan cerca que nos quedábamos dentro de la luz que la cercaba, o que Ella irradiaba. Tal vez a metro y medio de distancia más o menos.

Entonces Nuestra Señora nos dijo:

– No tengáis miedo. No os voy a hacer daño.

– ¿De dónde es Vd.? – le pregunté.

– Soy del Cielo.

– ¿Y qué es lo que Vd. quiere?

– Vengo a pediros que vengáis aquí seis meses seguidos, el día 13 a esta misma hora. Después os diré quién soy y lo que quiero. Después volveré aquí aún una séptima vez ([12]).

– Y yo, ¿también voy al Cielo?

– Sí, vas.

– Y, ¿Jacinta?

– También.

– Y ¿Francisco?

– También; pero tiene que rezar muchos Rosarios.

Entonces me acordé de preguntar por dos muchachas que habían muerto hacía poco. Eran amigas mías e iban a mi casa a aprender a tejer con mi hermana mayor.

– ¿María de las Nieves ya está en el Cielo?

– Sí, está. (Me parece que debía de tener unos dieciséis años).

– Y, ¿Amelia?

– Estará en el Purgatorio hasta el fin del mundo ([13]). Me parece que debía de tener de dieciocho a veinte años).

–¿Queréis ofreceros a Dios para soportar todos los sufrimientos que El quisiera enviaros, en acto de desagravio por los pecados con que es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores?

– Sí, queremos.

– Tendréis, pues, mucho que sufrir, pero la gracia de Dios será vuestra fortaleza.

Fue al pronunciar estas últimas palabras (la gracia de Dios, etc...) cuando abrió por primera vez las manos comunicándonos una luz tan intensa como un reflejo que de ellas se irradiaba, que nos penetraba en el pecho y en lo más íntimo del alma, haciéndonos ver a nosotros mismos en Dios que era esa luz, más claramente que nos vemos en el mejor de los espejos. Entonces por un

([12]) *Esta «séptima vez» ya aconteció la mañanita del día 16 de junio de 1921, cuando Lucía se despedía de la Cova de Iría. Se trataba de una aparición particular y personal.*

([13]) *Puede significar: «Por mucho tiempo».*

impulso íntimo, también comunicado, caímos de rodillas y repetíamos íntimamente: «Oh Santísima Trinidad, yo Os adoro. Dios mío, Dios mío, yo Os amo en el Santísimo Sacramento».

Pasados los primeros momentos, Nuestra Señora añadió:

– Rezad el Rosario todos los días, para alcanzar la paz para el mundo y el fin de la guerra.

En seguida comenzó a elevarse suavemente, subiendo en dirección al naciente, hasta desaparecer en la inmensidad de la lejanía. La luz que la rodeaba iba como abriendo camino en la bóveda de los astros, motivo por el cual alguna vez dijimos que habíamos visto abrirse el Cielo.

Me parece que ya expuse en lo escrito sobre Jacinta o en una carta, que el miedo que sentíamos, no fue propiamente de Nuestra Señora, sino de la tormenta que supusimos iba a venir, y de la cual queríamos huir. Las apariciones de Nuestra Señora no infunden miedo o temor, pero si sorpresa. Cuando preguntaban si habíamos sentido miedo, y decía que sí, me refería al miedo que habíamos tenido de los relámpagos y del trueno que suponía vendría próximo; y de eso fue de lo que queríamos huir, pues estábamos habituados a ver relámpagos sólo cuando tronaba.

Los relámpagos tampoco eran propiamente relámpagos, sino el reflejo de una luz que se aproximaba. Por ver esta luz es por lo que decíamos a veces que veíamos venir a Nuestra Señora; pero a Nuestra Señora propiamente sólo la distinguíamos en esa luz cuando estaba ya sobre la encina. El no sabernos explicar o el querer evitar preguntas fue lo que dio lugar a que algunas veces decíamos que la veíamos venir; otras que no. Cuando decíamos que sí, que la veíamos venir, nos referíamos a que veíamos aproximarse esa luz que al final era Ella. Y cuando decíamos que no la veíamos venir, nos referíamos a que Nuestra Señora sólo la veíamos propiamente cuando estaba ya sobre la encina.

4. El trece de junio

Día 13 de junio de 1917. – Después de rezar el Rosario con Jacinta y Francisco y algunas personas que estaban presentes, vimos de nuevo el reflejo de la luz que se acercaba (y que llamábamos relámpago), y en seguida a Nuestra Señora sobre la encina, todo lo mismo que en Mayo.

– ¿Qué quiere Usted de mí? – pregunté.

– Quiero que vengáis aquí el día 13 del mes que viene; que recéis el Rosario todos los días y que aprendáis a leer. Después diré lo que quiero.

Pedí la curación de un enfermo.

– Si se convierte, se curará durante el año.

– Quería pedirle que nos llevase al Cielo.

– Sí; a Jacinta y a Francisco los llevaré pronto. Pero tú quedarás aquí algún tiempo más. Jesús quiere servirse de ti para darme a conocer y amar. El quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón ([14]).

–¿Me quedo aquí sola? – pregunté, con pena.

– No, hija. ¿Y tú sufres mucho? No te desanimes. Yo nunca te dejaré. Mi Inmaculado Corazón será tu refugio y el camino que te conducirá hasta Dios.

Fue en el momento en que dijo estas palabras, cuando abrió las manos y nos comunicó, por segunda vez, el reflejo de esa luz inmensa. En ella nos veíamos como sumergidos en Dios. Jacinta y Francisco parecían estar en la parte de la luz que se elevaba al Cielo y yo en la que esparcía sobre la tierra. Delante de la palma de la mano derecha de Nuestra Señora estaba un corazón, cercado de espinas, que parecían estar clavadas en él. Comprendimos que era el Inmaculado Corazón de María, ultrajado por los pecados de la Humanidad, que pedía reparación.

He aquí, Exmo. y Reverendísimo Sr. Obispo, a lo que nos referíamos cuando decíamos que Nuestra Señora nos había revelado un secreto en el mes de junio. Nuestra Señora no nos mandó aún, esta vez, guardar secreto; pero sentíamos que Dios nos movía a eso.

5. El trece de julio

Día 13 de julio de 1917. – Momentos después de haber llegado a Cova de Iría, junto a la carrasca, entre una numerosa multitud del pueblo, estando rezando el Rosario, vimos el resplandor de la acostumbrada luz y, en seguida, a Nuestra Señora sobre la carrasca.

([14]) *Aquí Lucia, tal vez por la prisa omite el final del párrafo, que en otros documentos dice: A quien la abrazare, le prometo la salvación; y estas almas serán amadas por Dios, como flores puestas por mi para adornar su trono.*

– ¿Qué quiere Usted de mí? – pregunté.

– Quiero que vengais aquí el día 13 del mes que viene; que continuéis rezando el Rosario todos los días, en honor de Nuestra Señora del Rosario, para obtener la paz del mundo y el fin de la guerra, porque sólo Ella lo puede conseguir.

– Quería pedirle que nos dijera quién es Vd., que haga un milagro para que todos crean que Vd. se nos aparece.

– Continuad viniendo aquí todos los meses. En octubre diré quién soy, y lo que quiero y haré un milagro que todos han de ver para creer.

Aquí hice algunas peticiones que no recuerdo bien cuáles fueron. Lo que sí recuerdo es que Nuestra Señora dijo que era preciso rezar el Rosario para alcanzar esas peticiones durante el año. Y continuó:

– Sacrificaos por los pecadores, y decid muchas veces, en especial cuando hagais algun sacrificio: «Oh Jesús, es por tu amor, por la conversión de los pecadores y en desagravio por los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María».

Al decir estas últimas palabras, abrió de nuevo las manos como en los meses pasados.

El reflejo parecía penetrar en la tierra y vimos como un mar de fuego. Sumergidos en ese fuego, los demonios y las almas, como si fuesen brasas transparentes y negras o bronceadas, con forma humana que fluctuaban en el incendio, llevadas de las llamas que de ellas mismas salían, juntamente con nubes de humo cayendo por todos los lados, semejantes al caer de las pavesas en los grandes incendios, sin peso ni equilibrio, entre gritos y gemidos de dolor y desesperación, que horrorizaban y hacían estremecer de pavor. (Debe de haber sido a la vista de esto cuando di aquel «¡Ay!», que dicen haberme oído). Los demonios distinguíanse por formas horribles y asquerosas de animales espantosos y desconocidos, pero transparentes como negros carbones en brasa.

Asustados, y como para pedir socorro, levantamos la vista hacia Nuestra Señora que nos dijo entre bondadosa y triste:

– Habéis visto el infierno, a donde van las almas de los pobres pecadores; para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si hicieran lo que os voy a decir, se salvarán muchas almas y tendrán paz. La guerra va a

acabar. Pero si no dejan de ofender a Dios, en el reinado de Pío XI comenzará otra peor. Cuando veáis una noche alumbrada por una luz desconocida ([15]), sabed que es la grande señal que Dios os da de que va a castigar al mundo por sus crímenes por medio de la guerra, del hambre y de persecuciones a la Iglesia y al Santo Padre.

Para impedirla, vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón, y la Comunión reparadora de los primeros sábados ([16]). Si atendieran mis peticiones, Rusia se convertirá y habrá paz; si no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá que sufrir mucho, varias naciones serán aniquiladas. Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre me consagrará Rusia, que se convertirá, y será concedido al mundo algún tiempo de paz ([17]). En Portugal se conservará siempre la doctrina de la Fe, etc. Esto no se lo digáis a nadie. A Francisco, si podéis decírselo.

Cuando recéis el Rosario, diréis, después de cada misterio: ¡Oh Jesus mío, perdónanos, líbranos del fuego del infierno, lleva todas las almas al cielo, principalmente las más necesitadas!

Transcurrido un instante de silencio, pregunté:

– Usted ¿no quiere de mí nada más?

– No. Hoy no quiero nada más de ti.

Y, como de costumbre, comenzó a elevarse en dirección al naciente, hasta desaparecer en la inmensa lejanía del firmamento.

6. El trece de agosto

Dia 13 de agosto de 1917. – Como ya está dicho lo que pasó en ese mes, no me detengo en eso, y paso a la Aparición, a mi entender el día 15, al caer de la tarde. Como en aquella época aún no sabía contar los días del mes, puede ser que sea yo la que esté equivocada, pero tengo la idea de que fue el mismo día que llegamos de Vila Nova de Ourém.

([15]) *Trátase de la aurora boreal que aconteció en la noche del 25-26 de enero de 1938. Cf. notas 9 y 20 de la Tercera Memoria.*

([16]) *Véase el Apéndice Primero.*

([17]) *Véase el Apéndice Segundo.*

Estando con las ovejas, en compañía de Francisco y de su hermano Juan, en un lugar llamado Valinhos, y sintiendo que alguna cosa sobrenatural se aproximaba y nos envolvía, sospechando que Nuestra Señora viniese a aparecérsenos, y dándome pena que Jacinta se quedase sin verla, pedimos a su hermano Juan que fuese a llamarla. Como no quería, le ofrecí veinte centavos, y allá se fue corriendo.

Entretanto vi, con Francisco, el reflejo de la luz que llamábamos relámpago, y habiendo llegado Jacinta, un instante después, vimos a Nuestra Señora sobre una carrasca.

– ¿Qué es lo que Vd. quiere de mí?

– Quiero que sigáis yendo a Cova de Iría el día 13; que continuéis rezando el Rosario todos los días. El último mes haré un milagro para que todos crean.

– ¿Qué es lo que Vd. quiere que se haga con el dinero que la gente deja en Cova de Iría?

– Que hagan dos andas: una, llévala tú con Jacinta y dos niñas más, vestidas de blanco; y otra, que la lleve Francisco y tres niños más. El dinero de las andas es para la fiesta de Nuestra Señora del Rosario; lo que sobre es para ayudar a una capilla que deben hacer.

– Quería pedirle la curación de algunos enfermos.

– Sí; a algunos los curaré durante el año.

Y tomando un aspecto más serio dijo:

– Rezad, rezad mucho, y haced sacrificios por los pecadores, pues van muchas almas al infierno, por no tener quien se sacrifique y pida por ellas.

Y como de costumbre comenzó a elevarse en dirección al naciente.

7. El trece de septiembre

Dia 13 de septiembre de 1917. – Al aproximarse la hora, fui allí con Jacinta y Francisco, entre numerosas personas que apenas nos dejaban andar. Los caminos estaban apiñados de gente. Todos nos querían ver y hablar. Allí no había respetos humanos. Numerosas personas, y hasta señoras y caballeros, consiguiendo romper por entre la multitud que alrededor nuestro se apiñaba, venían a postrarse de rodillas delante de nosotros, pidiéndonos que pre-

sentásemos a Nuestra Señora sus necesidades. Otros, no consiguiendo llegar hasta nosotros, clamaban desde lejos.

–¡Por el amor de Dios! ¡Pidan a Nuestra Señora que me cure a mi hijo inválido!

Otro:

– ¡Que me cure el mío, que es ciego!

Otro:

– ¡El mío, que está sordo!

– ¡Que me devuelva a mi marido...!

– ¡...a mi hijo, que está en la guerra!

– ¡Que convierta a un pecador!

– ¡Que me dé la salud, que estoy tuberculoso!

Etc., etc...

Allí aparecían todas las miserias de la pobre humanidad. Y algunos gritaban desde lo alto de las árboles y paredes, donde se subían con el fin de vernos pasar. Diciendo a unos que sí, y dando la mano a otros para ayudarles a levantarse del polvo de la tierra, ahí íbamos andando gracias a algunos caballeros que nos iban abriendo el paso por entre la multitud.

Cuando ahora leo en el Nuevo Testamento esas escenas tan encantadoras del paso del Señor por Palestina, recuerdo éstas que, tan niña todavía el Señor me hizo presenciar en esos pobres caminos y carreteras de Aljustrel a Fátima y a Cova de Iría. Y doy gracias a Dios, ofreciéndole la fe de nuestro buen pueblo portugués. Y pienso: si esta gente se humilla así delante de tres pobres niños, sólo porque a ellos les es concedida misericordiosamente la gracia de hablar con la Madre de Dios, ¿qué no harían si viesen delante de si al propio Jesucristo?

Bien, pero esto no pertenece aquí. Fue más bien una distracción de la pluma que se me escapó por donde yo no quería. ¡Paciencia! Una cosa más de sobra; pero no la quito, por no inutilizar el cuaderno.

Llegamos, por fin, a Cova de Iría, junto a la carrasca, y comenzamos a rezar el rosario, con el pueblo. Poco después, vimos el reflejo de la luz y, seguidamente, a Nuestra Señora sobre la encina.

– Continuad rezando el Rosario, para alcanzar el fin de la guerra. En octubre vendrá también Nuestro Señor, Nuestra Señora de los Dolores y del Carmen y S. José con el Niño Jesús para bende-

cir al mundo. Dios está contento con vuestros sacrificios pero no quiere que durmáis con la cuerda; llevadla sólo durante el día,

– Me han solicitado para pedirle muchas cosas, la curación de algunos enfermos, de un sordomudo.

– Sí, a algunos los curaré; a otros no. En octubre haré el milagro para que todos crean.

Y comenzando a elevarse, desapareció como de costumbre.

8. El trece de octubre

Día 13 de octubre de 1917. – Salimos de casa bastante temprano, contando con las demoras del camino. El pueblo estaba en masa. Caía una lluvia torrencial. Mi madre, temiendo que fuese el último día de mi vida, con el corazón partido por la incertidumbre de lo que iba a suceder, quiso acompañarme. Por el camino se sucedían las escenas del mes pasado, más numerosas y conmovedoras. Ni el barro de los caminos impedía a esa gente arrodillarse en la actitud más humilde y suplicante. Llegados a Cova de Iria, junto a la carrasca, transportada por un movimiento interior, pedí al pueblo que cerrase los paraguas para rezar el Rosario. Poco después, vimos el reflejo de la luz y, seguidamente, a Nuestra Señora sobre la encina.

– ¿Qué es lo que quiere Vd. de mí?

– Quiero decirte que hagan aquí una capilla en mi honra; que soy la Señora del Rosario; que continúen rezando el Rosario todos los días. La guerra va a acabar y los soldados volverán con brevedad a sus casas.

– Tenía muchas cosas que pedirle: si curaba a algunos enfermos y si convertía a algunos pecadores; etc...

– Unos, sí; a otros no. Es preciso que se enmienden; que pidan perdón por sus pecados.

Y tomando un aspecto más triste:

– No ofendan más a Dios Nuestro Señor, que ya está muy ofendido.

Y, abriendo sus manos, las hizo reflejarse en el sol. Y, mientras se elevaba, continuaba el reflejo de su propia luz proyectándose en el sol.

He aquí, Exmo. Señor Obispo, el motivo por el cual exclamé que mirasen al sol. Mi fin no era llamar la atención de la gente hacia

él, pues ni siquiera me daba cuenta de su presencia. Lo hice sólo llevada por un movimiento interior que me impulsaba a ello.

Desaparecida Nuestra Señora en la inmensa lejanía del firmamento, vimos al lado del sol, a S. José con el Niño y a Nuestra Señora vestida de blanco, con un manto azul. S. José con el Niño parecían bendecir al Mundo, con unos gestos que hacían con la mano en forma de cruz.

Poco después desvanecida esta aparición, vimos a Nuestro Señor y a Nuestra Señora, que me daba idea de ser Nuestra Señora de los Dolores. Nuestro Señor parecía bendecir el Mundo de la misma forma que S. José.

Al desvanecerse esta aparición me pareció ver todavía a Nuestra Señora en forma parecida a Nuestra Señora del Carmen.

EPÍLOGO

He aquí, Exmo. y Rvmo. Señor Obispo, la historia de las apariciones de Nuestra Señora en Cova de Iría, en 1917. Siempre que, por algún motivo, tenía que hablar de ellas, procuraba hacerlo con las mínimas palabras, con la intención de guardar para mí esas partes más íntimas que tanto me costaba manifestar. Pero como ellas son de Dios y no mías, y Él ahora por medio de V. E. Rvma. me las reclama, ahí van. Restituyo lo que no me pertenece. Advertidamente no me reservo nada. Me parece que deben faltar sólo algunos pequeños detalles referente a peticiones que hice. Como eran cosas meramente materiales no les dí tanta importancia y tal vez por eso no se me grabaron tan vivamente en el alma. Y, además eran tantas, tantas... Debido tal vez a preocuparme con el recuerdo de tan innumerables gracias que tenía que pedir a Nuestra Señora, caí en el error de entender que la guerra acababa el mismo día 13 ([18]).

No pocas personas se han mostrado bastante sorprendidas por la memoria que Dios se dignó darme. Por una bondad infinita, la tengo bastante privilegiada, en todos los sentidos. Pero en estas cosas sobrenaturales no es de admirar, porque ellas se graban en

([18]) *Lucía parece que fue inducida a errar por las personas que se acercaban y le urgían sobre que la guerra acababa en aquel día.*

el alma de tal forma, que casi es imposible olvidarlas. Por lo menos el sentido de las cosas que indican, nunca se olvida, a no ser que Dios quiera también que se olvide.

III. MAS APUNTES SOBRE JACINTA

1. Una curación milagrosa

Me pedía, además, el sr. Dr. Galamba que escribiese alguna gracia más que se haya alcanzado por medio de Jacinta. Me puse a pensar un poco y recuerdo apenas dos.

La primera vez que la buena sra. Emilia, de la cual hablé en el segundo escrito sobre Jacinta, fue a buscarme para llevarme a Olival, a casa del Sr. Vicario, vino Jacinta conmigo. Cuando llegamos a la aldea donde vivía esta buena viuda, era de noche. A pesar de eso, la noticia de nuestra llegada no tardó en divulgarse, y la casa de la sra. Emilia se halló pronto llena de innumerables personas. Querían vernos, preguntarnos, pedirnos favores, etc. Había allí una mujer piadosa que solía rezar en su casa el Rosario con las personas de la pequeña aldea que querían unirse a ella. Vino después a pedirnos que fuésemos allí a su casa a rezar el Rosario.

Quisimos excusarnos, diciendo que lo rezábamos con la señora Emilia, pero las súplicas fueron tantas que no hubo otro remedio sino acceder. A la noticia de que íbamos, el pueblo corrió en masa a la casa de la buena mujer con el fin de coger sitio; y menos mal que nos dejaron el paso libre.

Cuando íbamos de camino nos salió al encuentro una muchacha de unos veinte años. Llorando, se inclinó de rodillas, y pide que entremos en su casa a rezar siquiera un Avemaría para la mejora de su padre que hacia más de tres años que no podía descansar a causa de un continuo hipo.

Imposible resistirse a una escena de éstas. Le ayudé a la pobre chica a levantarse; y, como la noche ya estaba bastante entrada (caminábamos a la luz de unas linternas), dije a Jacinta que se quedase allí, mientras yo rezaba el Rosario con el pueblo, y que al regresso la llamaría.

Cuando volví, entré también en esa casa. Encontré a Jacinta sentada en una silla frente a aquel hombre, no muy viejo, flaco y

llorando de emoción. Le rodeaban algunas personas más, que supongo serían de la familia. Al verme, Jacinta se levantó, se despidió prometiendo no olvidarlo en sus oraciones, y otra vez nos fuimos a casa de la sra. Emilia.

Al día siguiente, salimos de madrugada para Olival, y volvimos pasados unos tres días. Al llegar a casa de la sra. Emilia, se nos presentó la mencionada muchacha, acompañada ya de su padre, de aspecto bastante mejor sin aquella apariencia de nerviosismo y de tan extraña flaqueza. Venían a agradecer la gracia recibida, pues según decían no había vuelto a sentir el importuno hipo. Todas las veces que pasé más tarde por allí, siempre esta buena familia me venía a mostrar su agradecimiento, diciendo que estaba completamente curado, que no había sentido más el menor asomo de hipo.

2. Regreso de un hijo pródigo

La otra, era una tía mía, casada en Fátima, de nombre Vitoria, que tenía un hijo que era un verdadero hijo pródigo. No sé por qué hacía tiempo que había abandonado la casa de sus padres, sin saberse lo que había sido de él.

Un día mi tía, muy afligida, fue a Aljustrel para que pidiese a Nuestra Señora por aquel hijo suyo. No encontrándome, hizo el encargo a Jacinta. Esta prometió pedir por él. Pasados algunos días el hijo volvió a casa pidiendo perdón a sus padres; y después fue a Aljustrel a contar su desventurada suerte.

Después (contaba él) de haber gastado todo lo que había robado a sus padres, anduvo algún tiempo por allí, hecho un vagabundo, hasta que no sé por qué motivo le metieron en la cárcel de Torres Novas.

Después de estar allí algún tiempo, consiguió escaparse; y fugitivo, de noche se metió entre montes y pinares desconocidos. Considerándose completamente perdido, entre el miedo de ser cogido de nuevo y la oscuridad de la noche cerrada y tempestuosa, encontró como único recurso la oración. Cayó de rodillas y comenzó a rezar. Pasados algunos minutos, según afirmaba él, se le apareció Jacinta, lo cogió de la mano y lo condujo a la carretera que va de Alqueidão a Reguengo, haciéndole señal que continua-

se por allá. Al amanecer se halló camino de Boleiros; reconoció el lugar en que estaba; y conmovido, se dirigió a casa de sus padres.

Ahora bien; él afirmaba que Jacinta se le había aparecido, que la había reconocido perfectamente. Pregunté a Jacinta si era verdad que ella había ido por él. Me respondió que no, que ni sabía dónde estaban esos pinares y montes donde él se había perdido.

– Yo sólo recé y pedí mucho a Nuestra Señora por él, por compasión con la tía Vitoria –fue lo que me respondió.

–¿Cómo fue, entonces?

– No lo sé. Sólo Dios lo sabe.

IV. JACINTA CON FAMA DE SANTIDAD

1. Indicación

Todavía me falta responder a otra pregunta del sr. Dr. Galamba:

– ¿Qué sentían las personas junto a Jacinta?

Es difícil la respuesta, porque, de ordinario no sé lo que ocurre en el interior de los otros; y por eso no conozco sus sentimientos. Puedo, pues, decir solo algo de lo que yo misma sentía; y describir alguna manifestación exterior del sentimiento de otras personas.

2. Jacinta, reflejo de Dios

Lo que yo sentía era lo que de ordinario se siente al lado de una persona santa que en todo parece comunicar a Dios.

Jacinta tenía un porte siempre serio, modesto y amable que parecía reflejar la presencia de Dios en todos sus actos, propio de personas de edad avanzada y de gran virtud. No le vi nunca aquella excesiva ligereza o entusiasmo propio de las niñas por los adornos y los juegos. (Esto, después de las apariciones; ya que antes, era el número uno de capricho y entusiasmo).

No puedo decir que las otras niñas corriesen junto a ella, como lo hacían junto a mí. Y esto tal vez porque ella no sabía cantar tanto y tantas historias para enseñarles y entretenerles; o también, porque la seriedad de su porte era muy superior a su edad. Si en su presencia una niña o también personas mayores, decían alguna

cosa o hacían alguna acción menos conveniente, las reprendía diciendo:

– No hagáis esto, que ofende a Dios Nuestro Señor, que ya está muy ofendido.

Si alguna persona o niña contestaba llamándola beata o santurrona o cosa semejante, lo que ocurría varias veces, ella las miraba con cierta seriedad, y sin decir palabra, se alejaba. Tal vez fuese éste uno de los motivos por los que no gozase de más simpatía. Al estar yo cerca de ella, en seguida se juntaban decenas de niñas; y al marcharme pronto se quedaba sola. Sin embargo, cuando yo estaba en su compañía, se abrazaban a ella con cariño inocente; gustaban de cantar y jugar con ella. A veces, me pedían que fuese a buscarla cuando no estaba, y si les decía que ella no quería venir porque ellas eran malas, prometían ser buenas si ella iba:

– Vete a buscarla, y dile que vamos a ser buenas, si viene.

En la enfermedad cuando a veces la iba a visitar, encontraba fuera en la puerta un buen grupo esperándome para entrar a verla. Parecía que un cierto respeto las retenía. Antes de marcharme, alguna vez le preguntaba:

– Jacinta: ¿quieres que diga a alguna que se quede contigo para hacerte compañía?

– Pues sí, pero de esas más chicas que yo.

Entonces todas porfiaban diciendo:

—¡Me quedo yo! ¡Me quedo yo!.

Después se entretenía con ellas enseñándoles el Padrenuestro, el Avemaría, a santiguarse, a cantar. Y, sobre la cama o sentadas en el suelo; o, si estaba levantada, en medio de la casa, jugaban a las piedrecitas, sirviéndose para ello de pequeñas manzanas, de castañas, bellotas dulces, higos secos, etc. con que mi tía las obsequiaba para que hiciesen compañía a su hijita.

Rezaba con ellas el rosario, les aconsejaba que no cometiesen pecados para no ofender a Dios Nuestro Señor y no ir al infierno. Algunas pasaban allí mañanas y tardes casi enteras, parecían sentirse felices junto a ella. Pero después de haberse marchado, no se atrevían a volver con esa misma confianza que parece connatural entre niñas. Unas veces iban a buscarme para que entrase con ellas, otras esperaban junto a la casa en la calle a que mi tía o la misma Jacinta las llamase y las invitase a entrar. Parecía que ella y

su compañía les gustaba, pero se sentían cohibidas por cierta timidez o cierto respeto que las mantenía a cierta distancia.

3. Jacinta, ejemplo de virtudes

Las personas mayores que también la visitaban, mostraban admiración por su conducta, siempre igual, paciente, sin la menor queja o exigencia. En la postura en que la madre la dejaba, así permanecía. Si le preguntaban si estaba mejor, respondía:

– Estoy igual,

O:

– Parece que estoy peor. Muchas gracias.

Con un aspecto más bien triste se mantenía en silencio delante del visitante. Las personas se sentaban allí a veces largo rato, al parecer sintiéndose felices. Allí también tuvieron lugar minuciosos y fatigosos interrogatorios, y ella, sin mostrar nunca la más mínima impaciencia o aburrimiento, sólo me decía después:

– ¡Me dolía tanto la cabeza, de oír a aquella gente! Ahora que no puedo huír para esconderme, ofrezco más sacrificios de éstos a Nuestro Señor.

Las vecinas a veces iban a coser la ropa a su alcoba, y decían:

– Voy a trabajar un poco al pie de Jacinta. No sé qué es lo que ella tiene. Se está a gusto a su lado.

Llevaban a sus hijitos para que con ella se entretuvieran jugando, y las madres quedaban así más libres para coser. A las preguntas que le hacían, respondía con palabras amables, pero breves. Si contaban alguna cosa que no le pareciese buena, cortaba enseguida:

– No digan eso que ofenden a Dios Nuestro Señor.

Si contaban alguna cosa de familia que no fuese buena, les decía:

– No dejen cometer pecados a sus hijos, que pueden ir a parar al infierno.

Si eran personas mayores:

– Díganles que no hagan eso, que ofenden a Dios Nuestro Señor, y después pueden condenarse.

Las personas venidas de lejos que, por curiosidad o devoción, nos visitaban, parecían sentir algo de sobrenatural junto a ella. A veces al venir a mi casa para hablar conmigo, decían:

– Venimos de hablar con Jacinta y Francisco; junto a ellos siente uno un no sé qué sobrenatural.

A veces hasta querían que yo les explicase de dónde provenía ese sentimiento. Como no sabía me encogía de hombros y guardaba silencio. No pocas veces oí comentar esto.

Un día llegaron a mi casa dos sacerdotes y un caballero. En cuanto mi madre les abrió la puerta y les mandó sentarse, subí al desván a esconderme. Mi madre, después de haberlos recibido, los dejó solos para llamarme al patio donde acababa de dejarme. Al no encontrarme, pasó cierto tiempo en mi búsqueda. Mientras, los buenos señores iban comentando:

– Vamos a ver lo que nos dice ésta, –decía el caballero–. A mí me impresionó la inocencia y sinceridad de Jacinta y de su hermanito. Si ésta no los contradice, voy a creer.

– No sé lo que sentí junto a los dos pequeños. Parece que se siente allí algo sobrenatural –agregó uno de los sacerdotes–. A mí me hizo bien al alma hablar con ellos.

Mi madre no me encontró y los buenos señores tuvieron que resignarse a partir sin hablar conmigo. Mi madre les decía:

– A veces se va por allí a jugar con otras muchachas y no hay quien la encuentre.

– Lo sentimos mucho. Pues nos ha encantado mucho hablar con los dos pequeñitos y queríamos hablar también con la suya. Volveremos en otra ocasión.

Un domingo, mis amigas de Moita, Maria Rosa y Ana Caetano, y María y Ana Brogueira, después de la Misa fueron a pedir a mi madre, que me dejase pasar el día con ellas. Obtenido el permiso, me pedían que llevase conmigo a Jacinta y a Francisco. Obtenida la licencia de mi tía, fuimos a Moita.

Después de comer, Jacinta empezó a dar cabezadas con sueño. El señor José Alves mandó a una de sus sobrinas a que la acostase en su cama. Al poco tiempo se dormía profundamente. Comenzó a reunirse la gente del lugar a pasar la tarde con nosotros; y en el ansia de estar con ella, fueron a espiar para ver si ya estaba despierta. Quedaron admiradas al verla dormir un sueño tan profundo, con una sonrisa en los labios, con un aire angelical, las manos juntas, elevadas hacia el Cielo. El cuarto se llenó enseguida de curiosos. Todos querían verla. Y con dificultad salían unos

para dejar entrar a otros. La mujer del señor José Alves y las sobrinas decían:

– Esto debe ser un ángel.

Y dominadas por un cierto respeto, permanecieron de rodillas junto a la cama, hasta que yo, cerca de las cuatro y media la fui a llamar para irnos a rezar el Rosario a Cova de Iría e irnos después a casa. Las sobrinas del señor José Alves son las arriba apellidadas Caetano.

4. Francisco era diferente

Francisco era también, en este punto, un poco diferente: siempre sonriendo, amable y condescendiente, jugaba con todos los niños indistintamente. No regañaba a nadie. Sólo alguna vez se retiraba cuando veía que una cosa no estaba bien. Si se le preguntaba por qué se había ido, respondía:

– Porque vosotros no sois buenos.

O:

– Porque no quiero jugar más.

Durante su enfermedad, los niños entraban y salían en su cuarto con la mayor libertad, le hablaban desde la ventana de su habitación, le preguntaban si estaba mejor, etc. Si se le preguntaba si quería que algunos niños se quedasen con él para hacerle compañía, decía que no; que prefería estar solo.

– Sólo me gusta –decía a veces– que estés aquí tú, y además Jacinta.

Ante personas mayores que le visitaban, se mantenía en silencio y respondía al que le preguntaba en pocas palabras. Las personas que le visitaban tanto del pueblo como de fuera, se sentaban junto a su cama, a veces por largo rato y decían:

– No sé qué tiene Francisco, se siente uno a gusto aquí.

Algunas vecinas comentaban un día con mi tía y con mi madre, después de haber estado un buen rato con Francisco en su habitación:

– Es un misterio que no se explica. Son niños como los otros, no nos dicen nada, y junto a ellos se siente un no sé qué diferente de los demás.

– Parece que se siente al entrar en el cuarto de Francisco, lo que sentimos al entrar en la iglesia, –decía una mujer vecina de mi tía, que se llamaba Romana, y que manifestaba no creer en los hechos.

En ese grupo aún había tres más: una era la mujer de Manuel Faustino; otra, la de José Marto; y otra, la de José Silva.

No es de admirar que las personas experimentasen estos sentimientos, acostumbrados a encontrar en todos solamente la materialidad de la vida caduca y perecedera. Ahora, la sola vista de estos niños les eleva el pensamiento: a la Madre del Cielo, con la que se dice tienen relaciones; hacia la eternidad a donde les ven tan dispuestos a partir, tan alegres y felices; hacia Dios al cual dicen que aman más que a los propios padres, y también hacia el infierno a donde ellos les dicen que irán si continúan pecando. Físicamente, son niños como los otros. Pero si esa buena gente, tan acostumbrada sólo a lo material de la vida, supiese elevar un poco el espíritu, vería sin dicultad que en ellos había algo que los distinguía bastante.

Me viene ahora a la memoria otro hecho que tuvo relación con Francisco, y voy a contarlo.

Entró, un día en el cuarto de Francisco, una mujer de Casa Velha, llamada Mariana, que afligida porque su marido había echado a un hijo de casa, pedía la gracia de la reconciliación del hijo con el padre. Francisco le respondió:

– Quédese tranquila. Dentro de poco voy al Cielo, y en cuanto llegue pido esa gracia a Nuestra Señora.

No recuerdo bien los días que tardó aún en irse al Cielo; pero lo que recuerdo es que, en la tarde del día en que Francisco murió, el hijo pidió por segunda vez perdón al padre, ya que se lo había negado una vez, por no querer atenerse a las condiciones impuestas. Se sometió a todo lo que el padre le impuso y se restableció la paz en aquella casa.

Una hermana de este muchacho, de nombre Leocadia, se casó después con un hermano de Jacinta y de Francisco, y es la madre de aquella sobrina de Jacinta y Francisco que V. E. Rvma. hace tiempo vio entrar en Cova de Iría para hacerse religiosa dorotea.

EPÍLOGO

Me parece, Exmo. y Reverendísimo Señor Obispo, haber escrito todo lo que hasta ahora V. E. mandó. Hasta aquí hice cuanto pude para ocultar lo que las apariciones de Nuestra Señora en Cova de Iría tenían de más íntimo. Siempre que me vi obligada a hablar de ellas, procuré tocarlas por encima para no descubrir lo que tanto deseaba reservarme. Pero ahora que la obediencia a esto me obligó, ahí va.

Y yo quedo como el esqueleto, despojado de todo y hasta de la misma vida, puesto en el museo nacional para recordar a los visitantes la miseria y la nada de todo lo que pasa. Así despojada, quedaré en el museo del mundo recordando a los que pasan, no la miseria y la nada, sino la grandeza de la misericordia divina.

Que el buen Dios y el Inmaculado Corazón de María se dignen aceptar los pobres sacrificios que se han dignado pedirme, para avivar en las almas el espíritu de fe, de confianza y de amor.

Tuy, 8 de diciembre de 1941.

APÉNDICE PRIMERO

Introducción

El texto que sigue, es un documento escrito por Lucía, a fines del año 1927, por mandato de su director espiritual, el Rev P. Aparicio S.J. Poco después de haber tenido esta aparición, el día 10 de diciembre de 1925, en su celda, redactó un primer escrito, que luego fue destruido por la misma Hermana Lucía. Este documento constituye, pues, la segunda redacción, exactamente igual a la primera. Solamente le añadió el párrafo introductorio, referente a la fecha 17 de diciembre de 1927; porque, en él, explica Lucía cómo recibió permiso del Cielo para descubrir parte del secreto.

A este documento le llamamos: « Texto de la gran Promesa del Corazón de María», porque, efectivamente es la expresión de una gratuita y misericordiosa Voluntad divina, de darnos un medio de salvación fácil y seguro, puesto que se apoya en la tradición católica más sana, sobre la eficacia salvadora de la intercesión Mariana.

En este documento, pueden leerse las condiciones necesarias para realizar los Cinco Primeros Sábados de mes en reparación de las injurias hechas al Corazón de María; y no puede olvidarse jamás su intención más profunda: la reparación al Corazón de María.

TEXTO DE LA GRAN PROMESA DEL CORAZÓN DE MARÍA, EN LA APARICIÓN DE PONTEVEDRA

J. M. J.

El día 17 de diciembre de 1927, fue junto al Sagrario a preguntar a Jesús cómo satisfaría la petición que se le hizo, si el origen de la devoción al Inmaculado Corazón de María estaba encerrado en el secreto que la Stma. Virgen le había confiado.

Jesús, con voz clara, le hizo oír estas palabras:

– Hija mía, escribe lo que te piden; y todo lo que reveló la Santísima Virgen en la aparición en que habló de esta devoción escríbelo también. En cuanto al resto del secreto, sigue guardando silencio.

Lo que en 1917 fue confiado a este respecto, es lo siguiente: ella pidió que los llevase al cielo. La Santísima Virgen respondió:

– Sí; a Jacinta y a Francisco los llevaré pronto, pero tú te quedas aquí algún tiempo más. Jesús quiere servirse de ti para hacerme conocer y amar. El quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón; a quien la abrace, prometo la salvación, y serán queridas de Dios estas almas como flores puestas por mí para adornar su trono.

– ¿Me quedo aquí sola? – dijo con pena.

– No, hija. Yo nunca te dejaré. Mi Inmaculado Corazón será tu refugio y el camino que te conducirá hasta Dios.

El día 10 de diciembre de 1925, se le apareció la Santísima Virgen y al lado, suspenso en una nube luminosa, un Niño. La Santísima Virgen, poniéndole una mano en el hombro, le mostró al mismo tiempo un Corazón que tenía en la otra mano, cercado de espinas.

Al mismo tiempo dijo el Niño:

– Ten compasión del Corazón de tu Santísima Madre que está cubierto de espinas que los hombres ingratos continuamente le clavan, sin haber quien haga un acto de reparación para arrancárselas.

En seguida dijo la Santísima Virgen:

– Mira, hija mía, mi Corazón, cercado de espinas que los hombres ingratos me clavan continuamente con blasfemias e ingratitudes. Tú, al menos, procura consolarme y di que todos aquellos que durante cinco meses, en el Primer Sábado se confiesen, reciban la Sagrada Comunión, recen el Rosario y me hagan 15 minutos de compañía, meditando en los 15 misterios del Rosario, con el fin de desagraviarme, yo prometo asistirles en la hora de la muerte con todas las gracias necesarias para la salvación de sus almas.

El día 15 de Febrero de 1926, se le apareció de nuevo el Niño Jesús. Le preguntó si ya había difundido la devoción a su Santísima Madre. Ella le expuso las dificultades que tenía el confesor, y que la Madre Superiora estaba dispuesta a propagarla; pero que el confesor había dicho que ella sola nada podía. Jesús respondió:

– Es verdad que tu Superiora sola nada puede; pero con mi gracia lo puede todo.

Presentó a Jesús las dificultades que tenían algunas almas de confesarse en sábado y pidió que fuese válida la confesión de ocho días. Jesús respondió:

– Sí, puede ser de muchos días más todavía, con tal que, cuando me reciban, estén en gracia y tengan la intención de desagraviar al Inmaculado Corazón de María.

Ella preguntó:

– Jesús mío, ¿y las que olviden tener esta intención?

Jesús respondió:

– Pueden hacerla en otra confesión siguiente, aprovechando la primera ocasión que tuvieran de confesarse.

Algunos días más tarde, la Hermana Lucía escribía una redacción, que fue enviada a Mons. Manuel Pereira Lopes, más tarde Vicario General de la Diócesis de Porto, y que había sido confesor de Lucía, durante su permanencia en el Asilo de Vilar, en la ciudad de Porto. Este documento inédito fue publicado por Mons. Martins dos Reis en el libro: 'Uma Vida ao serviço de Fátima', pp.336-357. Hele aquí:

En el día 15 (febrero de 1926), andaba yo muy ocupada con mis oficios y ya no me acordaba de aquello casi nada; y, yendo a arrojar un cubo de basura fuera de la propiedad, donde algunos meses atrás había encontrado a un niño; le pregunté si sabía el Avemaría, respondiéndome que sí; le mandé que la dijese para oírla yo; mas, como no se resolvía a decirla solo, la dije yo con él tres veces; y, al fin de las tres Avemarías, le pedí que la dijese solo; pero, como él se calló parecía que no era capaz de decirla solo; le pregunté si sabía cuál era la Iglesia de Santa María; me respondió que sí; le dije que fuese allí todos los días y que dijese así: "Oh Madre mía del Cielo, dadme a vuestro Niño Jesús". Le enseñé esto y entré en casa.

En ese día, pues, del 15-2-1926, volviendo yo allí como de costumbre, encontré un niño que me pareció ser el mismo; y le pregunté entonces:

– ¿Has pedido el Niño Jesús a la Madre del Cielo?

El niño se vuelve hacia mí, y dice:

– ¿Y tú has propagado por el mundo aquello que la Madre del Cielo te pedía?

Diciendo esto, se transforma en un Niño resplandeciente; conociendo entonces que era Jesús, dije:

– Jesús mío, Vos sabéis bien lo que mi confesor me dijo en la carta que os leí; me decía que era necesario que aquella visión se repitiese; que hubiese hechos para que fuese creíble; y que la Madre Superiora sola, para propagar ese hecho, nada podía.

– Es verdad que la Madre Superiora sola nada puede, pero con mi gracia lo puede todo; y basta que tu confesor te dé licencia, y que tu Superiora lo diga, para que sea creído; aún sin saberse a quién fue revelado.

– Pero, mi confesor decía en la carta que esta devoción no hacía falta en el mundo, porque ya había muchas almas que Os recibían en los Primeros Sábados en honra de Nuestra Señora y de los quince misterios del Rosario.

– Es cierto, hija mía, que muchas almas los comienzan, pero pocas los acaban; y las que los terminan, es con el fin de recibir las gracias que a eso están prometidas; pero me agradan más las que hagan los cinco Primeros Sábados con fervor y con el fin de desagraviar el Corazón de tu Madre del Cielo, que aquellas que hagan los quince tibios e indiferentes.

APÉNDICE SEGUNDO

Introducción

El texto que sigue, no es un documento que tomemos manuscrito por la Hermana Lucía. Pero tiene todas las garantías de autenticidad, ya que es su mismo director espiritual, el P. José Bernardo Gonçalves, S.J., quien lo transcribió directa y literalmente de sus apuntes. La visión, a que se refiere el texto, la tiene la Hermana Lucía, el día 13 de junio de 1929, en la capilla de la casa de Tuy (España).

El texto narra primero la visión de la Santísima Trinidad, a la que acompaña la presencia de la Virgen María, en la forma como se había aparecido, mostrando su Corazón, en las apariciones de junio y julio de 1917. La promesa, entonces hecha, se hace ahora realidad. Y la Hermana Lucía oye cómo la Virgen María pide la consagración de Rusia a su Corazón en unas circunstancias bien detalladas.

Vino algunas veces a nuestra capilla, para confesar, el Padre Gonçalves. Me confesé con su Rvcia. y, como me entendía bien, continué por espacio de tres años que estuvo aquí de secretario del P. Provincial.

Fue en esta época cuando Nuestra Señora me avisó de que había llegado el momento en que quería que participase a la Iglesia su deseo de la consagración de Rusia, y su promesa de convertirla. La comunicación fue así:

13 de Junio de 1929. – Había pedido y obtenido licencia de mis superioras y del confesor, de hacer la Hora Santa de once a media noche, de los jueves a los viernes. Estando una noche sola, me arrodillé entre la balaustrada, en medio de la capilla, postrada, para rezar las oraciones del Ángel. Sintiéndome cansada, me incorporé y continué rezando con los brazos en cruz. La única luz era la de la lámpara.

De repente se iluminó toda la capilla, con una luz sobrenatural y sobre el altar apareció una cruz de luz, que llegaba hasta el techo. En una luz más clara se veía, en la parte superior de la cruz, un rostro de hombre con el cuerpo hasta la cintura; sobre el pecho una paloma también de luz y, clavado en la cruz, el cuerpo de otro hombre. Un poco por debajo de la cintura, suspendido en el aire se veía un Cáliz y una Hostia grande sobre la cual caían unas gotas de Sangre que corrían a lo largo del rostro del Crucíficado y de una herida en el pecho. Escurriendo por la Hostia, estas gotas caían dentro del Cáliz. Bajo el brazo derecho de la cruz estaba Nuestra Señora: («era Nuestra Señora de Fátima, con su Inmaculado Corazón... en la mano izquierda..., sin espada ni rosas, pero con una corona de espinas y llamas...”). Bajo el brazo izquierdo, unas letras grandes, como si fuesen de agua cristalina, que corrían hacia el altar, formaban estas palabras: “Gracia y Misericordia”.

Comprendí que me era mostrado el misterio de la Santísima Trinidad y recibí luces sobre este misterio que no me es permitido revelar.

Después Nuestra Señora me dijo:

– Ha llegado el momento en que Dios pide al Santo Padre que haga, en unión con todos los Obispos del mundo, la consagración

de Rusia a mi Inmaculado Corazón; prometiendo salvarla por este medio. Son tantas las almas que la justicia de Dios condena por pecados cometidos contra Mí, que vengo a pedir reparación; sacrifícate por esta intención y reza.

Di cuenta de esto al confesor que me mandó escribir lo que Nuestra Señora quería se hiciese.

Más tarde por medio de una comunicación íntima, Nuestra Señora me dijo, quejándose:

– No han querido atender mi petición... Al igual que el rey de Francia* se arrepentirán, y la harán, pero ya será tarde. Rusia habrá esparcido ya sus errores por todo el mundo, provocando guerras, persecuciones a la Iglesia: el Santo Padre tendrá que sufrir mucho**.**

**En 1689, un año antes de su muerte, Santa Margarita María intentó, con varios medios e iniciativas, hacer llegar al 'Rey Sol', Luis XIV de Francia, un mensaje del Sagrado Corazón de Jesús, con cuatro peticiones: grabar el Sagrado Corazón de Jesús en las banderas reales; construir un templo en Su honor, donde debía recibir homenaje de la Corte; el Rey debía consagrarse al Sagrado Corazón; y debería servirse de su autoridad ante la Santa Sede para obtener una misa en honor del Sagrado Corazón de Jesús.*

Sin embargo, nada se consiguió. Incluso parece que este mensaje no llegó al conocimiento del Rey.

Sólo un siglo más tarde la familia real respondería, en la medida de lo posible, a este mensaje. Luis XVI, en 1792, concibe la idea de consagrarse al Corazón de Jesús, pero esto lo realiza ya en la prisión del Templo, prometiendo cumplir todos los pedidos comunicados por Santa Margarita María, después de su liberación.

Era ya demasiado tarde para la Providencia Divina: Luis XVI fue decapitado el 21 de enero de 1793.

APÉNDICE TERCERO

La parte del 'Secreto' de Fátima más bien guardada, fue dada a conocer el 26 de junio de 2000, acompañada con un adecuado comentario de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Con esta divulgación el Mensaje de Fátima alcanza una actualidad y un valor extraordinario. Transcribimos aquí, en toda su integridad, el texto del referido documento.

EL MENSAJE DE FÁTIMA

PRESENTACIÓN

En el tránsito del segundo al tercer milenio, Juan Pablo II ha decidido hacer público el texto de la tercera parte del «secreto de Fátima».

Tras los dramáticos y crueles acontecimientos del siglo XX, uno de los más cruciales en la historia del hombre, culminado con el cruento atentado al «dulce Cristo en la Tierra», se abre así un velo sobre una realidad, que hace historia y la interpreta en profundidad, según una dimensión espiritual a la que la mentalidad actual, frecuentemente impregnada de racionalismo, es refractaria.

Apariciones y signos sobrenaturales salpican la historia, entran en el vivo de los acontecimientos humanos y acompañan el camino del mundo, sorprendiendo a creyentes y no creyentes. Estas manifestaciones, que no pueden contradecir el contenido de la fe, deben confluir hacia el objeto central del anuncio de Cristo: el amor del Padre que suscita en los hombres la conversión y da la gracia para abandonarse a Él con devoción filial. Éste es también el mensaje de Fátima que, con un angustioso llamamiento a la conversión y a la penitencia, impulsa en realidad hacia el corazón del Evangelio.

Fátima es sin duda la más profética de las apariciones modernas. La primera y la segunda parte del «secreto» –que se publican por este orden por integridad de la documentación– se refieren sobre todo a la aterradora visión del infierno, la devoción al Corazón Inmaculado de María, la segunda guerra mundial y la previsión de los daños ingentes que Rusia, en su defección de la fe cristiana y en la adhesión al totalitarismo comunista, provocaría a la humanidad.

Nadie en 1917 podía haber imaginado todo esto: los tres *pastorinhos* de Fátima ven, escuchan, memorizan, y Lucía, la testigo que ha sobrevivido, lo pone por escrito en el momento en que recibe la orden del Obispo de Leiría y el permiso de Nuestra Señora.

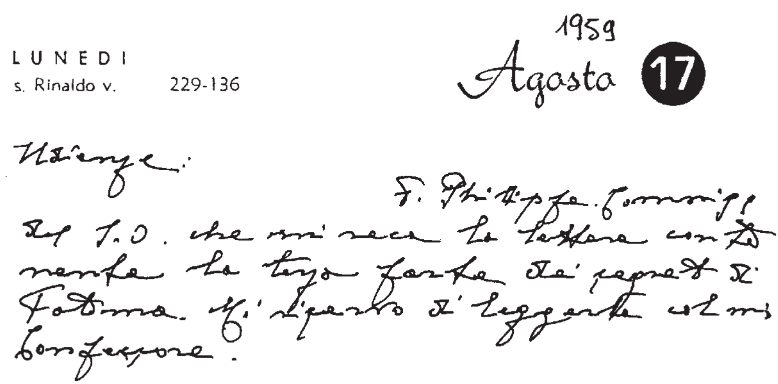
Por lo que se refiere la descripción de las dos primeras partes del «secreto», por lo demás ya publicado y por tanto conocido, se ha elegido el texto escrito por Sor Lucía en la tercera memoria del 31 de agosto de 1941; después añade alguna anotación en la cuarta memoria del 8 de diciembre de 1941.

La tercera parte del «secreto» fue escrita «por orden de Su Excelencia el Obispo de Leiría y de la Santísima Madre....» el 3 de enero de 1944.

Existe un único manuscrito, que se aquí se reproduce en facsímile. El sobre lacrado estuvo guardado primero por el Obispo de Leiria. Para tutelar mejor el «secreto», el 4 de abril de 1957 el sobre fue entregado al Archivo Secreto del Santo Oficio. Sor Lucía fue informada de ello por el Obispo de Leiría.

Según los apuntes del Archivo, el 17 de agosto de 1959, el Comisario del Santo Oficio, Padre Pierre Paul Philippe, O.P., de acuerdo con el Emmo. Card. Alfredo Ottaviani, llevó el sobre que contenía la tercera parte del «secreto de Fátima» a Juan XXIII. Su Santidad, «después de algunos titubeos», dijo: «Esperemos. Rezaré. Le haré saber lo que decida». [1]

(1) Del diario de Juan XXIII, 17 agosto 1959: «Audiencias: P. Philippe, Comisario del S.O. que me trae la carta que contiene la tercera parte de los secretos de Fátima. Me reservo leerla con mi Confesor».


LUNEDI
s. Rinaldo v. 229-136
1959
Agosto 17

Udienze:
P. Philippe Commiss. del S.O. che mi reca la lettera contenente la terza parte dei segreti di Fatima. Mi riservo di leggerla col mio Confessore.

En realidad, el Papa Juan XXIII decidió devolver el sobre lacrado al Santo Oficio y no revelar la tercera parte del «secreto».

Pablo VI leyó el contenido con el Sustituto, S. E. Mons. Angelo Dell'Acqua, el 27 de marzo de 1965 y devolvió el sobre al Archivo del Santo Oficio, con la decisión de no publicar el texto.

Juan Pablo II, por su parte, pidió el sobre con la tercera parte del «secreto» después del atentado del 13 de mayo de 1981. S.E. Card. Franjo Seper, Prefecto de la Congregación, entregó el 18 de julio de 1981 a S. E. Mons. Martínez Somalo, Sustituto de la Secretaría de Estado, dos sobres: uno blanco, con el texto original de Sor Lucía en portugués, y otro de color naranja con la traducción del «secreto» en italiano. El 11 de agosto siguiente, Mons. Martínez devolvió los dos sobres al Archivo del Santo Oficio. [2]

Como es sabido, el Papa Juan Pablo II pensó inmediatamente en la consagración del mundo al Corazón Inmaculado de María y compuso él mismo una oración para lo que definió «Acto de consagración», que se celebraría en la Basílica de Santa María la Mayor el 7 de junio de 1981, solemnidad de Pentecostés, día elegido para recordar el 1600° aniversario del primer Concilio Constantinopolitano y el 1550° aniversario del Concilio de Éfeso. Estando ausente el Papa por fuerza mayor, se transmitió su alocución grabada. Citamos el texto que se refiere exactamente al **acto de consagración:**

«Madre de los hombres y de los pueblos, Tú conoces todos sus sufrimientos y sus esperanzas, Tú sientes maternalmente todas las luchas entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas que sacuden al mundo, acoge nuestro grito dirigido en el Espíritu Santo directamente a tu Corazón y *abraza con el amor de la Madre y de la Esclava del Señor a los que más esperan este abrazo*, y, **al mismo tiempo, a aquellos cuya entrega Tú esperas de modo especial**. Toma bajo tu protección materna a toda la familia humana a la que, con todo afecto a ti, Madre, confiamos. Que se acerque para todos el tiempo de la paz y de la libertad, el tiempo de la verdad, de la justicia y de la esperanza». [3]

([2]) Se puede recordar el comentario que hizo el Santo Padre en la Audiencia General del 14 de octubre de 1981 sobre «evento del 13 de mayo»: «la gran prueba divina», en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, IV, 2, Città del Vaticano 1981, 409-412.

([3]) Radiomensaje durante el Rito en la Basílica de Santa María la Mayor. Veneración, acción de gracias, consagración a la Virgen María Theotokos, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, IV, 1, Città del Vaticano 1981, 1246.

Pero el Santo Padre, para responder más plenamente a las peticiones de «Nuestra Señora», quiso explicitar durante el Año Santo de la Redención el acto de consagración del 7 de junio de 1981, repetido en Fátima el 13 de mayo de 1982. Al recordar el *fiat* pronunciado por María en el momento de la Anunciación, en la plaza de San Pedro el 25 de marzo de 1984, en unión espiritual con todos los Obispos del mundo, precedentemente «convocados», el Papa consagra a todos los hombres y pueblos al Corazón Inmaculado de María, en un tono que evoca las angustiadas palabras pronunciadas en 1981.

«Y por eso, *oh Madre de los hombres y de los pueblos,* Tú que conoces todos sus sufrimientos y esperanzas, tú que sientes maternalmente todas las luchas entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas que invaden el mundo contemporáneo, acoge nuestro grito que, movidos por el Espíritu Santo, elevamos directamente a tu corazón: *abraza con amor de Madre* y de Sierva del Señor a este mundo humano nuestro, que te confiamos y consagramos, llenos de inquietud por la suerte terrena y eterna de los hombres y de los pueblos.

De modo especial confiamos y consagramos a aquellos hombres y *aquellas naciones*, que tienen necesidad particular de esta entrega y de esta consagración.

¡"Nos acogemos a tu protección, Santa Madre de Dios"! *¡No deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades!».*

Acto seguido, el Papa continúa con mayor fuerza y con referencias más concretas, comentando casi el triste cumplimiento del Mensaje de Fátima:

«He aquí que, encontrándonos hoy ante ti, Madre de Cristo, ante tu Corazón Inmaculado, deseamos, junto con toda la Iglesia, unirnos a la consagración que, por amor nuestro, tu Hijo hizo de sí mismo al Padre cuando dijo: "Yo por ellos me santifico, para que ellos sean santificados en la verdad" (*Jn* 17, 19). Queremos unirnos a nuestro Redentor en esta consagración por el mundo y por los hombres, la cual, en su Corazón divino tiene el poder de conseguir el perdón y de procurar la reparación.

El poder de esta consagración dura por siempre, abarca a todos los hombres, pueblos y naciones, y supera todo el mal que el espíritu de las tinieblas es capaz de sembrar en el corazón del hombre y en su historia; y que, de hecho, ha sembrado en nuestro tiempo.

¡Oh, cuán profundamente sentimos la necesidad de consagración para la humanidad y para el mundo: para nuestro mundo contemporáneo, en unión con Cristo mismo! En efecto, la obra redentora de Cristo debe ser *participada por el mundo a través de la Iglesia.*

Lo manifiesta el presente Año de la Redención, el Jubileo extraordinario de toda la Iglesia.

En este Año Santo, bendita seas *por encima de todas las creaturas, tú,* Sierva del Señor, que de la manera más plena obedeciste a la llamada divina.

Te saludamos a ti, que *estás totalmente unida* a la consagración redentora de tu Hijo.

Madre de la Iglesia: ilumina al Pueblo de Dios en los caminos de la fe, de la esperanza y de la caridad. Ilumina especialmente a los pueblos de los que tú esperas nuestra consagración y nuestro ofrecimiento. Ayúdanos a vivir en la verdad de la consagración de Cristo por toda la familia humana del mundo actual.

Al encomendarte, oh Madre, el mundo, todos los hombres y pueblos, te *confiamos* también *la misma consagración del mundo*, poniéndola en tu corazón maternal.

¡Corazón Inmaculado! Ayúdanos a vencer la amenaza del mal, que tan fácilmente se arraiga en los corazones de los hombres de hoy y que con sus efectos inconmensurables pesa ya sobre la vida presente y da la impresión de cerrar el camino hacia el futuro.

¡Del hambre y de la guerra, *líbranos!*

¡De la guerra nuclear, de una autodestrucción incalculable y de todo tipo de guerra, *líbranos!*

¡De los pecados contra la vida del hombre desde su primer instante, *líbranos!*

¡Del odio y del envilecimiento de la dignidad de los hijos de Dios, *líbranos!*

¡De toda clase de injusticias en la vida social, nacional e internacional, *líbranos!*

¡De la facilidad de pisotear los mandamientos de Dios, *líbranos!*

¡De la tentativa de ofuscar en los corazones humanos la verdad misma de Dios, *líbranos!*

¡Del extravío de la conciencia del bien y del mal, *líbranos!*

¡De los pecados contra el Espíritu Santo, *líbranos!*, *¡líbranos!*

Acoge, oh Madre de Cristo, este grito *lleno de sufrimiento* de todos los hombres. *Lleno del sufrimiento* de sociedades enteras.

Ayúdanos con el poder del Espíritu Santo a vencer todo pecado, el pecado del hombre y el «pecado del mundo», el pecado en todas sus manifestaciones.

Aparezca, una vez más, en la historia del mundo el infinito poder salvador de la Redención: poder del Amor misericordioso. Que éste detenga el mal. Que transforme las conciencias. Que en tu Corazón Inmaculado se abra a todos la *luz de la Esperanza».* [4]

Sor Lucía confirmó personalmente que este acto solemne y universal de consagración correspondía a los deseos de Nuestra Señora (*«Sim, está feita, tal como Nossa Senhora a pediu, desde o dia 25 de Março de 1984»*: «Sí, desde el 25 de marzo de 1984, ha sido hecha tal como Nuestra Señora había pedido»: carta del 8 de noviembre de 1989). Por tanto, toda discusión, así como cualquier otra petición ulterior, carecen de fundamento.

En la documentación que se ofrece, a los manuscritos de Sor Lucía se añaden otros cuatro textos: 1) la carta del Santo Padre a Sor Lucía, del 19 de abril del 2000; 2) una descripción del coloquio tenido con Sor Lucía el 27 de abril del 2000; 3) la comunicación leída por encargo del Santo Padre en Fátima el 13 de mayo actual por el Cardenal Angelo Sodano, Secretario de Estado; 4) el comentario teológico de Su Eminencia el Card. Joseph Ratzinger, Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

Una indicación para la interpretación de la tercera parte del «secreto» la había ya insinuado Sor Lucía en una carta al Santo Padre del 12 de mayo de 1982. En ella se dice:

«La tercera parte del secreto se refiere a las palabras de Nuestra Señora: "Si no [Rusia] diseminará sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados, el Santo Padre sufrirá mucho, varias naciones serán destruidas" (13-VII-1917).

La tercera parte es una revelación simbólica, que se refiere a esta parte del Mensaje, condicionado al hecho de que aceptemos

(4) En la Jornada Jubilar de las Familias, el Papa consagra a los hombres y las naciones a la Virgen, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, VII, 1, Città del Vaticano 1984, 775-777.

o no lo que el mismo Mensaje pide: "si aceptaren mis peticiones, la Rusia se convertirá y tendrán paz; si no, diseminará sus errores por el mundo, etc.".

Desde el momento en que no hemos tenido en cuenta este llamamiento del Mensaje, constatamos que se ha cumplido, Rusia ha invadido el mundo con sus errores. Y, aunque no constatamos aún la consumación completa del final de esta profecía, vemos que nos encaminamos poco a poco hacia ella a grandes pasos. Si no renunciamos al camino del pecado, del odio, de la venganza, de la injusticia violando los derechos de la persona humana, de inmoralidad y de violencia, etc.

Y no digamos que de este modo es Dios que nos castiga; al contrario, son los hombres que por sí mismos se preparan el castigo. Dios nos advierte con premura y nos llama al buen camino, respetando la libertad que nos ha dado; por eso los hombres son responsables». [5]

(5) A terceira parte do segredo: — Refere-se às palavras de Nossa Senhora: «Se não, espalhará seus erros pelo mundo, promovendo guerras e perseguições à Igreja. Os bons serão martirizados, o Santo Padre terá muito que sofrer, várias nações serão aniquiladas." (13-VII-1917)

A terceira parte do segredo, que tanto ansiais por conhecer, é uma revelação simbólica, que se refere a este trecho da Mensagem, condicionado a se, sim ou não, nós aceitarmos ou não, o que a Mensagem nos pede: "Se atenderem a Meus pedidos, a Russia se converterá e terão paz; se não, espalhará seus erros pelo mundo" etc.

Porque não temos atendido a este apelo da Mensagem, verificamos que ela se tem cumprido, a Russia foi invadindo o mundo com os seus erros. E se não vemos ainda, o facto consumado, do final desta profecia, vemos que para aí caminhamos a passos largos. Se não recuamos no caminho do pecado do ódio, da vingança, da injustiça atropelando os direitos da pessoa humana, da imoralidade e da violência etc.

E não digamos que é Deus, que assim nos castiga, mas sim, que são os homens, que para si mesmos se preparam o castigo. Deus, apenas nos adverte e chama ao bom caminho, respeitando a liberdade que nos deu; por isso, os homens são responsaveis.

La decisión del Santo Padre Juan Pablo II de hacer pública la tercera parte del « secreto » de Fátima cierra una página de historia, marcada por la trágica voluntad humana de poder y de iniquidad, pero impregnada del amor misericordioso de Dios y de la atenta premura de la Madre de Jesús y de la Iglesia.

La acción de Dios, Señor de la Historia, y la corresponsabilidad del hombre en su dramática y fecunda libertad, son los dos goznes sobre los que se construye la historia de la humanidad.

La Virgen que se apareció en Fátima nos llama la atención sobre estos dos valores olvidados, sobre este porvenir del hombre en Dios, del que somos parte activa y responsable.

Tarcisio Bertone, SDB
Arzobispo emérito de Vercelli
Secretario de la Congregación
para la Doctrina de la Fe

EL «SECRETO» DE FATIMA

Primera y segunda parte del «secreto» en la redacción hecha por Sor Lucía en la «Tercera Memoria» del 31 de agosto de 1941, destinada al Obispo de Leiría-Fátima

(texto original)

Terei para isso que falar algo do segredo e responder ao primeiro ponto de interrogação.

O que é o segredo?

Parece-me que o posso dizer, pois que do Céu tenho já a licença. Os representantes de Deus na terra, têm-me autorizado a isso várias vezes, e em várias cartas, uma das quais, julgo que conserva V. Ex.cia Rev.ma do Senhor Padre José Bernardo Gonçalves, na em que me manda escrever ao Santo Padre. Um dos pontos que me indica é a revelação do segredo. Algo disse, mas para não alongar mais êsse escrito que devia ser breve, limitei-me ao indispensável, deixando a Deus a oportunidade d'um momento mais favorável.

Expus já no segundo escrito a dúvida que de 13 de junho a 13 de julho me atormentou e que n'essa aparição tudo se desvaneceu.

Bem, o segredo consta de três coisas distintas, duas das quais vou revelar.

A primeira foi pois a vista do inferno!

Nossa Senhora mostrou-nos um grande mar de fôgo que parecia estar debaixo da terra. Mergulhados em êsse fôgo os demónios e as almas, como se fossem brasas transparentes e negras, ou bronzeadas com forma humana, que flutuavam no incêndio levadas pelas chamas que d'elas mesmas saiam juntamente com nuvens de fumo, caindo para todos os lados, semelhante ao cair das faúlhas em os grandes incêndios sem peso nem equilíbrio, entre gritos e gemidos de dôr e

desespero que horrorizava e fazia estremecer de pavor. Os demonios distinguiam-se por formas horriveis e ascrosas de animais espantosos e desconhecidos, mas transparentes e negros. Esta vista foi um momento, e graças à nossa bôa Mãi do Céu; que antes nos tinha prevenido com a promeça de nos levar para o Céu. (na primeira aparição) se assim não fosse, creio que teriamos morrido de susto e pavor. Em seguida levantamos os olhos para Nossa Senhora que nos disse com bondade e tristeza. Vistes o inferno para onde vão as almas dos pobres pecadores, para as salvar Deus quere estabelecer no mundo a devoção a meu Imaculado Coração. se fizerem o que eu vos disser salvar-se-ão muitas almas e terão paz. A guerra vai acabar, mas se não deixarem de ofender a Deus, no reinado de Pio XI começará outra pior. Quando virdes uma noite, alumiada por uma luz desconhecida, sabei que, é o grande sinal que Deus vos dá de que vai a punir o mundo de seus crimes, por meio da guerra, da fome, e de perseguições à Igreja e ao Santo Padre. Para a impedir virei pedir a consagração da Russia a meu Imaculado Coração e a Comunhão reparadora nos primeiros sabados. Se atenderem a meus pedidos a Russia se converterá e terão paz, se não espalhará seus erros pelo mundo, promovendo guerras e perseguições à Igreja, os bons serão martirizados, o Santo Padre terá muito que sofrer, varias nações serão aniquiladas, por fim o meu Imaculado Coração triunfará. O Santo Padre consagrar-me-á a Russia que se converterá e será concedido ao mundo algum tempo de paz.

(Traducción) [6]

Tendré que hablar algo del secreto, y responder al primer punto interrogativo.

¿Qué es el secreto? Me parece que lo puedo decir, pues ya tengo licencia del Cielo. Los representantes de Dios en la tierra me han autorizado a ello varias veces y en varias cartas; juzgo que V. Excia. Rvma. conserva una de ellas, del R. P. José Bernardo Gonçalves, aquella en que me manda escribir al Santo Padre. Uno de los puntos que me indica es la revelación del secreto. Sí, ya dije algo; pero, para no alargar más ese escrito que debía ser breve, me limité a lo indispensable, dejando a Dios la oportunidad de un momento más favorable.

Pues bien; ya expuse en el segundo escrito, la duda que, desde el 13 de junio al 13 de julio, me atormentó; y cómo en esta aparición todo se desvaneció.

Ahora bien, el secreto consta de tres partes distintas, de las cuales voy a revelar dos.

La primera fue, pues, la visión del infierno.

Nuestra Señora nos mostró un gran mar de fuego que parecía estar debajo de la tierra. Sumergidos en ese fuego, los demonios y las almas, como si fuesen brasas transparentes y negras o bron-

([6]) En la «cuarta memoria», del 8 de diciembre de 1941, Sor Lucía escribe: «Comienzo, pues, mi nuevo trabajo y cumpliré las órdenes de V. E. Rvma. y los deseos del sr. Dr. Galamba. Exceptuando la parte del secreto que, por ahora, no me es permitido revelar, diré todo. Advertidamente no dejaré nada. Supongo que se me podrán quedar en el tintero sólo unos pocos detalles de mínima importancia».

Começo pois a minha nova tarefa, e cumprirei as ordens de V. Exc.ia Rev.ma e os desejos do Senhor Dr. Galamba. Excetuando a parte do segredo que por agora não me é permitido revelar, direi tudo, advertidamente não deixarei nada. Suponho que poderam esquecer-me apenas alguns pequenos detalhes de minima importancia.

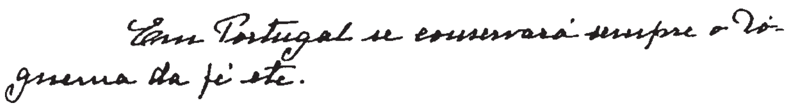
ceadas, con forma humana que fluctuaban en el incendio, llevadas por las llamas que de ellas mismas salían, juntamente con nubes de humo que caían hacia todos los lados, parecidas al caer de las pavesas en los grandes incendios, sin equilibrio ni peso, entre gritos de dolor y gemidos de desesperación que horrorizaba y hacía estremecer de pavor. Los demonios se distinguían por sus formas horribles y asquerosas de animales espantosos y desconocidos, pero transparentes y negros.

Esta visión fue durante un momento, y ¡gracias a nuestra Buena Madre del Cielo, que antes nos había prevenido con la promesa de llevarnos al Cielo! (en la primera aparición). De no haber sido así, creo que hubiésemos muerto de susto y pavor.

Inmediatamente levantamos los ojos hacia Nuestra Señora que nos dijo con bondad y tristeza:

– Visteis el infierno a donde van las almas de los pobres pecadores; para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si se hace lo que os voy a decir, se salvarán muchas almas y tendrán paz. La guerra pronto terminará. Pero si no dejaren de ofender a Dios, en el pontificado de Pío XI comenzará otra peor. Cuando veáis una noche iluminada por una luz desconocida, sabed que es la gran señal que Dios os da de que va a castigar al mundo por sus crímenes, por medio de la guerra, del hambre y de las persecuciones a la Iglesia y al Santo Padre. Para impedirla, vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la Comunión reparadora de los Primeros Sábados. Si se atienden mis deseos, Rusia se convertirá y habrá paz; si no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados y el Santo Padre tendrá mucho que sufrir; varias naciones serán aniquiladas. Por fin mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre me consagrará a Rusia, que se convertirá, y será concedido al mundo algún tiempo de paz.[7]

([7]) En la citada «cuarta memoria», Sor Lucía añade: «En Portugal se conservará siempre el dogma de la fe, etc...».


Em Portugal se conservará sempre o Dógma da fé etc.

TERCERA PARTE DEL «SECRETO»

(texto original)

J. M. J.

A terceira parte do segredo
revelado a 13 de julho de 1917
na Cova de Iria - Fátima.

Escrevo em acto de obediên-
cia a Vós Deus meu, que mo
mandais por meio de sua
Ex.cia Rev.ma o Senhor Bispo
de Leiria e da Vossa e mi-
nha Santíssima Mãe.

Depois das duas partes
que já expus, vimos ao lado
esquerdo de Nossa Senhora

um pouco mais alto um
Anjo com uma espada de
fôgo em a mão esquerda; ao
cintilar, despedia chamas que
parecia iam encendiar o
mundo; mas apagavam-se
com o contacto do brilho que
da mão direita expedia Nossa
Senhora ao seu encontro: O
Anjo apontando com a mão
direita para a terra, com vós
fôrte disse: Penitência, Penitên-
cia, Penitência! E vimos
n'uma luz emensa que é
Deus: "algo semelhante a como
se vem as pessoas n'um espelho

quando lhe passam por diante"
um Bispo vestido de Branco
"tivemos o pressentimento de
que era o Santo Padre". Vários
outros Bispos, Sacerdotes, religio-
sos e religiosas subir uma
escabrosa montanha, no cimo
da qual estava uma grande
cruz de troncos toscos como se
fôra de sobreiro com a casca;
o Santo Padre, antes de chegar
aí, atravessou uma grande
cidade meia em ruínas e meio
trémulo com andar vacilante,
acabrunhado de dôr e pena,
ia orando pelas almas dos cadá-

veres que encontrava pelo
caminho; chegado ao cimo do
monte, prostrado de joelhos
aos pés da grande Cruz foi morto
por um grupo de soldados que
lhe dispararam varios tiros e
setas, e assim mesmo foram
morrendo uns trás outros os
Bispos Sacerdotes, religiosos e
religiosas e varias pessoas secula-
res, cavalheiros e senhoras de varias
classes e posições. Sob os dois bra-
ços da Cruz estavam dois Anjos
cada um com um regador
de cristal em a mão, n'êles reco-
lhiam o sangue dos Martires e com
êle regavam às almas que se aproxi-
mavam de Deus. Tuy-3-1-1944

(Traducción)[8]

« J.M.J.

Tercera parte del secreto revelado el 13 de julio de 1917 en la Cueva de Iria-Fátima.

Escribo en obediencia a Vos, Dios mío, que lo ordenáis por medio de Su Excelencia Reverendísima el Señor Obispo de Leiría y de la Santísima Madre vuestra y mía.

Después de las dos partes que ya he expuesto, hemos visto al lado izquierdo de Nuestra Señora un poco más en lo alto a un Ángel con una espada de fuego en la mano izquierda; centelleando emitía llamas que parecía iban a incendiar el mundo; pero se apagaban al contacto con el esplendor que Nuestra Señora irradiaba con su mano derecha dirigida hacia él; el Ángel señalando la tierra con su mano derecha, dijo con fuerte voz: ¡Penitencia, Penitencia, Penitencia! Y vimos en una inmensa luz qué es Dios: «algo semejante a como se ven las personas en un espejo cuando pasan ante él» a un Obispo vestido de Blanco «hemos tenido el presentimiento de que fuera el Santo Padre». También a otros Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas subir una montaña empinada, en cuya cumbre había una gran Cruz de maderos toscos como si fueran de alcornoque con la corteza; el Santo Padre, antes de llegar a ella, atravesó una gran ciudad medio en ruinas y medio tembloroso con paso vacilante, apesadumbrado de dolor y pena, rezando por las almas de los cadáveres que encontraba por el camino; llegado a la cima del monte, postrado de rodillas a los pies de la gran Cruz fue muerto por un grupo de soldados que le dispararon varios tiros de arma de fuego y flechas; y del mismo modo murieron unos tras otros los Obispos sacerdotes, religiosos y religiosas y diversas personas seglares, hombres y mujeres de diversas clases y posiciones. Bajo los dos brazos de la Cruz había dos Ángeles cada uno de ellos con una jarra de cristal en la mano, en las cuales recogían la sangre de los Mártires y regaban con ella las almas que se acercaban a Dios.

Tuy-3-1-1944».

([8]) En la traducción se ha respetado el texto original incluso en las imprecisiones de puntuación que, por otra parte, no impiden la comprensión de lo que la vidente ha querido decir.

INTERPRETACIÓN DEL « SECRETO »

CARTA DE JUAN PABLO II
À SUOR LUCIA

(texto original)

Reverenda Irrnã

Maria Lúcia

Convento de Coimbra

Na exultância das festas pascais, apresento-lhe os votos de Cristo Ressuscitado aos discípulos: “A paz esteja contigo!”

Terei a felicidade de poder encontrá-la no tão aguardado dia da beatificação de Francisco e Jacinta que, se Deus quiser, beatificarei no próximo dia 13 de maio.

Tendo em vista, porém, que naquele dia não haverá tempo para um colóquio, mas somente para uma breve saudação, encarreguei expressamente de vir falar consigo Sua Excelência Monsenhor Tarcisio Bertone, Secretário da Congregação para a Doutrina da Fé. É a Congregação que colabora mais diretamente com o Papa para a defesa da verdadeira fé católica, e que conservou, como saberá, desde 1957, a Sua carta manuscrita contendo a terceira parte do segredo revelado dia 13 de julho de 1917 na Cova da Iria, em Fátima.

Monsenhor Bertone, acompanhado pelo Bispo de Leiria, Sua Excelência Monsenhor Serafim de Sousa Ferreira e Silva, **vem em Meu nome** fazer-lhe algumas perguntas sobre a interpretação da “terceira parte do segredo”.

Reverenda Irmã Lúcia, pode falar abertamente e sinceramente a Monsenhor Bertone, que Me referirá diretamente as suas respostas.

Peço ardentemente à Mãe do Ressuscitado pela Reverenda Irmã, pela Comunidade de Coimbra e por toda a Igreja.

Maria, Mãe da humanidade peregrina, nos mantenha sempre estreitamente unidos a Jesus, Seu dilecto Filho e nosso Irmão, Senhor da vida e da glória.

Com uma especial Bênção Apostólica.

Vaticano, 19 de Abril de 2000



(Traducción)

Reverenda
Sor María Lucía
Convento de Coimbra

En el júbilo de las fiestas pascuales, le presento el augurio de Cristo Resucitado a sus discípulos: «¡la paz esté contigo!»

Tendré el gusto de poder encontrarme con Usted en el tan esperado día de la beatificación de Francisco y Jacinta que, si Dios quiere, beatificaré el próximo 13 de mayo.

Sin embargo, teniendo en cuenta que ese día no habrá tiempo para un coloquio, sino sólo para un breve saludo, he encargado ex profeso a Su Excelencia Monseñor Tarcisio Bertone, Secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe, que vaya a hablar con Usted. Se trata de la Congregación que colabora más estrechamente con el Papa para la defensa de la fe católica y que ha conservado desde 1957, como Usted sabe, su carta manuscrita que contiene la tercera parte del secreto revelado el 13 de julio de 1917 en la Cueva de Iria, Fátima.

Monseñor Bertone, acompañado del Obispo de Leiria, su Excelencia Monseñor Serafim de Sousa Ferreira e Silva, va en mi nombre para hacerle algunas preguntas sobre la interpretación de la «tercera parte del secreto».

Reverenda Sor Lucía, puede hablar abierta y sinceramente a Monseñor Bertone, que me referirá sus respuestas directamente a mí.

Ruego ardientemente a la Madre del Resucitado por Usted, por la Comunidad de Coimbra y por toda la Iglesia.

María, Madre de la humanidad peregrina, nos mantenga siempre estrechamente unidos a Jesús, su amado Hijo y Hermano nuestro, Señor de la vida y de la gloria.

Con una especial Bendición Apostólica.

JUAN PABLO II

Vaticano, 19 de abril de 2000.

COLOQUIO
CON SOR MARÍA LUCÍA DE JESÚS
Y DEL INMACULADO CORAZÓN

La cita de Sor Lucía con Su Excia. Mons. Tarcisio Bertone, Secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe, encargado por el Santo Padre, y de Su Excia. Mons. Serafim de Sousa Ferreira e Silva, Obispo de Leiría-Fátima, tuvo lugar el pasado jueves 27 de abril en el Carmelo de Santa Teresa de Coimbra.

Sor Lucía estaba lúcida y serena; estaba muy contenta del viaje del Papa a Fátima para la beatificación, que ella tanto esperaba, de Francisco y Jacinta.

El Obispo de Leiría-Fátima leyó la carta autógrafa del Santo Padre que explicaba los motivos de la visita. Sor Lucía se sintió honrada y la releyó personalmente, teniéndola en sus propias manos. Dijo estar dispuesta a responder francamente a todas las preguntas.

Llegados a este punto, Su Excia. Mons. Tarcisio Bertone le presentó dos sobres, uno externo y otro dentro con la carta que contenía la tercera parte del «secreto» de Fátima, y ella dijo inmediatamente, tocándola con los dedos: «es mi carta»; y después, leyéndola: «es mi letra».

Con la ayuda del Obispo de Leiría-Fátima, se leyó e interpretó el texto original, que está en portugués. Sor Lucía estuvo de acuerdo en la interpretación según la cual la tercera parte del secreto consiste en una visión profética comparable a las de la historia sagrada. Reiteró su convicción de que la visión de Fátima se refiere sobre todo a la lucha del comunismo ateo contra la Iglesia y los cristianos, y describe el inmenso sufrimiento de las víctimas de la fe en el siglo XX.

A la pregunta: «El personaje principal de la visión, ¿es el Papa?», Sor Lucía respondió de inmediato que sí y recuerda que los tres pastorcitos estaban muy apenados por el sufrimiento del Papa y Jacinta repetía: *«Coitadinho do Santo Padre, tenho muita pena dos pecadores!»* («¡Pobrecito el Santo Padre, me da mucha pena de los pecadores!»). Sor Lucía continúa: «Nosotros no sabíamos el nombre del Papa, la Señora no nos ha dicho el nombre del Papa, no sabíamos si era Benedicto XV o Pío XII o Pablo VI o Juan Pablo II, pero era el Papa que sufría y nos hacía sufrir también a nosotros».

Por lo que se refiere al pasaje sobre el obispo vestido de blanco, esto es, el Santo Padre –como se dieron cuenta inmediatamente los pastorcitos durante la “visión”–, que es herido de muerte y cae por tierra, Sor Lucía está completamente de acuerdo con la afirmación del Papa: «una mano materna guió la trayectoria de la bala, y el Papa agonizante se detuvo en el umbral de la muerte» (Juan Pablo II, *Meditación desde el Policlínico Gemelli a los Obispos italianos*, 13 de mayo de 1994).

Puesto que Sor Lucía, antes de entregar al entonces Obispo de Leiría-Fátima el sobre lacrado que contenía la tercera parte del «secreto», había escrito en el sobre exterior que sólo podía ser abierto después de 1960, por el Patriarca de Lisboa o por el Obispo de Leiría, Su Excia. Mons. Bertone le preguntó: «¿por qué la fecha tope de 1960? ¿Ha sido la Virgen quien ha indicado esa fecha? Sor Lucía respondió: «no ha sido la Señora, sino yo la que ha puesto la fecha de 1960, porque según mi intuición, antes de 1960 no se hubiera entendido, se habría comprendido sólo después. Ahora se puede entender mejor. Yo he escrito lo que he visto, no me corresponde a mí la interpretación, sino al Papa».

Finalmente, se mencionó el manuscrito no publicado que Sor Lucía ha preparado como respuesta a tantas cartas de devotos de la Virgen y de peregrinos. La obra lleva el título *«Os apelos da Mensagem de Fatima»* y recoge pensamientos y reflexiones que expresan sus sentimientos y su límpida y simple espiritualidad, en clave catequética y parenética. Se le preguntó si le gustaría que la publicaran, y ha respondido: «Si el Santo Padre está de acuerdo, me encantaría, si no, obedezco a lo que decida el Santo Padre». Sor Lucía desea someter el texto a la aprobación de la Autoridad eclesiástica, y tiene la esperanza de poder contribuir con su escrito a guiar a los hombres y mujeres de buena voluntad por el camino que conduce a Dios, última meta de toda esperanza humana.

El coloquio se concluyó con un intercambio de rosarios: a Sor Lucía se le dio el que le había regalado el Santo Padre y ella, a su vez, entrega algunos rosarios confeccionados por ella personalmente.

La bendición impartida en nombre del Santo Padre concluyó el encuentro.

COMUNICADO
DE SU EMINENCIA EL CARD. ANGELO SODANO
SECRETARIO DE ESTADO DE SU SANTIDAD

Al final de la solemne Concelebración Eucarística presidida por Juan Pablo II en Fátima, el Cardenal Angelo Sodano, Secretario de Estado, ha pronunciado en portugués las palabras que aquí reproducimos en traducción española.

Hermanos y hermanas en el Señor:

Al concluir esta solemne celebración, siento el deber de presentar a nuestro amado Santo Padre Juan Pablo II la felicitación más cordial, en nombre de todos los presentes, por su próximo 80° cumpleaños, agradeciéndole su valioso ministerio pastoral en favor de toda la Santa Iglesia de Dios.

En la solemne circunstancia de su venida a Fátima, el Sumo Pontífice me ha encargado daros un anuncio. Como es sabido, el objetivo de su venida a Fátima ha sido la beatificación de los dos "pastorinhos". Sin embargo, quiere atribuir también a esta peregrinación suya el valor de un renovado gesto de gratitud hacia la Virgen por la protección que le ha dispensado durante estos años de pontificado. Es una protección que parece que guarde relación también con la llamada "tercera parte" del secreto de Fátima.

Este texto es una visión profética comparable a la de la Sagrada Escritura, que no describe con sentido fotográfico los detalles de los acontecimientos futuros, sino que sintetiza y condensa sobre un mismo fondo hechos que se prolongan en el tiempo en una sucesión y con una duración no precisadas. Por tanto, la clave del lectura del texto ha de ser de *carácter simbólico.*

La visión de Fátima tiene que ver sobre todo con la lucha de los sistemas ateos contra la Iglesia y los cristianos, y describe el inmenso sufrimiento de los testigos de la fe del último siglo del segundo milenio. Es un interminable *Via Crucis* dirigido por los Papas del Siglo XX.

Según la interpretación de los *pastorinhos*, interpretación confirmada recientemente por Sor Lucia, el «Obispo vestido de blanco» que ora por todos los fieles es el Papa. También él, caminando con fatiga hacia la Cruz entre los cadáveres de los martirizados (obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y numerosos laicos), cae a tierra como muerto, bajo los disparos de arma de fuego.

Después del atentado del 13 de mayo de 1981, a Su Santidad le pareció claro que había sido «una mano materna quien guió la trayectoria de la bala», permitiendo al «Papa agonizante» que se detuviera «en el umbral de la muerte» (Juan Pablo II, *Meditación desde el Policlínico Gemelli a los Obispos italianos,* en: *Insegnamenti*, vol. XVII/1, 1994, p. 1061). Con ocasión de una visita a Roma del entonces Obispo de Leiría-Fátima, el Papa decidió entregarle la bala, que quedó en el *jeep* después del atentado, para que se custodiase en el Santuario. Por iniciativa del Obispo, la misma fue después engarzada en la corona de la imagen de la Virgen de Fátima.

Los sucesivos acontecimiento del año 1989 han llevado, tanto en la Unión Soviética como en numerosos Países del Este, a la caída del régimen comunista que propugnaba el ateísmo. También por esto el Sumo Pontífice le está agradecido a la Virgen desde lo profundo del corazón. Sin embargo, en otras partes del mundo los ataques contra la Iglesia y los cristianos, con la carga de sufrimiento que conllevan, desgraciadamente no han cesado. Aunque las vicisitudes a las que se refiere la tercera parte del secreto de Fátima parecen ya pertenecer al pasado, la llamada de la Virgen a la conversión y a la penitencia, pronunciada al inicio del siglo XX, conserva todavía hoy una estimulante actualidad. «La Señora del mensaje parecía leer con una perspicacia especial los signos de los tiempos, los signos de nuestro tiempo ... La invitación insistente de María santísima a la penitencia es la manifestación de su solicitud materna por el destino de la familia humana, necesitada de conversión y perdón» (Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial del Enfermo 1997,* n. 1, en: *Insegnamenti*, vol. XIX/2, 1996, p. 561).

Para permitir que los fieles reciban mejor el mensaje de la Virgen de Fátima, el Papa ha confiado a la Congregación para la Doctrina de la Fe la tarea de hacer pública la tercera parte del «secreto», después de haber preparado un oportuno comentario.

Hermanos y hermanas, agradecemos a la Virgen de Fátima su protección. A su materna intercesión confiamos la Iglesia del Tercer Milenio.

Sub tuum praesidium confugimus, Santa Dei Genetrix! Intercede pro Ecclesia. Intercede pro Papa nostro Ioanne Paulo II. Amen.

Fátima, 13 de mayo de 2000.

COMENTARIO TEOLÓGICO

Quien lee con atención el texto del llamado tercer “secreto” de Fátima, que tras largo tiempo, por voluntad del Santo Padre, viene publicado aquí en su integridad, tal vez quedará desilusionado o asombrado después de todas las especulaciones que se han hecho. No se revela ningún gran misterio; no se ha corrido el velo del futuro. Vemos a la Iglesia de los mártires del siglo apenas transcurrido representada mediante una escena descrita con un lenguaje simbólico difícil de descifrar. ¿Es esto lo que quería comunicar la Madre del Señor a la cristiandad, a la humanidad en un tiempo de grandes problemas y angustias? ¿Nos es de ayuda al inicio del nuevo milenio? O más bien ¿son solamente proyecciones del mundo interior de unos niños crecidos en un ambiente de profunda piedad, pero que a la vez estaban turbados por las tragedias que amenazaban su tiempo? ¿Cómo debemos entender la visión, qué hay que pensar de la misma?

Revelación pública y revelaciones privadas - su lugar teológico

Antes de iniciar un intento de interpretación, cuyas líneas esenciales se pueden encontrar en la comunicación que el Cardenal Sodano pronunció el 13 de mayo de este año al final de la celebración eucarística presidida por el Santo Padre en Fátima, es necesario hacer algunas aclaraciones de fondo sobre el modo en que, según la doctrina de la Iglesia, deben ser comprendidos dentro de la vida de fe fenómenos como el de Fátima. La doctrina de la Iglesia distingue entre la «revelación pública» y las «revelaciones privadas». Entre estas dos realidades hay una diferencia, no sólo de grado, sino de esencia. El término «revelación pública» designa la acción reveladora de Dios destinada a toda la humanidad, que ha encontrado su expresión literaria en las dos partes de la Biblia: el Antiguo y el Nuevo Testamento. Se llama «revelación» porque en ella Dios se ha dado a conocer progresivamente a los hombres, hasta el punto de hacerse él mismo hombre, para atraer a sí y para reunir en sí a todo el mundo por medio del Hijo encarnado, Jesucristo. No se trata, pues, de comunicaciones intelectuales, sino de un proceso vital, en el cual Dios se acerca al hombre; naturalmente en este proceso se manifiestan también contenidos que tienen que

ver con la inteligencia y con la comprensión del misterio de Dios. El proceso atañe al hombre total y, por tanto, también a la razón, aunque no sólo a ella. Puesto que Dios es uno solo, también es única la historia que él comparte con la humanidad; vale para todos los tiempos y encuentra su cumplimiento con la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo. En Cristo Dios ha dicho todo, es decir, se ha manifestado así mismo y, por lo tanto, la revelación ha concluido con la realización del misterio de Cristo que ha encontrado su expresión en el Nuevo Testamento. El *Catecismo de la Iglesia Católica*, para explicar este carácter definitivo y completo de la revelación, cita un texto de San Juan de la Cruz: «Porque en darnos, como nos dio a su Hijo, que es una Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra...; porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado todo en Él, dándonos al Todo, que es su Hijo. Por lo cual, el que ahora quisiese preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necedad, sino que haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer cosa otra alguna o novedad» (n. 65, *Subida al Monte Carmelo,* 2, 22).

El hecho de que la única revelación de Dios dirigida a todos los pueblos se haya concluido con Cristo y en el testimonio sobre Él recogido en los libros del Nuevo Testamento, vincula a la Iglesia con el acontecimiento único de la historia sagrada y de la palabra de la Biblia, que garantiza e interpreta este acontecimiento, pero no significa que la Iglesia ahora sólo pueda mirar al pasado y esté así condenada a una estéril repetición. El Catecismo de la Iglesia Católica dice a este respecto: «Sin embargo, aunque la Revelación esté acabada, no está completamente explicitada; corresponderá a la fe cristiana comprender gradualmente todo su contenido en el transcurso de los siglos» (n. 66). Estos dos aspectos, el vínculo con el carácter único del acontecimiento y el progreso en su comprensión, están muy bien ilustrados en los discursos de despedida del Señor, cuando antes de partir les dice a los discípulos: «Mucho tengo todavía que deciros, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga Él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta... Él me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros» (*Jn* 16, 12-14). Por

una parte el Espíritu, que hace de guía y abre así las puertas a un conocimiento, del cual antes faltaba el presupuesto que permitiera acogerlo; es ésta la amplitud y la profundidad nunca alcanzada de la fe cristiana. Por otra parte, este guiar es un «tomar» del tesoro de Jesucristo mismo, cuya profundidad inagotable se manifiesta en esta conducción por parte del Espíritu. A este respecto el Catecismo cita una palabra densa del Papa Gregorio Magno: «la comprensión de las palabras divinas crece con su reiterada lectura» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 94; Gregorio, *In Ez* 1, 7, 8). El Concilio Vaticano II señala tres maneras esenciales en que se realiza la guía del Espíritu Santo en la Iglesia y, en consecuencia, el «crecimiento de la Palabra»: éste se lleva a cabo a través de la meditación y del estudio por parte de los fieles, por medio del conocimiento profundo, que deriva de la experiencia espiritual y por medio de la predicación de «los obispos, sucesores de los Apóstoles en el carisma de la verdad» (*Dei Verbum*, 8).

En este contexto es posible entender correctamente el concepto de « revelación privada », que se refiere a todas las visiones y revelaciones que tienen lugar una vez terminado el Nuevo Testamento; es ésta la categoría dentro de la cual debemos colocar el mensaje de Fátima. Escuchemos aún a este respecto antes de nada el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «A lo largo de los siglos ha habido revelaciones llamadas "privadas", algunas de las cuales han sido reconocidas por la autoridad de la Iglesia... Su función no es la de... "completar" la Revelación definitiva de Cristo, sino la de ayudar a vivirla más plenamente en una cierta época de la historia» (n. 67). Se deben aclarar dos cosas:

1. La autoridad de las revelaciones privadas es esencialmente diversa de la única revelación pública: ésta exige nuestra fe; en efecto, en ella, a través de palabras humanas y de la mediación de la comunidad viviente de la Iglesia, Dios mismo nos habla. La fe en Dios y en su Palabra se distingue de cualquier otra fe, confianza u opinión humana. La certeza de que Dios habla me da la seguridad de que encuentro la verdad misma y, de ese modo, una certeza que no puede darse en ninguna otra forma humana de conocimiento. Es la certeza sobre la cual edifico mi vida y a la cual me confío al morir.

2. La revelación privada es una ayuda para la fe, y se manifiesta como creíble precisamente porque remite a la única revelación pública. El Cardenal Próspero Lambertini, futuro Papa Benedicto XIV, dice al respecto en su clásico tratado, que después llegó a ser normativo para las beatificaciones y canonizaciones: «No se debe un asentimiento de fe católica a revelaciones aprobadas en tal modo; no es ni tan siquiera posible. Estas revelaciones exigen más bien un asentimiento de fe humana, según las reglas de la prudencia, que nos las presenta como probables y piadosamente creíbles». El teólogo flamenco E. Dhanis, eminente conocedor de esta materia, afirma sintéticamente que la aprobación eclesiástica de una revelación privada contiene tres elementos: el mensaje en cuestión no contiene nada que vaya contra la fe y las buenas costumbres; es lícito hacerlo publico, y los fieles están autorizados a darle en forma prudente su adhesión (E. Dhanis, *Sguardo su Fatima e bilancio di una discussione*, en: *La Civiltà Cattolica* 104, 1953, II. 392-406, en particular 397). Un mensaje así puede ser una ayuda válida para comprender y vivir mejor el Evangelio en el momento presente; por eso no se debe descartar. Es una ayuda que se ofrece, pero no es obligatorio hacer uso de la misma.

El criterio de verdad y de valor de una revelación privada es, pues, su orientación a Cristo mismo. Cuando ella nos aleja de Él, cuando se hace autónoma o, más aún, cuando se hace pasar como otro y mejor designio de salvación, más importante que el Evangelio, entonces no viene ciertamente del Espíritu Santo, que nos guía hacia el interior del Evangelio y no fuera del mismo. Esto no excluye que dicha revelación privada acentúe nuevos aspectos, suscite nuevas formas de piedad o profundice y extienda las antiguas. Pero, en cualquier caso, en todo esto debe tratarse de un apoyo para la fe, la esperanza y la caridad, que son el camino permanente de salvación para todos. Podemos añadir que a menudo las revelaciones privadas provienen sobre todo de la piedad popular y se apoyan en ella, le dan nuevos impulsos y abren para ella nuevas formas. Eso no excluye que tengan efectos incluso sobre la liturgia, como por ejemplo muestran las fiestas del *Corpus Domini* y del Sagrado Corazón de Jesús. Desde un cierto punto de vista, en la relación entre liturgia y piedad popular se refleja la relación entre Revelación y revelaciones privadas: la liturgia es el criterio, la forma

vital de la Iglesia en su conjunto, alimentada directamente por el Evangelio. La religiosidad popular significa que la fe está arraigada en el corazón de todos los pueblos, de modo que se introduce en la esfera de lo cotidiano. La religiosidad popular es la primera y fundamental forma de «inculturación» de la fe, que debe dejarse orientar y guiar continuamente por las indicaciones de la liturgia, pero que a su vez fecunda la fe a partir del corazón.

Hemos pasado así de las precisiones más bien negativas, que eran necesarias antes de nada, a la determinación positiva de las revelaciones privadas: ¿cómo se pueden clasificar de modo correcto a partir de la Sagrada Escritura? ¿Cuál es su categoría teológica? La carta más antigua de San Pablo que nos ha sido conservada, tal vez el escrito más antiguo del Nuevo Testamento, la Primera Carta a los Tesalonicenses, me parece que ofrece una indicación. El Apóstol dice en ella: «No apaguéis el Espíritu, no despreciéis las profecías; examinad cada cosa y quedaos con lo que es bueno» (5, 19-21). En todas las épocas se le ha dado a la Iglesia el carisma de la profecía, que debe ser examinado, pero que tampoco puede ser despreciado. A este respecto, es necesario tener presente que la profecía en el sentido de la Biblia no quiere decir predecir el futuro, sino explicar la voluntad de Dios para el presente, lo cual muestra el recto camino hacia el futuro. El que predice el futuro se encuentra con la curiosidad de la razón, que desea apartar el velo del porvenir; el profeta ayuda a la ceguera de la voluntad y del pensamiento y aclara la voluntad de Dios como exigencia e indicación para el presente. La importancia de la predicción del futuro en este caso es secundaria. Lo esencial es la actualización de la única revelación, que me afecta profundamente: la palabra profética es advertencia o también consuelo o las dos cosas a la vez. En este sentido, se puede relacionar el carisma de la profecía con la categoría de los «signos de los tiempos», que ha sido subrayada por el Vaticano II: «...sabéis explorar el aspecto de la tierra y del cielo, ¿cómo no exploráis, pues, este tiempo?» (*Lc* 12, 56). En esta parábola de Jesús por «signos de los tiempos» debe entenderse su propio camino, el mismo Jesús. Interpretar los signos de los tiempos a la luz de la fe significa reconocer la presencia de Cristo en todos los tiempos. En las revelaciones privadas reconocidas por la Iglesia –y por tanto también en Fátima– se trata

de esto: ayudarnos a comprender los signos de los tiempos y a encontrar la justa respuesta desde la fe ante ellos.

La estructura antropológica de las revelaciones privadas

Una vez que con las precedentes reflexiones hemos tratado de determinar el lugar teológico de las revelaciones privadas, antes de ocuparnos de una interpretación del mensaje de Fátima, debemos aún intentar aclarar brevemente un poco su carácter antropológico (psicológico). La antropología teológica distingue en este ámbito tres formas de percepción o «visión»: la visión con los sentidos, es decir la percepción externa corpórea, la percepción interior y la visión espiritual (*visio sensibilis – imaginativa – intellectualis*). Está claro que en las visiones de Lourdes, Fátima, etc. no se trata de la normal percepción externa de los sentidos: las imágenes y las figuras, que se ven, no se hallan exteriormente en el espacio, como se encuentran un árbol o una casa. Esto es absolutamente evidente, por ejemplo, por lo que se refiere a la visión del infierno (descrita en la primera parte del «secreto» de Fátima) o también la visión descrita en la tercera parte del «secreto», pero puede demostrarse con mucha facilidad también en las otras visiones, sobre todo porque no todos los presentes las veían, sino de hecho sólo los «videntes». Del mismo modo es obvio que no se trata de una «visión» intelectual, sin imágenes, como se da en otros grados de la mística. Aquí se trata de la categoría intermedia, la percepción interior, que ciertamente tiene en el vidente la fuerza de una presencia que, para él, equivale a la manifestación externa sensible.

Ver interiormente no significa que se trate de fantasía, como si fuera sólo una expresión de la imaginación subjetiva. Más bien significa que el alma viene acariciada por algo real, aunque suprasensible, y es capaz de ver lo no sensible, lo no visible por los sentidos, una especie de visión con los «sentidos internos». Se trata de verdaderos «objetos», que tocan el alma, aunque no pertenezcan a nuestro habitual mundo sensible. Para esto se exige una vigilancia interior del corazón que generalmente no se tiene a causa de la fuerte presión de las realidades externas y de las imágenes y pensamientos que llenan el alma. La persona es transportada más allá de la pura exterioridad y otras dimensiones

más profundas de la realidad la tocan, se le hacen visibles. Tal vez por eso se puede comprender por qué los niños son los destinatarios preferidos de tales apariciones: el alma está aún poco alterada y su capacidad interior de percepción está aún poco deteriorada. «De la boca de los niños y de los lactantes has recibido la alabanza», responde Jesús con una frase del Salmo 8 (v.3) a la crítica de los Sumos Sacerdotes y de los ancianos, que encuentran inoportuno el grito de «hosanna» de los niños (*Mt* 21, 16).

La «visión interior» no es una fantasía, sino una propia y verdadera manera de verificar, como hemos dicho. Pero conlleva también limitaciones. Ya en la visión exterior está siempre involucrado el factor subjetivo; no vemos el objeto puro, sino que llega a nosotros a través del filtro de nuestros sentidos, que deben llevar a cabo un proceso de traducción. Esto es aún más evidente en la visión interior, sobre todo cuando se trata de realidades que sobrepasan en sí mismas nuestro horizonte. El sujeto, el vidente, está involucrado de un modo aún más íntimo. Él ve con sus concretas posibilidades, con las modalidades de representación y de conocimiento que le son accesibles. En la visión interior se trata, de manera más amplia que en la exterior, de un proceso de traducción, de modo que el sujeto es esencialmente copartícipe en la formación como imagen de lo que aparece. La imagen puede llegar solamente según sus medidas y sus posibilidades. Tales visiones nunca son simples «fotografías» del más allá, sino que llevan en sí también las posibilidades y los límites del sujeto perceptor.

Esto se puede comprender en todas las grandes visiones de los santos; naturalmente, vale también para las visiones de los niños de Fátima. Las imágenes que ellos describen no son en absoluto simples expresiones de su fantasía, sino fruto de una real percepción de origen superior e interior, pero no son imaginaciones como si por un momento se quitara el velo del más allá y el cielo apareciese en su esencia pura, tal como nosotros esperamos verlo un día en la definitiva unión con Dios. Más bien las imágenes son, por decirlo así, una síntesis del impulso proveniente de lo Alto y de las posibilidades de que dispone para ello el sujeto que percibe, esto es, los niños. Por este motivo, el lenguaje imaginativo de estas visiones es un lenguaje simbólico. El Cardenal Sodano dice al respecto: «... no se describen en sentido fotográfico los detalles de

los acontecimientos futuros, sino que sintetizan y condensan sobre un mismo fondo, hechos que se extienden en el tiempo según una sucesión y con una duración no precisadas». Esta concentración de tiempos y espacios en una única imagen es típica de tales visiones que, por lo demás, pueden ser descifradas sólo a *posteriori*. A este respecto, no todo elemento visivo debe tener un concreto sentido histórico. Lo que cuenta es la visión como conjunto, y a partir del conjunto de imágenes deben ser comprendidos los aspectos particulares. Lo que es central en una imagen se desvela en último término a partir del centro de la «profecía» cristiana en absoluto: el centro está allí donde la visión se convierte en llamada y guía hacia la voluntad de Dios.

Un intento de interpretación del secreto de Fátima

La primera y segunda parte del secreto de Fátima han sido ya discutidas tan ampliamente por la literatura especializada que ya no hay que ilustrarlas más. Quisiera sólo llamar la atención brevemente sobre el punto más significativo. Los niños han experimentado durante un instante terrible una visión del infierno. Han visto la caída de las «almas de los pobres pecadores». Y se les dice por qué se les ha hecho pasar por ese momento: para «salvarlas», para mostrar un camino de salvación. Viene así a la mente la frase de la Primera Carta de Pedro: «meta de vuestra fe es la salvación de las almas» (1,9). Para este objetivo se indica como camino –de un modo sorprendente para personas provenientes del ámbito cultural anglosajón y alemán– la devoción al Corazón Inmaculado de María. Para entender esto puede ser suficiente aquí una breve indicación. «Corazón» significa en el lenguaje de la Biblia el centro de la existencia humana, la confluencia de razón, voluntad, temperamento y sensibilidad, en la cual la persona encuentra su unidad y su orientación interior. El «corazón inmaculado » es, según *Mt* 5,8, un corazón que a partir de Dios ha alcanzado una perfecta unidad interior y, por lo tanto, «ve a Dios». La «devoción» al Corazón Inmaculado de María es, pues, un acercarse a esta actitud del corazón, en la cual el «*fiat*» –hágase tu voluntad– se convierte en el centro animador de toda la existencia. Si alguno objetara que no debemos interponer un ser humano entre nosotros y Cristo, se le debería recordar que Pablo no tiene reparo en decir a sus comuni-

dades: imitadme (*1 Co* 4, 16; *Flp* 3,17; *1 Ts* 1,6; *2 Ts* 3,7.9). En el Apóstol pueden constatar concretamente lo que significa seguir a Cristo. ¿De quién podremos nosotros aprender mejor en cualquier tiempo si no de la Madre del Señor?

Llegamos así, finalmente, a la tercera parte del «secreto» de Fátima publicado íntegramente aquí por primera vez. Como se desprende de la documentación precedente, la interpretación que el Cardenal Sodano ha dado en su texto del 13 de mayo, había sido presentada anteriormente a Sor Lucia en persona. A este respecto, Sor Lucia ha observado en primer lugar que a ella misma se le dio la visión, no su interpretación. La interpretación, decía, no es competencia del vidente, sino de la Iglesia. Ella, sin embargo, después de la lectura del texto, ha dicho que esta interpretación correspondía a lo que ella había experimentado y que, por su parte, reconocía dicha interpretación como correcta. En lo que sigue, pues, se podrá sólo intentar dar un fundamento más profundo a dicha interpretación a partir de los criterios hasta ahora desarrollados.

Como palabra clave de la primera y de la segunda parte del «secreto» hemos descubierto la de «salvar las almas», así como la palabra clave de este «secreto» es el triple grito: «¡Penitencia, Penitencia, Penitencia!». Viene a la mente el comienzo del Evangelio: «*paenitemini et credite evangelio*» (*Mc* 1,15). Comprender los signos de los tiempos significa comprender la urgencia de la penitencia, de la conversión y de la fe. Esta es la respuesta adecuada al momento histórico, que se caracteriza por grandes peligros y que serán descritos en las imágenes sucesivas. Me permito insertar aquí un recuerdo personal: en una conversación conmigo Sor Lucia me dijo que le resultaba cada vez más claro que el objetivo de todas las apariciones era el de hacer crecer siempre más en la fe, en la esperanza y en la caridad. Todo el resto era sólo para conducir a esto.

Examinemos ahora más de cerca cada imagen. El ángel con la espada de fuego a la derecha de la Madre de Dios recuerda imágenes análogas en el Apocalipsis. Representa la amenaza del juicio que incumbe sobre el mundo. La perspectiva de que el mundo podría ser reducido a cenizas en un mar de llamas, hoy no es considerada absolutamente pura fantasía: el hombre mismo ha preparado con sus inventos la espada de fuego. La visión muestra

después la fuerza que se opone al poder de destrucción: el esplendor de la Madre de Dios, y proveniente siempre de él, la llamada a la penitencia. De ese modo se subraya la importancia de la libertad del hombre: el futuro no está determinado de un modo inmutable, y la imagen que los niños vieron, no es una película anticipada del futuro, de la cual nada podría cambiarse. Toda la visión tiene lugar en realidad sólo para llamar la atención sobre la libertad y para dirigirla en una dirección positiva. El sentido de la visión no es el de mostrar una película sobre el futuro ya fijado de forma irremediable. Su sentido es exactamente el contrario, el de movilizar las fuerzas del cambio hacia el bien. Por eso están totalmente fuera de lugar las explicaciones fatalísticas del «secreto» que, por ejemplo, dicen que el atentador del 13 de mayo de 1981 habría sido en definitiva un instrumento del plan divino guiado por la Providencia y que, por tanto, no habría actuado libremente, así como otras ideas semejantes que circulan. La visión habla más bien de los peligros y del camino para salvarse de los mismos.

Las siguientes frases del texto muestran una vez más muy claramente el carácter simbólico de la visión: Dios permanece el inconmensurable y la luz que supera todas nuestras visiones. Las personas humanas aparecen como en un espejo. Debemos tener siempre presente esta limitación interna de la visión, cuyos confines están aquí indicados visivamente. El futuro se muestra sólo «como en un espejo de manera confusa» (cf. *1 Co* 13,12). Tomemos ahora en consideración cada una de las imágenes que siguen en el texto del «secreto». El lugar de la acción aparece descrito con tres símbolos: una montaña escarpada, una grande ciudad medio en ruinas y, finalmente, una gran cruz de troncos rústicos. Montaña y ciudad simbolizan el lugar de la historia humana: la historia como costosa subida hacia lo alto, la historia como lugar de la humana creatividad y de la convivencia, pero al mismo tiempo como lugar de las destrucciones, en las cuales el hombre destruye la obra de su propio trabajo. La ciudad puede ser el lugar de comunión y de progreso, pero también el lugar del peligro y de la amenaza más extrema. Sobre la montaña está la cruz, meta y punto de orientación de la historia. En la cruz la destrucción se transforma en salvación; se levanta como signo de la miseria de la historia y como promesa para la misma.

Aparecen después aquí personas humanas: el Obispo vestido de blanco («hemos tenido el presentimiento de que fuera el Santo Padre»), otros Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas y, finalmente, hombres y mujeres de todas las clases y estratos sociales. El Papa parece que precede a los otros, temblando y sufriendo por todos los horrores que lo rodean. No sólo las casas de la ciudad están medio en ruinas, sino que su camino pasa en medio de los cuerpos de los muertos. El camino de la Iglesia se describe así como un *viacrucis*, como camino en un tiempo de violencia, de destrucciones y de persecuciones. Se puede ver representada en esta imagen la historia de todo un siglo. Del mismo modo que los lugares de la tierra están sintéticamente representados en las dos imágenes de la montaña y de la ciudad y están orientados hacia la cruz, también los tiempos son presentados de forma compacta. En la visión podemos reconocer el siglo pasado como siglo de los mártires, como siglo de los sufrimientos y de las persecuciones contra la Iglesia, como el siglo de las guerras mundiales y de muchas guerras locales que han llenado toda su segunda mitad y han hecho experimentar nuevas formas de crueldad. En el «espejo» de esta visión vemos pasar a los testigos de la fe de decenios. A este respecto, parece oportuno mencionar una frase de la carta que Sor Lucia escribió al Santo Padre el 12 de mayo de 1982: «la tercera parte del “secreto” se refiere a las palabras de Nuestra Señora: “Si no (Rusia) diseminará sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá que sufrir mucho, varias naciones serán destruidas”».

En el *viacrucis* de este siglo, la figura del Papa tiene un papel especial. En su fatigoso subir a la montaña podemos encontrar indicados con seguridad juntos diversos Papas, que empezando por Pío X hasta el Papa actual han compartido los sufrimientos de este siglo y se han esforzado por avanzar entre ellas por el camino que lleva a la cruz. En la visión también el Papa es matado en el camino de los mártires. ¿No podía el Santo Padre, cuando después del atentado del 13 de mayo de 1981 se hizo llevar el texto de la tercera parte del «secreto», reconocer en él su propio destino? Había estado muy cerca de las puertas de la muerte y él mismo explicó el haberse salvado, con las siguientes palabras: « ...fue

una mano materna a guiar la trayectoria de la bala y el Papa agonizante se paró en el umbral de la muerte» (13 de mayo de 1994). Que una «mano materna» haya desviado la bala mortal muestra sólo una vez más que no existe un destino inmutable, que la fe y la oración son poderosas, que pueden influir en la historia y, que al final, la oración es más fuerte que las balas, la fe más potente que las divisiones.

La conclusión del «secreto» recuerda imágenes que Lucía puede haber visto en libros de piedad y cuyo contenido deriva de antiguas intuiciones de fe. Es una visión consoladora, que quiere hacer maleable por el poder salvador de Dios una historia de sangre y lágrimas. Los ángeles recogen bajo los brazos de la cruz la sangre de los mártires y riegan con ella las almas que se acercan a Dios. La sangre de Cristo y la sangre de los mártires están aquí consideradas juntas: la sangre de los mártires fluye de los brazos de la cruz. Su martirio se lleva a cabo de manera solidaria con la pasión de Cristo y se convierte en una sola cosa con ella. Ellos completan en favor del Cuerpo de Cristo lo que aún falta a sus sufrimientos (cf. *Col* 1,24). Su vida se ha convertido en Eucaristía, inserta en el misterio del grano de trigo que muere y se hace fecundo. La sangre de los mártires es semilla de cristianos, ha dicho Tertuliano. Así como de la muerte de Cristo, de su costado abierto, ha nacido la Iglesia, así la muerte de los testigos es fecunda para la vida futura de la Iglesia. La visión de la tercera parte del «secreto», tan angustiosa en su comienzo, se concluye pues con un imagen de esperanza: ningún sufrimiento es vano y, precisamente, una Iglesia sufriente, una Iglesia de mártires, se convierte en señal orientadora para la búsqueda de Dios por parte del hombre. En las manos amorosas de Dios no han sido acogidos únicamente los que sufren como Lázaro, que encontró el gran consuelo y representa misteriosamente a Cristo que quiso ser para nosotros el pobre Lázaro; hay algo más, del sufrimiento de los testigos deriva una fuerza de purificación y de renovación, porque es actualización del sufrimiento mismo de Cristo y transmite en el presente su eficacia salvífica.

Hemos llegado así a una última pregunta: ¿Qué significa en su conjunto (en sus tres partes) el «secreto» de Fátima? ¿Qué nos dice a nosotros? Ante todo, debemos afirmar con el Cardenal

Sodano: «...los acontecimientos a los que se refiere la tercera parte del «secreto» de Fátima, parecen pertenecer ya al pasado». En la medida en que se refiere a acontecimientos concretos, ya pertenecen al pasado. Quien había esperado en impresionantes revelaciones apocalípticas sobre el fin del mundo o sobre el curso futuro de la historia debe quedar desilusionado. Fátima no nos ofrece este tipo de satisfacción de nuestra curiosidad, del mismo modo que la fe cristiana por lo demás no quiere y no puede ser un mero alimento para nuestra curiosidad. Lo que queda de válido lo hemos visto de inmediato al inicio de nuestras reflexiones sobre el texto del «secreto»: la exhortación a la oración como camino para la «salvación de las almas» y, en el mismo sentido, la llamada a la penitencia y a la conversión.

Quisiera al final volver aún sobre otra palabra clave del «secreto», que con razón se ha hecho famosa: «mi Corazón Inmaculado triunfará». ¿Qué quiere decir esto? Que el corazón abierto a Dios, purificado por la contemplación de Dios, es más fuerte que los fusiles y que cualquier tipo de arma. El *fiat* de María, la palabra de su corazón, ha cambiado la historia del mundo, porque ella ha introducido en el mundo al Salvador, porque gracias a este «sí» Dios pudo hacerse hombre en nuestro mundo y así permanece ahora y para siempre. El maligno tiene poder en este mundo, lo vemos y lo experimentamos continuamente; él tiene poder porque nuestra libertad se deja alejar continuamente de Dios. Pero desde que Dios mismo tiene un corazón humano y de ese modo ha dirigido la libertad del hombre hacia el bien, hacia Dios, la libertad hacia el mal ya no tiene la última palabra. Desde aquel momento cobran todo su valor las palabras de Jesús: «padeceréis tribulaciones en el mundo, pero tened confianza; yo he vencido al mundo» (*Jn* 16,33). El mensaje de Fátima nos invita a confiar en esta promesa.

Joseph Card. Ratzinger
Prefecto de la Congregación
para la Doctrina de la Fe

INDICE

pag.

PRÓLOGO DEL EDITOR 5

INTRODUCCIÓN A LAS MEMORIAS 7
1. Biografía de la Hermana Lucía 8
2. Introducción literaria 11
3. El género literario de las “Memorias” 13

PRIMERA MEMORIA

Introducción 33

PROLOGO
1. Oración y Obediencia 34
2. Silencio sobre algunos asuntos 34
3. Dedicatoria poética 36

I. RETRATO DE JACINTA
1. Temperamento 36
2. Delicadeza de alma 38
3. Amor a Cristo Crucificado 39
4. Sensibilidad de alma 40
5. Catequesis infantil 40
6. Jacinta, la pastorcita 42
7. Primera Aparición 44
8. Meditación sobre el Infierno. 45
9. Amor a los pecadores 46
10. Resistencia de la familia 48
11. Amor al Santo Padre 50
12. En la prisión de Ourém 51
13. El Rosario en la prisión 52
14. Su afición por el baile 52

II. DESPUÉS DE LAS APARICIONES
1. Oraciones y sacrificios en el Cabezo 53
2. La molestia de los interrogatorios 54
3. El Padre Cruz 55
4. Gracias alcanzadas por Jacinta 56
5. Nuevos sacrificios 57

III. ENFERMEDAD Y MUERTE DE JACINTA
1. Jacinta, víctima de la gripe epidémica 58
2. Visitas de Nuestra Señora 59
3. En el Hospital de Ourém 60
4. Regreso a Aljustrel 61
5. Nuevas visitas de la Virgen 61
6. Partida para Lisboa 63
EPÍLOGO 63

SEGUNDA MEMORIA

Introducción 65
PRÓLOGO 66
I. ANTES DE LAS APARICIONES
1. Infancia de Lucía 67
2. Diversiones populares 68
3. Primera Comunión 69
4. Sonrisa de la Madre de Dios 70
5. Vigilia de esperanza 71
6. El día grande 72
7. Familia de Lucía 73
8. Reflexión de la protagonista 74
II. LAS APARICIONES
1. Manifestaciones en 1915 75
2. Apariciones del Ángel en 1916 77
3. Problemas familiares 79
4. Apariciones de Nuestra Señora 82
5. Dudas de Lucía 84
6. Jacinta y Francisco animan a Lucía 85
7. Incredulidad de la madre de Lucía 87
8. Las amenazas del Administrador 88
9. Más disgustos familiares 89
10. Primer Director Espiritual 90
11. La prisión de Ourém 91
12. Mortificaciones y sufrimientos 92
13. El trece de septiembre 94
14. Sin espíritu de lucro 95
15. Una visita curiosa 95
16. El trece de octubre 97
17. Interrogatorios de sacerdotes 98

III. DESPUÉS DE LAS APARICIONES

1. Lucía va a la escuela ... 101
2. Actitud del Párroco ... 101
3. Comunión en el sufrimiento ... 104
4. Prohibición de la peregrinación ... 105
5. La madre de Lucía enferma gravemente ... 108
6. Muerte del padre ... 109
7. Enfermedad y muerte de Jacinta y Francisco ... 109
8. Paciencia de Jacinta en la enfermedad ... 110
9. Enfermedad y viajes de Lucía ... 112
10. Primer encuentro con el Obispo ... 114
11. Lucía se despide de Fátima ... 115

EPÍLOGO ... 116

1. Testimonios de algunos datos sobre Jacinta ... 117
2. Poder atractivo de Lucía ... 117
3. Buena memoria de la Vidente ... 118

TERCERA MEMORIA

Introducción ... 119

PRÓLOGO ... 120

1. ¿Qué es el secreto? ... 120
2. Visión del infierno ... 121
3. Fuerte impresión sobre Jacinta ... 122
4. Mirar retrospectivo de Lucía ... 125
5. El Inmaculado Corazón de María ... 125
6. Jacinta ve al Santo Padre ... 126
7. Visión de la guerra ... 127
8. Interpretación del silencio de Lucía ... 129
9. Amor de Jacinta al Inmaculado Corazón de María ... 130

EPÍLOGO ... 132

CUARTA MEMORIA

Introducción ... 133

PROLOGO ... 134

1. Confianza y abandono ... 134
2. Despojo total ... 134
3. La asistencia del Espíritu Santo ... 135

I. RETRATO DE FRANCISCO

1. Espiritualidad 136
2. Inclinaciones naturales 138
3. Participación en las Apariciones del Ángel 139
4. Influencia de la primera Aparición de N. Señora 140
5. Influencia de la segunda Aparición 143
6. Francisco anima a Lucía 144
7. Influencia de la tercera Aparición 145
8. Comportamiento en Ourém 145
9. Influencia de las últimas apariciones 147
10. Anécdotas y canciones 149
11. Francisco, el pequeño moralista 153
12. Amor al recogimiento y a la oración 154
13. Visión del demonio 156
14. Florecillas de Fátima 157
15. Otros casos 158
16. Francisco enferma 161
17. Muerte santa 164
18. Más canciones 165

Il. HISTORIA DE LAS APARICIONES

PRÓLOGO 166

1. Apariciones del Ángel 168
2. El silencio de Lucía 171
3. El trece de mayo 172
4. El trece de junio 174
5. El trece de julio 175
6. El trece de agosto 177
7. El trece de septiembre 178
8. El trece de octubre 180

EPILOGO 181

lII. MÁS APUNTES SOBRE JACINTA

1. Una curación milagrosa 182
2. Regreso de un hijo pródigo 183

IV. JACINTA CON FAMA DE SANTIDAD

1. Indicación 184
2. Jacinta, reflejo de Dios 185
3. Jacinta, ejemplo de virtudes 186
4. Francisco era diferente 188

EPÍLOGO 190

APENDICE PRIMERO

Texto de la Gran Promessa del Corazón de María 191

APENDICE SEGUNDO

Introducción 194
Texto sobre la petición de la consagración de Rusia 195

APENDICE TERCERO

Presentación 197
El 'Secreto' de Fátima 205
Tercera parte del 'Secreto' 209
Interpretación del 'Secreto' 214
Coloquio con Sor Lucía 217
Comunicado de S. E. Card. Sodano 219
Comentario Teológico 221

Execução Gráfica
Gráfica Almondina
Setembro, 2008

Depósito Legal n.º 282 048 /08
ISBN: 978-972-8524-22-7



2000
DEUS
HOMEM